

CABALLOS DE TROYA DE LA HISTORIA

JAVIER
SANZ

*Engaños e ingenios
de todos los tiempos
que vencieron
en la paz
y en la
guerra*



Lectulandia

Estrategia. (Del latín *strategia*, y este del griego *στρατηγία*).

Arte, traza para dirigir un asunto.

Engaños e ingenios de todos los tiempos que vencieron en la paz y en la guerra.

Y de estrategias va *Caballos de Troya de la historia*, en tiempos de guerra y en tiempos de paz. Brillantes, ingeniosas y originales, como la que les permitió a dos médicos evitar las deportaciones nazis o el paño en el culo que daría la hegemonía a Atenas en el mar; de chiste, como la solución que encontró el faraón Pepi II para las molestas moscas; desastrosas, como la campaña de marketing de McDonald's en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en 1984 o como la del taxista que arruinó una operación de la CIA de quince millones de dólares; crueles, como la empleada por Ceaucescu para fomentar la natalidad en Rumanía o la película *El Führer regala una ciudad a los judíos...*

Como en botica, de todo encontraréis en estos *Caballos de Troya de la historia*.

Lectulandia

Javier Sanz Esteban

Caballos de Troya de la historia

ePub r1.0

Titivillus 01.09.16

Javier Sanz Esteban, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a los «enanos»:
Yasmina, Silvia, Álex, Alba, María y Adriana.

Prólogo

Cuando me hablaban de estrategia, hasta hace unos días, lo primero que pensaba era en un tipo, normalmente malencarado, al lado de otros tipos (tampoco de mejor cara) alrededor de un mapa donde una serie de marcadores de colores indican las posiciones de sus tropas y de las del enemigo, con el objetivo de que solo queden las fichas propias y que las del otro color vayan tomando viento fresco. Es decir, que miles de hombres se muevan, luchen y mueran porque los de las caras de malas pulgas decidan una estrategia u otra. Visto así, queda lejos, y no suena bien. Ahondando en el tema, podría pensar en altos ejecutivos de compañías multinacionales decidiendo qué hacer con cantidades que tienen más ceros que yo años, o con políticos soñando en cómo ganar votos o, incluso, en publicistas dándole al coco para sacar la mejor manera de venderme un yogur de sabor frambuesa (lo llevan claro). Hasta me podría venir a la cabeza un entrenador planificando una plantilla o un partido.

Resumiendo, hasta el momento en que un buen amigo y mejor tipo te propone que le escribas un prólogo sobre un libro «de estrategia». Y te lo dice al borde del parque del Retiro de Madrid, mientras te tomas un café con él y otras cuantas personas en buena compañía. Hasta ese momento, la palabreja suena lejos, como si aquel instante, en aquella terraza, hubiese nombrado Samarkanda, por decir un sitio que me suene igual de lejos.

Sin embargo, una vez aceptada la proposición —si él es tan valiente de querer que alguien como yo le escriba un prólogo, no he de ser yo menos valiente de aceptar—, y pensando sobre ello con más profundidad (es decir, olvidando completamente la tarea para darte cuenta cuando faltan pocos días para el límite que te ha impuesto), pudiera ser que la estrategia también tuviera que considerarse como tema a utilizar en cuestiones menos «lejanas». Por ejemplo, la estrategia a seguir para escribir un prólogo a un libro de anécdotas históricas alrededor de la estrategia. Todo queda en casa, o en frase.

Tomándolo así, como una cuestión estratégica, es más fácil. En primer lugar, una buena manera de mostrar las cartas que vamos a jugar es hablar del autor. Javier Sanz es de esos tipos que son capaces de proponerte que le escribas un prólogo en una terraza al borde del Retiro, en la primera ocasión que le pones cara y tras unas cuantas cervezas con sus respectivas tapas. La cuestión puede resultar baladí, pero no lo es en absoluto. Dice de él que es directo, cordial, de pensamientos rápidos y de amistades de las de siempre. Tipo de dar la mano fuerte, la sonrisa larga, las horas siempre cortas junto a él. Alguien con el que con menos de dos birras te quedas corto, seguro. Alguien que sabe lo que quiere, y que quiere a lo que sabe, a lo que aprende, a lo que escribe.

Lo de aplicar una estrategia demuestra ser bueno. Porque desde ese primer paso de hablar del autor, hemos terminado en notar que ama lo que escribe. Y se nota mucho. Cada una de las anécdotas que compone el libro que vas a leer, querido lector (y se te perdonaría incluso que te saltaras este prólogo), está tratada y contada con un cariño especial, con el cariño que se tiene a las cosas que son pequeñas pero tienen importancia. Romanos, griegos, persas, nazis, aliados, espías, generales... Grandes y pequeños hombres en dosis de las que se pueden compartir alrededor de una charla cualquiera de café. Algo así como la impresión de que Javier podría contarte cualquiera de las historias que siguen a petición, como quien habla de su familia, de sus amigos, de su vida.

Sin duda alguna, la estrategia es válida también para un prólogo. Porque he, hemos llegado al final con buena dirección y tino. Ya solo queda lo último. O más bien las dos últimas cosas. La primera, dar las gracias a ese tipo del Retiro. Y no por la oportunidad y el placer de escribir estas letras, que también, si no sobre todo por haberme dejado disfrutar de su libro antes que a la mayoría y, cómo no, por ese apretón de manos que sellaba este acuerdo y lo que significaba. Y la segunda, darte la enhorabuena a ti que lees esto, porque vas a empezar una aventura (eso y no otra cosa es abrir un libro) que, sin duda alguna, te va a hacer disfrutar, y esta vez sin necesidad de seguir más estrategia que la de pasar una página tras otra.

ADOLFO SUÁREZ JIMENO

NOTA DEL AUTOR

Dada la imposibilidad de asaltar las murallas de Troya, los griegos decidieron tirar de estrategia e ingenio para acceder a la ciudad. Hicieron creer a los troyanos que abandonaban la lucha y, a modo de presente y en reconocimiento de la derrota, dejaron un enorme caballo de madera a las puertas de la ciudad. Un presente que en su interior llevaba la destrucción. Incluso hoy en día, la expresión «caballo de Troya» ha quedado como regalo envenenado... desde el punto de vista troyano; para los griegos fue pura estrategia.

Estrategia y engaño son dos caras de la misma moneda, todo depende de cuál elijas o cuál te toque. Ambas han sido una constante a lo largo de toda la historia y de todas las culturas o civilizaciones, y el mejor laboratorio para ponerlos en práctica han sido las batallas, las guerras o los conflictos bélicos. Detrás de cada historia hay una idea distinta, osada y, sobre todo, innovadora, cuyos protagonistas caminaron, cual funambulistas, por la delgada línea que separa el éxito y el fracaso. Además, los grandes estrategias de la historia se convertirán en actores de reparto, las batallas que te contaron en el colegio pasarán a ser simples referentes geográficos o temporales, las academias militares ni se citarán... Los protagonistas de este libro son casi anónimos, olvidados o que no tuvieron la suerte de estar entre los que escriben la historia... los ganadores.

Desde Egipto hasta nuestros días, en tiempos de guerra encontrarás cientos de historias que se podrían resumir en una frase atribuida a Albert Einstein: «En los momentos de crisis o situaciones extremas, solo la imaginación es más importante que el conocimiento».

Pero no me voy a quedar únicamente con la estrategia en los tiempos de guerra, también me voy a ocupar, tal y como reza el dicho «en el amor y en la guerra todo vale», del amor. Bueno, del amor, de los negocios, del deporte, de la publicidad... de todo lo referente a estrategias en cualquier ámbito de la vida en tiempos de paz. De aquellos que supieron actuar en consecuencia con sus ideas, fueron conscientes de sus limitaciones y trataron de alcanzar sus sueños u objetivos aunque fueran tan poco poéticos o literarios como el dinero o la fama. De historias que simplemente sirvieron para remediar problemas puntuales o cuestiones banales, de otras de mayor calado que incluso trascendieron a sus protagonistas llegando a nuestros días, de los que fueron políticamente incorrectos, de políticos que hoy en día aparecerían en los suplementos de ciencia como animales en vía de extinción, de altruistas sin intereses ocultos... Pero como no todo puede ser color de rosa, en *Caballos de Troya de la Historia* también encontrarás buitres carroñeros, gentes sin escrúpulos, tiburones de las finanzas... Un reflejo de cada sociedad, de su época y de la personalidad de sus protagonistas.

Ahora que ya sabes lo que tienes entre manos, solo me queda añadir lo que dijo Julio César al cruzar el Rubicón: «*Alea iacta est*», o como dice mi padre: «A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga», al cruzar el río de mi pueblo... si hubiera o hubiese.

PRIMERA PARTE

TIEMPOS DE GUERRA

«Si quieres fingir cobardía para conocer la estrategia de los adversarios, primero tienes que ser extremadamente valiente, porque solo entonces puedes actuar como cobarde de manera artificial».

SUN TZU

«Deja siempre una salida, a menos que quieras saber realmente lo duro que un hombre es capaz de luchar cuando no tiene nada que perder».

«Cuando sabemos que nuestro enemigo es invencible, es mejor correr y esconderse... o intentar hacer negocios con él».

TOBA BETA

«Si conoces a los demás y te conoces a ti mismo, ni en cien batallas correrás peligro; si no conoces a los demás, pero te conoces a ti mismo, perderás una batalla y ganarás otra; si no conoces a los demás ni te conoces a ti mismo, correrás peligro en cada batalla».

SUN TZU

«Nunca se miente tanto como antes de las elecciones, durante la guerra y después del sexo (no soy político, no he participado en una guerra... y de lo otro no hablo en público)».

OTTO VON BISMARCK

LA BATALLA DE LOS TRILLIZOS

En la Antigüedad y en la Edad Media, en contadas ocasiones imperaba la cordura, y para evitar baños de sangre innecesarios se acordaba dirimir alguna que otra batalla mediante un duelo entre los campeones de cada bando.

Cuando Tulio Hostilio (673-641 a. C.), el tercer rey de Roma, le declaró la guerra a la ciudad de Alba Longa, se acordó arreglar la disputa mediante uno de estos combates singulares, pero de una forma un tanto peculiar: lucharían hermanos trillizos por cada uno de los bandos. Los Horacios, en defensa de Roma, y los Curiacios por Alba Longa. El comienzo del duelo fue muy igualado, pero, poco a poco, los Curiacios fueron acorralando a los romanos hasta que dieron muerte a dos de ellos. El tercero de los Horacios salió huyendo, y los tres Curiacios, heridos de diversa consideración, lo persiguieron. Cuando el romano los tenía donde él quería, cansados y heridos, se dio la vuelta y los mató uno a uno. La entrada en Roma del Horacio fue triunfal, pero algo fallaba en este día de celebración... Camila, su propia hermana, lloraba desconsolada. El regreso triunfal de su hermano significaba que todos los Curiacios habían muerto, nadie sabía que, en secreto, se había prometido con uno de ellos. Cuando su hermano comprendió lo que pasaba, la apuñaló diciendo: «¡Ve a reunirte con él, puesto que te hace olvidar a tus hermanos muertos, al vivo y a la patria!».

Por el asesinato cometido fue condenado a muerte pero pudo salvar su vida cuando apeló al pueblo y su pena fue conmutada por una cuantiosa multa y la obligación de construir una columna expiatoria para que cada vez que la viese recordara el crimen.

LA MÚSICA DERROTÓ A LOS SIBARITAS

Según el diccionario de la RAE, sibarita se define como natural de Síbaris, ciudad del golfo de Tarento (Italia) —fundada por los aqueos en 720 a. C.— célebre por la riqueza y el refinamiento de sus habitantes. De ahí que este término haya quedado para designar a las personas amantes de placeres exquisitos (lo que en mi pueblo se llama «*morroputa*»).

En el transcurso del siglo VI a. C., formando parte de una coalición con Crotona y Metaponto, los sibaritas destruyeron Siris y ocuparon el fértil territorio entre los valles del Agri y del Sinni (en lo que hoy sería la Basilicata). Signo de la gran expansión política del estado sibarita en este periodo es la acuñación de las famosas monedas de plata de la ciudad con el símbolo del toro que mira hacia atrás y la leyenda «Síbaris». Estas monedas tienen la peculiaridad de que fueron acuñadas según la técnica llamada *incusa*: con la efigie en las dos caras, en el anverso en relieve y en el reverso en profundidad.

Además del buen vivir, los sibaritas también eran famosos por ser unos excelentes jinetes y expertos domadores de caballos, no susurrando, sino con la música. Su caballería era digna de la mejor escuela de arte ecuestre y podían desplazarse perfectamente conjuntados al son de la música —como si los caballos bailasen una danza que conocían a la perfección.

En 510 a. C. se rompió la alianza con Crotona, al sur de Síbaris, y los sibaritas decidieron atacar a su otrora aliado. La majestuosa caballería sibarita formada y presta para el ataque... pero los pobladores de Crotona —crotoniatas— conocían las tácticas militares de sus antiguos aliados. Cuando se ordenó cargar a la caballería, una melodía extraña y arrítmica comenzó a entremezclarse con la música interpretada por los sibaritas. La mezcla de sintonías confundió a los caballos y provocó un desbarajuste total entre la caballería. Momento que aprovechó Crotona para atacar y aniquilar la caballería. Derrotado lo mejor del ejército de Síbaris, entraron en la ciudad y la destruyeron completamente... incluso desviaron el río Cratis para inundarla y evitar que la ciudad fuese reconstruida.

DESVIAR UN RÍO PARA TOMAR UNA CIUDAD

Frente a fuertes defensas y altos muros, la única posibilidad para tomar las ciudades era sitiárlas y rendirlas por hambre o sed, pero cuando tienen suficientes provisiones de alimentos y el suministro de agua asegurado, hay que tirar de ingenio, como veremos en varias ocasiones.

En 539 a. C. Ciro II el Grande, el rey de Persia, se encontró ante las impresionantes murallas de Babilonia, la majestuosa ciudad mesopotámica atravesada por el Eúfrates que proporcionaba el suministro continuo de agua. Babilonia estaba defendida por una doble muralla exterior de más de veinte metros de altura y el espacio entre ambas relleno de tierra y piedras. En la zona surcada por el río, la muralla se protegía con una sólida puerta para permitir el paso de embarcaciones y debajo de ella unas rejas que impedían cruzarlo bajo el agua. Conocidas todas las dificultades para tomar la ciudad, el rey persa supo encontrar el único punto débil: el río. Aunque su cauce estaba protegido por las rejas cuando entraba en la ciudad, Ciro sabía que no llegaban hasta el fondo y optó por una medida de ingeniería: desviar el cauce del río. Puso a trabajar a sus hombres río arriba y cuando todo estuvo preparado, esperó una noche en la que los confiados babilonios estaban de celebración. Ordenó taponar con una presa el cauce natural hacia un canal para disminuir su caudal hasta el punto que permitiese a sus hombres cruzar bajo las rejas sin tener que bucear. Cuando los babilonios se dieron cuenta, los persas ya estaban en el interior de las murallas y, aunque su recinto interior estaba también amurallado, apenas tuvieron resistencia para tomar el resto de la ciudad.

EGIPTO CAYÓ EN MANOS DE LOS PERSAS POR LOS GATOS

En 526 a. C., tras la muerte de su padre el faraón Amosis II, sube al trono de Egipto Psamético III. Hereda un reino próspero pero con una amenaza latente: el imperio persa. Cambises II, rey de Persia, de la dinastía Aqueménida, continuó la expansión del imperio iniciada por su padre, *Ciro II el Grande*, y puso sus ojos en Egipto.

Cambises había dispuesto la marcha de su ejército a través del desierto del Sinaí con la ayuda de las tribus árabes que le prepararon depósitos de agua, esenciales para cruzar el desierto. La esperanza del faraón para conjurar la amenaza persa se basaba en una teórica alianza con los griegos. Sin embargo, sus expectativas se desvanecieron cuando comprobó que no existía tal alianza y, además, Fanes de Halicarnaso, comandante de las tropas griegas mercenarias asentadas en Egipto, se había pasado al bando persa. La batalla decisiva se iba a librar frente a las puertas de la ciudad de Pelusio en 525 a. C.

Aparte de la superioridad del ejército persa y de la bisonñez del faraón, en la batalla también tuvo que ver el hecho de que los egipcios consideraban a los gatos como manifestaciones de la diosa *Bastet* y, por tanto, sagrados. Los persas añadieron a su habitual equipo de campaña todos los gatos que pudieron capturar. Así que los egipcios tuvieron que luchar evitando dañar a los gatos. Tras una desigual lucha, los egipcios se refugiaron en Pelusio. Una vez sitiada la ciudad, Cambises siguió con la estrategia felina: arrojaron los gatos a la fortaleza, lo que obligaba a los arqueros egipcios a disparar con *demasiado* cuidado para no alcanzarlos.

Cayó Pelusio, y poco más tarde, lo haría Menfis. Psamético III se convirtió en el último faraón de la dinastía XXVI de Egipto. Cambises sería coronado faraón y daría comienzo a la dinastía persa. El flamante faraón tuvo que ordenar casi de inmediato la vasta extensión de terreno ganada. Nombró varios gobernadores para imponer el orden y magistrados para impartir justicia, dependientes directamente del faraón e independientes entre sí. Uno de estos gobernadores solicitó audiencia con Cambises para denunciar a un magistrado cuyas sentencias no dependían de los hechos y pruebas, sino de los sobornos recibidos. El faraón, perplejo porque era un hombre de su confianza e indignado porque impartía justicia en su nombre, ordenó a su hijo acompañar al gobernador y comprobar la veracidad de la denuncia. A los pocos días, llegó un mensaje de su hijo confirmando que el magistrado era un corrupto. Cambises se presentó ante el magistrado y ordenó que lo desollaran vivo. Para que todos recordasen lo que le había pasado al corrupto y lo que les podía pasar a todos los que siguiesen sus pasos, puso la piel del magistrado sobre la mesa desde donde se impartía justicia. Desde aquel momento, todos los juicios eran atendidos sobre aquel

recuerdo. No se tienen noticias de ningún caso más de corrupción...

UN MENSAJE OCULTO... EN LA CABEZA

Las Guerras Médicas, entabladas entre las ciudades-estado griegas y el imperio aqueménida, dieron comienzo en 499 a. C. y finalizaron en 449 a. C. Su pistoletazo de salida fue un tatuaje en la cabeza.

El tercer rey de la dinastía Aqueménida fue Darío I el Grande, cuyo reinado se extiende entre el año 521 y el 486 a. C. Con él, el imperio persa alcanzó su máxima expansión abarcando Egipto, algunas zonas de Grecia y la parte norte del subcontinente indio. Pero los escitas, nómadas que ocupaban la región euroasiática desde el Danubio hasta las costas septentrionales del mar Negro, todavía seguían siendo una amenaza en la frontera del norte. Así que construyó un puente para cruzar el Danubio y se plantó en Escitia con un poderoso ejército. Ante la manifiesta inferioridad numérica, los escitas evitaron enfrentarse a los persas directamente y jugaban con ellos al gato y al ratón. Darío, cansado de aquella estrategia, decidió retirarse, pero los griegos habían decidido destruir el puente y dejar aislados a los persas. Solo la intervención de Histieo, tirano de Mileto, lo evitó. No por simpatía con los persas, sino porque todavía no estaban preparados para enfrentarse a ellos.

Como muestra de agradecimiento, Darío se llevó a Histieo como consejero personal. Este sabía que no podía negarse, pero consiguió que Darío nombrase a Aristágoras, familiar suyo, nuevo tirano de Mileto. Se ganó la confianza del rey persa cumpliendo su papel a la perfección y, además, le sirvió para conocer las debilidades de su enemigo. Cuando llegó el momento de levantarse en armas contra los persas, Histieo debía comunicarse con Aristágoras, pero ¿cómo hacerlo sin que el mensaje fuese interceptado?

Le rapó la cabeza a un esclavo de confianza y le tatuó el mensaje: «Histieo a Aristágoras: subleva Jonia».

Cuando al esclavo le creció el pelo para que el mensaje estuviese oculto lo envió a Mileto. Aristágoras, tras volverle a rapar la cabeza y leer el mensaje, se dirigió a Esparta y Atenas para que se uniesen a la causa griega, pero solo Atenas aceptó. Mileto y Atenas habían iniciado las hostilidades que desembocarían en las Guerras Médicas.

UNIR UNA ISLA CON EL CONTINENTE PARA CONQUISTARLA

Uno de los más grandes conquistadores y estrategas de la historia fue Alejandro Magno, como quedó demostrado en la toma de la ciudad de Tiro, donde tuvo que echarle mucha imaginación. Tiro, actualmente en el sur de Líbano, era una de las mayores ciudades-estado fenicias —unos cuarenta mil habitantes—, con la particularidad de que parte de ella estaba situada en una isla fortificada con murallas de más de cuarenta metros con dos puertos naturales.

En 332 a. C. el rey macedonio conquistó la parte de la ciudad situada en el continente, pero no pudo hacer lo mismo con la parte insular al no disponer de una flota suficiente para asaltarla. Ante la imposibilidad de hacerlo por mar, decidió intentarlo por tierra... pero era una isla. Ordenó construir un espigón de piedra y tierra que uniese el continente con la isla cubriendo los setecientos metros que los separaban. Lógicamente, comenzó su obra de ingeniería desde la parte continental, donde había mucha menos profundidad y la distancia con las murallas enemigas daba seguridad a los trabajadores, pero cuando el espigón fue tomando forma, las cosas se pusieron difíciles: la profundidad aumentó bruscamente y los enemigos ya tenían a su alcance a los macedonios. Para proteger a los trabajadores se construyeron dos torres en la parte más avanzada del espigón desde las que se hostigaría constantemente a los tirios. Estos, que para cada idea de Alejandro tenían una solución, cargaron un viejo barco con todo tipo de materiales inflamables, lo prendieron y lo lanzaron a modo de brulote contra las torres. Ante aquella pérdida y cuando ya no tenían más soluciones, una flota de más de doscientos barcos se presentó para sitiar Tiro. Ahora la flota de Alejandro podía proteger la construcción del espigón, aunque el ingenio de los tirios fue retrasando la obra.

Seis meses después, el espigón estaba terminado y las armas de asedio situadas sobre el brazo de tierra construido ya podían alcanzar las murallas de la isla. Al mismo tiempo, y después de haber bloqueado a la flota tiria, también se atacó desde el mar. Cuando las murallas se vinieron abajo, la ciudad cayó rápidamente. A pesar de que Alejandro admiraba la valentía e ingenio de los tirios, debía castigarlos como aviso a otras ciudades. Fallecieron unos ocho mil tirios y treinta mil fueron vendidos como esclavos.

EL PRIMER IRON MAN DE LA HISTORIA

En 2013 se estrenó la tercera entrega de la película *Iron Man*, el superhéroe de los cómics de la Marvel creado por Stan Lee. Tony Stark, el humano que hay bajo Iron Man, elaboró una poderosa armadura en la que integró múltiples dispositivos tecnológicos para luchar contra el mal. Pues en el siglo III a. C. ya existía el primer Iron Man, en este caso Iron Hand: el general romano Marco Sergio.

Marco Sergio, bisabuelo de Lucio Sergio Catilina, fue un general de Roma que combatió en la Segunda Guerra Púnica contra Aníbal. A pesar de su rango, era de los que luchaba codo con codo con los legionarios y fue herido en veintitrés ocasiones hasta que le amputaron la mano derecha. Lo normal habría sido retirarse de la primera línea, pero la idea de Marco era continuar combatiendo. Se puso en manos de los mejores herreros e hizo fabricar una «prótesis» para poder sujetar el escudo. Así lo hicieron y volvió a la batalla... hasta que cayó prisionero de los cartagineses. Tras veinte meses de cautiverio consiguió escapar y regresó a Roma. Ya retirado del ejército, trató de ser sacerdote pero no pudo.

Parece ser que con una mano sí que se podía luchar por Roma pero no servir a los dioses romanos.

DEVOTIO IBÉRICA

La *devotio* ibérica fue una costumbre de los pueblos prerromanos (iberos, celtas, cántabros, celtíberos, lusitanos, etc.), común a otras zonas europeas (Galia o Germania). A través de ella un guerrero (*devotus*) engrosaba la clientela de un personaje importante (*patronus*) mediante un contrato por el que se comprometía a defenderle y a no sobrevivirle en el combate. Se cree que existía algún tipo de ritual o ceremonia para su consagración, pero se desconoce en qué consistía. El honor y la lealtad son los principios que rigen esta figura, por eso, hoy en día no tendría ningún sentido.

Los *devoti* debían defender a su *patronus* hasta la muerte, y si fracasaban, se quitaban la vida. Claros ejemplos de la puesta en práctica de esta figura son Sagunto, Numancia y las guerras cántabras. Los cartagineses y los romanos sufrieron sus consecuencias, pero más tarde supieron aprovecharse de ella. Sabían que matando a los caudillos tenían ganadas las batallas o utilizándolos como rehenes tendrían la lealtad de sus súbditos. Así que las tribus hispanas se aliaban con unos u otros dependiendo del viento que soprase con más fuerza. Caso extremo de estas alianzas fue el de Indíbil, el rey de los ilergetes (tribu ibera que ocupaba buena parte de las actuales provincias de Lleida y Huesca).

En un principio, Indíbil optó por apoyar a los cartagineses. Su pacto con Cartago le obligó a ponerse bajo el mando de Hannón, el comandante púnico que Aníbal Barca dejó para controlar Hispania mientras él emprendía su legendaria campaña italiana. Lo que no calculó Indíbil fue que la guerra entre Roma y Cartago se extendiese tan pronto a Hispania, y menos que un experto militar, Gneo Cornelio Escipión, recién desembarcado en Emporion (Ampurias, Girona), le plantase batalla a Hannón al frente de sus dos legiones y le derrotase frente a Cissa, un lugar muy próximo a la actual Tarragona. El revés púnico fue considerable: seis mil muertos y dos mil capturados, incluidos el propio Hannón e Indíbil. Asdrúbal Barca, que llegó tarde a la batalla con sus refuerzos, no pudo más que hostigar a la flota romana y mantener el Ebro como límite natural entre ambas potencias.

La liberación de Indíbil supuso la entrega de tributos y rehenes ilergetes a Roma, siendo expulsados de buena parte de los territorios que hasta el momento regía. Al año siguiente reanudó sus operaciones propúnicas hostigando a varias tribus celtíberas afines a los intereses de Roma. Su renovada alianza con Asdrúbal le dio rienda suelta para expandir su poder entre otros régulos vecinos menos belicosos, y más tras la derrota y muerte de los dos Escipiones en Castulo e Ilorci (alto Guadalquivir, Jaén). La amistad cartaginesa no fue gratuita para el oligarca ilergete. Tuvo que entregar una buena cantidad de plata y a su propia esposa como rehén. Quizá cansado de la infinita codicia del Bárcida, o quizá atento al cambio de vientos

que se estaba produciendo en Hispania, en 209 a. C. Indíbil pactó con Publio Cornelio Escipión, hijo de uno de los Escipiones y nuevo legado enviado por el Senado de Roma para atajar el problema púnico. El romano aglutinaba bajo su mando a muchos iberos deslumbrados por su buena fortuna, algo que quizá decantase a Indíbil a cambiar de lealtades. La ayuda ilergete llegaría a cambio de la devolución de los rehenes que seguían en manos de Asdrúbal y la confirmación de su condición de rey vasallo de la República una vez Cartago fuese expulsada de Iberia.

No se saben con certeza las causas, puede que los iberos viesen que Roma era un león vestido de cordero, o quizá los agentes bárcidas sobornasen a los régulos indígenas, pero el caso es que solo un año mantuvo su nuevo pacto de fidelidad a Roma, pues en 208 a. C., de nuevo Indíbil forma junto a los aliados iberos en las filas de Asdrúbal. La batalla de Baécula se saldó, como la de Cissa, en contra de los intereses de Cartago. Asdrúbal consiguió huir, los púnicos fueron derrotados y otra vez Indíbil fue capturado y liberado a cambio de grandes tributos.

A la tercera no fue la vencida. El año siguiente, Indíbil secundó una nueva revuelta hispana contra Roma fomentada por el cartaginés Magón. Otro régulo ibero, Mandonio de los ausetanos, que quizá era su cuñado, también acudió a la batalla que se libró en 206 a. C. y que supuso el afianzamiento definitivo de Roma en la península. Escipión y su fiel Cayo Lelio masacraron a veinte mil sublevados en un angosto valle indeterminado de la Sedetania. Esta vez, Indíbil y Mandonio consiguieron huir. La salida de Escipión a África dio alas de nuevo a la terquedad del régulo ilergete. Una vez más se alzaron los descontentos contra Roma, y fueron derrotados nuevamente; Indíbil cayó en combate y Mandonio fue entregado a los romanos como parte de la rendición incondicional, muriendo ejecutado poco después.

ÁNFORAS CON SORPRESA

Con la derrota de Antíoco ante los Escipiones, Aníbal tuvo que huir y encontró refugio en la corte de Prusias I de Bitinia, enemigo de Roma. Por aquello de las alianzas con unos y otros, con la firma de la Paz de Apamea, Roma obligó a Prusias a entregar la región de Frigia a Eumenes II de Pérgamo, lo que, años más tarde, supuso el enfrentamiento entre Bitinia y Pérgamo.

En 184 a. C., Prusias puso al mando de su flota a Aníbal para liderar la ofensiva contra las tropas de Pérgamo. A sabiendas de que la flota enemiga era muy superior a la suya, Aníbal ordenó que embarcaran unas misteriosas ánforas en algunos de los barcos. Cuando estaban frente a la flota de Eumenes, Aníbal mandó subir las ánforas y arrojarlas contra las naves enemigas. Cuando vieron aproximarse las ánforas, algunos reían y otros, conocedores de que al mando de la flota de Bitinia estaba Aníbal, recelaban... Al golpear contra la cubierta de los barcos, se rompieron y dejaron salir el letal contenido: serpientes venenosas. Aquella sorpresa sembró el caos entre los soldados y, sobre todo, entre los remeros, que dejaron prácticamente las naves sin rumbo, chocando unas con otras. Aníbal ordenó el ataque y consiguió la victoria.

Ante aquella victoria sobre un aliado, Roma volvió a intervenir con una de sus armas estratégicas: el soborno. Enterado Aníbal de que iba ser entregado a Roma, se suicidó ingiriendo veneno. Sus últimas palabras fueron: «Libremos a Roma de sus inquietudes, ya que no sabe esperar la muerte de un anciano».

CUANDO LA TRAICIÓN ES LA ÚNICA ESTRATEGIA PARA DERROTAR AL ENEMIGO

Las claves del éxito de la rápida y exitosa expansión de Roma fueron las alianzas, los pactos, el poderío militar de las legiones... y alguna que otra traición. Esta es la historia de una de las traiciones más conocidas: la de Viriato.

Mito, leyenda, héroe y azote de la República durante siete años, Viriato es uno de los más renombrados enemigos de Roma de todos los tiempos. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, así como el lugar. Mientras Portugal quiere atribuirse su origen luso argumentando que procedía del Mons Herminius (Serra da Estrela), otras teorías le hacen sayagués, exactamente de Torrefrades. La hipótesis más extendida es la que ubica su nacimiento cerca de la vacca Ocalam (Zamora), más concretamente en Ocelum Duri, una futura *mansio* de la que sería años después la vía de la Plata a pocos kilómetros del asentamiento indígena que ocupaba la actual Zamora. La primera fuente clásica que da alguna referencia sobre su persona es Diodoro Sículo, catalogándolo como guerrero lusitano. Tito Livio comentó de él que era un pastor soldado y Apiano, quizá el más afable de todos, elogió los siete años de campaña ofreciendo una imagen de Viriato como a un hombre de palabra, un caudillo indígena valeroso y justo.

La Lusitania (que comprendía el actual sur de Portugal y buena parte de Extremadura y sur de Castilla y León) era una región levantisca. En el año 150 a. C. estaba siendo apaciguada por el pretor de la Hispania Ulterior, Servio Sulpicio Galba. Este aristócrata codicioso recibió una embajada lusitana deseosa de establecer una tregua duradera que sirviese para confirmar las reivindicaciones indígenas frente al gobierno provincial. Los lusitanos habían comprobado la carencia de escrúpulos del tal Galba y preferían una paz pactada a una guerra de destrucción orquestada a conciencia por aquel cruel romano. Galba convocó a las tribus lusitanas a una reunión en las que les ofrecía tierras a cambio de paz. Los lusitanos acudieron a la llamada del pretor ignorando que se dirigían a una trampa. Cuando tuvo reunidas en tres campamentos cerca de treinta mil personas —entre hombres, mujeres y niños— les solicitó a los guerreros que entregasen sus armas como señal de amistad. Fue entonces cuando se desencadenó una matanza sin parangón en la Hispania antigua. Nueve mil personas murieron allí mismo acuchilladas por las legiones de Galba y otras veinte mil fueron vendidas como esclavas en la Galia. Solo unos pocos afortunados pudieron escapar de aquel infierno, entre ellos el joven Viriato. Su profundo odio a los enviados de Roma germinó y cuajó en su alma tras contemplar aquella triste jornada.

A este ignominioso hecho, por el que se procesó al pretor Galba a su vuelta a

Roma y del que salió absuelto solo gracias a los sobornos y su buena oratoria, se sucedieron tres años de guerra irregular entre los rebeldes lusitanos y las legiones consulares. En 147 a. C., durante un lance de estas operaciones, un contingente lusitano quedó atrapado por las legiones de Cayo Vetilio. Fue en aquel momento cuando Viriato tomó las riendas de la resistencia lusitana. Parece ser que, reunido el consejo ante la gravedad de la situación, prometió a las tribus librarlas del asedio romano si le aceptaban como caudillo; aceptaron su órdago y Viriato consiguió su propósito rompiendo el cerco enemigo al atacar por varios puntos de forma simultánea a las legiones de Vetilio. El líder lusitano, buen conocedor de la complicada orografía hispana, entendió que no era posible derrotar a las legiones en campo abierto estableciendo una batalla frontal al uso y costumbre de la época. El terreno y la precariedad de equipamiento de sus hombres le condujeron a llevar a cabo con maestría su propio estilo de guerra: la guerra de guerrillas. El sistema funcionó. El propio Vetilio cayó abatido en una de sus escaramuzas cuando, entre el fragor de la algarada, fue confundido con un legionario raso.

Durante los años siguientes, hombres de la talla de Plaucio, Unimano y Nigidio fueron derrotados por la coalición lusitana, atacando a pequeños grupos por sorpresa y retirándose antes de que las tropas romanas pudiesen reaccionar. Sus tácticas de acoso y fuga sirvieron de enseñanza años después a militares como Quinto Sertorio. De sus innatas cualidades como estratega da buena fe el historiador Apiano:

Dispuso a sus tropas en línea de batalla como si pretendiera combatir, pero les dio órdenes de dispersarse tan pronto como montara a su caballo, alejándose de la ciudad de Tribola por distintas rutas, y le esperaran allí [...]. Eligió a mil hombres de su confianza y combatió todo el día a los romanos, atacando y retrocediendo gracias a sus rápidos caballos. Tan pronto como conjeturó que su ejército se hallaba a suficiente distancia y a salvo, huyó, salvando así a sus hombres de una situación desesperada.

Solo Quinto Fabio Máximo Emiliano consiguió que Viriato se retirase hacia los montes y pudo recuperar temporalmente el control de algunas ciudades rebeldes. Pero lo que Emiliano consiguió con la fuerza de las armas, Viriato lo neutralizó con sus alianzas tácticas. Sus emisarios recorrieron media Hispania incitando a la rebelión contra Roma, una llama que prendió sin esfuerzo en muchas tribus celtíberas que también padecían la codicia desmedida de los gobernantes romanos. La situación de inestabilidad permanente comenzó a molestar al Senado. Para solucionar definitivamente el problema lusitano decidieron enviar a Hispania a Quinto Fabio Máximo Serviliano con más tropas e incluso elefantes. La superioridad numérica y táctica romana no amilanó al caudillo lusitano. En un claro desafío a Serviliano, Viriato llegó a atraparlo entre sus hombres y varias tribus celtíberas que cambiaron de bando en el momento apropiado. Serviliano, acorralado entre dos importantes fuerzas

indígenas —y viendo peligrar su propia vida y la de sus hombres—, accedió al acuerdo de paz que le propuso Viriato. Tras liberar a Serviliano, el Senado ratificó el armisticio, le reconoció como *dux lusitanorum*, permitió que mantuviesen sus armas y privilegios y le otorgó el título de «amigo de Roma». Esto ocurrió en 140 a. C.

Poco tiempo duró este precario equilibrio. Roma había sido ofendida y humillada por la victoria lusitana. Además, el éxito de la coalición de tribus comandada por Viriato podía alentar nuevos intentos de sedición entre los belicosos clanes celtíberos. Por ello, al año siguiente, el pretor de la Ulterior urdió un plan avieso con el que zanjar el asunto. Una embajada fue convocada en territorio romano con un pretexto vano; el motivo real de aquella reunión era ofrecerles a Audax, Ditalco y Minuro, los tres embajadores y lugartenientes del caudillo lusitano, una suculenta recompensa a cambio de la cabeza de su jefe. Los tres conjurados aceptaron la generosa propuesta y, a su vuelta, asesinaron a Viriato mientras dormía. Días después volvieron a Corduba, lugar donde estaba el Pretorio de Quinto Servilio Cepio —sucesor y hermano de Serviliano—, para reclamar el pago de su recompensa. Cepio no lo dudó ni un instante. Ordenó la ejecución inmediata de los tres embajadores, espetándoles a la cara la frase inmortal: «Roma no paga a traidores».

Dice la leyenda que las cenizas de Viriato acabaron junto a las de su mujer y fueron esparcidas en el paraje de la Ciudad Encantada de Cuenca. El sucesor del caudillo traicionado fue un tal Tautalo. Este nuevo líder no tenía las cualidades militares y anímicas de su antecesor, pero en cambio era un buen diplomático. De hecho, fue él quien pactó una paz definitiva con el cónsul Marco Popilo en la que Roma, después de tantas hostilidades, le concedía a las tribus lusitanas las tierras de la discordia.

Los veteranos romanos, latinos y auxiliares de estas guerras lusitanas que se licenciaron al año siguiente de la muerte de Viriato obtuvieron del cónsul de turno, Décimo Junio Bruto, tierras en la Edetania —a modo de jubilación— para fundar una nueva colonia sobre una isla fluvial cerca de la desembocadura del río Turius. La llamaron Valentia. Era el 138 a. C. Así lo explicó Tito Livio:

Iunius Brutus cos. in Hispania iis qui sub Viriatho militaverant agros et oppidum dedit, quod vocatum est Valentia.

En honor a la verdad, también hay que decir que en otras ocasiones fueron miembros de las tropas enemigas los que se ofrecieron para traicionar a sus propios caudillos. Este es el caso Nicias, el médico del rey Pirro.

Pirro fue el rey de Epiro (estado helénico de la Antigüedad), y aunque la extensión de su territorio aumentó durante su reinado y triunfó en muchas batallas, también en su nombre se acuñó el término «victoria pírrica» cuando las pérdidas sufridas eran mayores que las ganancias. Se le atribuye la frase: «Otra victoria como esta y estoy perdido».

Tras la victoria de los griegos encabezados por Pirro sobre la República de Roma, en la que mucho tuvieron que ver los elefantes, durante la batalla de Heraclea (280 a. C.), el cónsul romano Cayo Fabricio Luscino negoció la paz y el intercambio de prisioneros con el rey griego. Cuando Fabricio estaba en su campamento discutiendo las condiciones de la rendición con el otro cónsul, Quinto Emilio, llegó un mensajero con un correo de los griegos, en concreto de Nicias, el médico del rey. En el mensaje se ofrecía a envenenar al rey con su correspondiente gratificación. Sin pensarlo, los cónsules se reunieron y enviaron este mensaje a Pirro:

Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules de los romanos, al rey Pirro:

Parece que no eres muy diestro en juzgar a los amigos y a los enemigos. Léida la carta adjunta que se nos ha remitido, verás que haces la guerra a hombres rectos y justos, y que te fías de injustos y malvados. Dámote este aviso, no por hacerte favor, sino para que cualquier mal suceso tuyo no nos ocasione una calumnia y parezca que tratamos de dar fin a la guerra con malas artes, ya que no podemos con el valor.

El rey Pirro mandó ejecutar a su médico y liberó a todos los prisioneros romanos sin ningún tipo de contraprestación.

LA BATALLA DE LOS SMS DE LA ANTIGÜEDAD

Fulvia, esposa de Marco Antonio, fue una mujer que se rebeló contra el rol que le atribuía la sociedad de Roma —el de mera comparsa— y que jugó un papel importante en las decisiones de su propio marido —igual que en sus dos anteriores matrimonios— y, por tanto, del Segundo Triunvirato que gobernó Roma (Marco Antonio, Octavio y Marco Emilio Lépido). Mientras Marco Antonio estaba en Egipto, concretamente en la cama de Cleopatra, Octavio se estaba ganando el favor de los romanos y, lo que es peor, de las legiones que habían combatido con Antonio, pero Fulvia no se iba a quedar de brazos cruzados. Utilizando sus armas de mujer — en este caso de mala mujer—, consiguió que el hermano pequeño de su marido, Lucio Antonio, reclutase ocho legiones para enfrentarse a Octavio. Sus intenciones eran llamar la atención de Marco Antonio obligándole a regresar a Roma —«*Arrancarlo de los brazos de aquella zorra*»— y recuperar el poder perdido.

En el 41 a. C., y tras la ofensiva de Octavio, Lucio Antonio se replegó a la ciudad de Perugia (actual Perugia), esperando el regreso de su hermano y las negociaciones de Fulvia con las legiones acantonadas en la Galia... pero nadie llegó en su auxilio. Las tropas de Octavio sitiaron la ciudad y ante la dificultad de tomarla decidió rendirla por hambre. Durante los dos meses que duró el asedio, se produjo una «batalla de SMS de época»: los honderos —famosos eran los baleares— estuvieron lanzando proyectiles (de piedra o plomo) en los que grababan frases: «*Pete culum Octaviani*» («Para el culo de Octavio»), «*Luci Antoni calve, Fulvia culum pandite*» («Lucio Antonio calvo, Fulvia muéstranos tu culo»)... y otras menos jocosas: «*Esureis et me celas*» («Aunque lo ocultéis, os estáis muriendo de hambre»).

Tras dos meses de asedio, en la llamada hambruna perusina, Lucio rindió la ciudad. Fulvia huyó a Grecia y Lucio fue exiliado con el compromiso de no volver a Roma. Cuando Marco Antonio regresó a Roma, culpó a su mujer de la guerra y se casó con Octavia la Menor, hermana de Octavio, para demostrar públicamente su reconciliación con él.

¿CAUDILLO CÁNTABRO O BANDIDO NORTEAFRICANO?

Al hilo de la historia anterior —las traiciones para acabar con tu enemigo— y con un pequeño matiz que las diferencia, tenemos la historia de Corocotta. Fue el propio Corocotta el que se presentó para cobrar la recompensa que se pagaba por él. ¿Caudillo cántabro o bandido norteafricano?

Los *cantabri*, o cántabros, habitaban la actual Cantabria y parte de Burgos, Asturias y País Vasco. Fueron mercenarios de élite con Aníbal Barca, gentes hoscas de las montañas y que, según el geógrafo Estrabón, tantos quebraderos de cabeza le ocasionaron siglos más tarde al emperador Augusto:

Estos se alimentan, en dos tiempos del año, de bellota, secándola, moliéndola y haciendo pan de la harina. Forman bebida de cebada; tienen poco vino, y el que llega lo consumen luego en convites con los parientes. Usan manteca en lugar de aceite. Cenar sentados, dispuestos a este fin asientos en las paredes. La edad y la dignidad llevan los primeros lugares. Mientras se sirve la bebida bailan al son de gaita y de flauta.

Vístense todos de negro con sayos, de que forman cama, echándolos sobre jergón de hierbas. Tienen vasos de cera como los celtas, y las mujeres gastan ropas floridas o de color de rosa. En lugar de dinero conmutan una cosa por otra, o cortan algo de una lámina o plancha de plata. A los condenados a muerte los precipitan desde una roca, y a los parricidas los cubren de piedras fuera de sus términos o de sus ríos.

Los casamientos son al modo de los griegos; y a los enfermos los sacan al público, como los egipcios, a fin de tomar consejo de los que hayan sanado de semejante accidente.

La rusticidad y fiereza de sus costumbres proviene no solo de las guerras, sino de vivir apartados de otras gentes, y faltando comunicación, falta también sociedad y humanidad. Hoy se ha remediado algo por el trato con los romanos después de sujetarlos Augusto; pero los que tienen menos comunicación son más inhumanos, contribuyendo para ello la aspereza de los montes en que viven.

Lávanse con orines que dejan pudrir en las cisternas, y hombres y mujeres se limpian con ellos los dientes. Parécense a los celtas, a los de la Tracia y Escitia. Las mujeres labran los campos, y cuando paren hacen acostar a los maridos y ellas les sirven. Cuéntase también en prueba de la demencia cantábrica que algunos, viéndose clavados en cruces por sus enemigos,

cantaban alegremente, lo que indica fiereza. De una hierba semejante al apio forman un veneno activísimo que mata sin dolor, y lo tienen a la mano para usarlo en cualquier adversidad, especialmente por si daban en manos de romanos [...]. (Estrabón, *Geografía*).

Durante las dos guerras civiles, las tierras de los astures y cántabros quedaron fuera de las operaciones principales. Eran tierras bárbaras, aún fuera de los límites de la República, aunque sí se sabe que grupos de jinetes cántabros participaron en la guerra civil enrolados en las cohortes hispanas de los legados de Pompeyo durante la batalla de Ilerda (49 a. C.).

No sabemos el motivo exacto por el que Roma decidió intervenir militarmente en aquellas tierras frías e inhóspitas. En las fechas de la primera confrontación cántabra, 26 a. C., se produjo el nuevo reparto provincial de Hispania, desapareciendo la Ulterior y Citerior y creándose la Lusitania, Bética y Tarraconense. Los astures quedaron bajo la influencia de Lusitania y los cántabros de la Tarraconense, provincia gestionada por el nuevo *princeps* Augusto. Puede ser que el descubrimiento de las minas de oro de las Médulas (León) en plena tierra hostil y su consiguiente necesidad de explotación justificasen movilizar legiones en el norte de Hispania. Además, la costumbre cántabra de saquear a sus vecinos sometidos a Roma cada verano originó el pretexto ideal para abrir las puertas del templo de Jano y justificar la campaña.

Pero vayamos a nuestro protagonista, Corocotta. Todo alrededor de él es incierto, héroe nacional cántabro, azote de Roma, rebelde indómito y líder de masas. Esta es la imagen idealista que se tiene de él hoy en día en Cantabria. Pero hay grandes lagunas que conceden el beneficio de la duda sobre este personaje extraordinario:

Primera teoría: Caudillo cántabro oriundo, de nombre céltico. Según el hispanista alemán Adolf Schulten, Corocotta unificó a las diversas tribus que habitaban las tierras cántabras (orgenomescos, vadinianos y concanos principalmente) y fue el líder de la resistencia desde el 26 al 19 a. C. Roma puso precio a su cabeza, para ser más exactos doscientos mil sestercios (por buscar una equivalencia que ayude a entender su abultado montante, con un sestercio se cenaba y dormía en una *mansio*). Un día se presentó un bárbaro desaliñado ante Augusto con intención de cobrar la recompensa. El *princeps* le miró de soslayo y le preguntó dónde estaba el caudillo cántabro, a lo que el sujeto le contestó: «Aquí me tienes, yo soy Corocotta; ahora págame lo que me debes». Augusto, abrumado por semejante valentía, le dejó ir... y le pagó su recompensa.

Segunda teoría: bandido norteafricano. Esta nueva hipótesis desdice a Schulten planteando ciertas dudas que harían quebrarse la versión oficial. Dion Casio no habla de él en sus crónicas de las Guerras Cántabras, sino bastante después, en un panegírico sobre la clemencia de Augusto. En dicho texto lo menciona como bandido en Hispania, no como un bandido hispano; ese simple detalle indica la procedencia extranjera del individuo. Por otra parte, debido a los problemas de salud y a las

recomendaciones de sus médicos, Augusto se pasó la mayor parte de la guerra en la ciudad de Tarraco; así que es difícil que un caudillo cántabro cruzase una provincia romana en estado de guerra para cobrar una recompensa. Además, Dion Casio no habla en su crónica de ningún campamento consular o rendición por parte del cántabro, cosa que afirma Schulten sin ninguna evidencia contrastable. Por último, Corocotta es la latinización de un nombre griego que define un conocido animal del norte de África —Krokóttas, el chacal—, un nombre que encaja perfectamente con la personalidad de un pirata o gánster de la Antigüedad. Hay un documento de época tardía que se encontró cerca de Cartago en el que aparece un tal M. Grunio Corocotta; puede que de esta provincia africana fuese originario nuestro hombre.

Aun así, y como este es mi libro, yo me seguiré quedando con la versión del caudillo cántabro. No se sabe nada de lo que le sucedió a Corocotta después de aquel encuentro con el hombre más poderoso de su tiempo, Augusto. La guerra concluyó en 19 a. C. y los últimos hispanos irredentos no salieron bien parados. Así relata Dion Casio el resultado final de las guerras cántabras:

De los cántabros no se cogieron muchos prisioneros; pues cuando desesperaron de su libertad no quisieron soportar más la vida, sino que incendiaron antes sus murallas, unos se degollaron, otros quisieron perecer en las mismas llamas, otros ingirieron un veneno de común acuerdo, de modo que la mayor y más belicosa parte de ellos pereció. Los astures, tan pronto como fueron rechazados de un lugar que asediaban, y vencidos después en batalla, no resistieron más y se sometieron enseguida.

LA ENVIDIA SALVÓ A ESCOCIA DE LA OCUPACIÓN ROMANA

En el verano del 77 d. C., Cneo Julio Agrícola fue designado como gobernador de Britania. La isla se encontraba por entonces en una tensa calma. Los rescoldos de la revuelta de Boudica, la reina britana, ya se habían apagado, pero la frontera norte se había vuelto inestable. Un nuevo levantamiento protagonizado por la tribu de los brigantes durante el mandato del anterior gobernador Quinto Petilio Cerealis había insuflado aires de libertad a muchas de las tribus al norte de Eboracum (la actual York). Pero Cerealis conjuró la rebelión y dispersó a los sublevados, refugiándose los irredentos muy al norte de sus tierras, en las brumosas montañas de la conocida por entonces como Caledonia (actual Escocia).

Agrícola realizó seis campañas para afianzar la estabilidad del norte de Britania, en el 78, tomando de nuevo la isla de Mona (Anglesey) y sofocando las revueltas de los ordovices (hoy Gales), y entre el 79 y el 83, adentrándose casi hasta territorio picto. Ningún ejército romano había llegado tan al norte desde que César desembarcase en Britania más de un siglo antes (de hecho, hasta que la flota de Agrícola no circunnavegó Britania aquel año, no estaban completamente seguros de que era una isla). Fue en esta penúltima campaña, la del 83, cuando la *Legio IX Hispana* entró en contacto con el protagonista de esta historia.

Las tribus pictas, alentadas por los brigantes huidos del sur, decidieron enfrentarse a la amenaza que suponía un ejército romano acampado tan cerca de sus tierras. Por ello, y según Tácito, eligieron a un hombre que les acaudillara. Según el historiador romano, ese honor cayó en Calgaco, cuyo nombre en celta podría ser interpretado como «*el que posee una hoja*» o «*el hombre de la espada*». El erudito romano lo describió como «el más distinguido de nacimiento y de valor entre los jefes». Teniendo en cuenta que todo lo que sabemos de este hombre y las campañas pictas se basa en el *De Vita Iulii Agricolae*, la crónica de la vida y hazañas de su admirado suegro, bien puede tratarse de un bárbaro idealizado para mayor gloria de Agrícola. El caso es que, en un ataque nocturno, los pictos asaltaron el campamento de la *Legio IX* cerca del lago Ore. La ofensiva fue un fiasco, pero el peligro latente que la hostilidad picta representaba para la frontera britana hizo que Agrícola se embarcase en una sexta campaña llevando sus tropas mucho más al norte en busca de los indígenas que se habían atrevido a desafiar el poder de Roma.

En la primavera del 84, Cneo Julio Agrícola movilizó a la *IX* y a la *XX Valeria Victrix*. Se cree que sus efectivos rondarían los veinte mil hombres, dos legiones a las que se sumarían cerca de ocho mil auxiliares britanos y dos mil jinetes bátavos que se trajo desde Germania, mientras que la coalición de tribus pictas bajo el mando de

Calgaco ascendería a unos treinta mil combatientes (y digo combatientes porque los pictos acudían al combate con sus familias, así pues eran hombres y mujeres). Los pictos eran gentes bravas e indómitas. Al estar dentro de la esfera de influencia celta, la literatura y el cine nos han dejado bastantes guiños sobre su apariencia, costumbres y modos. Pelirrojos, desgarrados, desnudos y pintarrajeados de azul (*picti*, «los pintados» o «los tatuados»), acudían al combate en familia. Sus carros de guerra suponían un importante desafío para un ejército eminentemente de infantería como el romano.

Calgaco evitó en varias ocasiones un enfrentamiento directo con el ejército de Agrícola, que se adentró en territorio enemigo hasta llegar a un punto indeterminado de los montes Grampianos, al norte de la actual Perth, una colina a la que Tácito llamó Mons Graupius. Allí fue donde, rompiendo con la táctica de acoso y fuga que había llevado durante toda la campaña, la coalición picta le presentó batalla al gobernador romano. Quizá Agrícola forzase a Calgaco a enfrentarse al cortarle su cadena de suministros, quizá el consejo tribal —guerrero y no estratega— se cansó de acosar y huir y prefirió entablar combate en terreno conocido. Agrícola dispuso en lo alto de una colina rocosa a sus tropas, estirando las líneas todo lo que pudo para paliar la superioridad numérica enemiga. Los auxiliares britanos conformaron la primera línea, reservándose en retaguardia a la *XX Valeria Victrix* y colocando a la caballería báltava en las alas. Los zapadores de la legión dispusieron zanjas y empalizadas que estorbasen una posible carga de carros de guerra. Por el contrario, Calgaco colocó a todos sus efectivos frente a Agrícola, concentrando la infantería en un bloque y a su caballería en vanguardia. Tras el clásico intercambio de proyectiles, venablos y flechas de las dos avanzadas, se produjo el ataque de la caballería picta en el flanco derecho romano, incursión que hizo estirarse aún más la línea romana para evitar cualquier brecha. Calgaco entendió que su oportunidad estaba en aprovechar esta maniobra para quebrar el centro y lanzó el grueso de su ejército contra la línea romana. El gran problema picto fue no intuir que la disciplina y la pala eran las verdaderas armas de Roma. Las zanjas y el terreno pedregoso conjuraron la carga de carros, mientras que las *turmae* de caballería báltava espantaron a sus oponentes, produciendo su desbandada un efecto dominó en el resto de tropas. Agrícola fue uno de los militares más avezados de su tiempo, y reaccionó como tal. Había reforzado su primera línea con cinco cohortes báltavas, a las que siguieron las tropas veteranas y frescas de la *XX Valeria Victrix*. La desmoralización se convirtió en fuga desordenada, desatándose una persecución que se tornó en matanza y solo la caída de la noche evitó que las tropas romanas sacasen del bosque a todo picto armado. Ante la inmensa cantidad de prisioneros que caían en manos romanas se dio la orden de matar a todo enemigo... Tácito habla de trescientos sesenta romanos muertos frente a diez mil pictos. Puede que el número estuviese hinchado en exceso para allanarle el triunfo a su suegro, pero no sería el primer caso de unas cifras de bajas tan dispares entre vencedor y vencido en la historia del ejército romano republicano (Lúculo en

Tigranocerta, César en Farsalia o Paulino entre Londinium y Viroconium, por ejemplo).

Nada más se supo de Calgaco; no fue hecho prisionero, ni se sabe si murió junto a sus hombres o pudo huir al interior de Caledonia, lo que sí sabemos es lo efímero y fútil que fue aquel esfuerzo militar. Sin una fuerza armada que se opusiese a Roma, todo parecía abocado a que las tierras de los pictos pasasen a formar parte de la Britania romana, pero los celos o la envidia decidieron que no fuese así. Tras la victoria en el Mons Graupius, Cneo Julio Agrícola fue llamado a Roma. El emperador Domiciano, un psicópata envidioso y despótico, molesto por los logros militares de su general, le ofreció el puesto de gobernador de la pacífica provincia de África, cargo que aquel rehusó por dos veces. Su insistente negativa, sumada a los rumores de frontera de que Agrícola era el único legado capaz de solucionar el problema germano, pudo alentar a Domiciano a ordenar su muerte por envenenamiento. El caso es que Agrícola falleció durante su exilio velado en su casa de la Galia en el 93; Tácito dejó entrever que la mano de Domiciano estuvo detrás y Dion Casio le atribuye, sin lugar a dudas, el asesinato al emperador.

La salida de Agrícola de Britania supuso el final de las operaciones más allá de Eboracum y de las aspiraciones a llevar la frontera más allá de lo que poco después sería el Muro de Adriano. La arenga de Calgaco, relatada de nuevo por Tácito, a sus tropas antes de enfrentarse a Agrícola es digna de la película *Braveheart*:

Cada vez que examino las causas de la guerra y las dificultades que nos ocasiona, tengo la gran esperanza en que en este día vuestra unión dará lugar a la independencia para toda Britania. Las batallas anteriores, donde hemos luchado contra los romanos con diversa fortuna, nos dejaban esperanza y reserva, porque para nosotros, que no hemos sido esclavizados a ninguna de las orillas, la mancha de la opresión no enturbiaba nuestras miradas. Situados en los confines del mundo y de la libertad, este alejamiento y lejanía nos ha defendido y cubierto nuestro nombre. Pero hoy Britania está abierta al enemigo [...], los romanos, cuya insolencia intentaremos evitar en vano con la sumisión y la reserva. Salteadores del mundo que, tras devastar todo, ya no tienen tierras que saquear y buscan en el mar; ávidos de poseer, si el enemigo es rico, de dominar si es pobre, ni Oriente ni Occidente les ha saciado [...]. Robar, masacrar, arrebatar, esto es lo que llaman autoridad, y vacían territorios para establecer la paz. (Traducción del discurso de Calgaco).

LA CIUDAD PROTEGIDA POR UN INSTRUMENTO DE CUERDA CHINO

Supongo que es harto difícil creer que un simple instrumento de cuerda, aunque sea chino, pueda proteger una ciudad ante la inminente amenaza de un poderoso ejército, pero si en la ciudad está Zhuge Liang... la cosa cambia.

Zhuce Liang, Dragón Durmiente, fue un militar y estratega chino del reino de Shu durante el periodo de los Tres Reinos (Shu, Wei y Wu) que se disputaron el control de China después de la caída de la dinastía Han. Aparte de ser un gran estratega en la disposición de las tropas y el reconocimiento del terreno, supo utilizar como nadie sus conocimientos meteorológicos y astronómicos durante la batalla.

En 228, una avanzadilla de las fuerzas de Shu, al mando de Zhuge Liang, consiguió llegar a la ciudad de Jieting antes de que lo hiciese el poderoso ejército de Wei, encabezado por el general Sima Yi. Zhuge Liang debía defender aquel punto estratégico como fuese, ya que desde allí se aprovisionarían las tropas en sus expediciones hacia el norte, pero la situación no podía ser más desesperada: para defender la ciudad disponía de unos mil soldados y frente a ellos las tropas de Sima Yi con unos cien mil hombres. Así que puso en funcionamiento sus dotes de estratega: ordenó a todos los soldados vestirse de civiles y empezar a desempeñar labores propias de una ciudad en tiempos de paz, como si allí no sucediese nada. Ordenó abrir las puertas de par en par para que se pudiese ver que todo estaba en calma y él, junto a dos niños, se subió a la muralla y se puso a tocar el *guqin* (un instrumento chino de siete cuerdas). Las tropas de Sima Yi se acercaron hasta una distancia prudente desde donde se veía el interior de la urbe. Asombrados, contemplaron cómo la ciudad no se había inmutado ante la presencia de las tropas enemigas. Pero Sima Yi, que había sido derrotado en varias ocasiones por el ingenio de Zhuge Liang, desconfió, y pensando que aquella aparente normalidad escondía una trampa, huyó sin plantar batalla.

¿CÓMO TOMAR UNA CIUDAD APARENTEMENTE INEXPUGNABLE CON UNOS CUANTOS PÁJAROS?

En 1029, el rey Olaf II de Noruega volvió del exilio para recuperar el trono perdido frente a los daneses, pero al año siguiente, en la batalla de Stiklestad, fue herido de muerte. Junto a Olaf, luchaba su hermano Harald Hardrada, que pudo huir con un grupo de fieles. Se contrataron como mercenarios al servicio de Yaroslav I el Sabio, monarca del estado Rus de Kiev (territorio de la actual Ucrania, Bielorrusia, Polonia, las Repúblicas Bálticas y parte de Rusia), donde ganaron un gran prestigio que, poco más tarde, les sirvió para formar parte de la guardia varega del imperio bizantino.

Al servicio del imperio luchó en las campañas de Sicilia donde, gracias a su ingenio, consiguieron tomar una ciudad que parecía inexpugnable. Al grosor y la altura de las fortificaciones había que añadir que disponían de pozos naturales y, además, contaban con suministros para pasar varios meses de asedio. Harald permaneció durante varios días buscando alguna brecha, punto débil o resquicio por el que poder atacar... nada de nada. De lo que sí se dio cuenta es de que durante todos los días que estuvo estudiando aquella fortaleza, cientos de pájaros volaban hacia el bosque para buscar alimento para sus crías y luego regresaban a sus nidos en el interior de la ciudad. De este modo, ordenó a sus soldados que capturasen al mayor número de pájaros que pudiesen, pero solamente los que salían de la ciudad. Ataron a sus patas pequeños trozos de madera, que previamente habían impregnado con brea y azufre, y les prendieron fuego. Los pájaros, asustados, volaron rápidamente hacia sus nidos. Como la mayoría de estos nidos estaban situados en las cornisas de las casas construidas de madera, paja y otros elementos altamente inflamables, cientos de pequeños fuegos comenzaron a devorar la ciudad. Los habitantes salieron huyendo del fuego y pidiendo clemencia... Harald tomó aquella fortaleza y les perdonó la vida.

Estos triunfos le supusieron el reconocimiento del emperador Romano III, pero Harald creía que había llegado el momento de volver a Noruega y reclamar su trono. El emperador no le permitió partir y Harald, con parte de la guardia varega, huyó hacia tierras nórdicas. En 1047 fue coronado como Harald III de Noruega. Falleció en la batalla de Stamford Bridge (1066) cuando trataba de invadir Inglaterra.

CUANDO LOS HIPOPÓTAMOS HICIERON ESTRAGOS ENTRE LAS FILAS CRISTIANAS

Con la muerte de Almanzor, «el azote de Alá», en 1002 llegaría un periodo de división en Al-Andalus que terminaría por fragmentar el gran califato omeya en pequeños reinos de taifas (Granada, Sevilla, Bajadoz, Zaragoza, Toledo...) con su correspondiente reyezuelo al frente. Esta división y los enfrentamientos entre las propias taifas, hicieron que los reinos cristianos del norte pasasen a la ofensiva: haciéndolas vasallas y sometiéndolas al pago de parias (tributos) o, directamente, tomándolas por las armas. Todo cambia cuando el rey de Castilla Alfonso VI conquista Toledo en 1085: el avispero ya estaba agitado. Coloca en la taifa de Valencia a Al Qadir, una marioneta en sus manos, manda sus tropas a tomar Zaragoza por no pagar las parias y envía emisarios a cobrar los tributos a Sevilla. Al Mutamid, el rey de Sevilla, se niega a pagar y mata a los emisarios. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Alfonso VI reúne su ejército para marchar contra Sevilla. Con el poderío del ejército de Alfonso y haciendo cada taifa la guerra por su cuenta, los reyezuelos sabían que solo era cuestión de tiempo que el reino cristiano los sometiese a todos. Aún tenía una oportunidad, llamar en su auxilio a Yusuf Ibn Tashufin, que controlaba todo el norte de África al frente de los almorávides.

Los almorávides eran bereberes del Sahara que, aplicando la visión más rigurosa y estricta del islam —todo lo contrario del islam relajado y hedonista de las taifas—, habían formado un imperio en el norte de África con capital en Marrakech. Aun a sabiendas de que podría traerle consecuencias terribles, que de hecho llegaron, Al Mutamid decidió pedir auxilio a Yusuf, afirmando: «Prefiero ser camellero en África que porquero en Castilla».

Yusuf, que despreciaba por igual al rey cristiano que a los reyezuelos de las taifas, decidió ayudar a la taifa de Sevilla por aquello de compartir la misma fe. En 1086, Yusuf y sus almorávides desembarcaron en Algeciras, más tarde se unirán a ellos la taifa de Sevilla y la de Granada. El rey Alfonso, enterado del desembarco, decide no esperar refuerzos y ordena marchar a Badajoz. Ambos ejércitos se encontrarán en Sagrajas, cerca de Badajoz en octubre de ese mismo año. Alfonso confía ciegamente en el poderío de su caballería pesada y ataca las primeras filas de los infieles; Yusuf ha puesto en la vanguardia el refinado ejército andalusí de las taifas y, lógicamente, ceden terreno estrepitosamente...

«Dejadlos que perezcan algunos más, pues los dos grupos son de enemigos», comenta Yusuf a sus generales cuando estos le apremian a que actúe. Cuando la caballería cristiana llega a las filas de las tribus bereberes, se ralentiza el avance cristiano pero no se detiene completamente. En ese momento, un estruendo rítmico

hace retumbar el suelo, los caballos se encabritan, los cristianos se paralizan... los musulmanes golpean cientos de tambores hechos de piel de hipopótamo que, ayudados por el eco de las montañas, hacen que parezca que el suelo se vaya a resquebrajar y el cielo caer sobre sus cabezas. Aprovechando la confusión entre las filas de Alfonso VI, la caballería ligera musulmana —compuesta por caballos y camellos— rodea los flancos cristianos. Ante el temor de ser atrapado en un cerco sin salida, Alfonso ordena la retirada. Cuando están saliendo de la pinza que trata de envolverlos, se topan con las mejores tropas de Yusuf, los senegaleses negros armados con espadas y escudos de piel de hipopótamo cerrándoles el paso. Los senegaleses se abren paso entre los caballeros cristianos que tratan de proteger al rey, le alcanzan y consiguen herirlo, pero todavía tiene fuerzas para huir. Los cristianos que consiguieron salir de aquella encerrona se retiraron a Coria y desde allí hasta Toledo para proteger la capital. Yusuf, incomprensiblemente, no aprovechó aquella victoria y tras procurarse un gran botín decidió regresar a África. Los musulmanes la denominaron batalla de Zalaca (vocablo que procede del verbo *zalaqa*, resbalar) por la gran cantidad de sangre cristiana derramada.

Aunque en esta ocasión los reyezuelos de las taifas pudieron seguir disfrutando de su placentera vida, en 1090 los almorávides regresaron para quedarse. Todas las taifas quedaron sometidas al imperio almorávide y sus reyezuelos fueron ajusticiados o despojados de sus riquezas.

¿CÓMO SE TRANSPORTABAN LOS CADÁVERES DE LOS CRUZADOS?

Urbano II recibió la visita de un embajador del emperador bizantino Alejo I Comneno pidiéndole ayuda para derrotar a los turcos selyúcidas. El papa, que vio la oportunidad de unir bajo un mismo estandarte a toda la cristiandad, no solo prestaría ayuda al emperador sino que, una vez recuperado el territorio perdido por los bizantinos, dirigiría —mejor dicho, ordenaría dirigir— sus ejércitos a Tierra Santa para recuperar Jerusalén. Así que, en el Concilio de Clermont (1095), Urbano II hizo un llamamiento a toda cristiandad para luchar contra los infieles bajo el estandarte de la cruz (Cruzada) al grito de: «Dios lo quiere».

Se había convocado la Primera Cruzada. Encabezados por Francia y el Sacro Imperio Germánico, se unieron caballeros, soldados y numerosa población —unos, fanáticos religiosos, y otros, gente sin oficio ni beneficio que veían la Cruzada como una oportunidad de conseguir botín—, hasta transformarse en una migración masiva. En 1099 conquistaron Jerusalén. Aunque la Cruzada fue todo un éxito, también fallecieron muchos de los participantes en ella durante las distintas batallas. El deseo de los caballeros de noble familia muertos en Tierra Santa era que sus cuerpos se devolviesen a Europa, pero ¿cómo?

El historiador italiano Boncompagno da Signa, del siglo XIII, nos lo aclara:

Los alemanes sacan las entrañas de los cadáveres de sus caballeros de alto rango, si mueren en el extranjero, y dejan el resto del cuerpo hervir mucho tiempo en las calderas. La carne, los tendones y los cartílagos los separan de los huesos. Los huesos los lavan en vino perfumado y espolvorean con especias, y luego los llevan de vuelta a casa.

Boncompagno da Signa describe con estas palabras en qué consistía el *mos Teutonicus* (funeral alemán). Esta práctica era habitual entre los cruzados cuando morían en Tierra Santa. Dada la imposibilidad de trasladar el cuerpo incorrupto al lugar de origen del caballero, le extraían el corazón y lo enterraban en algún lugar sagrado, luego descuartizaban el resto y lo ponían a hervir durante varias horas para quedarse únicamente con los huesos. De esta forma, se podían transportar fácilmente y llevárselos a sus familiares para darles sepultura. Hasta que la Iglesia, concretamente el papa Bonifacio VIII, dijo hasta aquí hemos llegado. En 1300 promulgó la bula *De Sepulturis* prohibiendo, bajo pena de excomuniación, descuartizar y hervir cuerpos para separar los huesos y la carne.

UN CASTILLO TOMADO POR UNA LETRINA

Ricardo Corazón de León se alió con el rey de Francia, Felipe II, para derrocar a su propio padre, Enrique II, y hacerse con el trono de Inglaterra. Tras derrotarlo el 4 de julio de 1189, su padre fallecía dos días más tarde y era coronado como Ricardo I de Inglaterra. Una vez conseguido su objetivo, poco tardó Ricardo en romper su alianza con el rey francés y, ante las posibles represalias de Felipe sobre las posesiones inglesas en Francia, decidió fortificar el ducado de Normandía con la construcción del castillo Gaillard.

El castillo Gaillard, del que hoy en día podemos ver sus ruinas, fue una majestuosa fortaleza prácticamente impenetrable que se alza sobre un acantilado sobre el Sena. Fue construido por seis mil trabajadores en el tiempo récord de un año (1197-1198). Poco tiempo pudo disfrutar de su obra, pues Ricardo falleció una año más tarde. Heredó el trono de Inglaterra y sus posesiones en Francia su hermano Juan I, llamado Juan sin Tierra.

Felipe II decidió que era el momento de recuperar Normandía y puso sitio al castillo de Gaillard en diciembre de 1203. Solo un milagro podría doblegar las defensas de aquel recinto... o eso parecía. Felipe ordenó a sus soldados buscar un punto débil por donde poder acceder a la fortificación, ya que el sitio se estaba alargando en demasía. Un soldado, llamado Ralph, encontró el punto de evacuación de las letrinas del castillo por el que podía pasar un hombre de constitución no demasiado gruesa. Amparados por la oscuridad de la noche, varios soldados, haciendo de tripas corazón, se colaron en la fortaleza por aquel punto. Desarmaron a varios soldados y provocaron un incendio para sembrar el caos dentro del castillo. Aprovechando el alboroto, consiguieron llegar al portón de la entrada y bajar el puente levadizo. Cuando los defensores quisieron darse cuenta, gran parte de las tropas francesas ya estaban dentro y solo pudieron refugiarse en la torre del homenaje. Tras varios días, y sin apenas provisiones, Roger de Lacy, que había quedado al frente tras la marcha de Juan a Inglaterra, con su guarnición de veinte caballeros y ciento veinte soldados, se rindió poniendo fin al asedio el 6 de marzo 1204.

CUANDO LOS SUIZOS DERROTARON A LA CABALLERÍA PESADA CON PALOS Y PIEDRAS

A la muerte de Enrique VII, emperador del Sacro Imperio Romano, Luis IV, duque de Baviera, y Federico el Hermoso, de los Habsburgo, se disputan el trono vacante. La pequeña Confederación Suiza (una alianza comercial de las comunidades de los valles de los Alpes, formada por Uri, Schwyz y Unterwalden) apoyan al candidato bávaro por miedo a que los Habsburgo les arrebaten la independencia de la que gozan. Utilizando una pequeña disputa por unos pastos entre Schwyz y el monasterio de Einsiedeln, bajo la protección de los Habsburgo, Federico ordena invadir la Confederación.

En 1315, Leopoldo de Austria, el hermano de Federico, encabezó un poderoso ejército de caballería pesada de unos tres mil hombres. Frente a ellos, unos mil quinientos soldados confederados, en su mayoría simples campesinos. La idea de los austriacos era atacar por sorpresa a los confederados atravesando el paso de Morgaten (entre las montañas y el lago Aegeri). Si a la labor de espionaje de los suizos unimos la arrogancia de Leopoldo al no comprobar el paso antes de cruzarlo, tenemos la batalla de Morgaten. Los suizos estaban apostados en las alturas de la montaña en la margen izquierda del paso; a sus pies, la caballería enemiga, y a la derecha, el lago. Cuando toda la caballería estuvo dentro del paso, los suizos lanzaron piedras y troncos; ante aquella avalancha, los jinetes que no eran derribados o muertos fueron empujados hasta el lago. Cuando los austriacos quisieron reaccionar, los confederados bajaban gritando por la ladera, alabarda en mano... La mitad del ejército de los Habsburgo murió.

LOS PRIMEROS SANFERMINES EN EL CONTINENTE AMERICANO

El 3 de abril de 1502, Cristobal Colón iniciaba su cuarto viaje al continente americano. Después de explorar la costa atlántica de Centroamérica y ya de regreso a la isla de La Española, fueron sorprendidos por una tormenta que les obligó a desviarse a Jamaica. En junio de 1503, Colón desembarcaba en la playa de Santa Gloria. Salvaron la vida, pero los cascos de sus dos carabelas estaban seriamente dañados y era imposible volver a echarse a la mar. El almirante ordenó utilizar los restos de las naves para construir un fortín. Una vez terminado, se enviaron expediciones al interior de la isla para contactar con los nativos y poder conseguir víveres mediante el trueque con las habituales baratijas. Así se mantuvieron durante meses con la esperanza de que algún barco español navegase por la zona y los pudiese rescatar, ya que no tenía las herramientas necesarias para construir una embarcación para salir de allí. Las cosas se pusieron tensas en el fortín cuando los nativos se negaron a proporcionar más alimentos si no les ofrecían alguna cosa de más valor...

Los conocimientos astronómicos de Colón los salvarán. Gracias al libro *Almanach Perpetuum* (1478), del astrónomo sefardita Abraham Zacuto, el almirante sabía que el 29 de febrero de 1504 habría un eclipse total de luna. Ese mismo día, se reunió con los caciques locales y les amenazó: «Si no nos suministráis más víveres, mi Dios ocultará la luna esta noche».

Supongo que no sería el primer eclipse que verían por aquellos lares, pero que llegase un individuo que pudiese hacerlo a su antojo..., aquello acongojaba al más chulo. Los nativos pidieron perdón y volvieron a enviarles suministros sin pedir nada a cambio. Además, consiguieron una canoa de remos con la que Diego Méndez y siete hombres se aventuraron para llegar hasta La Española. En junio de 1504 consiguieron ser rescatados por un barco enviado por Diego Méndez. En 1508, Diego Colón, hijo del almirante y ya como gobernador de La Española, ordenó colonizar Jamaica. Al año siguiente se fundaba el primer asentamiento en el mismo lugar donde su padre había construido el fortín. Lo llamaron Sevilla la Nueva. A pesar de los esfuerzos por consolidar la nueva fundación, los manglares que la rodeaban y la zona pantanosa cercana obligaron a abandonarla e intentarlo más al sur. Allí establecieron la Villa de la Vega (para los ingleses Spanish Town), que sería la capital de Jamaica hasta el siglo XIX.

Inicialmente la convivencia con los nativos fue pacífica —supongo que todavía guardarían el recuerdo de la magia de Colón—, pero cuando comenzaron los desmanes de los españoles, los problemas se convirtieron en algo habitual. Todo ello

agravado con las constantes visitas, que no de cortesía, de los franceses, holandeses y, sobre todo, de los ingleses. Los corsarios ingleses, al servicio de su bolsillo y al de su graciosa majestad, la reina Isabel I de Inglaterra, asaltaban cualquier barco o asentamiento con bandera española... y Spanish Town recibió varias visitas de este tipo. Aunque el corsario más famoso de la época fue Francis Drake —llegó a ser nombrado vicealmirante de la Marina real británica—, tuvo un aprendiz que aventajó al maestro: Christopher Newport. Este corsario capturó en 1592 el buque portugués *Madre de Deus* y consiguió el mayor botín del siglo: una carga de quinientas toneladas de especias, sedas, piedras preciosas y otros tesoros. Lógicamente, se ganó el favor de la reina de Inglaterra y de su sucesor, el rey Jaime I, que en 1606 lo puso al frente de la expedición encargada de establecer una colonia inglesa en Virginia. Pero tres años antes, en Spanish Town, conoció de primera mano los Sanfermines... los primeros del continente americano.

Con una flota entera al mando del Christopher Newport, se presentaron los ingleses ante las costas de Jamaica. Debido a las insuficientes defensas de la Villa de la Vega y el escaso número de defensores, el capitán no creyó oportuno proceder con el correspondiente bombardeo desde el mar, así que decidió desembarcar a la mayor parte de sus tropas. Esta chulería, disfrazada de superioridad manifiesta, fue aprovechada por sus oponentes. Reunieron a todas las reses de la zona y cuando tuvieron frente a ellos a los ingleses, azuzaron a los cornúpetas con antorchas. Asustados, salieron en estampida arrasando las primeras líneas de los atacantes y provocando el caos en el grueso del ejército desembarcado. Tal y como llegaron, se volvieron a sus embarcaciones y salieron de allí.

¿SE CONQUISTÓ CHIPRE POR SUS EXCELENTES CALDOS?

Desde finales del siglo xv, la isla de Chipre estuvo bajo el dominio de la República de Venecia y llegó a convertirse en uno de los centros comerciales más importantes del Mediterráneo. Casi un siglo más tarde, se hacía con el poder en el imperio otomano el sultán Selim II. Este siempre mostró más preocupación por la poesía, el buen comer y el buen beber que por las artes de la política. Era casi un adicto al vino de Chipre, concretamente al Commandaria, venerado ya en la antigua Grecia y que hoy todavía se produce. Cuenta la leyenda que, para asegurarse el suministro continuo de vino, decidió invadir Chipre en 1570. La reacción de la comunidad cristiana no se hizo esperar; se creó la Liga Santa (Corona de España, República de Venecia, República de Génova, los Estados Pontificios y la Orden de Malta) y se enfrentaron al imperio otomano en Lepanto. A pesar de la victoria de la liga, encabezada por don Juan de Austria, Chipre permaneció bajo el dominio otomano durante tres siglos.

Aunque el hecho de pensar que pudo invadir Chipre por el vino pueda parecer una frivolidad, la realidad es que Selim II ha pasado a la posteridad con el sobrenombre de Selim el Borracho y que murió tal como vivió: debido a una enorme borrachera se cayó y falleció al golpearse la cabeza. Así que tampoco sería nada extraño.

CABALLOS VERSUS ELEFANTES

Rajastán es en la actualidad el mayor de los estados del noroeste de la India. Antiguamente fue conocida como Rajput, «*el reino de los rajput*», ya que desde el siglo VI estuvo gobernado por la casta de guerreros rajput, término sánscrito que significa «*hijos del rey*». Tras la conquista de los musulmanes en el siglo XII, con la posterior creación del sultanato de Delhi y las incursiones del mongol Tamerlán en el siglo XIV, el subcontinente indio quedó dividido en varios estados: unos musulmanes, otros formando parte del imperio mongol... hasta que a mediados del siglo XIX, la mayor parte de la India estaba bajo el control de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Durante todos estos siglos de incursiones, conquista y dominación, el estado de Rajastán consiguió mantener cierta independencia gracias a los aguerridos rajputs... y a sus caballos Marwari.

Cada rajput criaba y educaba a su propio caballo, siempre de la raza Marwari, que luego sería su compañero en la batalla. Esta raza se ha caracterizado por su inteligencia, lealtad y valentía. Y físicamente tiene una marca distintiva: orejas puntiagudas con las puntas mirando hacia dentro que incluso llegan a tocarse.

Cuando los rajput tuvieron que hacer frente a los elefantes mongoles, decidieron tirar de imaginación: dotaron a sus caballos de una especie de trompa para engañar a los elefantes adultos y hacerles creer que eran elefantes jóvenes, lo que les permitiría acercarse hasta ellos sin ser atacados.

En la batalla de Haldighati (1576) se enfrentaron las fuerzas del maharana Pratap, gobernante de Mewar (Rajastán), y el gobernador mogol Jalal ud-Din Muhammad Akbar. Según cuenta la leyenda, y el cuadro que representa dicha batalla, el maharana Pratap y su fiel caballo *Chetak*, con la trompa postiza, pudieron acercarse hasta el elefante del general Raja Man Singh, que dirigía el ataque de los mongoles. Cuando estuvo frente a él, *Chetak* se levantó sobre las patas traseras y el maharana Pratap le arrojó la lanza. Sin embargo, el general pudo esquivarla y mató al mahout. Al caer, tiró de la oreja del elefante y se giró bruscamente causando una grave lesión a *Chetak* en una pata. Herido de muerte, todavía tuvo fuerzas para sacar a su rajput de la lucha y ponerlo a salvo. Fue una derrota para los rajput, pero esta batalla se utiliza para demostrar la valentía y lealtad de los Marwari.

INTENTAR AMEDRENTAR A LOS COSACOS...

MAL NEGOCIO

Durante los siglos XVI y XVII los cosacos de Zaporozhia, establecidos en la zona centro y sur de la actual Ucrania, se vieron acorralados por tres poderosos imperios: el otomano, el ruso y la mancomunidad de Polonia y Lituania. Solo con una estudiada política de alianzas con unos u otros, dependiendo de la situación, y su poderío militar apoyado en expertos jinetes, maestros en el manejo del sable y mosquete y una perfecta organización, consiguieron mantener su independencia.

En 1676, y tras sufrir varias derrotas a manos de los cosacos, Mehmed IV, sultán del imperio otomano, decidió enviarles una carta conminándolos a someterse:

Como sultán, hijo de Mahoma; hermano del sol y de la luna; nieto y virrey de Dios, gobernante de los reinos de Macedonia, Babilonia, Jerusalén, Alto y Bajo Egipto, emperador de emperadores, rey de reyes, extraordinario caballero, nunca derrotado; guardián de la tumba de Jesucristo, delegado del poder divino, esperanza de los musulmanes, gran defensor de los cristianos..., os ordeno, cosacos zaporogos, someteros a mí, voluntariamente sin resistencia alguna, y cesar en vuestros ataques.

La respuesta de los cosacos no se hizo esperar y contestaron frase por frase mofándose de todos sus títulos y virtudes:

¡Cosacos zaporogos al sultán turco!

Oh sultán, demonio turco, hermano maldito del demonio, amigo y secretario del mismo Lucifer. ¿Qué clase de caballero del demonio eres que no puedes matar un erizo con tu culo desnudo? El demonio caga y tu ejército lo come. Jamás podrás, hijo de perra, hacer presos a hijos cristianos; no tememos a tu ejército, te combatiremos por tierra y por mar, púdrete.

¡Despojo babilónico, loco macedonio, cervecero de Jerusalén, follador de cabras de Alejandría, porquero del Alto y Bajo Egipto, cerdo armenio, ladrón de Podolia, catamita tártaro, verdugo de Kamyansky, tonto de todo el mundo y el submundo, idiota ante nuestro Dios, nieto de la serpiente y calambre en nuestros penes. Morro de cerdo, culo de yegua, perro de matadero, rostro del anticristianismo, folla a tu propia madre!

¡Por esto los zaporogos declaran, basura de bajo fondo, que nunca podrás apacentar ni a los cerdos de cristianos. Concluimos, como no sabemos la fecha ni poseemos calendario; la luna está en el cielo, es el año del Señor, el

mismo día es aquí que allá, así que bésanos el culo!

ARMAS BACTERIOLÓGICAS EN LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA

La Guerra de Sucesión española fue un conflicto internacional por la sucesión al trono de España tras la muerte de Carlos II sin descendencia. Los pretendientes al trono: el Borbón Felipe de Anjou, apoyado por su abuelo Luis XIV de Francia y por Castilla y Navarra; y el archiduque Carlos, de la casa de los Habsburgo, secundado por su padre el emperador Leopoldo I, la antigua Corona de Aragón y la llamada Segunda Gran Alianza (Austria, Inglaterra, las Provincias Unidas de los Países Bajos, Dinamarca, Portugal y Saboya). Y aunque al final Felipe de Anjou sería coronado como Felipe V, fueron catorce años (1701-1714) de guerra internacional con tintes de guerra civil librados en territorio español.

En 1704, controlado el mar por la flota angloholandesa y el oeste de la península por el rey Pedro II de Portugal, los aliados asedian Gibraltar. Apenas defendido por quinientos hombres —en su mayoría milicianos— y cien cañones obsoletos, no pudieron hacer frente a una flota de sesenta buques y diez mil soldados; tras dos días de lucha, el gobernador Diego de Salinas rinde la ciudad al príncipe de Hesse-Darmstadt, en teoría, en nombre del archiduque Carlos... pero ya nunca lo volveremos a recobrar. Dos años más tarde, Felipe deja Madrid y dirige sus tropas —unos treinta mil hombres— a recuperar Barcelona tomada por el archiduque Carlos, momento que aprovechó el ejército de la alianza (con tropas portuguesas e inglesas) para avanzar desde Portugal hacia Madrid. El 29 de junio, el archiduque era coronado rey de España como Carlos III ante el pueblo de Madrid, que lo recibe con frialdad. A pesar del apoyo incondicional al Borbón, poco pueden hacer los madrileños ante el numeroso y bien pertrechado ejército de extranjeros, pero sí podían hacerles frente con armas bacteriológicas. En aquellos momentos, Madrid contaba con casi cien burdeles para atender las necesidades de la carne, y los soldados eran clientes habituales. Se produjo una reunión de las «*madames*» y decidieron hacer la guerra por su cuenta: a los soldados de la alianza solo les ofrecerían las prostitutas enfermas.

Después de acicalarlas, bañarlas en perfume y vestir las como cortesanas parecían hasta decentes. El resultado fue demoledor: al poco tiempo, en los hospitales de Madrid había más de seis mil soldados contagiados de sífilis o gonorrea. Pero no fuimos los primeros en utilizar este tipo de armas. Para encontrar los primeros datos registrados de armas bacteriológicas nos debemos trasladar a una de las etapas más oscuras de Europa: al siglo XIV, durante la pandemia de la peste negra —en aquel momento considerada como el Apocalipsis bíblico.

Entre 1348 y 1351 la peste negra asoló los campos y las ciudades europeas, dejando veinticinco millones de muertos a su paso —casi un tercio de la población

europaea—. Originaria de Asia, el creciente comercio con Europa (ruta de la seda y comercio marítimo) la extendió rápidamente por todo el continente. Algunos afirman que el punto exacto desde el que entró a Europa fue Caffa (hoy Teodosia, en Ucrania), ciudad portuaria en manos de los genoveses. A Caffa llegaban las rutas comerciales terrestres de Asia, se embarcaban las mercancías en los barcos de los comerciantes genoveses y partían rumbo a Europa. En 1347, los tártaros, encabezados por Djani Bek, asaltaron la ciudad de Caffa, pero gracias a sus fortificaciones los habitantes lograron repeler el ataque. Djani ordenó sitiar la ciudad, pero al poco tiempo una plaga de la temida epidemia diezmo sus tropas. Ordenó levantar el sitio, no sin antes compartir aquel regalo con los habitantes de Caffa —«Para envenenar cristianos»—. Los tártaros muertos por la epidemia fueron lanzados en catapultas al interior de la ciudad. La peste había penetrado en Caffa... muchos genoveses se embarcaron para huir sin saber que eran portadores de la muerte que propagaron por toda Europa.

EL FUERTE QUE SE PERDIÓ POR UNA PELOTA

Tras la guerra de los británicos contra los franceses y sus aliados —los indios norteamericanos—, los franceses tuvieron que retirarse de sus posesiones continentales. Uno de los puestos que pasó a manos británicas fue el fuerte Michilimackinac, en territorio de los indios ojibwa (aliados de los franceses), en lo que hoy sería el estado de Michigan (Estados Unidos). Se utilizaba como puesto comercial y de suministros para los comerciantes que operaban en la zona de los Grandes Lagos.

En 1763, Pontiac, el gran jefe de los ottawas, convocó en secreto a los líderes de las tribus de la región de los Grandes Lagos: ottawas, ojibwas, potawatomis, hurones... Descontentos con la política hacia los indios nativos, comenzaron la guerra contra los británicos. El fuerte Michilimackinac estaba habitado por franceses, británicos (en su mayoría comerciantes), mestizos y una pequeña guarnición de menos de cuarenta soldados. A pesar de los rumores de la coalición india, el mayor George Etherington, al frente de la guarnición, no hizo caso y permitió que los ojibwas se enfrentasen en un partido de lacrosse junto al fuerte. Aunque ahora el lacrosse tiene reglas «civilizadas», en su origen era extremadamente violento y servía para dirimir disputas entre tribus y también para entrenarlos para la batalla. Además, participaban más de cien hombres y podía durar varios días.

El 2 de junio de 1763 comenzó el partido con sus habituales palos, carreras, saltos, empujones... Los habitantes y la guarnición del fuerte contemplaban el espectáculo e incluso hacían apuestas. Todo parecía transcurrir normalmente hasta que «por casualidad» la pelota se lanzó por encima de la empalizada y cayó dentro del fuerte. Los británicos, confiados, abrieron las puertas para que siguiesen disputando el partido, momento que aprovecharon los ojibwas para empuñar las hachas que sus mujeres llevaban ocultas bajo las mantas y tomar el fuerte Michilimackinac sin apenas resistencia.

SI LLEGÓ A PRODUCIRSE, ESTA FUE LA BATALLA MÁS ESTÚPIDA

Me refiero a la batalla de Karánsebes (Rumanía), cuya veracidad hemos de poner en tela de juicio a causa de las escasas y dudosas fuentes de las que disponemos, que no por la por la situación absurda que allí se produjo, puesto que la historia nos proporciona buenos ejemplos de muchas circunstancias disparatadas y estúpidas.

A finales del siglo XVIII el imperio otomano fue el protagonista de dos conflictos bélicos solapados contra potencias europeas: el imperio austriaco y Rusia. En septiembre de 1788, en el marco de estos enfrentamientos, José II, emperador del Sacro Imperio, reunió un poderoso ejército de cien mil soldados para recuperar el terreno perdido frente a los turcos. Acamparon en las proximidades de Karánsebes y se envió una avanzadilla de caballería —húsares— para explorar el terreno. No encontraron al enemigo, pero sí a varios carromatos de gitanos que fueron pieza clave para el desarrollo de la historia. Ante el temor de recibir algún tipo de represalia, los gitanos les ofrecieron varios barriles de aguardiente casero que ellos mismos elaboraban. Aquel brebaje calentaba el cuerpo y alegraba el alma... A las pocas horas todos estaban entonando cantos regionales y dando muestras de enaltecimiento de la amistad. Ante la tardanza de los exploradores, desde el campamento se envió un grupo de infantería austriaca para comprobar qué ocurría. Al llegar a la posición de la avanzadilla, también quisieron participar de la bacanal allí montada, pero fueron rechazados por los húsares que se negaron a compartir su preciado tesoro. De las palabras se pasó a los puños... hasta que alguno de los presentes disparó al aire. Unos y otros pensaron que eran los turcos y huyeron en estampida hacia todos los lados. En medio de aquel caos, otro grupo de austriacos había salido del campamento y se encontró con varios húsares que regresaban al grito de: «Los turcos, los turcos».

Se dio la orden de disparar a la artillería, que creó más confusión. Poco ayudaron las diferentes nacionalidades y, sobre todo, las distintas lenguas de la coalición: los unos disparaban a los otros y los otros a los unos. Ante aquel desastre, se ordenó la retirada. Cuando llegaron los turcos, se encontraron más de diez mil soldados enemigos muertos o heridos en Karánsebes.

EL HÉROE DE TRAFALGAR

A lo largo de la historia muchos han sido los héroes que pasaron sin pena ni gloria y, peor aún, sin ningún reconocimiento. Unos, por ser anónimos, y otros, como en este caso, por ser un simple cerdo. Le podríamos rendir un homenaje porque es un animal que «lo da todo por nosotros», pero este cerdo en particular salvó la vida de muchos marineros.

Nos situamos en el año 1805, el 21 de octubre, en la bahía de Cádiz frente al cabo Trafalgar. Tiene lugar la batalla del mismo nombre, que enfrenta a la Armada inglesa, dirigida por el almirante Nelson, con la franco-española, capitaneada por Villeneuve. La mejor preparación de la flota inglesa, el ingenio de Nelson, la torpeza de Villeneuve y la nula cohesión de la flota franco-española dieron la victoria a los ingleses.

El *Neptuno*, comandado por don Cayetano Valdés, era uno de los barcos españoles que participó en la batalla naval y que tras recibir varias andanadas de la artillería inglesa quedó a la deriva. Sin rumbo, tras perder el mástil, el barco encalló. Desde tierra se intenta rescatar a los supervivientes, pero el fuerte oleaje no permite llegar a los botes a la orilla. No sabemos cómo ni por qué, pero en el *Neptuno* había un cerdo... y un marinero con mucho ingenio. A este se le ocurrió atarle una maroma a la pata del cerdo y arrojarlo al mar para que llegase —porque los cerdos saben nadar— hasta la orilla. El cochino, sabiendo lo que hacía, lo consiguió y usaron la maroma para atar los botes y alcanzar el barco. Todos fueron rescatados.

Nada más se sabe de este animal salvavidas, pero no conozco ninguna plaza, calle o monumento en la provincia de Cádiz dedicado a ningún cerdo. Solo espero que esta heroicidad le sirviese para tener un final más feliz que el resto de sus congéneres.

EL DÍA QUE SE TOMÓ PAMPLONA POR CULPA DE UNA BATALLA DE BOLAS DE NIEVE

En la firma del Tratado de Fontainebleau, el 27 de octubre de 1807, entre Manuel Godoy, valido del rey español Carlos IV, y Napoleón Bonaparte, se acordaba la invasión militar conjunta de Portugal —aliada de Inglaterra— y, para ello, se permitiría el paso de las tropas francesas por territorio español, lo que sería el germen de la posterior invasión francesa de la Península Ibérica y de la Guerra de la Independencia.

En 1808 un contingente de dos mil soldados franceses al mando del general D'Armagnac atravesaba Roncesvalles y, tras una dura marcha bajo condiciones climatológicas adversas, el 8 de febrero llegaron a Pamplona para descansar y seguir luego camino hasta Portugal. Aunque, en teoría y según el tratado firmado, eran aliados de los españoles, la población de Pamplona recelaba de aquella «invasión pacífica» y en la que, para colmo, debían contribuir con el avituallamiento y alojamiento. Y estaban en lo cierto... D'Armagnac había recibido órdenes del mariscal Murat para tomar la Ciudadela.

Cuando el general francés se entrevistó con el marqués de Vallesantoro, virrey y capitán general de Navarra, para poder acantonar parte de su tropas dentro de la Ciudadela, este le dio largas diciendo que para ello necesitaba la autorización desde Madrid. Visto que la diplomacia francesa no había resultado suficiente, D'Armagnac se decidió por la estrategia. Se reunió con el capitán Robert y planificaron el plan de ataque. La noche del 15 al 16 de febrero, Robert y un grupo de cien soldados, aparentemente desarmados y elegidos de entre lo mejor de las tropas francesas, se dirigieron, como hacían todos los días, a recoger sus raciones de pan a las puertas de la Ciudadela. Aprovechando que la nevada caída había cuajado, la mitad de ellos comenzó una guerra de bolas de nieve. La guarnición que defendía la Ciudadela, un pequeño contingente de voluntarios poco dispuestos y menos preparados para las artes de la guerra, se mofaban de aquella inusual batalla, momento que aprovecharon el resto de los franceses para desarmar a los defensores y tomar la Ciudadela sin un solo disparo.

Y hablando de bolas de nieve, también tenemos otra particular batalla con estos proyectiles en plena Guerra de Secesión o guerra civil estadounidense (1861-1865). En diciembre de 1862, Ambrose E. Burnside, general de la Unión, ordenó cruzar el río Rappahannock a la altura de Fredericksburg (Virginia) para poder atacar Richmond, la capital de los confederados. A duras penas, consiguieron atravesar el Rappahannock, pero todavía faltaba lo peor: el general de los confederados, Robert Lee, situó el grueso de su ejército parapetado en las colinas frente a Fredericksburg...

solo tuvieron que esperar a que los unionistas saliesen del río y comenzar el tiro al pichón. El ejército de la Unión sufrió una severa derrota con más de doce mil bajas entre heridos, prisioneros y muertos. Tras aquella victoria, las tropas de Lee se acuartelaron para pasar el invierno.

Aquel invierno fue muy duro, con temperaturas muy bajas y copiosas nevadas que apenas les permitían salir de los barracones, y ya se sabe que mantener a la tropa acuartelada y ociosa durante mucho tiempo provoca tensiones y enfrentamientos. El 25 de febrero de 1863 amaneció soleado y todos los soldados salieron a disfrutar de aquella tregua. Comenzaron a jugar con la nieve, algunos bolazos por aquí, algún muñeco de nieve por allí... hasta que el general Hoke, de las tropas de Carolina del Norte, para distraer a los soldados decidió organizar un ataque al campamento del coronel Stiles, al frente de las tropas de Georgia. Se aprovisionaron de artillería y atacaron. La ofensiva pilló por sorpresa a los georgianos y recibieron una buena paliza hasta que lograron reagruparse y repeler el asalto. El general Hoke se retiró con sus hombres después de un rato de entretenimiento, pero Stiles resolvió que aquello no podía quedar así. Reunió a los suyos y preparó una rápida respuesta. Hoke, que sabía que a Stiles no le gustaba perder ni a las canicas, organizó su defensa. Cuando Stiles llegó, ambas compañías cruzaron fuego de artillería durante un buen rato, el problema era que lo que se inició como una broma se convirtió en algo más serio cuando los soldados comenzaban a sangrar, retorcerse de dolor por fracturas de huesos: muchos de los proyectiles ya no solo eran de nieve, en su interior llevaban piedras. Ante el cariz que estaban tomando las cosas, Hoke y Stiles decidieron terminar la batalla en la que intervinieron diez mil soldados confederados. A pesar de todo, las tropas agradecieron romper la rutina.

UNA TRAICIÓN, UNA MASACRE Y UNA INFAMIA

Venado, el cacique charrúa, le tendió amistosamente al general Rivera el cuchillo que este le había pedido para picar su tabaco. Sin embargo, el militar reaccionó inesperadamente; se echó hacia atrás, fingiendo sorpresa, y en el mismo movimiento desenfundó su revólver y le disparó. Esa fue la señal que el resto de sus tropas, unos mil doscientos hombres, estaban aguardando para comenzar el ataque sobre los poco más de cuatrocientos indígenas charrúas —entre hombres, mujeres y niños— que se habían reunido en las riberas del arroyo Salsipuedes. Era el 11 de abril de 1831.

El general Fructuoso Rivera, primer presidente electo de la novel República Oriental del Uruguay, llevaba algunos meses planeando en secreto esa acción militar. Impulsado y presionado por los hacendados y terratenientes del noroeste del territorio, que denunciaban la presencia de los grupos seminómadas de indígenas en «sus» campos, Rivera decidió poner punto final al «problema charrúa». Y la suya sería una solución drástica y definitiva.

A poco de comenzada la operación, otro de los caciques charrúas llamado Vaimaca Perú, increpó a su viejo conocido, el general, por el inesperado ataque que su gente estaba sufriendo, exclamando: «Mirá, don Frutos... ¡Tus soldados matando amigos!».

Aprovechándose de la larga relación de camaradería y respeto que mantenía con la nación charrúa, alimentada por cientos de campamentos y tolderías compartidos durante las luchas revolucionarias, Rivera convocó a todos los caciques charrúas para incorporarse a una nueva campaña militar que supuestamente comandaría contra el sur de Brasil, con el objetivo de recuperar ganado y repartirlo entre quienes participaran de la expedición. Confiados, los caciques acudieron a su llamada, llevando consigo a sus guerreros, sus mujeres y sus niños, tal como era su costumbre, bien conocida por Rivera. En resumen, la nación charrúa entera respondía a la llamada de su viejo amigo, don Frutos. El general Rivera, gran conocedor de la zona, escogió el lugar de la emboscada con sumo cuidado. Sacó a los charrúas de la región de sierras y montes en las que se habían establecido y los citó en un lugar llano, que no ofrecía escondites naturales donde pudieran guarecerse. Así, recibió y agasajó a los charrúas en ese lugar con abundante comida y bebida, y dio la señal de atacar cuando estaban completamente desprevenidos.

Después de agotados todos los recursos de prudencia y humanidad, para atraer a la obediencia y a la vida tranquila y regular a las indómitas tribus charrúas [...] se decidió poner en ejecución el único medio que ya restaba, de sujetarlos por la fuerza [...]. Fueron, en consecuencia, atacados y destruidos,

quedando en el campo más de cuarenta cadáveres enemigos y el resto con trescientas y más almas en poder de la división de operaciones.

Ese fue el comunicado oficial que el presidente Rivera envió al presidente del Senado al día siguiente de la matanza. Sin embargo, las cifras reales fueron otras: entre los charrúas muertos en el lugar de la emboscada, los que lograron escapar y fueron asesinados durante los meses siguientes, y los que murieron tras ser hechos prisioneros durante la larga marcha de más de cuatrocientos kilómetros a pie hasta Montevideo, más de la mitad de la nación charrúa fue aniquilada como consecuencia de la acción militar de Rivera en Salsipuedes. Solo unos pocos lograron escapar y perderse en los campos, evitando la muerte y la captura. Los que llegaron a Montevideo fueron repartidos entre los habitantes de la capital como servidumbre, desmembrando las familias charrúas según la conveniencia de sus nuevos «amos», perdieron rápidamente su identidad cultural, sus tradiciones y su forma de vida. Por lo tanto, la solución final ideada por el general Fructuoso Rivera para el «problema charrúa» fue realmente efectiva. En 1833, el viejo cacique Vaimaca Perú, su curandero Senaqué, el guerrero Tacuabé y la india Guyunusa, embarazada de pocos meses, fueron vendidos al empresario francés Françoise de Curel, que los embarcó rumbo a París: los últimos charrúas.

De Curel comenzó las gestiones para que el presidente de la joven república, el mismo general Fructuoso Rivera que había pergeñado el exterminio de la nación charrúa, se los cediera para llevarlos a Francia. De Curel sostenía que sus objetivos eran puramente científicos, aunque la realidad era otra. A Rivera, en realidad, lo mismo le daba; De Curel le ofrecía una buena excusa para quitárselos de encima, y le dio su autorización redactando una declaración que consignaba que los charrúas viajaban de forma voluntaria y que estaban dispuestos a permanecer con él en París durante un tiempo, a cambio de que se les proporcionaran los medios necesarios para su subsistencia.

El 7 de mayo de 1833 llegan a Francia; los cuatro «especímenes», demacrados y asustados, se apiñaban sobre el muelle de madera mientras su propietario hacía los arreglos necesarios para trasladarlos a París. Una vez allí, manda imprimir folletos que promocionan la llegada a Francia de «...cuatro individuos que ofrecen vivientes modelos de la construcción física y los caracteres morales [...]. Ellos representan los verdaderos tipos de la tercera raza de hombres, la raza cobriza». El novel especulador del espectáculo arrienda una casa en el número 19 de la rue Chaussé D'Antin, en donde la insólita exposición abre al público el 19 de junio, en el horario de tres a seis de la tarde. Los asistentes debían abonar cinco francos para ver a los «salvajes», aunque la escasa concurrencia obliga a De Curel a rebajar la entrada a solamente dos francos por persona. Después de ser exhibidos como «objetos curiosos» traídos desde la salvaje América, los charrúas son sometidos a un desusado experimento, esta vez a cargo de la Academia de las Ciencias Morales. Varios músicos de la orquesta del

Conservatorio de París dan un concierto a la vista de los cuatro desterrados para que los académicos estudien su reacción a la música, como si de exóticos animales se tratara. Para sorpresa de todos, los «salvajes» muestran una gran sensibilidad ante la pieza interpretada, en especial ante los instrumentos de viento. Otros estudios a los que se los sometió no fueron tan delicados ni sus conclusiones tan humanas. Uno de ellos, que consistió en tomar las medidas físicas de los cuatro charrúas, concluyó que el cráneo de los indígenas tenía las mismas medidas que las de muchos criminales guillotizados en Francia.

Senaqué, el más viejo de los cuatro, el «hombre que cura», el chamán de su clan, se ha pasado los últimos días de cara a la pared, en un rincón, quejándose en su rústico español: «Pobre Senaqué, pobre Senaqué». Hace días que no prueba bocado y se debilita poco a poco. Los académicos del Museo de Historia Natural resuelven internarlo en un sanatorio para intentar que recobre la salud. El dinero necesario para ello saldrá del fondo destinado al «tratamiento de animales raros» del museo. Pero todo es inútil, devastado por la tristeza y por la angustia, agobiado por el encierro y debilitado por el ayuno, el viejo charrúa muere el 26 de julio, poco más de cinco meses después de haber sido arrancado de su tierra. El Museo de Historia Natural se hace cargo de su cuerpo, le quitan los órganos internos para estudiarlos, algunos de los cuales terminan siendo embalsamados; con su piel se construye un *moulage* de tamaño natural, relleno de paja, aunque sus rasgos son «europeizados»: se le coloca cabello más corto y prolijamente peinado hacia atrás, y se le agregan unos ridículos bigotes, sin tener en cuenta que los charrúas eran lampiños. Semejante obra de arte es catalogada con el número N-673. Ni este infame maniquí, ni ninguno de los órganos embalsamados de Senaqué salieron jamás de los sótanos del museo para ser expuestos en las vitrinas del mismo. Hoy en día, no queda rastro de ellos.

El cacique Vaimaca Perú sobrevivió a su compañero apenas un mes y medio, y murió consumido por los mismos males que se llevaron a su viejo amigo. Sus restos corren una suerte similar a los de Senaqué. Apenas muerto, se realiza un vaciado en yeso de su cráneo, según el cual se realiza un busto de gran fidelidad en cuanto a los rasgos se refiere. El resto de su cuerpo es objeto de diversos estudios y análisis: se emplean distintos trozos de su piel para un estudio de suma importancia: *¡determinar la cantidad de glándulas sebáceas y de folículos pilosos que tenía!* El cráneo, por su parte, es trepanado y luego serrado para estudiar el cerebro. Su esqueleto entero se conservó y fue cedido más tarde al Museo del Hombre de París.

Frente a una nutrida concurrencia de curiosos y médicos, que acudieron a observar el parto como si de un raro espectáculo se tratase, Guyunusa, auxiliada por Tacuabé, da a luz a la hija de ambos. Hay indicios de que pudieran haberla llamado Micaela. El parto de silla —en cuclillas—, tan común entre muchas etnias indígenas, no tuvo contratiempos y la pequeña charrúa se sumó a sus padres en su indigno destierro. Asombrados, los asistentes comprueban que el llanto de la recién nacida «es en todo similar al de nuestros niños».

Pero la opinión pública iba a jugar su papel en este drama. En principio, los parisinos veían el espectáculo montado por De Curel como una simple curiosidad venida de ultramar. Pero a medida que los charrúas morían y que los detalles de su confinamiento se conocían, la indignación fue ganando espacio a la curiosidad. Las protestas fueron creciendo y agravándose, hasta que De Curel es denunciado y tiene que huir de París... pero no solo. Con su mercancía a cuestas, viaja a su ciudad natal, Lyon, en donde se desprende rápidamente de los charrúas vendiéndoselos a un empresario circense que los incorpora a su espectáculo. A efectos promocionales, le cambia el nombre a Tacuabé, llamándolo Jean Soulasol, «el Hércules de los Hércules». Sin embargo, el negocio no fue tal para el hombre del circo. Poco después de llegar a Lyon, Guyunusa muere de tuberculosis en el hospital Hôtel-Dieu. En su caso, no esperaron a que muriese para raparla y hacer el vaciado en yeso de su cabeza. El busto resultante es aún más vívido que el de Vaimaca. Su cuerpo fue sepultado en una fosa común.

Después de la muerte de su compañera, el joven Tacuabé se las arregla para huir del circo llevando consigo a su pequeña hija de diez meses de edad. A partir de allí su rastro se pierde, y las especulaciones sobre su destino son fundamentalmente dos: la primera sostiene que Tacuabé y la pequeña, carentes de defensas naturales ante la enfermedad, se habrían contagiado de la tuberculosis que mató a Guyunusa y habrían muerto poco después; la segunda, quizás más romántica, dice que Tacuabé, eximio domador de caballos, pudo haberse ganado la vida en el medio rural francés sobreviviendo junto a su hija. En 1950, un pequeño artículo aparecido en un periódico de Lyon sostenía que una familia radicada en la zona decía tener ancestros charrúas. Actualmente todavía existe una calleja en esa ciudad que se conoce con el nombre de «Camino del Indio», y la leyenda popular sostiene que se llama de esa forma porque una vez se vio un indio caminando por ese sendero, llevando una pequeña en brazos.

A partir de la década de los noventa, varios grupos indigenistas empiezan a reclamar la repatriación de los restos de los charrúas muertos en Francia. Los gobiernos uruguayos de la época, al igual que todos quienes los antecedieron a lo largo de los ciento sesenta años de vida institucional del país, hicieron oídos sordos a los reclamos y no se involucraron en el tema. Los gobiernos franceses, por su parte, negaron sistemáticamente que esos restos estuvieran en poder de algún museo de su país. Hubo que esperar hasta marzo del año 1997, con ocasión de la visita del presidente francés Jacques Chirac, para que las cosas empezaran a cambiar. Más de cuatro mil personas firmaron una carta que le fue entregada a Chirac, reclamando una vez más la repatriación de los restos de los charrúas. Esa carta reivindicaba su calidad de seres humanos sobre la de objetos de laboratorio y su destacada participación en el proceso revolucionario del Uruguay.

En septiembre del año 2000, casi ciento sesenta y siete años después de la muerte de Vaimaca, la acción sostenida e insistente de esos grupos consigue un logro

histórico: el Parlamento uruguayo aprueba la ley 17.256, que declara en su artículo 1º: «Será de interés general la ubicación y posterior repatriación al territorio nacional de los restos de los indios charrúas fallecidos en la República de Francia»; el artículo 2º dispone que: «Una vez llegados al país, los restos serán inhumados en el Panteón Nacional junto a las figuras más destacadas de la historia del Uruguay». En marzo de 2002, el gobierno francés comunica oficialmente que los restos en cuestión han sido localizados en los depósitos del Museo del Hombre y que serán devueltos a su país de origen. Quizás como reparación a los atropellos cometidos por sus conciudadanos tantos años antes, Francia pone como condición para la devolución de los mismos que *no fueran exhibidos en museos ni fueran objeto de estudios de ninguna clase*.

El 17 de julio de 2002, el avión que transporta los restos de Vaimaca Perú desde París aterriza en la base aérea nº 1 en Montevideo y allí quedan en custodia. Dos días más tarde, una caravana de vehículos traslada el cajón que los contiene, envuelto en la bandera uruguaya, hasta el Panteón Nacional ubicado en el cementerio central. Sin embargo, la odisea del viejo cacique no terminaría allí. El 27 de septiembre de 2002, un grupo de antropólogos de la Facultad de Humanidades, debidamente autorizados por el ministro de Cultura de la época, doctor Antonio Mercader, extraen dos muelas y una falange de los restos con el fin de realizar estudios de ADN. Los mismos grupos de descendientes de charrúas que habían luchado durante tanto tiempo por la repatriación, pusieron el grito en el cielo: ¿para esto querían los restos de Vaimaca? ¿Para repetir lo que en vida había sufrido durante su obligado destierro en Francia? La tarea no estaba terminada... El 5 de mayo de 2004 se consigue que el Parlamento apruebe la ley nº 17.767, que en su artículo único dice: «Prohíbese, desde la promulgación de esta ley, la realización de experimentos y estudios científicos en los restos humanos del cacique Vaimaca Perú».

Hoy en día, los restos del cacique charrúa Vaimaca Perú descansan definitivamente en el Panteón Nacional.

CUANDO CARTAGENA (MURCIA) SOLICITÓ INTEGRARSE EN LOS ESTADOS UNIDOS

El 11 de febrero de 1873, el rey de España, Amadeo de Saboya, renunciaba al trono con un discurso que, junto al cuadro *Duelo a garrotazos* de Goya, nos define a la perfección:

Dos años largos ha que ciño la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la nación son españoles; todos invocan el dulce nombre de la patria; todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar remedio para tamaños males. Los he buscado ávidamente dentro de la ley y no los he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.

La Asamblea proclamó la Primera República y eligió como presidente al republicano Estanislao Figueras. Aquel giro político tampoco pudo hacer mucho ante los graves problemas a los que se enfrentaba la «piel de toro» (seguían los conflictos bélicos en Cuba y con los carlistas, inestabilidad política y social...), y el 12 de julio de 1873 estalló la llamada Revolución cantonal en Cartagena, que más tarde se extendería por Valencia, Alicante, Cádiz, Málaga... Este movimiento era partidario de un federalismo de carácter radical y trataba de establecer una serie de cantones independientes (ciudades o confederación de ciudades) que podrían federarse libremente.

Los revolucionarios tomaron el ayuntamiento, el gobierno civil, el arsenal y nombraron una junta que proclamó la independencia del cantón de Cartagena. Se consiguió asimismo que todos los buques de la flota española amarrados en el puerto (cinco fragatas, dos vapores y una corbeta) se unieran a la causa. La bandera roja, enseña del cantón, se izó en el castillo de Galeras.

Consiguieron rechazar los primeros intentos de las tropas gubernamentales por restablecer el orden, lo que les permitió intentar incorporar nuevas poblaciones al cantón y, utilizando la flota, amenazaron a las poblaciones costeras para que pagasen

un impuesto revolucionario para obtener financiación. Se editó un nuevo periódico, *El Cantón Murciano*, y se acuñó moneda propia, el duro cantonal.

La presión del sitio comenzó a ser asfixiante y los revolucionarios contactaron con el gobierno de los Estados Unidos solicitando su ingreso en la Unión y le pidieron ayuda para mantener su independencia frente al poder centralista de Madrid. El presidente estadounidense, Ulysses S. Grant, prometió estudiar la propuesta, pero no hubo tiempo... Después de seis meses de asedio, y un intenso bombardeo que destruyó más de la mitad de la ciudad, Cartagena se rindió el 12 de enero de 1874. Cartagena se podría haber convertido en un estado libre asociado como ahora lo es Puerto Rico.

EL LIBRO QUE LE SIRVIÓ PARA RECIBIR UNA PENSIÓN

Sarah Edmonds nació en Canadá en 1841, su infancia fue difícil junto a un padre que, para ayudarle en el trabajo, hubiera preferido a un hijo varón. Siendo adolescente huyó de casa y los avatares de la vida la llevaron a Michigan (Estados Unidos). Al poco tiempo estalló la Guerra de Secesión y Sarah se alistó en el ejército de la Unión... Bueno, se alistó Franklin Thompson. Como las mujeres solo podían desempeñar labores de enfermera durante la guerra y ella quería luchar, se cortó el pelo y se vistió de hombre; fue adscrita al 2º de infantería de Michigan, junto a los que luchó en diversas batallas al mando del general George McClellan.

En diciembre de 1862, se presentó como voluntario/a para cruzar las líneas enemigas y ejercer de espía para la Unión. Su superior al mando lo comunicó al general y este decidió darle una oportunidad. Se le facilitó lo necesario y partió hacia Yorktown, donde estuvo trabajando con los confederados en la construcción de fortificaciones. A los tres días regresó con la información de dichas fortificaciones y los planes del enemigo. Debido a su éxito, fue enviada a varias misiones más incluso llegando a «hacerse pasar por mujer» —papel que, por cierto, bordaba—. Al año siguiente, su regimiento fue destinado a unirse a las tropas al mando del general Ulysses S. Grant, pero Sarah/Franklin contrajo la malaria y, ante el temor de ser descubierta si era tratada en el hospital de campaña, desertó y huyó a Washington. Allí estuvo ingresada en un hospital civil y cuando se recuperó intentó volver al ejército pero ya no pudo. Franklin Thompson estaba en busca y captura por desertor. Ante aquel nuevo panorama, decidió quedarse en Washington ejerciendo de enfermera.

Cuando terminó la guerra publicó el relato *La enfermera y la espía en el ejército de la Unión* con sus experiencias personales que, veinte años más tarde, le sirvió para recibir una pensión del gobierno por los servicios prestados. Se casó con un mecánico y tuvo tres hijos. Murió en 1898.

EL ESCLAVO ROBERT SMALLS

Robert Smalls fue un esclavo de una plantación de algodón en Beaufort (Carolina del Sur), propiedad de los McKee. Gracias a su madre, consiguió aprender a leer y a escribir, algo que sería fundamental para su futuro. Tras algunas malas cosechas y con necesidad de ingresos extras, Henry McKee decidió alquilar algunos de sus esclavos para trabajar en la ciudad, y uno de ellos fue Robert. Con solo doce años, Robert fue enviado a Charleston donde comenzó a trabajar en un hotel. Después de desempeñar varias ocupaciones, tuvo la ocasión de emplearse en el puerto como estibador y allí comenzó su romance con el mar. Al cabo de un tiempo, y gracias a las enseñanzas de su madre, consiguió llegar a ser timonel. Al comienzo de la Guerra de Secesión fue reclutado por los confederados como timonel del *Planter*, un antiguo barco de vapor algodonero reconvertido en buque de transporte de tropas y armamento. Robert no iba a desaprovechar aquella oportunidad...

Junto a otros esclavos que formaban parte de la tripulación del *Planter*, y después de estudiar durante un tiempo todo lo que hacían los oficiales al mando — lógicamente, blancos—, idearon un plan para escapar y algo más... Robert se dio cuenta de que después de un largo viaje los oficiales gustaban de bajar a tierra y desentumecer sus castigados cuerpos con alcohol y con alguna muchacha del lugar, incumpliendo las ordenanzas de los confederados que obligaban a permanecer como mínimo a un oficial siempre a bordo. La noche del 13 de mayo de 1862, tras regresar de una larga travesía, los oficiales abandonaron el barco, y las familias de Robert y del resto de los esclavos, escondidas en el puerto a la espera de la llegada del navío, subieron a bordo. Robert se puso un uniforme del capitán y el sombrero de paja que siempre llevaba y dirigió la embarcación a la salida del puerto. Para poder marcharse todavía tenían que pasar el control establecido en Fort Sumter (una isla situada en la entrada de la bahía de Charleston), pero al amparo de la noche, con la ropa del capitán y conocedor de las señales oportunas, los centinelas franquearon el paso al grito de: «Sale el *Planter*».

En mar adentro, las familias bailaban y cantaban, pero Robert sabía que todavía estaban en peligro... había que sortear el bloqueo de la Unión. El 19 de abril de 1861, Abraham Lincoln estableció el bloqueo naval de las costas de los estados confederados para impedir el paso de armas y suministros. Robert cambió la bandera confederada por una sábana blanca con la esperanza de que los barcos de la Unión no disparasen pensando que era una trampa. El primer barco con el que se encontraron fue el *Onward*, que los conminó a rendirse. Cuando el capitán del *Onward* subió a bordo, Robert rindió el barco a la Unión con todo su contenido: cuatro piezas de artillería y un libro de códigos para mensajes. Asimismo informó de todas las defensas del puerto de Charleston y de las fuerzas con las que contaban los

confederados en aquella zona. Este era el plan de Robert, conseguir la libertad y entregar el barco a la Unión. Al barco se le cambió la bandera y los esclavos y sus familias obtuvieron la libertad. La hazaña de Robert Smalls fue el empujón definitivo para que el ejército de la Unión aceptase a los afroamericanos para combatir como soldados —hasta ese momento solo se ocupaban de labores de intendencia y transporte.

Cuando terminó la guerra, y con la gratificación económica recibida por su heroicidad, se compró la casa del que había sido su amo en Carolina del Sur. Después de ocupar varios cargos políticos en ese estado, en 1874 fue elegido miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos.

EL CARBÓN EXPLOSIVO

Durante la Guerra de Secesión americana ya hemos visto la importancia que tuvieron los barcos en el bloqueo naval impuesto por Lincoln sobre los territorios controlados por los confederados, así que el servicio secreto de la Confederación se puso manos a la obra para acabar con aquel bloqueo. El capitán Thomas Edgeworth ideó un método para destruir los barcos enemigos desde el interior: el carbón explosivo.

Para fabricar el carbón explosivo se vertía hierro fundido sobre moldes de carbón real y antes de que se enfriase se le hacían varios agujeros. Una vez enfriado, los huecos se rellenaban con pólvora, se sellaban y se le daba una capa de alquitrán y polvo de carbón que quedaba fijado sobre la superficie. Su apariencia y su olor eran como cualquier bola de carbón. Cuando se echaba este carbón especial a las calderas explotaba dentro de ellas dejándolas inservibles y el barco a la deriva; si la cantidad de carbón que se metía en la caldera era el suficiente, la explosión podía llegar a hundir el barco. Evidentemente, la única forma de introducir el carbón confederado era que los espías lograsen camuflarlo entre las partidas que llegaban a los puertos de la Unión. Nunca se sabrá cuántos barcos quedaron inutilizados o fueron hundidos por este procedimiento, porque este tipo de accidentes también se producían sin utilizar este carbón y, por otro lado, no dejaban ningún rastro que pudiera evidenciar el sabotaje. Se sospecha, aunque es imposible de confirmar, que el hundimiento del barco *Sultana*, el 27 de abril de 1865, cargado con soldados de la Unión, se produjo por el sabotaje de la caldera con el carbón explosivo... murieron unas mil ochocientas personas.

Terminada la guerra, las compañías aseguradoras empezaron a sospechar que este tipo de carbón se seguía utilizando. Casualmente, las calderas de muchos barcos, que apenas ya podían navegar, sufrían explosiones accidentales que los dejaban inservibles y las compañías debían cubrir los seguros firmados.

LA INTERPRETACIÓN DEL TEXTO DE UN TRATADO DE PAZ OCASIONÓ UNA GUERRA

En 1889, Menelik II se coronaba como emperador de Etiopía después de haber conquistado las regiones de Tigray y Amhara con el apoyo del reino de Italia. Como reconocimiento al apoyo recibido, Menelik cedió a Italia la franja costera del mar Rojo —la Eritrea italiana, la primera colonia de este país en el continente africano— y firmó con el conde Pietro Antonelli, en representación del rey Umberto I de Italia, un tratado de amistad y libre comercio. Aquel tratado de paz sería el responsable de la primera guerra ítalo-etíope.

El tratado firmado en la ciudad etíope de Wuchale el 2 de mayo de 1889 constaba de veinte artículos que comenzaban con palabras de amor eterno:

Artículo 1. Habrá paz y amistad entre su majestad el rey de Italia y su majestad el rey de reyes de Etiopía y entre sus respectivos herederos, sucesores y todos sus súbditos.

Pero las cosas se torcieron en el artículo 17:

Artículo 17. Su majestad el rey de reyes de Etiopía puede/debe utilizar el gobierno de su majestad el rey de Italia para las relaciones con otros poderes o gobiernos.

Y no por el propio texto, sino por la interpretación que cada uno hizo de un verbo: en la versión de los etíopes el verbo se traducía como «puede» indicando voluntariedad —si el emperador quería y permaneciendo Etiopía totalmente independiente— y en la de los italianos se traducía como «debe» indicando obligatoriedad —convirtiendo a Etiopía en un protectorado italiano—. Cuando Menelik se enteró de la interpretación italiana denunció el caso ante el rey de Italia, pero este hizo caso omiso e incluso comenzó a movilizar sus tropas en la frontera con Etiopía. En 1894 estalló el conflicto bélico. La superioridad de sus tropas permitió a Italia llevar la iniciativa, pero no consiguió el apoyo de los pueblos de la zona de Trigray —recientemente conquistada por Menelik—. Con el apoyo de estos, el emperador consiguió recuperar la iniciativa y derrotar a los italianos en la batalla de Adua (1896). Aun así, los italianos siguieron manteniendo el territorio de Eritrea. En 1935, y ya con Benito Mussolini manejando los hilos, los italianos ocuparon Etiopía hasta 1941.

Hay una curiosa historia del emperador Menelik y la silla eléctrica. Recién subido al trono, se enteró de que en Estados Unidos se había utilizado por primera vez un revolucionario método de ejecución: la silla eléctrica. El primer ejecutado con este procedimiento fue William Kemmler en la prisión de Auburn (Nueva York), el 6 de agosto de 1890. No sabemos si por ser un fanático tecnológico o por querer tener lo último en el sistema de ejecuciones, el caso es que encargó tres de estos artilugios. Cuando llegaron quiso utilizarlos rápidamente y trató de ejecutar a alguno de los prisioneros capturados en sus disputas territoriales, pero no funcionó. Nadie le había dicho que para su funcionamiento necesitaba de corriente eléctrica y Etiopía en aquel momento no contaba con el suministro necesario para hacerla funcionar. Así que demostró que era partidario del reciclaje y utilizó una de ellas como trono.

LO ÚNICO QUE SACAMOS POSITIVO DEL DESASTRE DEL 98

El 25 de abril de 1898, Estados Unidos le declaraba oficialmente la guerra a España con la excusa de la explosión y hundimiento del *Maine*. El poderío militar de los estadounidenses, la obsoleta flota española, el imparable proceso independentista cubano y la bisoñez de los políticos españoles decantaron la balanza rápidamente. El Tratado de París de 1898, firmado el 10 de diciembre, terminó la guerra hispano-estadounidense —el llamado desastre del 98— y ponía fin al imperio ultramarino español. Mediante dicho tratado, España abandonó sus demandas sobre Cuba y declaró su independencia. Además, Filipinas, Guam y Puerto Rico fueron oficialmente cedidas a los Estados Unidos por veinte millones de dólares.

Guam, Guaján para los españoles desde el siglo XVI, era, a finales del siglo XIX, una posesión olvidada con un reducido destacamento de hombres protegiéndola. El último mensaje que las autoridades españolas de Guam recibieron de España era del 14 de abril de 1898, un mes antes del conflicto con los Estados Unidos. En dicha comunicación se manifestaba la posibilidad de un acercamiento diplomático que evitara un conflicto armado. Henry Glass, capitán del crucero *USS Charleston*, se dirigía a Manila cuando recibió órdenes de tomar Guam. El 20 de junio llegó a la isla y ordenó disparar tres de sus cañones. Cuando se disipó el humo, una pequeña embarcación con bandera española se acercó al *Charleston*. La delegación española solicitó subir a bordo para entrevistarse con el capitán. Ante el asombro de este, le saludaron efusivamente y se excusaron de no poder devolver el saludo: no tenían pólvora para las salvas de cañón. Glass le informó que se había declarado la guerra y que venía a tomar la isla.

Debido a la inferioridad numérica de la guarnición española, la escasez de pólvora y de cañones —con el único que no se corría peligro al disparar era el destinado a ceremonias—, sin fortificaciones en la isla y sin posibilidad de ayuda, el general Juan Marina rendía la isla bajo estos términos:

Sin defensas de ninguna clase, ni elementos que oponer con probabilidad de éxito a los que usted trae, me veo en la triste decisión de rendirme, bien que protestando por el acto de fuerza que conmigo se verifica y la forma en que se ha hecho, pues no tengo noticia de mi gobierno de haberse declarado la guerra entre nuestras dos naciones.

Siguiendo las órdenes recibidas, los estadounidenses ondearon la bandera en Guam y continuaron hasta Manila. Siendo Guam la isla más grande de las Marianas

y la más protegida —sería por el cañón de ceremonias—, nada habría costado a Glass tomar el resto... pero en sus órdenes nada se decía al respecto. Con la pérdida de Filipinas, el centro administrativo de estos territorios, los archipiélagos de Oceanía se volvían indefendibles e ingobernables. Así que, ante el olvido estadounidense del resto de posesiones insulares y gracias al interés de Alemania, se firmó el tratado germano-español de 1899 por el que España vendió las islas Carolinas y las Marianas —excepto Guam, ya en manos estadounidenses— al imperio alemán por veinticinco millones de pesetas.

LA CARTA QUE DELATÓ A LOS ESTADOS UNIDOS EN LA EXPLOSIÓN DEL *MAINE*

Ya hemos visto que el *Maine* fue la excusa utilizada por los Estados Unidos para declarar la guerra a España y conseguir su objetivo: Cuba. ¿Pero qué ocurrió? A las diez menos veinte de la tarde del 15 de febrero de 1898 en el puerto de La Habana (Cuba), el acorazado norteamericano *Maine* sufría una misteriosa explosión que provocó un terrible incendio en la zona de proa. A pesar de la rápida y masiva ayuda de españoles y cubanos, nada se pudo hacer. El barco se hundió y perdieron la vida doscientos sesenta y cuatro marineros y dos oficiales. A la mañana siguiente, al estar el barco en aguas bajo jurisdicción española, se inició una investigación por parte de las autoridades españolas para averiguar qué había ocurrido. Sorprendentemente, las autoridades estadounidenses no permitieron examinar los restos del navío al considerarlo territorio norteamericano. Así que, ante las únicas evidencias exteriores, en el agujero que la explosión provocó en el casco del barco las planchas de acero estaban dobladas hacia afuera, se determinó que la explosión se produjo en el interior y que, por tanto, debió de ser un accidente. Los estadounidenses tenían su propia teoría: el ataque con un obús o una mina. Los periódicos norteamericanos, cual creadores de opinión, se encargaron de difundir esta disparatada teoría y crear el caldo de cultivo ideal para la posterior declaración de guerra. Pero hubo una carta anterior que delató sus objetivos...

España no atravesaba uno de sus mejores periodos de la historia ni económica ni militarmente, así que los Estados Unidos pensaron que con unas migajas bastaría para conseguir Cuba. Días antes del accidente provocado del *Maine*, Washington había enviado a una carta a Madrid:

El ejército norteamericano intervendrá en la isla si España no accede a vender Cuba a los Estados Unidos por trescientos millones de dólares. Para facilitar la operación, se ofrece además un millón de dólares para los negociadores españoles.

Supongo que el millón que se ofrecía a los negociadores tendría algo que ver con eso llamado corrupción política, pero esta vez no sirvió de nada... se rechazó la propuesta. A mi corto entender, ante un tribunal de justicia, esta carta se podría aportar como prueba de que la teoría del sabotaje español al *Maine* era una patraña. También es lógico que los Estados Unidos nunca reconozcan que fue un accidente provocado por ellos mismos: murieron doscientos sesenta y seis estadounidenses.

Y es que, si somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras,

aquí se podría añadir que también somos esclavos de nuestras cartas.

EL CABALLO DE TROYA DE PANCHO VILLA

A imagen y semejanza de la artimaña utilizada por los griegos para tomar la ciudad de Troya, Pancho Villa logró introducir su caballo —en versión tren— para tomar la ciudad de Juárez.

Cuando estalló la Revolución mexicana en 1910, José Doroteo Arango, más conocido por Pancho Villa, era un simple fugitivo escondido en las montañas. Ya sea por interés o convicción, decidió unirse a la lucha encabezada por Francisco Ignacio Madero contra la dictadura de Porfirio Díaz. Formó su propio ejército en el norte de México y, gracias al conocimiento del terreno, pronto comenzó a despuntar entre los líderes rebeldes. La toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911 por los rebeldes fue el punto de inflexión que cambió el rumbo de la contienda; Porfirio Díaz renunció y abandonó el país. Aunque poco después fue elegido presidente de México Francisco Madero, la división entre los líderes rebeldes se agravó. Mientras hubo un enemigo común, Porfirio Díaz, los rebeldes más o menos se mantuvieron unidos, pero con su caída todo cambió. Incluso Pancho Villa estuvo en la cárcel sentenciado a muerte y solo la intervención del propio Madero logró salvarle la vida. En febrero de 1913, el general Victoriano Huerta, un hombre que se movía como nadie entre las aguas de la lealtad y la traición, dio un golpe de estado, ordenó ejecutar a Madero e impuso una dictadura. Pancho Villa consiguió escapar de la cárcel y huyó a Texas. Volvió a encontrarse en la misma situación que en 1910, así que...

Tras reunir un ejército de tres mil hombres, volvió a la carga. Toma la ciudad de Torreón donde consiguió armas y alguna pieza de artillería. Envalentonado, decide conquistar Chihuahua, pero son repelidos por las fuerzas federales mucho más numerosas, mejor armadas y, sobre todo, con muchas piezas de artillería. Pancho Villa se encontraba en una encrucijada, al frente, otra vez Ciudad Juárez, fortificada e imposible de tomar con sus tropas y sin artillería, y tras ellos Chihuahua, donde acababan de ser derrotados... Estaban entre la espada y la pared. Así que Villa decidió no mirar atrás y seguir hacia Ciudad Juárez. Mandar sus tropas en ataques frontales contra la ciudad sería un suicidio; debían idear algún plan para poder acceder a ella. Y aquí salió el estratega militar que llevaba dentro: decidió tomar el tren de carbón que circulaba desde Ciudad Juárez hasta Chihuahua, vaciaron la carga y unos dos mil rebeldes se camuflaron en los vagones. Obligaron a telegrafiar a Ciudad Juárez que la vía había sido destruida por las tropas rebeldes y que debían regresar. Desde allí confirmaron la orden pero debían telegrafiar el paso del convoy por cada estación. Villa envió una avanzadilla que fue tomando las estaciones y, al paso del tren, los telegrafistas de cada una de ellas amablemente —con el cañón de una pistola apoyado en sus cabezas— confirmaban el paso. A las dos de la mañana, entraba el tren en Ciudad Juárez. Según la crónica de un periódico de El Paso

(Texas):

El ataque y la toma de Ciudad Juárez fueron una sorpresa completa [...]. Poco después de las dos de la mañana, un tren de carga entró en los patios del Central Mexicano en Juárez y de él surgieron cientos de rebeldes. Prueba de que la sorpresa fue total es el hecho de que no se disparó un solo tiro hasta que los rebeldes hubieron penetrado hasta el corazón mismo de la ciudad. El tren les había permitido llegar sin interferencias [...]. Tomada por sorpresa, la guarnición federal opuso escasa resistencia. El cuartel cayó a las cuatro de la mañana y para las cinco había entregado las armas el resto de la ciudad.

Aparte de la sorpresa, también influyó el hecho de que los oficiales se confiaron en demasía y el ataque les pilló bebiendo, jugando a las cartas u ocupados en algún burdel. Desde aquel momento, Pancho Villa y los villistas tuvieron nombre propio.

LAS HEROÍNAS OLVIDADAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Dicen que la historia la escriben los vencedores y, por tanto, los que caen derrotados se convierten en meras comparsas o espectadores de lujo de las grandes gestas de los victoriosos. Pero también hay ocasiones, como en la Revolución mexicana, en las que los propios vencedores dejan en un segundo plano u olvidan a compatriotas que lucharon junto a ellos. En este caso, por su condición de mujeres... las soldaderas mexicanas.

El término soldaderas viene de soldada (la paga de un soldado), porque, aunque en muchos casos estas mujeres eran las propias esposas o madres de los combatientes, también había muchos revolucionarios que contrataban a mujeres para atenderles o, en el peor de los casos, eran secuestradas y llevadas como sirvientas. Algunas llegaron a luchar codo con codo con los hombres o incluso comandando grupos rebeldes (Margarita Neri, María Pistolas, Juana Ramos, Carmen Vélez...), otras fueron importantes en su labor política y propagandística (Dolores Jiménez, Hermila Galindo...), pero la mayoría de ellas eran mujeres anónimas que seguían a sus maridos e hijos como enfermeras, cocineras, costureras y lo que se terciase. Fueron las encargadas de la intendencia y la infraestructura que acompañaban a los diferentes ejércitos revolucionarios. Por supuesto, entre las soldaderas también había mujeres que solo trataban de buscarse la vida vendiendo tortitas de maíz o prostituyéndose.

El trato que estas mujeres recibieron dependía de quien estuviese al frente de cada ejército. Dicen que Emiliano Zapata las tomaba en consideración y, por el contrario, Pancho Villa no permitía que luchasen a su lado e incluso las llegó a utilizar como carnaza en la toma de Morelos. Reclutó de entre todas las mujeres que acompañaban a su ejército a las más jóvenes y hermosas con la misión de distraer a la guarnición de los federales. La labor de distracción incluía algo más que risas y alcohol. Cuando la guarnición del pueblo estaba disfrutando de una auténtica bacanal, las tropas de Pancho Villa atacaron y consiguieron tomar el pueblo sin apenas resistencia.

Esta falta de reconocimiento fue suplido por la música con el corrido mexicano «Adelita». Cuenta la historia de una soldadera llamada Adelita, que, enamorada de un sargento, viaja con él y su regimiento:

*Si Adelita se fuera con otro,
la seguiría por tierra y por mar,
si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren militar.*

El gran actor Anthony Quinn fue hijo de Francisco Quinn, de origen irlandés, y de una soldadera llamada Manuela Oaxaca. Sirva esta historia como un pequeño recuerdo para aquellas mujeres tratadas en muchas ocasiones peor que a los caballos, pero que fueron responsables del éxito de una revolución.

HERBERT HOOVER, EL CREADOR DE LA PRIMERA ONG MUNDIAL

El European Recovery Program, vulgarmente llamado Plan Marshall por el secretario de estado de los Estados Unidos George Marshall, fue el plan más importante de este país para la reconstrucción de los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial que estaba destinado a contener un posible avance del comunismo por toda Europa. Pero no fue la primera vez que los Estados Unidos ayudaron a los países europeos con motivo de una guerra. En 1914, durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes invadieron Bélgica y Luxemburgo, pero fueron detenidos en el frente francés. Tras varios enfrentamientos entre los distintos contendientes, los frentes se estabilizaron sin avances considerables.

Aquel desastre mundial provocó que muchos estadounidenses huyesen del viejo continente hacia Londres y desde allí poder regresar a casa. Al llegar a la capital británica, sus problemas no habían terminado: era complicado encontrar un pasaje para los barcos que cruzaban el Atlántico, casi imposible conseguir alojamiento y, para rematar, los bancos no canjeaban los cheques de viaje ni los establecimientos los aceptaban como medio de pago. Pero tuvieron la suerte de que en aquellos años residiese en Londres un empresario e ingeniero de minas estadounidense llamado Herbert Hoover. Este, junto con otros compatriotas con posibles, decidió aunar esfuerzos y dinero para ayudarles dándoles alojamiento y canjeando sus cheques por dinero en efectivo para poder comprar los pasajes. Consiguieron devolver a casa a más de cien mil norteamericanos. Tras el éxito de aquella operación, debido únicamente al esfuerzo de la solidaridad privada, el embajador estadounidense en el Reino Unido, Walter Hines Page, se puso en contacto con Hoover para proponerle una acción de mayor envergadura: conseguir suministrar alimentos a Bélgica. La invasión de los alemanes, la requisita de las escasas cosechas de un país eminentemente urbano y el bloqueo de los británicos ocasionaron que, literalmente, Bélgica se muriese de hambre. El 22 de octubre nació la Commission for Relief in Belgium o CRB (Comisión para el Socorro de Bélgica).

Para tener éxito en aquella compleja operación, la CRB tenía que poder negociar directamente, como si fuese un estado propio, con los gobiernos británicos y alemanes; sin su consentimiento nada se podría hacer. Consiguieron firmar un acuerdo con el gobierno británico para permitirles superar el bloqueo y con el gobierno alemán para poder distribuir la comida entre los civiles, aparte de inmunidad diplomática para Hoover y los trabajadores de la CRB, todos voluntarios, para atravesar las fronteras. Para la financiación de aquella gran empresa se realizaron colectas en varios países, hubo masivas donaciones privadas y también

participaron los gobiernos aliados. Con el dinero recaudado se compraba trigo y otros alimentos en el continente americano y Australia; los suministros se cargaban en la flota de barcos facilitados a la CRB que debían atravesar el bloqueo británico y la vigilancia de los submarinos alemanes hasta llegar al puerto franco de Rotterdam (Holanda). Desde allí, y en camiones, llegarían a Bélgica para ser repartidos en las ciudades y pueblos.

Lo que inicialmente iba a ser una operación solidaria puntual, tuvo que ampliarse en el tiempo y a la zona ocupada de Francia. En 1917, Hoover calculó que casi tres millones de personas estaban siendo alimentadas por la CRB a través de los más de dos mil comités locales de beneficencia creados en Bélgica y Francia para distribuir los alimentos. Además de los problemas propios de una operación tan compleja y en medio de una guerra, la CRB tuvo que superar innumerables obstáculos y no menos críticas, incluso de parte de los aliados. Churchill lideró una campaña contra esta organización por considerar que su intervención estaba alargando la guerra al proporcionar alimentos a los belgas y, de esta forma, los alemanes no tenían que preocuparse de alimentar a los habitantes de este país ni de sofocar posibles revueltas provocadas por la hambruna.

Y no quedarían aquí las operaciones solidarias de Hoover. Cuando los Estados Unidos entraron en el conflicto en 1917, Hoover regresó a su casa y se puso al frente de la Administración de Alimentos de Estados Unidos. Pero aún hay más: el 6 de diciembre de 1917, cuando Finlandia se independizó durante la Revolución rusa, estalló una brutal guerra civil entre conservadores y comunistas. Años de guerra, malas cosechas y el bloqueo ruso ocasionaron una terrible hambruna en Finlandia y los finlandeses pidieron ayuda a Hoover. Aún con la CRB en funcionamiento y ocupando su nuevo cargo en los Estados Unidos, todavía tuvo tiempo para crear la Finnish Relief Fund (Fundación para el Socorro de Finlandia). Hoover recaudó fondos en Estados Unidos y consiguió donaciones de alimentos desde allí (90 por ciento) y también de Dinamarca, Inglaterra y Noruega para aliviar la hambruna finlandesa. En total, más de treinta y cinco millones de comidas gratuitas llegaron a los niños finlandeses. ¿Y ya está? No. En 1939, los rusos invadieron Finlandia para recuperar el terreno perdido en 1917, y otra vez volvieron a recurrir a Hoover. Este respondió de nuevo y consiguió recaudar en Estados Unidos cuatrocientos mil dólares en solo un mes; en marzo de 1940 había conseguido dos millones y medio de ayuda.

Un pequeño detalle que se me olvidaba, Herbert Hoover fue presidente de los Estados Unidos desde el 4 de marzo de 1929 hasta el 4 de marzo de 1933.

LOS TAXIS DE MARNE

La idea de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial era avanzar rápidamente en el frente occidental —donde combatiría Hitler en el regimiento List— y reducir a las tropas francesas e inglesas, para luego centrarse en el frente ruso. Bélgica y Luxemburgo fueron tomadas con facilidad, pero, a las puertas de París, en la llamada primera batalla del Marne, en septiembre de 1914, las fuerzas aliadas consiguieron parar la ofensiva alemana... gracias a la flota de taxis de la capital francesa.

El avance del primer y segundo ejército alemán por tierras belgas hizo replegarse a las tropas francesas y a la Fuerza Expedicionaria Británica (FEB) hasta el sur del río Marne, a cuarenta y ocho kilómetros de París. Ante el más que posible asedio a la capital, el gobierno francés se trasladó a Burdeos. Aunque los aliados no estaban en las mejores condiciones para combatir después de dos semanas batiéndose en retirada, Joseph Joffre, jefe del Estado Mayor francés, decidió que la mejor defensa era un ataque. Reagrupó sus tropas, quinto y sexto ejército francés, y ordenó atacar. El empuje inicial del sexto consiguió abrir brecha en el flanco derecho del primero alemán, y cuando el segundo ejército alemán maniobró para ayudarles, les cortaron el paso el quinto y la FEB. Aun así, el primero consiguió reagruparse y comenzó a recuperar el terreno perdido. Joseph Joffre no tenía más tropas en el frente y necesitaba a los reservistas de París, así que mandó un correo a Joseph Gallieni, gobernador de la capital, para que le enviase refuerzos.

Cuando Gallieni leyó el correo movilizó a los reservistas, unos diez mil, pero se encontró con un problema: no disponía de transportes suficientes. Cuatro mil fueron trasladados en camiones y para los seis mil restantes... tiró de ingenio: ordenó a todos los taxistas de París que no recogiesen a ningún pasajero y que se reuniesen en la Esplanade des Invalides. Ante una flota de seiscientos taxis, Gallieni les explicó su plan y, aunque nadie se habría negado teniendo a los alemanes a las puertas de París, les ofreció una compensación económica del 27 por ciento de lo que marcase el taxímetro. Haciendo varios viajes al día, llevaron a los seis mil reservistas al frente y se consiguió recuperar el terreno perdido. Los alemanes se retiraron, pero lograron parar la ofensiva aliada en el río Aisne, donde el primero y el segundo ejércitos se atrincheraron. Desde aquel momento se acabarían las grandes ofensivas y comenzaría la llamada guerra de trincheras. Las cifras brutales: se calculan alrededor de quinientos mil heridos o muertos sumando las bajas de aliados y alemanes.

CON UNAS LATAS, CUERDA Y VELAS CONSIGUIERON EVACUAR OCHENTA MIL SOLDADOS

La batalla de Galípoli, o de los Dardanelos, tuvo lugar, en abril de 1915, en la península turca de Galípoli, durante la Primera Guerra Mundial. Tras los intensos bombardeos en febrero de 1915, se decidió un desembarco de las tropas aliadas (británicos, franceses, australianos y neozelandeses) en la península de Galípoli y así poder controlar el estrecho de los Dardanelos. La ofensiva estuvo mal preparada y el único elemento a su favor, el ataque sorpresa, no dio ningún resultado. Desembarcaron en una playa al pie de un terreno elevado donde estaban atrincheradas las tropas turcas. Durante varios meses los soldados de uno y otro bando iban cayendo, pero ni los aliados ganaban un palmo de terreno ni los turcos los conseguían echar. A finales de 1915 y con más de doscientas mil bajas en cada uno de los ejércitos enfrentados, los aliados decidieron abandonar aquella ratonera. Y aquí se planteó otro problema: la retirada.

La única salida de aquella playa era el mar, así que iban a quedar al descubierto y darle la espalda al enemigo... Para los turcos iba a ser como el tiro al pichón. Enfrascados diseñando el plan de retirada, al cabo William Scurry del 7º batallón de la ANZAC (Australian and New Zealand Army Corps) se le ocurrió una idea para cubrir la retirada. Más que una idea, un dispositivo: *drip rifle* (el fusil que dispara por goteo). Los fusiles se situaron en las posiciones desde donde se defendía la isla con una lata vacía atada mediante una cuerda al gatillo, y sobre la vertical de la primera lata, otra llena de agua con un agujero en la parte inferior. Conforme el goteo vaciase la lata de la parte superior, se iría llenando la que estaba atada al gatillo, llegando un momento en el que tendría el peso suficiente como hacer disparar el fusil. A raíz de esta idea fueron surgiendo otras variedades como la de atar el gatillo con una cuerda a un roca y en el centro colgar una piedra atada a la cuerda; entre la piedra colgada y la roca se ponía una vela y cuando la vela quemaba la cuerda, la piedra caería de golpe y accionaría el gatillo. Se sembró toda la playa de artilugios de este tipo y se prepararon para que fuesen disparando alternativamente... cuando los turcos se dieron cuenta del engaño ya se había evacuado ochenta mil soldados y solo habían sufrido media docena de bajas.

William Scurry fue galardonado con la Medalla de Conducta Distinguida y fue ascendido a sargento.

LA ASPIRINA, LA GRAN BAZA DEL ESPIONAJE ALEMÁN

Durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos se mantuvo neutral, y aunque siempre simpatizó con la causa aliada, aquella no era su guerra y tampoco veía peligrar sus intereses. La opinión pública se encontraba dividida hasta que en mayo de 1915, un submarino alemán hundió cerca de Irlanda el trasatlántico inglés *RMS Lusitania* con más de cien estadounidenses a bordo. Ciertamente es que la embajada alemana en Washington había emitido un comunicado de aviso:

A los viajeros que tengan la intención de embarcarse en el viaje por el Atlántico se les recuerda la declaración de guerra entre Alemania y sus aliados y Gran Bretaña y los suyos, y que la zona de guerra incluye las aguas adyacentes a las islas Británicas, que, de conformidad con los pertinentes avisos dados por el gobierno imperial alemán, los buques que enarbolan la bandera de Gran Bretaña, o cualquiera de sus aliados, podrán ser destruidos en esas aguas y que los viajeros que navegan en la zona de guerra en los barcos de Gran Bretaña o de sus aliados lo hacen bajo su propio riesgo. (Embajada imperial de Alemania en Washington DC, 22 de abril 1915).

Alemania reaccionó rápidamente y puso en alerta a su embajador, Johann Heinrich von Bernstorff, para que mantuviese a la opinión pública dividida y sabotase los envíos a los británicos de fenol (utilizado para la fabricación de explosivos). Aun siendo Gran Bretaña el primer productor de fenol, importaba la escasa producción de la industria americana. Hasta que... apareció Thomas Edison. Tras la invención del fonógrafo, Edison había lanzado su sello discográfico Diamond Disc, y los discos en los que se hacían las grabaciones estaban hechos de una sustancia plástica llamada baquelita que, casualmente, resulta de la condensación del fenol con el formaldehído. Así que, dada la escasa producción americana de fenol, decidió crear su propia fábrica capaz de producir doce toneladas al día.

Los alemanes debían impedir que el exceso de producción de Edison cayese en manos británicas. Johann Heinrich von Bernstorff puso el asunto en manos de Hugo Schweitzer, uno de sus agentes, que también era químico. Schweitzer, como buen químico, recordó que el fenol también se utilizaba en la fabricación del ácido acetilsalicílico (aspirina) y que desde el comienzo de la guerra, tras dejar de exportar Gran Bretaña el fenol, la firma Bayer había tenido que reducir la producción de aspirinas. Apelando a la conciencia de Edison, Schweitzer lo convenció para firmar un acuerdo comercial con Alemania y destinar el exceso de fenol a fines

farmacéuticos antes que militares. Una jugada maestra...

Lamentablemente para los alemanes, la trama se destapó. El servicio secreto americano tenía vigilado al enlace de Schweitzer con el embajador y consiguió el maletín en el que se detallaba todo el plan. Tampoco podían detener al químico porque Estados Unidos todavía no había entrado en guerra —lo haría en 1917— y no eran ilícitos los acuerdos comerciales con Alemania. El que sí se sintió engañado fue Edison, que rápidamente rompió el acuerdo y vendió todo su excedente al ejército americano... y este al británico.

LA ACETONA CAMBIÓ LA VIDA DE LOS FRANCOTIRADORES

Durante la Primera Guerra Mundial empezaría a usarse de forma masiva un nuevo tipo de pólvora que sería decisiva en la contienda; se trataba de la «cordita»: más potente, más precisa y «sin humo». Solo producía una leve niebla gris azulada y permitía a los francotiradores disparar sin descubrir su posición, no ensuciaba los cañones de fusiles y piezas de artillería, y no oscurecía el campo de visión de quien manejaba una ametralladora. Compuesta por una mezcla de algodón explosivo, nitroglicerina, vaselina y como disolvente un 0,8 por ciento de acetona, es la verdadera protagonista de esta historia.

La producción de acetona de la época estaba sostenida por una obsoleta industria química con técnicas de preguerra mediante destilación destructiva de madera, y la necesidad de acetona a escala masiva en la industria militar acaparó la atención del por entonces ministro de Municiones británico, Winston Churchill.

Churchill recurrió a Chaim Weizmann, un joven y prometedor químico judío, emigrado de Europa continental, para que aplicase su técnica de invención propia en la fabricación de acetona, basada en la fermentación de maíz por la bacteria anaerobia *Clostridium acetobutylicum*, familia del patógeno que produce el botulismo. El proceso funcionó durante unos años hasta que la escasez de grano se sumó a la ofensiva submarina alemana que amenazaba con cortar el suministro de maíz norteamericano. Había que sustituir el maíz por un producto autóctono, y el método de Weizmann se aplicó con éxito a las castañas. La recolección de castañas se encomendó a escolares. La recogida fue masiva y los diarios de la época recogen cartas de lectores que hablan de vagones de tren llenos de castañas pudriéndose en las estaciones por los problemas del transporte provocados por la guerra. El asunto incluso llegó a una consulta en la Cámara de los Comunes por la sospecha de que alguien se estuviese enriqueciendo con el trabajo de los niños. Ante la pregunta por el uso de las castañas, el asunto se despachó con un «ciertos propósitos» por parte de Winston Churchill.

El emplazamiento de las fábricas era secreto por motivos de seguridad y los escolares enviaban sus paquetes a las oficinas del gobierno en Londres, pero los empleados postales ya sabían que debían ir directamente a las fábricas para su procesamiento. Se había asegurado la producción de cordita y, agradecido, el gobierno concedió a Weizmann acceso directo al secretario de relaciones exteriores británico, A. J. Balfour. Cuenta la leyenda que Balfour le ofreció, como recompensa por los servicios prestados, lo que él quisiera... Weizmann pidió un estado judío.

LA RÉPLICA DE PARÍS CONSTRUIDA COMO SEÑUELO PARA LOS BOMBARDEOS

Aunque durante la Primera Guerra Mundial las ofensivas aéreas apenas tuvieron importancia en el desarrollo de la contienda, se podrían reseñar los bombardeos de Londres por los zepelines alemanes. Por ello, en París debieron de pensar que era mejor curarse en salud. Ante la posibilidad de futuros ataques aéreos de los alemanes, decidieron construir una réplica de París como señuelo.

En 1918, cuando la Primera Guerra Mundial llegaba a su fin, se localizó una zona idónea para construir el señuelo en la periferia norte de París, en el bosque de Saint-Germain —a unos veinticinco kilómetros de la capital—, por el que, además, el tramo del río Sena que lo atravesaba era parecido al de la capital. Para darle más realismo, en el proyecto figuraban réplicas en madera de edificios emblemáticos (como la Gare du Nord, la estación del Norte), monumentos singulares (Arco del Triunfo), vías férreas, los suburbios industriales y barrios como Saint-Denis o Aubervilliers.

Este señuelo estaba destinado a soportar los posibles bombardeos nocturnos, ya que durante la noche, y debido a que todavía no existía el radar, la única forma de localizar objetivos era la visión de los pilotos. Así que había que dotar a la segunda Ciudad de la Luz de eso... de luz y de color para engañar al enemigo. Gracias a la financiación privada se contrató al ingeniero eléctrico Fernand Jacopozzi. Con juegos de luces la ciudad cobraría vida, en las industrias parecería que se trabajaba, los trenes circularían... Al final de la guerra, y como recompensa por los servicios prestados, a Jacopozzi se le encargó la iluminación de la Torre Eiffel. Afortunadamente, no hubo ocasión de probar la eficacia del segundo París... la guerra terminó y con ella el proyecto.

DE HALCONES Y PALOMAS

El uso de palomas mensajeras data de la Antigüedad, pero fue durante las dos grandes guerras cuando mayor número de ellas se utilizaron: durante la Primera Guerra Mundial para llegar adonde no podía hacerlo la telegrafía con hilos, y para contrarrestar el espionaje de las comunicaciones por radio durante la Segunda Guerra Mundial. Pero su única misión no era de mensajeras, también hacían fotografías aéreas a modo de Google Maps con una pequeña cámara atada a sus patas. Durante las dos guerras mundiales, solo el ejército estadounidense, a través del Army Pigeon Service (unidad encargada de las comunicaciones con palomas), reclutó más de doscientas mil para labores de mensajería e información. Y una de ellas fue *Cher Ami* (*Querido Amigo* en francés).

En 1917, cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, los criadores de palomas mensajeras donaron seiscientos ejemplares al Army Pigeon Service, entre las que estaba *Cher Ami*. Nuestra protagonista estaba asignada a la 77ª brigada del ejército de los Estados Unidos, unidad que tendría su triste participación en la última gran ofensiva aliada que pondría fin a la guerra. En 1918, durante la ofensiva de Meuse-Argonne en la zona de Verdún (Francia), más de quinientos hombres de la 77ª brigada quedaron cercados por las fuerzas alemanas; y al no conocer su posición los propios aliados, también eran bombardeados por fuego amigo. Durante seis días aguantaron el bombardeo, sin apenas comida y teniendo que jugarse la vida para beber agua en un arroyo cercano. Enviaron dos palomas para avisar a los aliados de su posición, pero fueron abatidas por francotiradores alemanes... solo quedaba *Cher Ami*. Le ataron un mensaje a la pata izquierda con su posición y la soltaron depositando en ella sus últimas esperanzas de vida. Nada más emprender el vuelo una bala le fracturó la pata derecha, parecía que caía pero volvió a elevarse en el cielo; cuando casi se perdía decayó otra vez, y los estadounidenses pensaron que ya no había nada que hacer. Estaban equivocados...

Con una pata colgando, ciega de un ojo y alguna que otra herida más, *Cher Ami* logró recorrer los cuarenta kilómetros hasta la base y llegar a su destino con el mensaje. Cuando los aliados consiguieron auxiliarlos, quedaban con vida ciento noventa y cuatro hombres. Sin *Cher Ami* todos habrían muerto o habrían sido hechos prisioneros. Le concedieron una medalla al heroísmo y le hicieron una prótesis de madera para su pata quebrada, pero a los pocos meses falleció por las heridas de guerra. Su cuerpo fue enviado a los Estados Unidos y hoy en día se puede contemplar, sin la prótesis, en el Museo de Historia Americano, en Washington DC.

La batalla de Verdún (1916), la más larga y una de las más sangrientas libradas por el ejército alemán y el francés durante la Primera Guerra Mundial, también tuvo como protagonista a una paloma de nombre desconocido... y a un perro llamado

Satán. La ofensiva inicial del ejército alemán obligó a replegarse a los franceses que se atrincheraron y defendieron heroicamente en el sitio de Verdún.

Una de las posiciones estratégicas estaba siendo masacrada por los alemanes, a sus defensores apenas les quedaba munición y poco, o nada, podían hacer ante el continuo bombardeo de la artillería. Eran momentos en los que hasta los ateos se encomiendan a Dios y, de repente, una silueta negra atravesó las líneas enemigas hacia su posición. Los francotiradores alemanes comenzaron sus apuestas para ver quién derribaba a aquella siniestra aparición. Uno de ellos hizo blanco en una pata, provocando su caída... pero, para sorpresa de todos, se volvió a levantar y cojeando siguió corriendo hasta llegar a las trincheras de los sitiados. Aquella extraña silueta era *Satán* con una máscara de gas —se usaba gas lacrimógeno, gas mostaza y fosgeno—, un mensaje al cuello y unas alforjas. El mensaje decía: «¡Por el amor de Dios, aguantad! Mañana enviaremos refuerzos».

En las alforjas que portaba *Satán* había dos palomas. Anotaron las coordenadas de la artillería alemana y enviaron el mismo mensaje con las aves. Una de ellas fue abatida pero la otra llegó a su destino. Con la información suministrada, la artillería francesa consiguió silenciar a la alemana y liberar a sus compatriotas. *Satán* y la paloma anónima les salvaron la vida.

Como en la mayoría de las ocasiones los francotiradores no lograban derribar a las palomas, tanto británicos como alemanes utilizaron halcones peregrinos para interceptarlas. Los halcones son capaces de detectar un objetivo a mil quinientos metros de distancia y caer en picado a una velocidad de trescientos kilómetros/hora sorprendiendo a las palomas desde arriba. Durante la Segunda Guerra Mundial, el tráfico aéreo del canal de la Mancha se congestionó: entre halcones interceptores de unos y otros, las palomas que comunicaban a los británicos con la resistencia francesa y las enviadas desde suelo inglés por los espías alemanes, parecía la operación salida de Navidad. En cierta ocasión, los halcones británicos consiguieron interceptar —que no matar— dos palomas enviadas por los espías alemanes; declaradas prisioneras de guerra, fueron condenadas a procrear palomas mensajeras británicas.

CUANDO UCRANIA Y RUSIA ESTABAN EN LA PROVINCIA DE ALICANTE

Las consecuencias de la Guerra Civil española (1936-1939) fueron, como las de todas las guerras, desastrosas, pero también dieron lugar a algunos cambios curiosos: los toponímicos.

Algunos pueblos y ciudades que durante la Guerra Civil habían quedado en la zona controlada por la República, cambiaron sus nombres por otros más acordes a sus ideales:

Ciudad Real – Ciudad Libre de La Mancha
Talavera de la Reina – Talavera del Tajo
San Lorenzo de El Escorial – El Escorial de la Sierra
Albalate del Arzobispo – Albalate Luchador

Pero hubo dos pueblos en Alicante que se llevaron la palma: San Fulgencio del Segura y San Juan de Alicante.

San Fulgencio del Segura cambió su nombre durante los tres años de la contienda por Ucrania del Segura. Curiosamente, en esta localidad, y según el INE-2009, más del 75 por ciento es de nacionalidad extranjera y se trata del único municipio español donde el inglés es la lengua más hablada por parte de la población.

San Juan de Alicante cambió su nombre por Villa Rusia de Alicante..., en teoría. El día 16 de noviembre de 1936 se reunió el pleno del ayuntamiento con la variación toponímica de la localidad como único orden del día. Fueron varias las propuestas: «Villa Ascaso» (en homenaje al anarquista Francisco Ascaso, muerto el 20 de julio de 1936 mientras lideraba a los militantes de la CNT en Barcelona), «Pablo Iglesias» (por los socialistas)... pero, al final, la propuesta votada y aprobada fue Villa Rusia de Alicante: «Como homenaje a la Rusia soviética que tanto favorece a España en los momentos actuales». Y decía que en teoría, porque en la práctica los anarquistas no quedaron satisfechos con el cambio e inundaron de pintadas el pueblo con su propuesta.

EL MISTERIO DEL CAMIÓN DESAPARECIDO CON PARTE DEL ORO DE LA REPÚBLICA

El llamado «oro de Moscú» se refiere a la operación de apropiación y traslado de quinientas diez toneladas de oro —el 72,6 por ciento de las reservas de oro del Banco de España— desde su depósito en Madrid hacia la Unión Soviética, a los pocos meses del inicio de la Guerra Civil española por parte del gobierno de la Segunda República; así como a las posteriores gestiones relacionadas con su venta a la Unión Soviética y la utilización de los fondos obtenidos. La cuarta parte restante de la reserva del banco —unas ciento noventa y tres toneladas— fue trasladada a Francia en una operación que, por analogía, se conoce como el «oro de París».

Aunque setenta y cinco años después las especulaciones sobre si Rusia se quedó con el dinero o este regresó a la España de Franco siguen en el aire, dejaré a un lado el oro de Moscú y me centraré en dos partidas igualmente misteriosas:

El descubrimiento en México hace tres años de una carcasa de reloj, junto con un relicario y unas cajas que llevan la leyenda «Monte de Piedad de Madrid» descubiertas en los años sesenta, han abierto una investigación que pudiera relacionar estos objetos con el presunto tesoro que llegó a México en 1939 a bordo del barco *Vita* y que españoles republicanos se habrían llevado del Monte de Piedad de Madrid y del Banco de España con el objetivo de mantener a los exiliados.

Ante el avance de las tropas sublevadas y el recrudecimiento de los bombardeos sobre Madrid, el 6 de noviembre de 1936 se produce la salida del gobierno hacia Valencia, pero no van solos. Les acompañan los cuadros del Prado, oro y las diferentes incautaciones que se habían hecho a través de la Caja General de Reparaciones (organismo económico dependiente del Ministerio de Hacienda de la Segunda República, cuyo objetivo era incautar los bienes de los civiles que apoyasen la sublevación militar). En un primer momento este tesoro se guarda en Cartagena, pero viendo el desenlace que va tomando la guerra, el presidente Negrín decide trasladarlo a un lugar cercano a la frontera francesa... el lugar elegido son unas minas de talco en La Vajol (Gerona). El 26 enero de 1939 cae Barcelona; el 5 de febrero, Gerona... el gobierno de la República y miles de civiles y combatientes huyen a Francia, pero antes de tomar el camino del exilio, Negrín dio la orden de sacar el tesoro y trasladarlo a Francia en siete camiones. Seis de ellos logran pasar, pero el séptimo... Hay varias versiones:

Nunca existió un séptimo camión.

En el libro *Treasures of the World*, el escritor y cazatesoros Robert Charroux relata la historia de Vicente, uno de los ocupantes de aquel camión y único superviviente tras la Segunda Guerra Mundial. Según le contó Vicente, consiguieron atravesar la frontera por Cerbere con una carga de unas diez toneladas en oro y después de conducir varias horas decidieron enterrar el cargamento en una zona pantanosa cerca de Saint-Cyprien; memorizaron el lugar y, tras abandonar el camión lejos del tesoro, se entregaron a los gendarmes franceses. A finales de los años cincuenta, Vicente acompañó a Charroux y su equipo de buscadores a localizar el oro, pero, tras veinte años, el lugar había cambiado considerablemente y las referencias que había memorizado habían desaparecido... Fue imposible localizarlo.

En 1997, el reportero Stephane Cosme y el director de la revista *Actualités de l'Histoire*, Philippe Valode, decidieron investigar el misterio del camión. Un testigo del traslado del oro de La Vajol a Figueras dijo que no hubo un séptimo camión pero sí que parte de ese tesoro pasó por senderos y caminos con los combatientes republicanos. Los rumores sobre enriquecimientos repentinos circularon durante mucho tiempo. Además, la prensa francesa dio cuenta de que setenta y seis oficiales y dos soldados republicanos de la brigada Líster habían sido arrestados en la frontera unos días antes de ser conquistada Barcelona, y que se había encontrado en su poder barras de oro y plata, joyas y piedras preciosas. Los detenidos explicaron que estaban cumpliendo una orden de sus superiores. Fueron condenados a dos años de prisión, pero después el Tribunal de Apelación de Montpellier los exoneró.

EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA SE UTILIZARON PAVOS COMO PARACAÍDAS

Al igual que en otros lugares de España, en la provincia de Jaén, el golpe de estado de 1936 fracasó. La indecisión de los jefes que dirigían la comandancia de la Guardia Civil frenó el deseo de la mayor parte de los oficiales y de la tropa para añadir la provincia a las fuerzas sublevadas. Aun así, los republicanos desconfiaban de la Benemérita y les obligaron a entregar las armas, lo que tensó todavía más la situación.

El 18 de agosto de 1936, asumió el mando el capitán de la Guardia Civil Santiago Cortés y decidió refugiarse en el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, en Andújar (Jaén). El grupo de refugiados estaba compuesto por mil doscientas personas: cuatro sacerdotes, ciento sesenta y cinco miembros de la Benemérita, cuarenta y cuatro paisanos y sus familias. Pronto pasaron de un encierro voluntario —incluso bajaban a Andújar a por provisiones y para recibir atención médica— al puro y duro asedio de las tropas republicanas.

Los suministros iniciales comenzaban a agotarse, pero como caídos del cielo, y nunca mejor dicho, fueron reabastecidos de alimentos, armas y medicinas (setenta toneladas desde Córdoba y unas ochenta desde Sevilla) por los sublevados desde las zonas que controlaban en el sur. Lógicamente, la única forma de aprovisionamiento era aérea, pero era imposible utilizar los paracaídas para hacerles llegar los suministros por la dificultad de hacerlos caer en el pequeño reducto del santuario. Así que decidieron utilizar dos técnicas: una, lanzándose en picado hacia el objetivo para aproximarse lo máximo posible y, una vez soltados los víveres, remontar rápidamente; y la segunda, la técnica del pavo para las provisiones más delicadas y de poco peso (medicamentos). Este último procedimiento consistía en soltar los pavos, a los que previamente se les había atado el cargamento, desde la vertical del objetivo y con su frenético aleteo, que no les permite volar pero sí frenar la caída, aterrizar sin romper la carga. Por otra parte, este curioso paracaídas también se podía comer. Destaca en estas tareas de aprovisionamiento el aviador Carlos Haya, piloto personal del general Franco, que realizó más de un tercio de los ciento cincuenta y siete servicios al santuario.

Gracias a estos suministros, los sitiados aguantaron nueve meses. El 1 de mayo de 1937 caía el santuario ante la ofensiva de los republicanos.

VAN UN ALEMÁN Y UN ANDALUZ...

Además de líder de las SS, Heinrich Himmler fue el principal valedor y creador, en 1935, de la Ahnenerbe (Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana), que impulsaba investigaciones que dieran base científica a la ideología nazi y a las teorías sobre el origen de la raza aria y su supremacía. La búsqueda de los orígenes y de objetos de poder, tales como las reliquias religiosas y mitológicas, llevaron a esta entidad pseudocientífica a enviar expediciones arqueológicas y antropológicas a diferentes lugares del mundo: Tíbet, Brasil, España...

Un grupo de científicos de la Ahnenerbe se trasladó a España para hacer un estudio antropológico sobre los descendientes de los colonos alemanes en la zona de Sierra Morena que la Ahnenerbe hacía antepasados de los antiguos visigodos. En realidad, descendían de los colonos alemanes que repoblaron parte de las actuales provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla en 1767. Durante el reinado de Carlos III, la Corona financió la repoblación de la zona situada en la ladera sur de Sierra Morena con unos seis mil colonos centroeuropeos. Esta colonización pretendía fomentar la agricultura y la industria en una zona despoblada y amenazada por el bandolerismo. El estudio era muy sencillo, a todos los paisanos que presentasen un certificado de nacimiento, expedido por la parroquia, en el que constara un apellido alemán le daban cinco pesetas por dejarse tallar y medir el cráneo. La noticia comenzó a correr como la pólvora: unos alemanes pagaban por dejarse tallar y medir el cráneo.

Y aquí interviene la picaresca española. Por una pequeña propina, el sacristán emitía varios certificados de bautismo para una misma persona en los que solo se modificaba el nombre propio. Un mismo individuo podía cobrar dos veces (como si fueran mellizos), tres veces (como trillizos)... El estudio fue publicado por Johan Schänble, profesor de antropología de la Universidad de Kiel, en *Estudios antropológicos en las colonias alemanas del sur de España*: una de las conclusiones fue que los partos múltiples eran muy frecuentes por aquellos lares.

Otras visitas a España por parte de miembros de la Ahnenerbe les llevaron a Toledo, donde pretendían encontrar la Mesa de Salomón, o a Barcelona para visitar el monasterio de Montserrat.

LOS YONQUIS DE HITLER

Heinrich Theodor Böll, Premio Nobel de Literatura en 1972, fue el máximo exponente de la literatura alemana de la posguerra —la llamada «literatura de escombros». Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial fue reclutado por la Wehrmacht (fuerzas armadas alemanas) y combatió en Polonia, Francia, Rumanía, Hungría y la Unión Soviética, hasta que fue capturado por los estadounidenses en la primavera de 1945. En el año 2005, el diario alemán *Der Spiegel* publicaba fragmentos de varias cartas remitidas por Heinrich Böll a su familia mientras estuvo en el frente:

Queridos padres y hermanos:

Esto es muy difícil, espero que lo entendáis si solo soy capaz de enviaros una carta cada dos o cuatro días [...]. Hoy os escribo principalmente para pedir un poco de Pervitin [...].

HEIN [1939].

Si es posible, por favor, envíame un poco más de Pervitin [1940].

El Pervitin o Pervitina es una metanfetamina, similar al *speed*, creada en 1938 por la empresa farmacéutica Temmler y comercializada en Alemania. Debido al éxito entre la población civil, el médico Otto Ranke, miembro de la Academia de Medicina Militar, realizó un estudio entre noventa estudiantes universitarios a los que se les suministró la droga. El informe que emitió en 1939 fue demoledor:

En la mayoría de las personas, la sustancia aumenta la confianza en sí mismo, la concentración y la voluntad de asumir riesgos, mientras que al mismo tiempo se reduce la sensibilidad al dolor, el hambre y la sed, así como la necesidad de dormir [...]. El Pervitin puede ayudar a la Wehrmacht a ganar la guerra.

Por otro lado, este tipo de ayuda química era ideal para la táctica militar que Hitler planteó al comienzo de la guerra: la *Blitzkrieg* (guerra relámpago), que implicaba un bombardeo masivo de la aviación y la artillería terrestre, seguido de un rápido ataque de la infantería y los blindados para romper las líneas enemigas. Lógicamente, esta táctica dependía de la rapidez de maniobra de las fuerzas terrestres y de mantener la intensidad de la lucha el tiempo necesario... el Pervitin se encargaba

de proporcionar ese plus de resistencia e intensidad precisas. El problema es que lo que en principio era un simple estimulante se convirtió en una necesidad para los soldados y los oficiales comenzaron a distribuirlo sin ningún control. Solamente durante el periodo comprendido entre abril y julio de 1940 se suministraron más de treinta y cinco millones de tabletas de Pervitin. Debido a los problemas físicos y psíquicos que comenzaron a aparecer por casos de sobredosis, en 1941 se prohibió su distribución sin control en el ejército y solo los médicos militares podían prescribirla. En la práctica, esta prohibición fue relativa... En el transcurso de la llamada Operación Barbarroja, en la que Alemania invadió la Unión Soviética, el éxito inicial de la *Blitzkrieg* que había sorprendido a las tropas soviéticas se vio truncado con la llegada del invierno y el contraataque del Ejército Rojo. En medio de la refriega y ya en retirada, una compañía alemana quedó aislada del grueso del ejército a merced de las inclemencias del tiempo y acosados por unidades del Ejército Rojo. Ante aquella situación desesperada, un miembro de la compañía anotó en su diario:

Más y más soldados caían agotados en la nieve [...]. Los oficiales decidieron darles Pervitin. Después de media hora, los hombres se levantaron diciendo que sentían mejor y comenzaron a marchar ordenadamente con el ánimo recuperado.

Pero no fue solo el ejército alemán el que utilizó este tipo de ayuda química; de hecho, muchos pilotos de la RAF (fuerzas aéreas británicas) consumieron metedrina para mantenerse despiertos y alerta en vuelos nocturnos o prolongados. Los medios británicos llegaron a publicar: «La metedrina ha ganado la batalla de Inglaterra».

Pero en la búsqueda del soldado perfecto e invencible, el que se lleva la palma es Stalin. La idea del dirigente soviético, supongo que sacada del libro *La isla del doctor Moreau*, de H. G. Wells, era crear un ejército de híbridos entre humanos y chimpancés con lo mejor de cada uno, la inteligencia humana combinada con la resistencia y capacidad física de los simios: los humancé.

Unos años antes, el biólogo ruso Ilya Ivanovich Ivanov, especializado en el campo de la inseminación artificial y pionero en la obtención de animales híbridos, consiguió crear dos nuevas especies: el zubrón (híbrido entre vaca y bisonte) y el zedonk (híbrido entre cebra y burro). En 1925, Ilya había obtenido el permiso del Instituto Pasteur de París para experimentar con chimpancés en Kindia (Guinea francesa). Además, consiguió que Moscú respaldase aquel proyecto con una aportación económica de diez mil dólares. En esta ocasión el experimento consistía en inseminar a hembras de chimpancé con espermatozoides humanos, pero tras varios intentos no hubo ningún resultado. Así que el científico decidió darle la vuelta a la tortilla: inseminaría a mujeres con el espermatozoides de chimpancés. Aquello ya era demasiado y las autoridades francesas le revocaron el permiso. Regresó a Rusia, que todavía creía en su proyecto, y continuó sus trabajos en Sujumi (Abjasia), donde las autoridades rusas

habían instituido un campo experimental con primates. Para seguir con sus experimentos en Sujumi contaba con un chimpancé y cinco mujeres... voluntarias. Antes de poder inseminar a las mujeres, el chimpancé murió, Ilya cayó en desgracia y fue condenado al exilio.

EL DÍA QUE CHURCHILL OFRECIÓ A FRANCIA CONVERTIRSE EN LA UNIÓN FRANCO- BRITÁNICA

El 10 de mayo de 1940, la Wehrmacht (fuerzas armadas de la Alemania nazi) iniciaba la ofensiva para ocupar Francia. Paul Reynaud, primer ministro, y Charles de Gaulle, secretario del Consejo de Defensa Nacional, eran partidarios de continuar la resistencia en las colonias si Francia caía, pero la mayoría de los miembros del gobierno, ante la potencia del ataque alemán, se inclinaban por el armisticio. Ante aquella crítica situación, Reynaud recibió una llamada de Londres que abría una puerta a la esperanza.

El 16 de junio de 1940, Winston Churchill, de acuerdo con De Gaulle, llamó a Reynaud:

Los dos gobiernos del Reino Unido y la República Francesa debemos hacer una declaración de unión indisoluble y una resolución inflexible en defensa de la justicia y la libertad contra el sometimiento a un sistema que reduce a la humanidad a una vida de autómatas y esclavos. Los dos gobiernos declararemos que Francia y Gran Bretaña dejarán de ser dos naciones y se convertirán en la Unión Franco-Británica. Todo ciudadano de Francia disfrutará inmediatamente de la ciudadanía del Reino Unido. Cada súbdito británico se convertirá en un ciudadano de Francia. Las fuerzas armadas del Reino Unido y Francia estarán bajo la dirección de un Gabinete de Guerra único.

Reynaud, ilusionado por aquella propuesta, la comunicó a los miembros de su gobierno, pero para estos fue casi un insulto y la rechazaron. Reynaud dimitió y se nombró primer ministro a Philippe Pétain, que a los pocos días firmó el armisticio con Alemania.

¿CÓMO CONSIGUIERON EVITAR LAS DEPORTACIONES NAZIS DOS PEQUEÑOS PUEBLOS DE POLONIA?

En la conferencia de Múnich de 1938, Alemania recupera los Sudetes (zona fronteriza con Checoslovaquia) con el consentimiento de Francia y Gran Bretaña. La debilidad de los occidentales hizo crecerse a Hitler y dudar a Stalin. Las ideologías marxista y nazi, diametralmente opuestas, convergían en intereses comunes y llegaron a un acuerdo. Los planes de Hitler pasaban por la invasión de Polonia, pero tenía que buscar pretextos que la justificasen; pues dicho y hecho: recuperar el corredor de Pomerania (en Prusia) y el puerto báltico de Danzig (antiguos territorios alemanes, ahora controlados por Polonia). Las pretensiones anexionistas de Alemania por el oeste y de la Unión Soviética por el este (parte de Polonia estuvo bajo control ruso) colocan a Varsovia en el centro del huracán. Ante la pasividad de Francia y Gran Bretaña, el 25 de agosto de 1939 los ministros de Exteriores ruso, Molotov, y alemán, Ribbentrop, firman un pacto de no agresión. La sentencia de Polonia estaba firmada.

En Polonia se establecieron seis campos de exterminio: Chelmno, Belzec, Sobibor, Majdanek, Treblinka y Auschwitz-Birkenau. De las deportaciones masivas a los campos se libraron dos pequeños pueblos polacos (Rozvadow y Zbydniowie) gracias al ingenio de los médicos Lazowski y Watulewicz. Uno de sus paisanos, que iba a ser deportado a uno de los campos, les suplicó que hiciesen algo para evitarlo... ¿Qué podían hacer dos médicos de pueblo? Una guerra biológica defensiva.

Lazowski y Watulewicz habían comprobado que la prueba de Weil-Felix — utilizada para diagnosticar las infecciones por rickettsias responsables del mortal tifus — daba falsos positivos con la bacteria *Proteus OX19* que, aunque con efectos secundarios, no es mortal. Así que decidieron inyectarle la bacteria *Proteus OX19* y luego se envió una muestra de sangre a los alemanes para su análisis. La prueba de Weil-Felix dio positivo por tifus y el joven se salvó. Visto el éxito de este ensayo, decidieron propagar la infección a escala masiva en los pueblos de Rozvadow y Zbydniowie. Los alemanes, temiendo una epidemia de tifus, decidieron poner los pueblos en cuarentena y enviaron a su propio equipo médico a la zona.

Lazowski y Watulewicz pensaron que el equipo médico destaparía su engaño, pero tuvieron suerte. El equipo estaba compuesto por un viejo facultativo y dos jóvenes enfermeros. Los polacos demostraron su hospitalidad ofreciendo en su honor un pantagruélico banquete e ingentes cantidades de vodka. El médico alemán, un poco afectado ya por el vodka, decidió que fuesen los bisoños enfermeros a inspeccionar el pueblo; estos, con más miedo a la infección que ganas por hacer su

trabajo, quedaron impresionados cuando los polacos les mostraron el último muerto por el tifus —en realidad, era un anciano fallecido a causa de anemia—. El equipo emitió un informe confirmando los casos de tifus y abandonaron el lugar. Lazowski y Watulewicz salvaron a ocho mil personas de la deportación y la muerte.

EL QUE LA SIGUE LA CONSIGUE

Dicen que la obligación de los prisioneros de guerra es intentar escapar para mantener ocupados recursos humanos enemigos que, de otra forma, podrían estar luchando en el frente. Y el alemán Franz von Werra se lo tomó al pie de la letra.

Franz von Werra era un piloto de caza de la Luftwaffe (fuerza aérea alemana) que fue derribado en la batalla de Inglaterra (1940) durante la Segunda Guerra Mundial. Fue capturado con vida, y cuando solo llevaba un mes en el campo de prisioneros consiguió fugarse por primera vez. Durante un paseo fuera del campamento, aprovechó el descuido de sus guardianes y se escabulló por los alrededores del campo. Estuvo cinco días vagando sin rumbo por la campiña inglesa hasta que lo volvieron a capturar y desde aquel momento fue sometido a mayor vigilancia. Como aquel campo no estaba destinado para prisioneros conflictivos o fuguistas, lo trasladaron a otro más seguro en Swanwick. Y se juntaron el hambre con las ganas de comer. Cuando llegó a su nuevo lugar de confinamiento, otros prisioneros alemanes estaban terminando un túnel para fugarse. Se unió a ellos y, otra vez, se evadió. Los seis fugitivos se dividieron en dos grupos para tomar caminos distintos y dificultar la captura, pero en el último momento Franz decidió ir por su cuenta. A los pocos días, solo Franz permanecía huido. Consiguió llegar a un aeropuerto y se hizo pasar por un piloto holandés que había tenido que hacer un aterrizaje forzoso y ahora pretendía volver al continente para seguir luchando contra los «malditos alemanes».

Soy el capitán Van Lott, piloto holandés. Me acaban de destinar aquí, pero nunca he volado en Hurricanes. El oficial de guardia me manda para que usted me enseñe a manejar los mandos y pueda hacer un vuelo de práctica. ¿Qué aparato está listo para despegar?

Y a punto estuvo de conseguirlo, pero en el último momento fue descubierto y lo detuvieron cuando iba a subir al avión. Visto lo visto, decidieron ponerle las cosas más difíciles: lo enviaron a un campo de prisioneros a Canadá. El 21 de enero, en pleno invierno canadiense, Franz y unos cuantos prisioneros más consiguieron saltar del tren en marcha que los transportaba a su nueva prisión. Otra vez se repetía la película, todos fueron capturados menos Franz. Consiguió sobrevivir a las bajas temperaturas y atravesar el río San Lorenzo, fronterizo con los Estados Unidos. Ya en ese país, en esas fechas todavía neutral, fue detenido y encarcelado por entrada ilegal. Gracias a los medios de comunicación, que se hicieron eco de la noticia, el cónsul alemán se enteró del asunto y pagó la fianza para sacarlo en libertad provisional a la espera de juicio. Viendo cómo se estaban poniendo las cosas, ya que ingleses y

canadienses comenzaron a reclamarlo, el cónsul decidió olvidarse de la fianza y sacarlo del país burlando la vigilancia a la que el FBI le sometía. En México, y a través de la embajada alemana, le proporcionaron un pasaporte falso para llegar hasta Europa vía Río de Janeiro.

En Alemania fue recibido por Hitler y condecorado con la Cruz de Hierro, aparte de ser ascendido a capitán. Decidió continuar volando, y el 25 de octubre de 1941 murió cuando su avión se estrelló por un fallo en el motor.

EL ARQUERO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Jack Churchill, apodado Jack el Loco, nació en la isla de Man (entre Irlanda y Gran Bretaña) en 1906, ingresó en la Real Academia Militar de Sandhurst y en 1926 sirvió en Birmania en el regimiento de Manchester. Sus años en el ejército solo le sirvieron para aprender a tocar la gaita, aficionarse al tiro con arco y alguna que otra excentricidad más. Después de diez años, y desencantado, abandonó el ejército y trabajó como editor de un periódico. Durante estos años sacó provecho de su buen tino con el arco y actuó como extra en la película *El ladrón de Bagdad* e incluso llegó a representar a Gran Bretaña en los Campeonatos Mundiales de Tiro con Arco en 1939. Todo cambió con la entrada de Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial.

Se volvió a reenganchar en el ejército y fue destinado a Francia con la Fuerza Expedicionaria Británica (FEB) para reforzar la Línea Maginot (línea de fortificación y defensa construida a lo largo de su frontera con Alemania e Italia). Pero Jack no era un soldado más: llevaba siempre con él un arco, un carcaj con flechas y una espada a modo de caballero medieval. Ante el empuje de los alemanes, la Línea Maginot se vino abajo y los aliados tuvieron que retroceder hasta Dunkerque, donde serían evacuados hacia suelo británico. Gracias a las acciones de Jack y otros pequeños grupos que emboscaban a la avanzadilla alemana se facilitó la retirada a más de trescientos mil soldados aliados. Escondidos en las ruinas de un pueblo, Jack disparó su arco matando al sargento alemán que encabezaba el grupo de reconocimiento y su equipo hizo lo propio con el resto de los alemanes —fue el primer muerto por una flecha en la Segunda Guerra Mundial—. Jack fue evacuado, y ya en Gran Bretaña se unió a los British Commandos, recientemente creados por Winston Churchill y encargados de realizar incursiones en la Europa ocupada por los alemanes.

Al frente de uno de estos comandos, se le encomendó la misión de tomar las baterías apostadas en la isla Vaagso (Noruega). Con el apoyo de la Royal Navy, encargada de bombardear las posiciones alemanas, el grupo de Jack se embarcó en un transporte anfibia que lo llevaría a la costa. Antes de desembarcar, y cuando hasta los ateos se encomiendan a Dios, Jack tocaba la gaita para levantar el ánimo de sus compañeros. Cuando la barcaza bajó la trampilla, Jack saltó a la orilla con la espada empuñada al alto y al grito de: «¡Comando!».

Aquel grito se convertiría en su santo y seña. A las pocas horas, el Alto Mando británico recibía un mensaje:

Isla y baterías capturadas. Pocas bajas. Demoliciones en curso.

Su operación más brillante o más loca, según se mire, tuvo lugar en Piegoletti (Italia). Al frente del comando nº 2, compuesto por cincuenta hombres, recibió la orden de tomar el pueblo donde los alemanes tenían fuego de artillería que había logrado detener a los aliados. En medio de la noche, ordenó a su equipo rodear las posiciones enemigas y a su orden, gritar todos a la vez: «¡Comando!».

Los alemanes, en mitad de la noche, no sabían a cuántos aliados se enfrentaban, y pensaron que estaban rodeados por una fuerza mayor. En medio de aquel caos, Jack, espada en mano, y el sargento Ruffell se adentraron sigilosamente en el pueblo y fueron tomando posición por posición sin hacer un solo disparo. Toda su suerte cambió en la isla de Brac.

En 1944, junto a un grupo de partisanos, el comando de Jack debía tomar la isla de Brac en el Adriático. Los partisanos no estaban por la labor de seguir las arriesgadas órdenes de Jack y lo dejaron solo. En el transcurso de la batalla, Jack y otros seis miembros de su equipo quedaron aislados del resto y fueron castigados por la artillería enemiga... Todos murieron, menos Jack. Ante aquella situación desesperada, cogió su gaita y comenzó a tocar «Will Ye No Come Back Again?» «(¿No volverás?)», una granada cayó junto a él y perdió el sentido. Cuando despertó estaba camino del campo de Sachsenhausen (Alemania), donde tuvo la suerte de coincidir con un grupo que ya tenía preparado un plan de huida. Consiguió escapar, pero a los catorce días fue detenido en Rostock cuando se encaminaba hacia la costa del Báltico. En 1945, y con los rusos a las puertas de Berlín, aprovechó un apagón para volverse a fugar y poner rumbo hacia la frontera con Italia. Recorrió más de doscientos kilómetros hasta que se encontró con una compañía de estadounidenses.

Aunque quiso volver a luchar, los lanzamientos de las bombas atómicas en Japón pusieron el punto y final a la guerra. Aún siguió varios años en el ejército, llegando a ser mayor del regimiento de paracaidistas, y en 1952, gracias a su amistad con Robert Taylor, volvió a actuar como arquero en la película *Ivanhoe*. En los últimos años, Churchill fue instructor de paracaidismo en Australia, donde se convirtió en un apasionado del surf —incluso llegó a diseñar sus propias tablas—. De regreso a Inglaterra en 1959, abandonó el ejército con dos condecoraciones de la Distinguished Service Order y siguió con sus excentricidades... esta vez sobre una tabla de surf.

LO QUE HAY QUE HACER PARA MANTENER LA LÍNEA SUCESORIA...

El 30 de abril de 1927, la princesa Juliana de los Países Bajos celebró su dieciocho cumpleaños. Según la Constitución, oficialmente había alcanzado la mayoría de edad y estaba preparada para asumir prerrogativas reales si fuese necesario. El siguiente paso era buscarle marido entre la realeza europea y su madre, la reina Guillermina, se encargó de ello. El elegido fue el príncipe Bernardo de Lippe-Biesterfeld (Alemania). El anuncio de la boda dividió a un país que desconfiaba de Alemania, bajo el gobierno de Adolf Hitler durante esta época. Al príncipe Bernardo se le otorgó la ciudadanía holandesa y se casaron en La Haya el 7 de enero de 1937.

Adolf Hitler intentó utilizar aquella boda y declaró que el matrimonio real de Juliana con un alemán era una señal de alianza entre los Países Bajos y Alemania. La reina Guillermina rápidamente hizo una declaración pública rechazando las palabras de Hitler. En mayo de 1940, los alemanes invadían los Países Bajos. Durante la ocupación alemana, los príncipes herederos se exiliaron con sus dos hijas (Beatriz e Irene) al Reino Unido, representando al gobierno de los Países Bajos en el exilio. La princesa permaneció allí durante un mes antes de llevarse a las niñas a Ottawa (Canadá) y el príncipe Bernardo solicitó la admisión en los servicios de inteligencia británicos para cooperar con los aliados.

El gobierno canadiense les proporcionó una casa en la avenida Acacia en Rockcliffe, donde trataron de rehacer sus vidas en la medida de lo posible. El 19 de enero de 1943, nació en la maternidad del hospital Civic de Ottawa Margarita, la tercera hija de Bernardo y Juliana, y primer miembro de una familia real nacido en América del Norte. Para que Margarita no quedase excluida de la línea sucesoria del trono, el gobierno canadiense declaró territorio de los Países Bajos la maternidad del hospital y su habitación. Además, la bandera de los Países Bajos ondeó en la Peace Tower en Ottawa el día de su nacimiento. La princesa Juliana y su familia regresaron a su país en 1945. Como agradecimiento a Canadá, los Países Bajos enviaron cien mil bulbos de tulipanes, ritual que se sigue cumpliendo cada año.

EL *JET STREAM* AL SERVICIO DEL EMPERADOR JAPONÉS

Tras el ataque de la Marina imperial japonesa contra la flota del Pacífico de los Estados Unidos en Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, se produjo otro hecho que llevó la psicosis a la costa oeste americana.

El 23 de febrero de 1942 el submarino *I-17* de la Marina imperial japonesa, que había participado en el ataque a Pearl Harbor, bombardeaba la costa americana causando daños en una refinería de petróleo en Santa Mónica (California). Antes de que el ejército pudiese reaccionar, el submarino se sumergió y desapareció. Los japoneses habían atacado en suelo americano. Las muestras de pánico se sucedían y el temor a un ataque aéreo, como Pearl Harbor, se extendió entre la población. Pero nada más ocurrió... aquel día.

A las tres horas y quince minutos de la madrugada del 24 al 25 de febrero, y con el miedo en el cuerpo, las sirenas de alarma sonaron en Los Ángeles y el ejército, ante el posible ataque aéreo de los japoneses, ordenó un apagón general. Las baterías antiaéreas americanas dispararon más de mil cuatrocientos proyectiles durante una hora a los aviones enemigos. Tras horas de tensa calma, a las siete y veintiún minutos se volvió a conectar la luz. El resultado final de la llamada batalla de Los Ángeles fue seis estadounidenses muertos... por daños colaterales de fuego amigo (tres por cascotes de edificios dañados y otros tres por infartos). Al día siguiente, reinaba la confusión, nadie sabía cuántos aviones se habían visto —algunos hablaban de OVNIS— y tampoco había señales de ningún bombardeo (solo el de las baterías antiaéreas). A las pocas horas, Frank Knox, el secretario de la Marina, dio una rueda de prensa en la que aseguró que había sido una falsa alarma producida por la psicosis del bombardeo del día anterior. Algunos medios sensacionalistas, que en todos los sitios hay, vieron en esta respuesta la mano de la censura y el encubrimiento.

¿Qué ocurrió realmente?

En los años treinta se descubrieron las corrientes de chorro (*jet stream*), fuertes corrientes de aire concentradas a lo largo de un eje casi horizontal en la alta troposfera o en la estratosfera y que discurre, normalmente, a lo largo de varios miles de kilómetros. Los japoneses, sirviéndose de globos aerostáticos, estudiaron estas corrientes y descubrieron que una de ellas, situada a más de nueve mil metros de altura, atravesaba el Pacífico y llegaba hasta los Estados Unidos en tres días. Así que pusieron en marcha la Operación Fu-Go, que consistía en enviar globos aerostáticos con un regalito: bombas incendiarias. Desde noviembre de 1944 se enviaron más de nueve mil globos con la esperanza de que un 10 por ciento llegasen a su objetivo. El caso es que la estadística falló, debido a la complejidad del sistema solo se tuvo

conocimiento de la llegada de poco más de trescientos globos. Por otra parte, al contrario de lo ocurrido en Santa Mónica, el ejército pidió a los medios de comunicación que silenciasen la noticia para que no cundiese el pánico. Así lo hicieron, y los japoneses, al no tener noticia de su operación, la cancelaron en abril de 1945.

El caso más grave se produjo en el estado de Oregón, en el que fallecieron seis personas cuando uno de estos artefactos fue encontrado por una familia en un parque y explotó cuando lo estaban manipulando.

MIENTRAS SUS FAMILIAS ERAN ENCERRADAS, ELLOS ERAN LOS MÁS LAUREADOS

Tras el ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, y la posterior declaración de guerra de Estados Unidos contra Japón, el gobierno de Franklin D. Roosevelt decretó el traslado e internamiento de los japoneses residentes en los Estados Unidos — incluso los *nisei* y *sansei*, de segunda y tercera generación respectivamente con la ciudadanía estadounidense— en campos de reasentamiento. La sospecha de que el ataque a Pearl Harbor había recibido la ayuda de japoneses residentes en Hawái y el miedo a que los ciudadanos de origen japonés actuaran como «quinta columna», justificó la creación de estos campos. En 1942, la War Relocation Authority, el organismo responsable de la detención y el traslado, había construido diez campos en siete estados y transferido a ellos a más de cien mil personas.

Como en Hawái los ciudadanos de origen japonés suponían más de un tercio de la población total, la medida de internamiento no tuvo la misma rigurosidad que en el continente. Paralelamente a la ley de internamiento, el Departamento de Guerra emitió una orden para que se licenciase a todos los soldados de ascendencia japonesa del servicio activo. Solo unos cientos quedaron en la Guardia Nacional de Hawái. Este pequeño grupo fue trasladado a un campamento de Wisconsin y allí tuvo que superar cientos de pruebas, demostrar su valía y jurar morir por los Estados Unidos. El 1 de febrero de 1943, y tras justificar su lealtad a la patria, el gobierno americano revocó la orden y permitió a los ciudadanos estadounidenses de origen nipón, los de segunda y tercera generación, formar parte de las fuerzas armadas. Levantado el veto, se presentaron muchos voluntarios, sobre todo de Hawái, y se creó el 442º regimiento de combate, compuesto casi en su totalidad por soldados de origen japonés. Durante toda la guerra, y adscritos al 442º, catorce mil soldados de origen nipón lucharon contra los alemanes en Italia, Francia y Alemania.

Ironías de la vida, este regimiento ha sido el más galardonado con distinciones al mérito y al valor en toda la historia de los Estados Unidos: un total de dieciocho mil ciento cuarenta y tres galardones. De entre ellas, veintiuna Medallas de Honor (la máxima condecoración militar de los Estados Unidos). En 1988, el presidente Ronald Reagan firmaba la ley de libertades civiles por la que se concedieron indemnizaciones a los ciudadanos americanos de origen japonés que habían sido internados durante la Segunda Guerra Mundial. La ley garantizaba a cada internado superviviente una indemnización de veinte mil dólares y, además, se reconoció que el internamiento se basó en «los prejuicios raciales, la histeria bélica y la falta de liderazgo político».

Hablando de Franklin Delano Roosevelt, hay un hecho muy curioso en el traslado

del presidente hasta el Congreso para solicitar el estado de guerra. Ante el temor de un posible atentado contra el presidente, el servicio secreto decidió reforzar su seguridad y la de su transporte. Aparte del poco tiempo disponible, se encontraron con un problema presupuestario: una ley federal prohibía gastar más setecientos cincuenta dólares para la compra del coche presidencial. Un miembro del servicio secreto, que años antes había intervenido en la captura de Al Capone, recordó que se le había confiscado un coche blindado, un 1928 Cadillac Town Sedan 341A. Aquel Cadillac estaba equipado con la última tecnología de la época, luces ocultas, emisora de radio de la policía, un blindaje de casi tres centímetros de espesor y ventanillas a prueba de balas. Solo hubo que trabajar en la parte mecánica y un lavado de cara de un coche que llevaba varios años en los depósitos del Departamento del Tesoro. A la mañana siguiente, Roosevelt se trasladaba al Congreso en el coche del mafioso. «Espero que al señor Capone no le importe», dijo Roosevelt.

El presidente siguió utilizando el Cadillac hasta que la Ford Motor Company pudo adecuar el Lincoln 1939 V12. Como el coste seguía excediendo de la limitación de los setecientos cincuenta dólares, se arregló con un arrendamiento de quinientos dólares al año.

CUANDO LA GUERRA ES CUESTIÓN DE MAGIA E ILUSIONISMO

Es harto difícil hablar de magia e ilusionismo cuando se está rodeado de muerte, dolor y destrucción en medio de una guerra, pero otros dicen que «en la guerra y en el amor todo vale», y así debieron pensar los británicos en la Segunda Guerra Mundial.

Jasper Maskelyne fue un mago británico, igual que su padre y su abuelo, que no habría pasado de los cutres locales donde solía actuar de no haber sido por la guerra. Cuando Inglaterra le declaró la guerra a Alemania, Jasper se alistó en la Compañía Real de Ingenieros donde, según pensaba él, podría aplicar su arte. Para poder vender su idea, y junto a varios colaboradores, hizo navegar por el Támesis el crucero alemán *Admiral Graff Spee*, hundido en 1939, mediante técnicas de ilusionismo. Ante aquella muestra de ingenio, el general Archibald Wavell le compró la idea y creó la unidad A-Force, aunque todos los llamaban la Banda Mágica, encargada de técnicas de camuflaje y engaño.

Aunque no se sabe a ciencia cierta el éxito de sus operaciones, el caso es que todas eran harto complejas: construir una maqueta a tamaño real del puerto de Alejandría (Egipto) a menos de dos kilómetros del auténtico con todos los detalles para engañar a los bombarderos alemanes; camuflar el canal de Suez; líneas de ferrocarril... Como todas estas operaciones se llevaban en secreto, poco se sabe de su eficacia.

Paralelamente a esta unidad de ilusionismo, los Estados Unidos no se quedaron atrás y también tenían el llamado Ejército Fantasma. La 23ª unidad de las Fuerzas Especiales, popularmente llamada Ejército Fantasma, fue creada en 1944 y estaba formada por artistas, diseñadores, técnicos de sonido, agentes de prensa, maquilladores y fotógrafos profesionales, cuya labor consistía en hacer creer a los nazis que tenían más tropas y material, y, sobre todo, distraer al ejército alemán para que el verdadero ejército pudiese avanzar sin contratiempos.

Reproducían fielmente todas las unidades militares (hinchables) con sus sonidos característicos y, además, sus misiones eran secretas; al Pentágono le costó más de cincuenta años reconocer la existencia de esta unidad. Todos los miembros de la misma tenían una insignia del Ejército Fantasma, que oficialmente no podían usar, con las leyendas en latín: «Vamos a simular lo que no existe» y «Lo que es real se debe camuflar».

Terminada la guerra, algunos de estos «artistas» triunfaron en sus respectivas disciplinas (fotografía, pintura, sonido).

UN INGENIERO ESCOCÉS NOS SALVÓ DE LA OCUPACIÓN NAZI

El 23 de octubre de 1940 tuvo lugar en la estación de trenes de Hendaya, junto a la frontera hispano-francesa, la famosa entrevista en la que participaron Francisco Franco, Adolf Hitler, Ramón Serrano Súñer (cuñado de Franco y ministro de Asuntos Exteriores), Joachim von Ribbentrop (ministro de Asuntos Exteriores alemán) y los traductores Gross y el barón De las Torres.

Hitler pretendía que España dejase a un lado su posición neutral y entrase en guerra como compensación por la ayuda prestada —hombres y material militar— durante la Guerra Civil española. Franco simpatizaba con las fuerzas del Eje y estaba convencido de la victoria alemana, pero también sabía que España todavía sangraba. Así que puso sobre la mesa sus peticiones para entrar en guerra: financiación y material para el ejército, Gibraltar y las colonias francesas del norte de África (Marruecos, Orán...). Ni Franco ni Hitler se bajaban del burro... Hitler llegó a amenazar a Franco:

Si no entras en guerra a mi lado, inmediatamente mis tanques pueden ocupar España en dos semanas.

A lo que el impertérrito gallego contestó:

¿En dos semanas? ¡No sabes tú cómo están las carreteras de España para tomarla en dos semanas!

¡Y qué razón tenía! Más de la mitad de las carreteras, por llamarlas de alguna forma, eran de macadán (varias capas de piedras compactadas con un rodillo, sin asfalto y diseñadas para el tránsito de vehículos de tracción animal) —recordemos la imagen del peón caminero rellenando los baches—. Este tipo de construcción debe su nombre al ingeniero de caminos escocés John Loudon Mac Adam, y comenzó a utilizarse en 1820.

Thank you, John.

CUANDO LA MEJOR ESTRATEGIA ES DESAPARECER ANTES DE QUE LLEGUE EL ENEMIGO

Kiska es una isla de las islas Rata, que forman parte del archipiélago de las Aleutianas. En 1867 los Estados Unidos adquirieron el territorio continental de Alaska y sus archipiélagos occidentales al imperio ruso, incluyendo la isla de Kiska.

En 1942 el almirante Yamamoto ordenó un ataque sorpresa sobre las islas Midway para establecer un perímetro defensivo frente al poderío americano. Dentro de esta operación, y como maniobra de distracción, también estaba previsto tomar las islas Kiska y Attu. Dejaré a un lado la batalla de Midway y me centraré en la pequeña isla de Kiska. El 6 de junio de 1942, las fuerzas navales japonesas ocuparon Kiska, apenas custodiada por una pequeña guarnición de nueve soldados, un teniente... y su perro. Solo era una pequeña isla volcánica cubierta de nieve, pero era una espinita clavada en el orgullo estadounidense y muy cerca de suelo continental americano.

Durante varios meses se bombardearon las islas Kiska y Attu, y el 15 de agosto de 1943 se inició la operación terrestre para tomar la isla. Un ejército compuesto por treinta y cuatro mil cuatrocientos veintiséis soldados aliados (unos cinco mil canadienses y el resto marines estadounidenses) y noventa y cinco barcos (incluyendo tres acorazados, dos cruceros y diecinueve destructores) iniciaron la ofensiva. Frente a este poderío militar... NADIE. Los japoneses aprovecharon el mal tiempo de los últimos días que había impedido volar a los aviones de reconocimiento y la densa niebla para abandonar la isla.

Pero lo peor de todo estaba por llegar, el ejército aliado tuvo doscientas bajas y más de trescientos heridos por el fuego amigo, las trampas que dejaron los japoneses, la explosión del destructor *USS Abner Read* al golpear una mina en el puerto...

Como acuñó siglos atrás Pirro, el rey de Epiro, una victoria pírrica.

EL ROBO DE BARCOS ALEMANES E ITALIANOS EN LA GUINEA ESPAÑOLA

Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, España se declaraba neutral (BOE, 4 de septiembre de 1939):

Constando oficialmente el estado de guerra que por desgracia existe entre Inglaterra, Francia y Polonia de un lado y Alemania del otro, ordeno por el presente la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Internacional.

En 1940, y ante la entrada en la guerra de Italia, se declaraba no beligerante (BOE, 13 de junio de 1940):

Extendida la lucha al Mediterráneo por la entrada de Italia en guerra con Francia e Inglaterra, el gobierno ha acordado la no beligerancia de España en el conflicto.

Esta nueva posición era, como mínimo, ambigua y a nadie extrañaba las simpatías del régimen y de parte del ejército con las fuerzas del Eje. Varios puertos españoles sirvieron de refugio para los navíos alemanes e italianos. Uno de los enclaves más utilizados fue el puerto de Santa Isabel, en la isla de Fernando Poo (Guinea española). En 1942, este puerto daba cobijo a tres barcos del Eje: las lanchas alemanas *Likomba* y *Bibundi* y el buque italiano *Duchessa D'Aosta*, cargado con suministros para los submarinos alemanes. Un agente británico que operaba en la isla informó a Londres... los británicos pusieron en marcha la Operación Postmaster. El 14 de enero partía desde Lagos (Nigeria) el capitán Gus March-Phillips al mando de un comando británico de cuarenta hombres, entre los que se encontraban tres españoles republicanos exiliados, dividido en dos grupos: el primero debía hacerse con el control del *Duchessa D'Aosta* y el segundo con el de las dos lanchas. Aprovechando una noche sin luna, y tras apagarse el alumbrado público, los comandos pudieron entrar en el puerto y, aunque tardaron más de lo previsto, media hora más tarde la flotilla ya navegaba por aguas internacionales escoltados por la corbeta *Violet* de la Royal Navy.

Cuando las autoridades portuarias se dieron cuenta del robo, el gobernador ordenó que el aeroplano *Havilland Dragon Rapide*, de la compañía Iberia, tratara de localizar los tres barcos... y, por primera vez, un avión de Iberia fue equipado con

armamento (ametralladoras y bombas de mano) y sus tripulantes militarizados. El avión no consiguió localizar a los barcos y España elevó una protesta ante la embajada británica por el ataque en aguas soberanas españolas, pero el gobierno de Londres se excusó diciendo que se encontraron los buques en alta mar y que solamente los condujeron al puerto de Lagos. Y para rizar el rizo, los buques capturados fueron rebautizados y utilizados por Reino Unido en la guerra como transporte de flota y material de guerra. El *Duchessa d'Aosta* volvió a control italiano una vez finalizado el conflicto.

CUANDO LAS COSAS NO SON LO QUE PARECEN SINO TODO LO CONTRARIO

El 11 de marzo de 1944, los vecinos de la vivienda sita en el número 21 de la calle Le Sueur de París llamaron a la policía después de sufrir durante varias horas un olor nauseabundo acompañado de una negra y espesa humareda que despedía la chimenea de la vivienda. Cuando la policía llegó, llamaron a la casa, pero no había nadie. Ante el peligro de que dentro se estuviese produciendo un incendio avisaron a los bomberos. Cuando accedieron al interior y después de comprobar que no había nadie en la planta que daba a calle y los pisos superiores, bajaron al sótano y encontraron lo que parecía una sala de tortura y un horno de cremación: junto a una enorme caldera había un montón de carbón con partes de cuerpos desmembrados, una mesa en la que había un cuerpo diseccionado, herramientas de carnicero y una especie de celda con grilletes. La policía y los bomberos no salían de su asombro, se interrogó a los vecinos para ver quién vivía allí: era la vivienda y la consulta del médico Marcel Petiot. Los vecinos informaron a la policía de que desde hacía varios meses se recibían visitas a horas intempestivas y que cada cierto tiempo el médico se deshacía de algunas maletas.

Cuando Marcel llegó a su casa, fue detenido e interrogado. El médico, sin perder la compostura, dijo que todo aquello tenía una explicación: él era miembro de la resistencia francesa y debido a sus conocimientos de anatomía se encargaba de hacer desaparecer los cuerpos de los colaboradores de los alemanes y los miembros de la Gestapo que la resistencia había ajusticiado. Los policías franceses, ante aquella muestra de patriotismo, en lugar de detenerlo, lo dejaron libre. Marcel Petiot desapareció. Cuando la policía volvió a investigar la casa, algunas cosas ya no cuadraban: encontraron documentos de los muertos y casualmente todos era judíos; además, el detalle de las maletas... no tenía sentido que se llevaran a aquel lugar las pertenencias de los asesinados. Marcel les había engañado, nada tenía que ver con la resistencia: era un despiadado asesino en serie.

Cuando a los siete meses se le detuvo, y ya con Francia liberada, contó toda la verdad: se hacía pasar por un miembro de la resistencia que se encargaba de sacar a los judíos de Francia y llevarlos a Argentina por la «módica» cifra de veinticinco mil francos por persona. Llegaban al amparo de la noche con sus pertenencias y ya nunca salían de allí, tampoco nadie les echaba en falta porque sus conocidos pensaban que habían cruzado el Atlántico. En marzo de 1945 fue juzgado por veintisiete asesinatos —aunque había restos de muchos más cuerpos, solo se pudieron identificar veintisiete—, y Marcel trató de utilizar el hecho de haber sido ingresado a comienzos de los cuarenta en un psiquiátrico para ser declarado enfermo mental, pero de nada le

servió. Fue condenado a la pena de muerte. El 25 de mayo de 1946 moría en la guillotina de la prisión de La Santé (París), no sin antes, y siguiendo con su cruel sentido del humor, decir: «Caballeros, les ruego que no miren. No va a ser bonito».

EL JUDÍO QUE SOBREVIVIÓ GRACIAS AL BOXEO

Salamo Arouch, nacido en Salónica en 1923, comenzó a boxear cuando era niño siguiendo la afición de su padre, un rudo estibador del puerto. Con la ayuda de un entrenador profesional, llegó a convertirse en campeón del peso medio con tan solo diecisiete años. Un año más tarde, su carrera deportiva se vio truncada y su vida, al ser judío, puesta en peligro: los alemanes habían invadido Salónica. Esta población, que formaba parte de Grecia desde la firma del Tratado de Bucarest en 1913, era una de las que tenía mayor porcentaje de población judía desde la expulsión de los judíos de España y, por tanto, de origen serfardí. Más de cincuenta mil judíos de Salónica fueron enviados al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau y en su mayoría fueron asesinados en las cámaras de gas. El resto, entre los que se encontraban el protagonista de esta historia y Jacques Stroumsa —el llamado violinista de Auschwitz, la voz viva del ladino—, tuvieron mejor suerte y fueron condenados a trabajos forzados.

Los alemanes que vigilaban los campos gustaban de montar espectáculos entre los prisioneros para que les amenizasen las veladas. Así que cuando un oficial alemán preguntó al grupo que si alguien sabía pelear, Arouch, muy debilitado por el duro trabajo y la escasez de comida, estuvo a punto de callarse, pero cuando se enteró de que el premio por ganar era una barra de pan... dio un paso al frente. Sin ningún árbitro y con las únicas reglas de que la pelea terminaría cuando se dejase KO a su oponente o cuando los alemanes lo diesen por terminado, disputó el combate contra otro prisionero y consiguió dejarlo KO en el primer asalto. Como aquel joven tenía maneras y entretenía a los oficiales, las veladas se repitieron dos veces por semana hasta llegar a disputar más de doscientos combates durante dos años contra otros prisioneros e incluso soldados alemanes sin perder ninguno de ellos. El oficial al mando le recompensó trasladándolo a trabajar a la cocina donde Arouch aprovechó para alimentarse algo mejor y, de paso, sacar comida para compartir con sus compañeros cuando regresaba al barracón por la noche. Aquel entretenimiento, del que en un principio se benefició, se convirtió en una tortura, porque muchos de los prisioneros derrotados por él desaparecían. Arouch se dio cuenta de que estaba peleando por su vida y que con sus victorias condenaba a otros a la muerte. Todo terminó en 1945, cuando fue trasladado al campo de Bergen-Belsen donde volvió a los trabajos forzados. Allí conoció a una paisana de Salónica, Marta Yechiel, que al terminar la guerra se convertiría en su esposa.

Cuando el campo fue liberado, Arouch buscó a su familia por el resto de los campos, pero ninguno de ellos había sobrevivido. Así que, junto a su esposa, emigró a Palestina que se encontraba bajo mandato británico. Allí abandonó la práctica del boxeo y se convirtió en un hombre de negocios. Arouch regresó al campo de

Auschwitz para asesorar a los guionistas de la película *El triunfo del espíritu* (1989) basada en su vida y con Willem Dafoe en el papel protagonista.

EL PRISIONERO QUE ESCAPÓ MÁS DE DOSCIENTAS VECES DE UN CAMPO NAZI

Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, pues esta es una historia de amor en mitad de una guerra: la del británico Horace Greasley y la alemana Rosa Rauchbach durante la Segunda Guerra Mundial.

En la Navidad de 1918, venían al mundo dos gemelos en un pequeño pueblo de la campiña inglesa, Ibstock (en el condado de Leicestershire, Reino Unido). Harold y Horace, que así se llamaron, decidieron quedarse en su pueblo natal para ayudar a sus padres en la granja familiar. Horace, cuando podía, también trabajaba algunas horas en la barbería del pueblo y allí se enteró de que Alemania había invadido Checoslovaquia... Todo en su vida cambió. Ante los posteriores movimientos de Alemania, el Parlamento británico aprobó en 1939 la ley de instrucción militar que obligaba a todos los hombres con edades comprendidas entre los dieciocho y cuarenta años —los hermanos tenían veintiuno— a someterse a un entrenamiento militar básico durante seis meses para luego pasar a la reserva activa. No tuvieron tiempo ni de terminar el entrenamiento, a las siete semanas fueron adscritos a la 2ª compañía del 5º batallón de Leicestershire y enviados a Francia integrados en la British Expeditionary Force o BEF (Fuerza Expedicionaria Británica) para frenar la ofensiva alemana hacia Francia. Aunque inicialmente la BEF tuvo cierto éxito, nada pudieron hacer ante el poderío de los *panzers* alemanes. En mayo de 1940, el oficial al mando, lord Gord, ordenó la retirada hacia Dunkerque para evacuar lo que quedaba de la BEF. De Harold nada más se supo y de Horace... aquí comienza su aventura. El 25 de mayo, Horace fue capturado en Carvin, al sur de Lille.

Horace y el resto de los prisioneros tuvieron que caminar durante diez semanas a marchas forzadas atravesando Francia y Bélgica hasta llegar a Clervaux (Luxemburgo). Los que sobrevivieron fueron metidos en un tren y, después de un viaje de varios días en condiciones infrahumanas, llegaron al campo de prisioneros Stalag XXI-D en Silesia (Polonia). Fueron días de trabajos de sol a sol, acompañados de algunas palizas, escasa comida y tener que compartir la cama con piojos y ratas. Cuando terminó el invierno de 1941, los supervivientes fueron trasladados a otro campo en Lamsdorf (Polonia), que nada tenía que ver con el anterior. Aunque tenían que trabajar durante diez horas en una cantera de mármol, podían ducharse con agua caliente, recibían varias comidas al día y dormían sobre algo que podía llamarse cama. Herr Rauchbach, el propietario del negocio, sabía que el trabajo en la cantera dependía de que la condición física de los prisioneros fuese aceptable, así que procuró asegurarles unas mínimas condiciones. Además, Rosa, una chica de diecisiete años e hija del propietario, trabajaba en el campo como intérprete. Horace

se quedó prendado de ella nada más verla, pero, lógicamente, en su estado sabía que ella nunca se fijaría en él. Así que procuró, en la medida de sus posibilidades, recuperar la imagen de lo que era: un joven de veintitrés años. Tras varias semanas, y ya con mejor pinta, comenzaron a tontear... y del tonto a los encuentros furtivos. Cuando llevaban un año de relación y los encuentros ya eran diarios, Horace fue trasladado a un campo en Freiwaldau, cerca de Auschwitz, a unos cuarenta kilómetros de distancia de su amada. Aquello parecía el fin... pero no.

Las condiciones del campo eran muy parecidas al de Lamsdorf, pero sin Rosa. Horace tenía que volver a verla. Ejerciendo su antigua profesión de peluquero, se ganó la confianza de los alemanes y tuvo cierta libertad de movimientos que le permitieron conocer al detalle la seguridad del campo. Cuando tuvo preparado un plan de huida, y gracias a otros prisioneros que trabajaban en el exterior, consiguió comunicarse con Rosa para citarse con ella en el bosque detrás de la cantera. Llegado el día en cuestión, y con la complicidad de sus compañeros del campo y los que transportaban las mercancías, huyó y se reunió con Rosa. Después de los correspondientes abrazos, besos, lágrimas... y lo que se terciase, Rosa le dijo que tenía que escapar, pero ¿adónde? El lugar más cercano en el que podría sentirse seguro era Suecia —país neutral— a cuatrocientos veinte kilómetros. Se olvidaron de ese tema y decidieron que Horace huiría cuando pudiese para ir a verla... y así lo hicieron. En las siguientes citas, y para alegría de los compañeros que le ayudaban a escapar cada noche, Rosa llevaba frutas, verduras e incluso una radio que les permitió conocer día a día el rumbo de la guerra. Durante dos años y medio mantuvieron más de doscientas citas. El 24 de mayo de 1945, los prisioneros del campo fueron liberados y Horace, sin poder encontrarse con Rosa, repatriado al Reino Unido. Volvió a Leicestershire y durante un tiempo siguieron carteándose hasta que Rosa y su hijo fallecieron durante el parto: era el hijo de Horace.

Horace montó una peluquería y poco más tarde una empresa de transportes en la que conoció a su esposa, se casaron y en 1988 se trasladaron a vivir a Alicante (España). En 2008 se publicó el libro *Do the Birds Still Sing in Hell?* (¿Siguen cantando los pájaros en el infierno?) donde Horace cuenta sus penurias y su historia de amor. Lo que no podrá ver Horace —falleció en 2009 a la edad de noventa y un años— es la película... Silverline Productions compró los derechos del libro para rodar una película y el productor Stratton Leopold ya está con los preparativos. Se rumorea que el papel de Horace lo podría interpretar Robert Pattinson.

LOS CONVOYES ALIADOS QUE AYUDARON A STALIN

En junio de 1941, Hitler inicia la ofensiva en el frente oriental para invadir la Unión Soviética (Operación Barbarroja), un plan demasiado ambicioso. La brutal ofensiva alemana consiguió penetrar en las confiadas defensas del Ejército Rojo y ganar terreno rápidamente. No obstante, la llegada del invierno estabilizó el frente permitiendo a los rusos reagruparse y desbaratar los planes de Hitler. Pero los soviéticos no estaban solos, recibieron la ayuda de los Convoyes del Ártico. En palabras de Winston Churchill: «*The worst journeys in the world*» (Los peores viajes del mundo).

Inglaterra sabía que si Alemania tenía éxito en el frente oriental durante la invasión de la Unión Soviética, volvería a centrar todas sus fuerzas en el frente occidental. Por tanto, si ayudaban a los soviéticos a mantener a raya a los alemanes lo hacían también en su propio beneficio. Evidentemente, no podían enviar suministros o armas por vía terrestre o aérea, solo quedaba la opción del mar, desde Islandia y, sobre todo, desde el Reino Unido atravesando el océano Ártico hasta los puertos de soviéticos de Murmansk y Arkhangelsk. Desde el mes de agosto de 1941, setenta y ocho convoyes consiguieron entregar cuatro millones de toneladas de armamento (siete mil aviones, cinco mil tanques, municiones...), combustible, alimentos y medicinas. Intervinieron mil cuatrocientos barcos mercantes protegidos por barcos de guerra de la Royal Navy británica y sesenta y seis mil soldados británicos y marinos mercantes. Aparte de los evidentes beneficios de la ayuda prestada, para Stalin fue una prueba concluyente de que los aliados no iban a dejarles solos en su enfrentamiento con Hitler.

En tiempos de paz no habría hecho falta llegar hasta el Ártico, pero Alemania controlaba la península escandinava y patrullaba las aguas del Atlántico Norte con buques de guerra, aviones de la Luftwaffe y los temibles U-Boot (submarinos). Así que la alternativa más segura era la ruta del Ártico. Además de los alemanes, se enfrentaron a un peligro mayor: el frío extremo, tempestades, enormes olas... y los iglúes.

Aprendimos lo que era el frío extremo cuando al coger las cadenas y los cables sin guantes, nos arrancábamos la piel [...]. El frío era inimaginable, pero teníamos que salir a picar el hielo que se formaba sobre la cubierta atados con cuerdas [...]. En ocasiones, el barco se inclinaba hasta 45°.

Si durante el invierno el problema eran las terribles condiciones climatológicas,

durante el verano ártico, con sus correspondientes horas de sol casi perpetuo y las dificultades para conciliar el sueño, los convoyes se veían obligados a navegar a plena luz facilitando su localización a los alemanes. Ochenta y cinco barcos mercantes, dieciséis buques de la Royal Navy y más de tres mil británicos se perdieron en la misión de ayuda a los soviéticos.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, las tensiones con la Unión Soviética dejaron a estos héroes del Ártico marginados de cualquier reconocimiento. Setenta años después, cuando David Cameron fue nombrado primer ministro del Reino Unido, consiguieron el agradecimiento por el que llevaban décadas luchando... solo unos doscientos veteranos de los convoyes del Ártico seguían con vida.

Lo importante no son las medallas, sino las historias que hay detrás.

EL OCTOGENARIO QUE ENGAÑÓ A UN BATALLÓN DE ALEMANES

Matvey Kuzmin, al que todos llamaban Biriuk (Lobo Solitario), era un anciano de ochenta y tres años que vivía en una cabaña de madera en los bosques que rodeaban su pueblo natal, Kurakino (Rusia). En 1942, alejado del mundanal ruido y en plena ofensiva nazi sobre Rusia, sus únicas preocupaciones eran cazar, pescar, recoger leña... Hasta que un día se topó con un batallón de la 1ª división de montaña del ejército alemán.

El comandante alemán le ofreció comida, queroseno y un rifle de caza nuevo a cambio de guiarlos por el bosque y poder sorprender al Ejército Rojo por la retaguardia. Kuzmin aceptó el trato... o eso hizo creer a los alemanes. Aunque el anciano no simpatizaba con el régimen estalinista, tampoco era un traidor. Mientras los alemanes planificaban la estrategia de ataque, Kuzmin consiguió avisar de su plan a Vasilij (hay versiones que dicen que era su hijo y otras que su nieto): atravesarían el bosque, por la ruta más difícil para agotarlos, hasta las cercanías de Malkino, donde había un lugar idóneo para que el Ejército Rojo, avisado por Vasilij, los emboscara.

Tras varias horas de marcha, con la nieve hasta las rodillas, agotados y ateridos por las bajas temperaturas llegaron al punto elegido para la emboscada. Si Vasilij no había llegado a tiempo o no había podido avisar a los rusos, estaba perdido. De repente, los rusos salieron de su escondite y comenzaron a disparar sus ametralladoras: los alemanes habían caído en la trampa. En medio de la refriega, y antes de caer abatido, el oficial alemán mató a Kuzmin. Solo unos pocos alemanes pudieron huir de aquella encerrona.

La historia de Kuzmin pasó sin pena ni gloria hasta que Boris Plevoy, periodista del diario *Pravda*, escribió el artículo «El último día de Matvey Kuzmin», que luego se convertiría en un cuento infantil. En 1965 fue nombrado, a título póstumo, Héroe de la Unión Soviética, convirtiéndose en la persona de más edad que recibe esta condecoración.

EL FÜHRER REGALA UNA CIUDAD A LOS JUDÍOS

Der Führer schenkt den Juden eine Stadt (El Führer regala una ciudad a los judíos) fue una película-documental que se rodó en el campo checoslovaco de Theresienstadt, hoy Terezín, para vender la «bondad» de los campos nazis a la comunidad internacional.

El Ministerio de Propaganda del Tercer Reich, con Joseph Goebbels al frente, se encargó de difundir y popularizar las ideas del partido nazi y de atenuar las críticas de la comunidad internacional en el especial tratamiento que daban a los judíos y otras minorías. En palabras de Goebbels:

No hay necesidad de dialogar con las masas, los eslóganes son mucho más efectivos. Estos actúan en las personas como lo hace el alcohol. La muchedumbre no reacciona como lo haría un hombre, sino como una mujer, sentimental en vez de inteligente. La propaganda es un arte, difícil pero noble, que requiere de genialidad para llevarla a cabo. Los propagandistas más exitosos de la historia han sido Cristo, Mahoma y Buda.

Para limpiar la imagen que los campos de concentración tenían en el exterior, el Ministerio de Propaganda rodó una película-documental titulada *Der Führer schenkt den Juden eine Stadt* en la que se reflejaba el día a día de los judíos en el campo de Theresienstadt. Este lugar tenía la particularidad de que fue utilizado como una especie de tránsito de los judíos checos que luego eran enviados a los campos de exterminio de Polonia, e igualmente como gueto para el reasentamiento de los judíos checos, alemanes, austriacos y daneses. Por supuesto, la película se centró en el reasentamiento. El guión trataba de vender el campo como un gueto en el que los judíos realizaban sus correspondientes trabajos, los niños iban al colegio y practicaban deporte, cuidaban de sus animales y de sus huertos, tenían sus talleres de artesanía, biblioteca y consulta médica, iban y venían libremente por el campo... una de las mayores muestras de hipocresía de la historia. Aun así, nadie se creyó aquella pantomima. Forzaron la situación al máximo, y en junio de 1944 accedieron a que una delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja visitase el lugar. Previamente se hicieron algunos arreglos: para evitar el hacinamiento se envió a un grupo al campo de Auschwitz, los barracones se adecentaron y se pintaron, los judíos que no estaban muy presentables fueron escondidos, se les instruyó en lo que debían decir y hacer, se representó una obra de teatro infantil, se les permitió caminar libres... otra mascarada. El 3 de mayo de 1945, el control del campo fue transferido por los alemanes a la Cruz Roja y pocos días más tarde, el 8 de mayo de 1945, el

Ejército Rojo entraba en Theresienstadt.

Este campo encierra una historia particularmente desgarradora y cruel: la de las niñas Eva y Kitty. En la ciudad de Brno (Checoslovaquia), vivía el matrimonio Brunner con sus hijas Kitty y Eva, de siete y cinco años respectivamente. La persecución de los judíos —los Brunner lo eran— les obligó a huir. Lamentablemente, y yo diría que incomprensiblemente, solo consiguieron dos visados y los utilizaron los padres para huir a Palestina, bajo mandato británico en aquel momento. Las niñas quedaron al cuidado de un familiar... que las tuvo que dejar en un orfanato en Brno cuando le tocó huir a él. El 19 de marzo de 1942, Kitty y Eva fueron llevadas al campo-gueto de Theresienstadt (Checoslovaquia). El único consuelo de las niñas durante sus días en el campo fueron los lápices de colores de los que nunca se separaban, igual que el de unos seiscientos niños más. En aquella época llegó al campo Friedl Dicker-Brandeis, una artista checa de origen austriaco, que decidió llevarse entre sus pertenencias los útiles necesarios para pintar y, sobre todo, seguir enseñando a los niños igual que hacía en la calle. Ella pensó que, en medio de aquella barbarie, los pequeños necesitarían algo que pudiese hacerles olvidar aquel lugar, aunque solo fuese un momento, un medio para expresar lo que no podían con las palabras, algo que les permitiese lidiar con sus sentimientos... Y lo consiguió. En los casi dos años que Friedl pasó en el campo, les procuró los útiles y las enseñanzas necesarias para que más de seiscientos niños pudiesen pintar y reflejar todo lo que sentían. Si bien muchas pinturas y dibujos son desgarradores y muestran la barbarie a través de los ojos de los niños, ella trató de mantener la esperanza adornando cristales y paredes con dibujos muy coloridos. Cuando enviaron a su marido a Auschwitz, ella se presentó voluntaria para el siguiente traslado, pero antes debía hacer algo: recogió casi cinco mil de aquellos dibujos en un par de maletas y los escondió con la esperanza de que algún día el mundo los pudiese conocer. En octubre de 1944 murió gaseada en Auschwitz, pero su legado y el de los niños no se perdió: los dibujos se encuentran en el Museo Judío de Praga —en algunos de ellos aparecen el nombre y la edad del autor. Esta colección de estampas de la barbarie se utilizó como prueba en los juicios de Núremberg. Algunos de los niños que lograron sobrevivir siguieron pintando y hoy en día también son grandes artistas.

Y volviendo a Kitty y Eva, el 18 de mayo de 1944 (un mes antes de la visita de la Cruz Roja) fueron enviadas a Auschwitz. Entraron en las cámaras de gas cogidas de la mano.

CUANDO EL SACRIFICIO DERROTÓ AL MIEDO

Supongo que muchos recordaréis la película *Evasión o victoria* (1981) en la que la selección alemana de fútbol se enfrentaba a una selección formada por prisioneros de guerra durante la Segunda Guerra Mundial y en la que se planteaba la disyuntiva de aprovechar el partido para una evasión masiva o derrotar a los alemanes en el terreno de juego, pues, como casi siempre pasa, la realidad superó a la ficción.

A comienzos de los años treinta, el régimen estalinista, con su programa de colectivización, había provocado una terrible hambruna que acabó con la vida de más de siete millones de ucranianos (*Holodomor* o genocidio ucraniano); por lo que, cuando los alemanes comenzaron la invasión de la Unión Soviética en 1941, algunos ucranianos los apoyaron al verlos como sus salvadores de las garras del tirano Stalin. Aun así, la mayoría luchó junto al Ejército Rojo en la defensa de Kiev donde, tras dos meses de asedio, los ucranianos sufrieron más de setecientas mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros. El brutal régimen impuesto por los alemanes en los territorios ocupados convirtió a sus inicialmente partidarios en opositores. Los germanos, conedores de esta situación, decidieron congraciarse con el pueblo ucraniano y crearon un campeonato de fútbol entre varios equipos locales. Uno de ellos, el FC Start, estaba formado por varios jugadores del Dynamo de Kiev, que tras la ocupación trabajaban en una panadería. El FC Start derrotó a todos los equipos locales e incluso a otros compuestos por húngaros y rumanos. Y aquí vieron los alemanes su ocasión para demostrar su superioridad... deportiva. En Kiev, el 6 de agosto de 1942, se disputó un partido entre el FC Start y un equipo de pilotos de la Luftwaffe alemana. Lo que iba a ser una muestra de la supremacía de la raza aria se convirtió, para alegría de los ucranianos, en una humillación... el FC Start venció por 5-1.

Pero aquello no iba a quedar así. Se organizó la revancha tres días más tarde y se preparó todo a conciencia: se reclutaron a los mejores jugadores alemanes, el árbitro era un miembro de las SS, antes del comienzo del partido recibieron una visita en los vestuarios para indicarles qué hacer y las consecuencias de su hipotética victoria... Por otra parte, el estadio fue tomado por las SS para controlar la euforia del público. Los equipos saltaron al terreno de juego e hicieron los correspondientes saludos: los alemanes brazo en alto al grito de «*Heil Hitler!*» y los ucranianos, por su parte, parecía que iban a seguir las recomendaciones cuando extendieron el brazo... pero se llevaron la mano al pecho y gritaron «*Larga vida al deporte*». A pesar del nefasto arbitraje, los ucranianos llegaron al final de la primera parte ganando 3-1. Durante el descanso, volvieron a recibir otra visita recordando el peligro que corrían sus vidas si ganaban. Cuando se quedaron solos discutieron qué hacer: «Si no podemos luchar contra ellos con las armas, los derrotaremos en el campo de fútbol y, además, devolveremos la esperanza a nuestros compatriotas».

Saltaron al terreno de juego y consiguieron la victoria por 5 a 3. El público estalló de alegría y las SS comenzaron, como ellos sabían hacer, a rebajar la euforia. ¿Qué pasaría ahora con los jugadores? A los pocos días del partido, fueron detenidos por la Gestapo y llevados al cuartel de la policía secreta de Korolenko, donde fueron interrogados y torturados. Después, los deportaron al campo de exterminio de Babi Yar. En este punto hay varias versiones, pero todas coinciden en asegurar que tres jugadores fueron ejecutados: Nikolai Trusevich (portero y capitán del equipo), Alexei Klimenko (el jugador que poco antes de terminar el partido y a puerta vacía se giró 180° y disparó hacia el centro del campo) e Ivan Kuzmenko. Se cuenta que las últimas palabras de Trusevich fueron: «El deporte rojo no morirá jamás». En 1971 se erigió un monumento escultórico en el estadio Zenit de Kiev en memoria de aquellos héroes.

PON UNA CATADORA EN TU VIDA

Parece que la diosa Fortuna acompañó a Hitler en las diferentes ocasiones en las que se le intentó eliminar, bien individualmente, como el estudiante suizo Maurice Bavaud o el carpintero Georg Elser, bien en operaciones perfectamente orquestadas como Valquiria. Aun así, y como era lógico, se aumentaron las medidas de seguridad como la de emplear catadoras que probasen toda la comida del Führer. Esta es la historia de una de ellas: Margot Wölk, la única que sobrevivió a la guerra.

Cuando comenzó la contienda, Karl, el marido de Margot, fue reclutado para ir al frente, y ella, una secretaria de veintitrés años, se quedó sola en Berlín. Llevaba dos años sin tener noticias de su marido y su apartamento había sido dañado por los bombardeos aliados, así que decidió abandonar Berlín y refugiarse en la casa que sus suegros tenían en Gross-Partsch (hoy Parcz, Polonia), un pequeño pueblo en mitad del bosque. Un lugar idílico con un pequeño inconveniente: la Guarida del Lobo (uno de los cuarteles generales de Hitler) se encontraba a unos tres kilómetros. Poco tiempo pudo disfrutar Margot de aquel idílico lugar porque, apenas unos días después de su llegada, se presentaron varios miembros de las SS y se la llevaron... a ella y a catorce jóvenes más del pueblo para utilizarlas como catadoras de la comida de Hitler. Fueron alojadas en un edificio cercano al búnker y cada mañana debían probar la comida que salía de las cocinas.

Nunca hubo carne porque Hitler era vegetariano. La comida era muy buena, pero nunca pudimos disfrutarla pensando que podía estar envenenada.

Todo cambió el 20 de julio de 1944 cuando estalló en el búnker el maletín que el coronel Von Stauffenber había dejado para matar a Hitler, se reforzó la guardia y las catadoras fueron apartadas del complejo y encerradas en una vieja escuela abandonada de donde solo salían para cumplir su labor. Allí viviría uno de los peores momentos: una noche entró en la escuela un oficial de las SS y la violó. Margot hizo de tripas corazón, y trató de seguir con su vida ocultando aquel recuerdo en lo más profundo de su alma. En 1945, ante el avance del Ejército Rojo, Hitler ordenó demoler con explosivos la Guarida del Lobo y abandonaron el lugar. Un oficial alemán se la llevó aparte y le dijo que huyese. Margot consiguió llegar a Berlín donde se refugió en la casa de un médico amigo suyo. Las SS la buscaban. En 1945 los soviéticos entraban en Berlín, la guerra había terminado, pero no para Margot: durante dos semanas en manos del Ejército Rojo, fue violada en repetidas ocasiones provocándole lesiones tan brutales que ya nunca pudo tener hijos.

En 1946 volvió a encontrarse con el oficial que le había salvado la vida en la

Guarida del Lobo y le dijo que el resto de catadoras habían muerto allí mismo. Estaba sola y desesperada, no tenía ganas de vivir hasta que... se reencontró con su marido. Se apoyaron el uno en el otro y fueron felices durante treinta y cuatro años. En 1980 falleció Karl. En muchas ocasiones, los sueños de Margot le hacían revivir aquellos momentos, pero ella nunca contó nada hasta el invierno de 2012, cuando recibió la visita de un periodista local con motivo de su noventa y cinco cumpleaños, decidió romper su silencio y contar su historia.

CUANDO ES DIFÍCIL SABER QUIÉNES SON LOS ANIMALES...

Durante la Segunda Guerra Mundial todos los contendientes trataron de desarrollar innovaciones tecnológicas que les permitiesen estar por delante de sus enemigos en el miserable arte de matar. En muchas ocasiones, su originalidad fue comparable a su crueldad, como en los casos en los que se utilizaron animales como bombas.

PALOMAS. En 1944 se desarrolló el Project Pigeon (Proyecto Paloma) que consistía en meter palomas dentro de misil para guiarlo hasta su objetivo. Además, este proyecto no fue ideado por el «iluminado de turno», sino por Burrhus F. Skinner, filósofo americano creador de la escuela de psicología de la investigación experimental y partidario del conductismo. Adiestró a varias palomas para picotear, mediante estímulos, figuras con el objetivo que tendría el misil. En la parte delantera del misil había tres compartimentos con una lente cada uno y estas lentes estaban conectadas con los controles de vuelo del misil. En cada uno de los compartimentos se metía una paloma y cuando veía el objetivo picoteaba sobre la parte de la lente en la que se proyectaba (izquierda, centro o derecha) y dependiendo de en qué parte se picotease, el misil seguiría un rumbo u otro (girar izquierda, recto o girar derecha) hasta alcanzarlo. El Comité de Investigación de la Defensa Nacional de los Estados Unidos parece que creyó en el proyecto porque contribuyó con veinticinco mil dólares a la investigación. A pesar de que tuvo cierto éxito con el entrenamiento, el 8 de octubre de 1944 el programa fue cancelado.

MURCIÉLAGOS. Desarrollado por los Estados Unidos para ser utilizado contra Japón. La idea del murciélago bomba fue concebida por el cirujano dental Lytle S. Adams, quien lo presentó a la Casa Blanca en enero de 1942, siendo aprobado posteriormente por el presidente Roosevelt. Para llevar a cabo este proyecto se «reclutaron voluntarios» en cuatro cuevas de Texas. El proyecto consistía en equipar con pequeñas bombas incendiarias a los murciélagos que se soltarían por la noche en zonas industriales japonesas y, luego, al amanecer, se refugiarían en los edificios. Después, gracias a unos temporizadores, se harían estallar las bombas provocando incendios para destruir la industria nipona. Los avances en el Proyecto Manhattan (desarrollo de la primera bomba atómica) aparcaron esta idea.

PERROS. Desarrollado por la Unión Soviética para ser utilizados contra los tanques alemanes (los famosos *panzers*). Los perros se mantenían sin alimento durante varios días y se les adiestraba para buscarlo debajo de los tanques y los vehículos oruga. Se cargaban con una mochila llena de explosivos y con un detonador en el lomo

(normalmente una pequeña palanca de madera) que activaba la carga al golpear con los bajos del tanque. Se utilizaban perros pequeños y rápidos para dificultar que pudiesen ser abatidos. Para contrarrestar esta medida, el alto mando alemán ordenó matar a todos los perros que se cruzasen en su camino y, además, equipó a los tanques con lanzallamas para protegerse de ellos. En 1942, un grupo de canes se volvió loco y causó el caos en las filas soviéticas. Poco después los perros antitanque fueron retirados del servicio, aunque su entrenamiento continuó, al menos, hasta junio de 1996.

RATAS. Desarrollado por el ejército británico para su uso contra Alemania. A los cadáveres de las ratas se los «rellenaba» (como si fueran pavos) de explosivos plásticos, con la idea de camuflarlos en las partidas de carbón, y que cuando se echasen a las calderas explotasen causando significativos daños. Sin embargo, el primer envío de cadáveres fue interceptado por los alemanes y el plan fue abandonado. Los alemanes exhibieron las ratas en las academias militares y se llevó a cabo una minuciosa búsqueda de más ratas bomba.

LA RUTA DE LA SANGRE QUE ATRAVESÓ SUECIA

Aunque Suecia, en teoría, se mantuvo neutral en la Segunda Guerra Mundial, el caso es que la industria bélica alemana dependía del mineral de hierro extraído en ese país. Durante el verano no había problemas en embarcar el mineral en el puerto sueco de Lulea, pero en invierno las aguas del golfo de Botnia se congelaban y gran parte del cargamento debía transportarse por Narvik (Noruega). Por otro lado, Narvik se encontraba unido por tren a Suecia, pero no así al resto del sistema ferroviario noruego. Por lo tanto, servía como puerta de entrada a las minas de hierro suecas y los aliados entendieron que debían controlar aquel punto estratégico.

Durante la campaña de Noruega (1940) se libraron tres batallas entre las fuerzas aliadas y Alemania en Narvik. Hitler solicitó permiso —por llamarlo de alguna forma— al primer ministro sueco, Per Albin Hansson, para que tres trenes con treinta o cuarenta vagones cada uno atravesasen el territorio sueco hasta Narvik. En teoría, aquellos vagones solo iban a transportar médicos, medicinas y alimentos. Tan convencido estaba Per Albin Hansson, o tanto miedo tenía a Hitler, que incluso se puso en contacto con Johan Nygaardsvold, el primer ministro noruego en el exilio, para asegurarle que aquellos trenes nunca transportarían tropas alemanas. La realidad, ahora sacada a la luz por el libro *Blodsporet* (La ruta de la sangre), de Espen Eidum, fue muy distinta. Aquellos trenes llevaban tropas alemanas —algunos soldados iban disfrazados de médicos—, armamento y munición hasta Narvik para volver cargados con soldados heridos y con prisioneros noruegos que acabarían en los campos de concentración.

Aquellos tres trenes se convirtieron en un acuerdo de tránsito que duraría hasta el 15 de agosto de 1943, habiendo transportado más de dos millones de pasajeros entre prisioneros noruegos y militares alemanes.

CUANDO EL MONOPOLY SE UTILIZABA PARA LIBERAR PRISIONEROS DE GUERRA

Casi todos hemos jugado alguna vez al Monopoly para rivalizar en esto del negocio inmobiliario con los amigos o la familia. Pero hay una edición de 1941 que era un tanto especial: se utilizó por el servicio secreto británico para liberar a sus prisioneros de guerra durante la contienda mundial.

Dentro del servicio secreto británico operaba el MI9, que durante la Segunda Guerra Mundial se ocupó de ayudar a los combatientes de la resistencia en el territorio ocupado por los alemanes y de liberar a los soldados capturados. En 1941, el MI9 ideó un plan para hacer llegar instrucciones, dinero, pequeños objetos y, sobre todo, mapas que facilitasen la huida de los prisioneros... camuflados en los juegos de Monopoly. Nada se podría haber hecho sin la Cruz Roja Internacional como colaborador necesario —que no cómplice—, ya que tras la Convención de Ginebra se permitía a los prisioneros de guerra recibir paquetes siempre que fuesen entregados por esta.

El servicio secreto británico contactó con la compañía de John Waddington, que tenía la licencia en Inglaterra para fabricar el juego, y se dieron las correspondientes órdenes e instrucciones para fabricar en secreto esta edición especial. Se hicieron diferentes versiones, dependiendo de la zona a la que se iban a enviar. Cada uno de estos «*kit* de liberación/supervivencia» incluía un mapa de la zona hecho de seda —ya que el papel se podía estropear si se mojaba—, dinero de curso legal del país correspondiente, instrucciones y contactos de la resistencia y pequeñas herramientas, como limas o brújulas, camufladas en las fichas metálicas. También se marcó el tablero, para avisar de que era una «edición especial», con un punto rojo en la casilla de aparcamiento gratuito.

Es imposible saber, de los más de treinta y cinco mil prisioneros de guerra aliados que lograron escapar, qué cantidad lo hizo gracias a la edición del Monopoly porque el servicio secreto obligó a mantener el plan en secreto para no comprometer a la Cruz Roja y poder seguir utilizándolo en posteriores ocasiones.

¿CÓMO COLABORARON LOS ESTUDIOS DE HOLLYWOOD EN LA DEFENSA DE ESTADOS UNIDOS?

Tras el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941 y el bombardeo del submarino nipón *I-17* a la costa norteamericana en febrero de 1942, el temor a nuevas agresiones extranjeras a suelo americano se intensificó.

Ante aquella nueva situación, John L. DeWitt, comandante en jefe de defensa occidental, ordenó al coronel John F. Ohmer proteger todas las instalaciones vitales a lo largo de la costa del Pacífico. Ohmer había viajado en 1940 a Gran Bretaña para comprobar las técnicas de camuflaje y engaño que los ingleses pusieron en práctica ante los bombardeos de la Luftwaffe. Ayudado por los estudios de cine en Hollywood (MGM, Disney, 20th Century Fox, Paramount y Universal), organizó un equipo de ingenieros, escenógrafos, pintores, paisajistas, carpinteros, expertos en iluminación... para camuflar treinta y cuatro bases aéreas, aparte de las fábricas y plantas de ensamblaje que, en teoría, serían los objetivos japoneses en la costa del Pacífico. Su trabajo comenzó en la fábrica de aviones Lockheed-Vega, en Burbank (California).

La vista aérea de la fábrica de aviones aparecía como un inocente barrio residencial. En este nuevo barrio se recreaban las situaciones cotidianas de una pacífica comunidad rural: coches de goma fabricados por Goodyear Tire; árboles y arbustos falsos contruidos con alambre y cubiertos de plumas pintadas de verde para proporcionar una textura de hoja; conductos de aire camuflados como bocas de incendio; edificios, granjas y silos que eran simples estructuras de madera... Además, cada día los trabajadores de Lockheed salían por unas trampillas ocultas y movían los coches para darle vida al engaño.

Para comprobar la eficacia de su trabajo, Ohmer invitó a un miembro del Departamento de Guerra, ajeno a la misión del coronel, a sobrevolar la zona para ver si era capaz de localizar la planta de Lockheed-Vega. Fue incapaz de hacerlo. Ante el éxito de su trabajo, Ohmer camufló otros complejos y plantas aéreas en California: North American Aviation en El Segundo, Vultee en Downey, Northrop en Hawthorne, Consolidated en San Diego y Douglas Aircraft en Long Beach e incluso el enorme complejo de Boeing en Seattle (Washington).

Tras la batalla de Midway, en junio de 1942, donde los estadounidenses derrotaron a la Marina japonesa, se descartaron los posibles ataques en suelo americano y, por tanto, se paralizaron los camuflajes.

FUENTE DE VIDA DE LA RAZA ARIA

Sacando de contexto la teoría de la evolución natural de las especies postulada por Charles Darwin y adaptándola a la eugenesia de la ideología nazi, tenemos la justificación de la creación de Lebensborn (Fuente de vida) en 1935. Lebensborn fue una sociedad creada por Heinrich Himmler con el objetivo de expandir la raza aria para convertirla en la nueva raza de Europa. Aunque inicialmente sus trabajos se centraron casi en exclusiva en las esposas de los miembros de las SS, por considerarlos los más puros, luego se extendió a toda la sociedad alemana para fomentar la natalidad de la considerada raza superior. Para ello se daba asistencia sanitaria y todo tipo de facilidades a los hogares de los puros; a las madres solteras que cumpliesen el canon (tez blanca, ojos azules, pelo rubio y altas) se les proporcionaban hogares de maternidad y ayuda financiera para criar a sus hijos; se administraban orfanatos y se daban en adopción a los arios... Un autentico programa para poblar Europa de arios. La sociedad gestionaba varias instalaciones por toda Alemania e incluso llegó a extenderse por varios países centroeuropeos, pero donde tuvo dramáticas consecuencias fue en Noruega.

Al cumplir los noruegos los cánones establecidos por la raza aria, en Noruega se establecieron varias instalaciones gestionadas por esta sociedad. Algunas noruegas se presentaron voluntarias para este tipo de programas, otras fueron engañadas o violadas y otras, simplemente, se enamoraron de alemanes... de todo hubo. Los hijos nacidos de madres noruegas y padres alemanes fueron llamados *Krigens Barn* (niños de la guerra). Antes de terminar la contienda, y desde el exilio de Londres, el gobierno de Noruega comenzó a crear el caldo de cultivo del odio:

El precio que estas mujeres tendrán que pagar durante el resto de sus vidas será el desprecio de todos los noruegos.

Cuando los alemanes abandonaron Noruega y el gobierno regresó del exilio, comenzaron su particular cruzada independientemente de las circunstancias de cada madre: a las putas alemanas —así llamaron a estas mujeres— les raparon la cabeza y las hicieron desfilar para escupirles, las obligaron a dejar sus trabajos, muchas fueron arrestadas e internadas en psiquiátricos... ¿Y los ocho mil niños de la guerra? Lo de los niños no tiene nombre. Médicos y psiquiatras noruegos lanzaron sus peregrinas teorías:

Estos niños llevan el germen de las características típicas alemanas de las que el mundo ya ha padecido suficientemente.

Y el gobierno echó más leña al fuego:

Creer que estos niños se convertirán en ciudadanos decentes es como creer que las ratas de tu sótano se convertirán en tus mascotas.

El intento por deportar los niños a Alemania fue prohibido por los aliados, así que muchos de ellos fueron apartados de la sociedad e ingresados en instituciones mentales. Solo después de cincuenta años de lucha y tras sufrir el desprecio de una sociedad entera, el gobierno reconoció que varios niños de la guerra habían sido objeto de acoso en la sociedad... pero nada más. A fecha de hoy, siguen litigando en los tribunales.

EL EXPLOSIVO EN POLVO QUE TAMBIÉN SERVÍA PARA HACER MAGDALENAS

El desarrollo tecnológico en tiempos de guerra enfocado a la supremacía militar frente al enemigo ha derivado en varias ocasiones en usos civiles. Y aunque con este explosivo en polvo, llamado Aunt Jemima por similitud con la marca de harina para hacer tortitas, se podía hasta cocinar, no creo que tuviese mucho éxito comercial.

El ucraniano George Bogdan Kistiakowsky, nacionalizado estadounidense en 1933, fue profesor de química en las Universidades de Princeton y Harvard, participó en el Proyecto Manhattan (el desarrollo de la primera bomba atómica antes de que lo consiguiera la Alemania de Hitler) y fue nombrado asesor científico del presidente Dwight Eisenhower. En 1942 asumió la presidencia de la división de explosivos del Comité de Investigación de la Defensa Nacional, donde se fabricaban explosivos y propulsores para cohetes, además de realizar pruebas de rendimiento y seguridad.

Su «producto estrella» fue el desarrollo de un explosivo en polvo con apariencia de harina, Aunt Jemima, que incluso se podía utilizar como ingrediente para recetas de galletas, magdalenas, tortitas... sin explotar y sin perder su eficacia como explosivo. Aunque su consumo no era aconsejable, Kistiakowsky, para demostrar que no era tóxico, llegó a probarlo en una tortita delante de los escépticos militares. Dada su textura se podía transportar en recipientes de harina o en forma de tortitas y, de este modo, era idóneo para hacerlo llegar a la resistencia y ser utilizado en acciones de sabotaje. El polvo fue enviado a los chinos en bolsas de harina y se utilizó contra las fuerzas de ocupación japonesas.

CUANDO ES CUESTIÓN DE BUENA O MALA SUERTE

Tras el desembarco de los aliados en Normandía, a un grupo de soldados americanos se le encomendó una peligrosa misión: poner a salvo al soldado James Ryan, cuyos tres hermanos habían muerto en la guerra. Este era el argumento de la película *Salvar al soldado Ryan*, de Steven Spielberg. La muerte de tres hermanos en la guerra justificaba que el gobierno de los Estados Unidos ordenase traer de vuelta a casa al cuarto hermano, que también estaba en el frente. La película se basa en The Sole Survivor Policy (Política de Único Superviviente) que el Departamento de Defensa adoptó para proteger a los integrantes de una misma familia que ya hubiesen perdido a otros miembros en la guerra. En caso de haber dos o más hermanos en el frente de batalla, serían separados en diferentes destacamentos, y si alguno de ellos moría, los supervivientes eran enviados de vuelta a casa. Se pretendía evitar casos como el de los hermanos Sullivan, que murieron cuando fue hundido el barco *USS Juneau* en el que navegaban los cinco durante la Segunda Guerra Mundial. El caso concreto que inspiró la película fue el de los hermanos Niland, cuando el servicio de inteligencia de los Estados Unidos pensó que tres de los cuatro hermanos habían fallecido. Más tarde se descubrió que Edward, el hermano mayor, estaba cautivo en un campamento de prisioneros.

Y si estas fueron trágicas historias, vamos a darle la vuelta a la tortilla y encontrar a la familia más afortunada: los nueve hermanos británicos Windsor que participaron en la Segunda Guerra Mundial regresaron sanos y salvos.

Con sesenta y ocho años, y con mucho tiempo libre tras jubilarse, Bob Windsor decidió investigar qué había sido de la extensa familia de su padre. Eran dieciséis hermanos (trece hombres y tres mujeres). Después de la guerra, los hermanos se habían desperdigado por el mundo y apenas tenían contacto entre ellos; consiguió localizar a su tío Wally Windsor —el único que todavía vivía— en Edmonton (Canadá) y cuando fue a visitarle se encontró con un anciano de noventa años con los primeros síntomas de Alzheimer, así que poco le pudo ayudar. Pero antes de marcharse vio en la pared un certificado Guinness World Records que acreditaba que los nueve hermanos Windsor tenían el récord del mayor número de hermanos que sirvieron en la Segunda Guerra Mundial.

Este galardón le sirvió para descubrir que en 1940 se habían alistado en el ejército británico: Albert (cuarenta y un años), Jim (treinta y siete), Harry (treinta y cinco), Bill (treinta y tres), Arthur (treinta y uno) —padre de Bob—, Tom (treinta), Dick (veintisiete), Sid (veintitrés) y Wally (dieciocho)... y todos sobrevivieron al conflicto. Pero aún hay más. Los tres hermanos mayores —George, Charles y Albert— habían

luchado en la Primera Guerra Mundial. George y Alfred, los dos hermanos varones que no pudieron alistarse, estuvieron trabajando en una fábrica de municiones y dos de las hermanas —Violet y May— ejercieron de enfermeras. Edward había muerto en 1922 con siete años.

CUANDO EL PEZ CHICO SE COME AL GRANDE

La derrota de los aliados en la batalla de Francia y el posterior armisticio firmado el 22 de junio de 1940 dejaban a Francia partida en dos: una zona de ocupación alemana en el norte y el oeste y una zona no ocupada, la zona libre, en el sur con el gobierno títere de Vichy. A pesar del bloqueo marítimo aliado, el puerto de Burdeos, en la zona ocupada, seguía recibiendo buques mercantes con suministros bélicos, combustible, alimentos... La elección de Burdeos como puerto de abastecimiento alemán no fue casualidad: está situado a unos ochenta kilómetros tierra adentro en el golfo de Vizcaya y el estuario del río Garona, cuya desembocadura se encuentra minada de pequeños islotes.

Puesto en conocimiento de Churchill, se fueron descartando las operaciones que suponían ataques masivos y se dejó en manos del almirante Louis Mountbatten, jefe de Operaciones Combinadas de los Royal Marines, para que idease un plan que acabase con aquel problema. Louis Mountbatten recordó que tiempo atrás había descartado, por descabellada, una propuesta hecha por el comandante Herbert «Blondie» Hasler para destruir grandes buques dentro de los puertos con pequeñas embarcaciones tipo kayak. Era el momento de estudiar aquella propuesta: nacía la Operación Frankton. La operación consistía en llegar mediante unos kayaks, preparados por el propio Hasler para llevar dos personas y setenta y cinco kilos de equipo, al puerto de Burdeos y destruir los buques con bombas lapa para luego huir por tierra atravesando España hasta Gibraltar. Se puso al mando al comandante Hasler y se reclutaron treinta y cuatro voluntarios para seguir un riguroso entrenamiento en la base de Portsmouth: técnicas de navegación nocturna y silenciosa, manejo de las bombas lapa, incursiones reales en puertos británicos... Después de seis meses, y tras una selección por eliminación, el comando quedó reducido a diez miembros.

El 7 de diciembre de 1942 el submarino *HMS Tuna* emergió de las aguas y dejó a los diez hombres en cinco kayaks (*Catfish*, *Coalfish*, *Crayfish*, *Cuttlefish* y *Conger*) a unos veinte kilómetros de la desembocadura del Garona. Deberían recorrer cien kilómetros hasta el puerto de Burdeos. Por unas circunstancias u otras, solo *Catfish*, *Crayfish* y *Cuttlefish* consiguieron llegar hasta la desembocadura. Ahora debían sortear los islotes, las baterías alemanas y los barcos que custodiaban la entrada al puerto... Únicamente *Catfish* y *Crayfish* atravesaron la línea de defensa. Era la primera noche y todavía les quedaba recorrer los ochenta kilómetros por el río hasta el puerto. Durante el día se escondían y por la noche avanzaban por el río. La noche del 11 de diciembre llegaron a su destino. Hasler y Bill Sparks, que ocupaban el *Catfish*, consiguieron poner bombas lapa bajo la línea de flotación de cuatro embarcaciones —con un dispositivo de retardo que activaba la bomba en nueve horas

— y los tripulantes del *Crayfish*, Laver y Mills, en otras dos. Hundieron los kayaks y las dos parejas se separaron para seguir el plan y con la ayuda de la resistencia cruzar a España.

A la mañana siguiente, el puerto amaneció con las explosiones de los buques. La misión había sido todo un éxito... ¿y qué fue de los diez integrantes del comando? Solo Hasler y Sparks consiguieron cruzar a España. Siguieron la ruta Barcelona-Madrid-Sevilla para llegar a Gibraltar y, después de casi seis meses, a Londres; otros siete fueron capturados y ejecutados por los alemanes y el último murió ahogado (James Conway, Robert Ewart, Albert Laver, Bill Mills, John Mackinnon, David Moffatt, George Sheard y Sam Wallace).

En 1955 se estrenaba la película *The Cockleshell Heroes* (El infierno de los héroes) basada en la Operación Frankton. Hasler viviría hasta 1987 y Bill Sparks hasta 2002.

LA OTRA GRAN EVASIÓN

Y ya que hemos hablado de evasiones de campos alemanes, ahora toca el turno a una evasión de prisioneros alemanes del campo de Papago Park en Phoenix (Arizona). Desde 1942 se establecieron en Estados Unidos más de seiscientos campos de prisioneros, en su mayor parte en los estados del sur. Los estadounidenses decidieron establecerlos en su propio territorio y no en el viejo continente para no restar ni un solo efectivo de las zonas de combate. Si bien es verdad que los prisioneros fueron utilizados como mano de obra en carreteras o plantaciones, las condiciones en las que trabajaban y los campos en los que estaban recluidos nada tenían que ver con los que sufrieron los aliados cautivos. Aquí el transporte a los campos se hacía en vagones de pasajeros, alojados en barracones nuevos, con asistencia médica diaria, zona deportivas, alimentación abundante... «Después de todo lo que hemos pasado, esto es como un balneario», opinaban los prisioneros.

En 1944 trasladaron al campo de Papago Park a Jurgen Wattenberg, comandante del submarino alemán *U-162*. Después de varias misiones de éxito, tres destructores británicos consiguieron hundirlo en las costa de la isla Trinidad en el mar Caribe... Jurgen y cuarenta y ocho marineros más fueron rescatados con vida y hechos prisioneros de guerra. Cuando Jurgen llegó al campo era el oficial de más alta graduación y asumió el mando de los prisioneros. A pesar de que dadas las condiciones de campos lo más lógico habría sido dejar pasar el tiempo, asumió la obligación de un oficial al mando de un campo de prisioneros: tratar de huir. Debido a que la vigilancia era la justa, no fue un problema conseguir un mapa de la zona para saber dónde se encontraban y qué opciones tenían. Al final, decidieron que la mejor opción sería cavar un túnel para fugarse del campo y una vez fuera escapar a través del río Gila hasta la frontera con México. Manos a la obra...

La tierra era arcillosa y, por tanto, fácil de remover una vez que se humedecía. Se eligió el barracón de los baños ya que era el lugar menos vigilado —supongo que por el pudor yanqui— y, además, la disponibilidad de agua era continua. Trabajaban en turnos cavando con las palas que utilizaban en los jardines del campo y sobre los que camuflaban la tierra extraída del túnel. Otro grupo se encargó de construir varios kayaks que les servirían para navegar por el río. Después de varios meses cavando, consiguieron un túnel de cincuenta y cinco metros de largo, uno de alto y medio de ancho. La noche del 23 de diciembre de 1944, Jurgen y veinticuatro prisioneros alemanes más se fugaron. Una vez fuera, siguieron las indicaciones del mapa para llegar hasta el río Gila, pero para su sorpresa apenas tenía caudal y ni con los kayaks podían navegar... el plan se vino abajo. Un buen ejemplo de la poca vigilancia del campo es que solo se enteraron diecisiete horas después de la fuga y porque uno de los evadidos se entregó a la policía. En el plazo de un mes, el resto fue capturado o

simplemente se entregó. Solo Jurgen permaneció más de un mes libre cuando fue apresado en Phoenix.

Realmente aquella fuga nunca tuvo visos de llegar a buen puerto, ni los propios fugitivos lo creían. Digamos que representaron su papel de prisioneros con la obligación de tratar de escapar para restar fuerzas al enemigo de las zonas de combate como se hacía en Europa, pero allí no tenía ningún sentido. Por otra parte, era imposible que veinticinco alemanes pudiesen atravesar el estado de Arizona, árido y con grandes zonas desérticas, para llegar a México. Algunos ejemplos de las capturas son buena muestra de aquella disparatada fuga.

Cuando detuvieron a Jurgen estaba en la estación de Phoenix leyendo el periódico y el sargento que lo detuvo le pidió un autógrafo: «Se acabó el juego y perdí. Atentamente, Jurgen Wattenber», escribió el alemán.

Se fumaron un cigarrillo y regresaron al campo. Otros dos fugitivos, Palmer Lammersdorf y Mark Reinhardf, cuando fueron capturados se los llevaron a cenar a la casa de uno de los policías y mientras venían a buscarlos les pidieron por favor si podían invitar a sus vecinos a conocerlos. Asimismo jugaron una partida de ajedrez con el hijo paralítico de un vecino al que dejaron ganar. Palmer Lammersdorf, que más tarde se trasladaría a vivir a Phoenix, guarda este recuerdo...

Allí no existía la amargura de la guerra. Los guardias eran muy agradables con nosotros. Habría firmado un contrato de por vida para permanecer en Arizona, si hubiera podido. Pero cuando terminó la guerra me obligaron a volver a mi país.

En mi tierra, esto se parece más a una broma que a un fuga en toda regla.

EL DÍA QUE UNOS JAPONESES EN BICICLETA HUMILLARON AL EJÉRCITO BRITÁNICO

Si en la Península Ibérica los británicos controlan el peñón de Gibraltar desde el siglo XVIII durante la Guerra de Sucesión española, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial controlaban el llamado Gibraltar del Este, Singapur, en el sudeste asiático.

El 8 de diciembre de 1941, al mismo tiempo que bombardeaban Pearl Harbor, los japoneses comenzaron la campaña de Malasia que les llevaría a la ocupación de Tailandia y Malasia, y la expulsión de los británicos de Singapur en febrero de 1942. Tras perder Malasia, el ejército británico se retiró a su base de Singapur. Aunque habían perdido la batalla del aire por la abrumadora mayoría de aparatos japoneses, todavía se sentían seguros en la inexpugnable fortaleza de Singapur (más de ochenta mil soldados, defensas antiaéreas, artillería pesada para repeler un ataque marítimo por el sur y protegidos por selvas y manglares por el norte). Todas las fuerzas y la artillería se destinaron hacia el sur, en teoría el único punto por el que podían ser atacados. Los japoneses sabían que por los manglares y la selva no podían avanzar con artillería o carros de combate, pero sí con la infantería en bicicleta.

Desplazándose con las bicicletas se desplegaron rápidamente y atacaron en varios frentes. Cuando los británicos quisieron reaccionar ya era tarde, los japoneses habían roto las líneas defensivas del norte: en siete días la fortaleza inexpugnable había caído. Hicieron más de sesenta mil prisioneros (indios, británicos y australianos). Churchill lo calificó como «el peor desastre en la historia británica».

Pocos años después, el ejército japonés sufriría una de sus peores derrotas o, como mínimo, una de las más extrañas en la isla birmana de Ramree, capturada durante la campaña de Malasia. En enero de 1945, los aliados iniciaron las operaciones para recuperar Ramree y su vecina Cheduba; en apenas seis semanas, en el marco de la campaña de Birmania, las habían recuperado.

Aunque los defensores de la isla opusieron gran resistencia, ante el ataque combinado de la infantería y el bombardeo naval y aéreo nada pudieron hacer, pero el comandante en jefe de las fuerzas niponas, junto con unos novecientos hombres, consiguió replegarse hacia la selva. Acosados por los aliados se vieron obligados a penetrar en una zona de pantanos y manglares donde se encontraron con mosquitos, serpientes... y el más grande de todos los reptiles: el cocodrilo de agua salada. Los aliados rodearon la zona, solo tenían que esperar a que los japoneses se rindiesen y saliesen, pero... comenzaron a escuchar gritos, alaridos, disparos, más gritos, chapoteos. Los cocodrilos, enfurecidos por la invasión de su territorio, atacaron a los intrusos. Solo un soldado japonés salió para rendirse, casualmente un médico que hablaba inglés por haber estudiado en Gran Bretaña y Estados Unidos. Ante aquel

espectáculo dantesco, los británicos le pidieron que les ayudase a convencer a sus compatriotas para que se rindiesen. Así lo hizo, pero ningún japonés salió. En palabras del naturalista Bruce Wright, que participó en la contienda:

Esa noche fue la más horrible que cualquier miembro de la dotación de infantería de Marina haya visto jamás. Los cocodrilos, alertados por el estruendo de los disparos y el olor de la sangre, se reunieron entre los manglares [...]. Entre el esporádico sonido de los disparos podían oírse los gritos de los hombres heridos, aplastados por las fauces de los enormes reptiles [...]. Con el reflujó de la marea aparecieron los cuerpos de los muertos y heridos que habían quedado atrapados en el barro.

Al amanecer, los buitres dieron buena cuenta de los restos humanos. De los novecientos japoneses que se internaron, solo aparecieron con vida dos decenas, unos quinientos consiguieron burlar el cerco aliado y el resto... muertos.

De esta historia existen dos versiones: la del historiador británico McLynn Frank que no pone en duda que los soldados japoneses fuesen atacados por los cocodrilos, pero sí que pudiesen provocar una mortandad de ese calibre entre hombres armados. Y otra, la de la Burma Star Association, una asociación de exsoldados británicos que prestaron servicio en la campaña de Birmania, que confirma los hechos.

LAS ESPOSAS Y MADRES QUE CONSIGUIERON DERROTAR A GOEBBELS

A imagen y semejanza de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina o las Damas de Blanco en Cuba, en el corazón de la Alemania nazi también hubo un grupo de mujeres, esposas y madres, que protagonizaron la única protesta pública para evitar las deportaciones de los judíos... y triunfaron.

El 27 de febrero de 1943, durante la Operación Fabrikaktion (Redada Final), los miembros de las SS y de la Gestapo recorrieron las calles, casas y fábricas de Berlín para limpiar la ciudad de judíos y deportarlos a los campos de Polonia. Alrededor de mil setecientos judíos fueron separados del resto y encerrados en el Centro de la Comunidad Judía de la calle Rosenstrasse, en el barrio berlinés de Mitte. Eran los judíos casados con alemanas que no eran judías. Cuando las madres y esposas conocieron el paradero de sus seres queridos, se fueron concentrando en las inmediaciones del centro de la calle Rosenstrasse para solicitar información y pedir explicaciones. Decidieron quedarse allí al grito de: «¡Devolvednos a nuestros maridos!».

Al segundo día, ya eran más de seiscientas las mujeres que protestaban por la detención. Al tercero, ya superaban las mil y, además, se habían unido alemanas de matrimonios no mixtos para apoyar a sus familiares, amigos o vecinos. Aquella protesta se estaba descontrolando y las autoridades alemanas ordenaron a los miembros de las SS que custodiaban el centro disparar al aire para desalojar a los manifestantes. Las mujeres se dispersaron por las calles adyacentes, pero volvieron cuando cesaron los disparos. En las siguientes ocasiones en que dispararon, nadie se movió. Joseph Goebbels, ministro de Propaganda, sabía que matar a mujeres alemanas que no eran judías, en el centro de Berlín, levantaría a la ciudad contra los nazis. Se intentaron otras medidas, como cerrar la estación más cercana del tranvía para que las mujeres tuviesen que ir caminando... Nada sirvió y la protesta crecía.

Goebbels comenzó a ceder y ordenó volver a traer al centro a treinta y cinco judíos que ya habían sido enviados a Auschwitz. El ministro podía ser muy cruel, pero no era un estúpido: los alemanes acababan de ser derrotados en Stalingrado y las cosas no estaban como para perder otra batalla en el mismo centro de Berlín. Así que, tras una semana de protesta, mandó liberar a todos los judíos retenidos en Rosenstrasse. Aquellas mujeres habían conseguido hacerle frente a la barbarie nazi... y derrotarla. Casi todos los judíos de Rosenstrasse lograron sobrevivir a la guerra.

En 1995 se erigió el monumento *Block der Frauen* (Bloque de Mujeres), de la escultora Ingeborg Hunzinger como homenaje a las mujeres de Rosenstrasse.

RENDIRSE CON HONOR O ECHARLO A SUERTES

Muchos ven la rendición como un acto de cobardía y deshonor; otros, sin embargo, la consideran simplemente como una oportunidad para salvar la vida.

Desde principios de 1943, el primer ministro británico, Winston Churchill, y el presidente estadounidense, Franklin D. Roosevelt, se reunieron para planear la invasión del continente europeo, entonces ocupado por los alemanes. Pero no fue hasta 1944 en que se dieron las circunstancias oportunas: los alemanes habían perdido África, los aliados dieron el salto a Sicilia y desde allí al resto de Italia; y encima, el Ejército Rojo empujaba con mucha fuerza desde el frente oriental. Se decidió que la mejor opción era Normandía, en el noroeste de Francia, y la fecha, según la máquina para la predicción de las mareas del matemático británico Arthur Thomas Doodson, el 6 de junio: Operación Overlord.

La primera parte de esta operación consistía en el desembarco en Normandía del ejército aliado que, después de liberar Francia, llegaría hasta Alemania. Tras el éxito del desembarco, y debido al gran contingente de tropas y vehículos involucrado, los aliados necesitaban más puertos donde seguir reabasteciendo a su ejército: el puerto de Cherbourg. El 24 de junio, al coronel Bernard B. McMahan, al mando del regimiento 315 del cuerpo de marines, recibió la orden de limpiar el área de Martinvast, al suroeste del puerto. Cuando llegó al lugar, se encontró una zona devastada por la artillería, pero con muchos alemanes todavía atrincherados. El coronel decidió darles una oportunidad de salvar la vida y cogiendo un megáfono les conminó a rendirse. El oficial al mando salió ondeando una bandera blanca para parlamentar y dijo: «Sé que estamos perdidos, pero rendirnos sería una deshonra».

McMahon entendía su posición y les propuso lanzarles unas granadas de mano de fósforo blanco —crean una pantalla de humo espeso— para que pareciese un ataque y, de esta forma, rendirse luchando. Se salvó la honra, y la vida, de mil doscientos alemanes.

A fines de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar la batalla de las Ardenas (16 de diciembre de 1944-25 de enero de 1945), la gran ofensiva alemana a través de las Ardenas, una región montañosa y de frondosos bosques situada entre Bélgica, Francia y Luxemburgo. Su objetivo era detener el avance de los aliados tras el éxito de la Operación Overlord. La ofensiva obtuvo un gran éxito inicial, pero los aliados pudieron reaccionar y contener el avance alemán hasta hacerles perder la iniciativa.

La brutal batalla, las condiciones climatológicas de aquellas fechas (en pleno invierno con una fuerte nevada y espesa niebla) y la dureza del terreno (montañas y bosques densamente poblados) fueron las causas de que muchas unidades aliadas y alemanas quedasen aisladas, dispersas y sin comunicación con su respectivo Estado Mayor. Algunos grupos decidieron atrincherarse y resistir frente al enemigo o, si

tenían más suerte, esperar la llegada de los suyos. Un sargento y un pelotón americano resolvieron seguir avanzando pero, después de varios días perdidos en la inmensidad de los bosques, ateridos por las bajas temperaturas, sin apenas comida y con la moral por los suelos, se dispusieron a rendirse si se encontraban con el enemigo. Cuando tuvieron frente a ellos a un grupo de alemanes, tiraron las armas y levantaron las manos pero... los alemanes, que se encontraban en su misma situación, hicieron lo mismo.

Ambos grupos habían decidido seguir la misma estrategia. Así que ahora cómo lo arreglaban... Acordaron echar a cara o cruz quién se rendía. Ganaron los americanos e hicieron prisionera a la patrulla alemana. Cuando los americanos consiguieron localizar a los suyos fueron felicitados por su gesta. ¡Lo que hace la suerte!

LA TÁCTICA *MOUSE-HOLING*

Durante la Segunda Guerra Mundial la aviación tuvo una importancia vital, pero, al final, la infantería junto a los vehículos y carros de combate debían tomar las ciudades calle a calle e incluso edificio a edificio. Con algunos francotiradores bien camuflados, unas minas y algún carro de combate situado estratégicamente, una ciudad se podía convertir en una ratonera. Para este tipo de combate, o guerra urbana, en la que avanzar por las calles suponía demasiado riesgo, los aliados utilizaron la táctica *mouse-holing*.

Tras la exitosa invasión aliada de Sicilia, en el otoño de 1943, los aliados ocuparon todo el sur de Italia y trasladaron la 15ª fuerza aérea de los Estados Unidos de Túnez a Foggia (Italia) para atacar los campos de petróleo y refinerías de Ploesti (Rumanía), que para Hitler eran la principal fuente de suministro de combustible. Los aliados llegaron hasta la llamada Línea Gustav —una serie de fortificaciones que se extendían desde la desembocadura del río Garigliano, en el mar Tirreno, cruzando los Apeninos, hasta la desembocadura del río Sangro en el Adriático—, donde los alemanes e italianos se hicieron fuertes. Al norte de la desembocadura del Sangro estaba situada la población de Ortona, que durante semanas fue el objetivo de los bombardeos alemanes por el norte y de los aliados desde el sur; la localidad quedó prácticamente destruida —se le llamó el Pequeño Stalingrado—. Cuando el regimiento Seaforth Highlanders de Canadá consiguió entrar en la ciudad devastada por los bombardeos, se encontraron en una ratonera.

Por primera vez, utilizaron la táctica *mouse-holing*. Ayudados por el arma antitanque Projector Infantry Anti Tank (PIAT) abrían butrones en las medianeras de los edificios de un tamaño que permitiese pasar a los soldados pero que no pusiese en peligro la estructura de la construcción, para ir avanzando por los edificios evitando el fuego enemigo y, al mismo tiempo, ir limpiando la zona de francotiradores.

Un ejemplo de cómo se podía resistir en un edificio lo tenemos en Stalingrado. La batalla de Stalingrado, actual Volgogrado, ha sido considerada como una de las más sangrientas, no solo de la Segunda Guerra Mundial sino de toda la historia. Entre agosto de 1942 y febrero de 1943 fallecieron más de tres millones de soldados alemanes y soldados y civiles rusos.

Y de entre todos los enfrentamientos durante estos dos meses, hay un edificio de cuatro plantas en el centro de la ciudad junto al río Volga que fue protagonista de aquella encarnizada lucha. El edificio en cuestión era un punto estratégico desde el que se controlaban los accesos al centro de la ciudad, así lo entendieron los alemanes y consiguieron tomarlo. Ante aquel imprevisto, los rusos enviaron un pelotón de treinta hombres, a las órdenes del sargento Yakov Pavlov, para recuperarlo. Aunque las bajas fueron numerosas —solo quedaron cuatro soldados y el sargento—,

consiguieron hacerse con aquel inmueble casi en ruinas. Se distribuyeron por las plantas del edificio y comenzaron una defensa numantina. Ante la importancia de aquel enclave, se enviaron refuerzos: veinticinco hombres, ametralladoras, minas, morteros, alambradas de espino y abundante munición. Pavlov fortificó el edificio. Durante dos meses, desde el 27 de septiembre al 25 de noviembre de 1942, aguantaron los múltiples ataques de los alemanes. Cuando ya comenzaban a escasear los alimentos y la munición, un contraataque ruso consiguió liberarlos.

Al sargento Yakov Pavlov se le concedió el galardón de Héroe de la Unión Soviética y la casa, Pavlov's House, se convirtió en un símbolo de la lucha y resistencia frente al invasor. A fecha de hoy es un edificio de apartamentos y una de sus esquinas se reconstruyó con los ladrillos de la casa original.

AVIONES ENTERRADOS VIVOS

No sé si estará escrito en algún manual de estrategia militar, pero ante una inminente derrota o cuando se abandona una posición, los oficiales al mando ordenan a las tropas destruir u ocultar todo lo que no puedan transportar en su marcha (víveres, armamento...) o que pueda utilizar el enemigo (fortificaciones, puentes...). En este caso, se ocultó un escuadrón de sesenta aviones Spitfire de la Royal Force Aircraft (RAF).

Tras los éxitos en las campañas de Indochina, Malasia, Filipinas... Japón decidió centrarse en pacificar al gigante asiático: China. Era fundamental cortar la entrada de suministros que desde Birmania —en aquel momento una provincia de la India británica— enviaban los aliados a China a través de la carretera de Burma (conectaba Kunming en China con Lashio en Birmania). En 1942, los japoneses expulsaron a los británicos y cortaron la carretera. Durante dos años los británicos intentaron recuperar el terreno perdido, pero no fue hasta 1944 cuando la ofensiva aliada recuperó Birmania.

En esta ofensiva tuvieron un papel destacado los Spitfire, los cazas monoplane británicos. Este avión ganó fama como interceptor de los misiles V1 —«armas de represalia»— lanzados desde el continente a suelo inglés por los alemanes y como caza en sus enfrentamientos con los aviones de la Luftwaffe. Tras la derrota de Japón y el fin de la guerra, los británicos volvieron a enviar un gobernador para reconstruir el país, pero Birmania ya se agitaba reclamando la independencia. Ante la inestabilidad del país, Londres decidió retirar los héroes del cielo, los Spitfire. El elevado coste del transporte desechó la posibilidad de traerlos a Inglaterra, así que había que buscar una alternativa para que no pudiesen caer en manos de sus enemigos: enterrarlos bajo tierra. Unos sesenta aviones desmontados y totalmente operativos —«vivos»— fueron enterrados en un lugar secreto en cajas de madera a unos doce metros bajo tierra. Hasta hoy...

David Cundall, un agricultor inglés, comenzó la búsqueda del tesoro en 1996 después de escuchar la historia de los Spitfire birmanos a un grupo de veteranos estadounidenses de la guerra mundial. Tras varios años de investigación encontró a uno de los soldados que participó en el enterramiento y lo llevó al lugar. Tras obtener los correspondientes permisos del gobierno birmano, se puso manos a la obra: con la ayuda de radares de profundidad localizaron los aviones y, tras hacer llegar una cámara a través de un pozo, lograron ver las cajas que se encontraban en buenas condiciones. Algunos ya han sido desenterrados, y tras el acuerdo firmado por el gobierno británico, el birmano y Cundall, los aviones serán repatriados a Inglaterra. Hasta este descubrimiento solo había operativos treinta y cinco de estos aparatos en todo el mundo, así que ahora se podía duplicar el número de Spitfire surcando los

cielos.

ESTADOS UNIDOS TARDÓ SESENTA Y SEIS AÑOS EN RECONOCER AL AGENTE QUE RESCATÓ A QUINIENTOS AVIADORES

El 14 de octubre de 2010, a los noventa y cinco años, George Vujnovich —agente de la OSS (Office of Strategic Services), el servicio de inteligencia de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y considerada la antecesora de la CIA— fue galardonado con la Medalla Estrella de Bronce en una ceremonia celebrada en la catedral ortodoxa serbia de San Sava de Manhattan.

¿Pero quién era George Vujnovich?

Nacido el 31 de mayo de 1915 en Pittsburgh (Estados Unidos), hijo de inmigrantes de Serbia, estudiaba en Belgrado (Yugoslavia) con la esperanza de llegar a ser médico cuando los alemanes invadieron Yugoslavia en 1941. Junto con su mujer, Mirjana Lazich, huyó por varios países hasta que recaló en África, donde trabajó para Pan American World Airways. Debido a sus orígenes serbios y a sus años de estancia en Belgrado, la OSS contactó con él y lo reclutó. Mirjana, que se había exiliado a Estados Unidos, trabajaba en la embajada yugoslava en Washington cuando llegaron a sus manos unos informes sobre una guerrilla serbia que había rescatado y escondido a varios aviadores derribados por los alemanes. Pasó la información a su marido, destinado en el sur de Italia desde 1943. Aquella guerrilla eran los chetniks.

Los chetniks eran una organización guerrillera nacionalista y monárquica serbia liderada por Dragoljub Mihailovich, un antiguo coronel del Estado Mayor yugoslavo. Tras la invasión de Yugoslavia, el país fue repartido entre Alemania, Italia, Hungría, Bulgaria y dos regímenes títeres: el Estado Independiente de Croacia y el Gobierno de Salvación Nacional de Serbia. Además, se distribuían por todo el país varios grupos paramilitares, como el Ejército Partisano de Liberación, los comunistas liderados por el que luego sería el mariscal Tito y los chetniks. Estos, ante la superioridad alemana y sus sangrientas represalias, decidieron optar por una resistencia pasiva hasta que Alemania se debilitase y poder dar el gran golpe para crear la Gran Serbia. Los partisanos, por su parte, optaron por la resistencia activa, sobre todo cuando los alemanes invadieron la Unión Soviética. Aquella situación provocó enfrentamientos entre las propias guerrillas hasta el punto de que los chetniks llegaron a apoyar a los alemanes en sus enfrentamientos con los partisanos.

Cuando los aliados ocuparon el sur de Italia, a fines de 1943, establecieron allí su base aérea para atacar los pozos de petróleo y refinerías que los alemanes poseían en Rumanía. Para bombardear los campos, los aviones debían atravesar territorio yugoslavo donde varios de ellos fueron derribados y más de quinientos aviadores

rescatados y escondidos por los chetniks. En Bari, Vujnovich elaboró un plan de rescate. Aunque al principio sus superiores eran reacios porque Dragoljub Mihailovich, el líder de los chetniks, no luchaba abiertamente contra los alemanes, después de estudiar el plan dieron su aprobación: Operación Halyard. Vujnovich instruyó a tres agentes de campo de la OSS que se infiltrarían en las líneas enemigas. En agosto de 1944, los tres agentes con radiotransmisores fueron lanzados en paracaídas sobre la zona controlada por los chetniks.

Desde Bari, Vujnovich coordinaba el rescate con los agentes y la ayuda de Mihailovich. Durante varios meses se improvisaron pistas de aterrizaje, se localizaron puntos de evacuación seguros y se consiguió rescatar a todos los aviadores derribados sin ninguna baja: un total de quinientos doce. En 1946, después de la guerra, las autoridades comunistas de Yugoslavia ejecutaron a Mihailovich por colaborar con los nazis. En 1948, el presidente estadounidense Harry Truman concedió a título póstumo la Legión de Mérito al serbio, pero no se hizo público para no enemistarse con Yugoslavia.

George Vujnovich tuvo que esperar hasta 2010 para que se le reconociese su trabajo. En abril de 2012 falleció.

AERÓDROMOS DE IKEA

A partir de 1944, el esfuerzo aliado se concentró en desembarcar en Europa un ejército que, después de liberar Francia, llegaría hasta el mismo corazón del Tercer Reich. Igualmente, Hitler tenía claro que se produciría un desembarco aliado en la costa atlántica francesa, pero la inteligencia británica hizo creer que el desembarco de Normandía, en el noroeste de Francia, solo era una distracción y que el verdadero tendría lugar en Calais (casi cuatrocientos kilómetros más al norte). El día concreto en el que comenzaría la invasión tampoco quedaría al azar; gracias al matemático británico Arthur Thomas Doodson y sobre todo a su máquina para la predicción de las mareas, se calculó que las mejores fechas para el inicio de la operación eran entre el 5 y 7 de junio de 1944. En esos días, la marea estaría lo suficientemente baja para no cubrir las trampas y, de esta forma, los equipos de demolición podrían localizarlas y abrir un pasillo para el desembarco; pero lo suficientemente alta para que las lanchas pudiesen descargar las tropas y luego salir sin peligro de quedar varadas en playa. El 6 de junio comenzó la liberación de Francia: el Día D.

El éxito del desembarco debía ir acompañado de la consolidación de las posiciones tomadas a los alemanes y, para ello, las fuerzas aliadas debían recibir continuo aprovisionamiento y refuerzos, posibilidad de evacuación para los heridos y apoyo aéreo. El problema era que no siempre había aeródromos disponibles cerca de las nuevas posiciones en suelo francés. Este problema se solucionó con los aeródromos tipo Ikea —tú te lo llevas y tú te lo montas— los Advanced Landing Ground o ALG (Campos de Vuelo Avanzados).

Los emplazamientos donde se construirían este tipo de aeródromos se habían determinado según las fotografías que los aviones de reconocimiento habían tomado previamente: extensas llanuras libres de arbolado. Ya en la zona, el cuerpo de ingenieros debía limpiar lo que sería la pista y luego extender sobre ella una rejilla metálica transportada en grandes rollos que debía anclarse al suelo para consolidar el terreno. La pista tendría que tener una longitud mínima de mil cien metros y de mil quinientos cincuenta metros para cazabombarderos. La iluminación se realizaba con focos portátiles y como torre de control había una simple emisora de radio en una mesa. En menos de una semana tenían montado el *kit* del aeródromo. Junto a los ALG también se construyeron Emergency Landing Strips (ELS) —simples llanuras limpias de poco más de seiscientos metros de longitud—, que los pilotos aliados tenían marcados en sus mapas como lugares donde aterrizar en caso de emergencia por daños en la aeronave. Terminada la guerra, los agricultores locales aprovecharon el trabajo hecho por los zapadores y tuvieron magníficos campos limpios y roturados.

EL OBJETOR DE CONCIENCIA QUE ROMPIÓ SU JURAMENTO

Aunque el derecho a la objeción de conciencia viene recogido en nuestra Constitución, artículo 30.2, durante muchos años se dijo que hasta que no hacías la mili no eras un hombre. Otros afirmaban que para adquirir este conjunto de cualidades llamado hombría había que estrenarse con una meretriz. Así nos cuenta Camilo J. Cela su primera vez:

Me inicié en los arcanos del rijo con una esquinera de la calle Desengaño, rubia teñida, más bien metida en carnes y muy perfumada, que me chistó, me enseñó una teta y me catequizó sin mayor esfuerzo [...]. Durante el acto, mi *paternaire* me tenía abrazado y mientras yo hacía lo que podía ella calcetaba una bufanda para un hijo [...]. La lana me hacía cosquillas en la espalda y no faltó nada para que me estrenase con un gatillazo.

Dejaremos a un lado esta adquisición de hombría y nos centraremos en los que no la adquirieron vía servicio militar. En Estados Unidos, el caso más conocido, por mediático y por el personaje en cuestión, fue el de Muhammad Ali, que solo tras apelar a la Corte Suprema se le reconoció como objetor de conciencia. Pero años atrás, en la Segunda Guerra Mundial, hubo otro objetor de conciencia que rompió su juramento de no portar armas: Desmond Doss, un soldado del ejército estadounidense que participó en la contienda mundial, se convirtió en el primer objetor de conciencia en recibir la Medalla de Honor por salvar a más de setenta y cinco soldados heridos poniendo en riesgo su propia vida.

Desmond Doss nació el 7 de febrero de 1919 en Lynchburg (Virginia). Sus padres, Tom y Bertha Doss, lo criaron bajo la doctrina y las creencias de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Desde muy temprana edad, Desmond estuvo muy influenciado por la Biblia y sus enseñanzas, particularmente por el mandamiento de no matar. En abril de 1942, Desmond fue reclutado por el ejército de los Estados Unidos. El problema era que él seguía negándose a portar un arma; así que fue alistado como «objetor de conciencia» (aunque a él le gustaba decir que era un «cooperador de conciencia» y que de esta forma podría «servir a Dios y al país»). Adscrito al cuerpo médico de la 77ª división de infantería, el estricto seguimiento de sus enseñanzas religiosas, incluso el respeto del sábado (*shabat*) como día de reposo, le acarrearón continuas burlas de sus compañeros y actos de indisciplina ante sus mandos.

En mayo de 1945, en el asalto anfibio de los aliados a la isla de Ryukyu de

Okinawa, un batallón de marines fue enviado a tomar una posición japonesa sobre un acantilado de ciento veinte metros. Tras escalar aquella pared, fueron recibidos por un intenso fuego enemigo... Doss vio cómo sus compañeros caían, y en lugar de refugiarse —como hicieron otros— consiguió sacar de aquella ratonera a más de setenta y cinco marines heridos, arrastrándolos o cargándolos uno a uno, y llevarlos hasta el borde del acantilado desde donde serían bajados con cuerdas. Durante varios días continuó atendiendo a los heridos menospreciando el peligro que le rodeaba, hasta que el 21 de mayo, cerca de Shuri, fue alcanzado en las piernas por la metralla de una granada. Cuando iban a subirlo a una camilla para sacarlo de allí, Doss vio a otro soldado que estaba peor que él, se bajó de la camilla y la dejó para que evacuasen a su compañero. Entonces recibió un disparo en un brazo que le fracturó un hueso. Sin poder ponerse en pie, herido en un brazo y sin que nadie pudiese ayudarlo, rompió su juramento... cogió un fusil y lo utilizó para entablillarse el brazo y arrastrarse para llegar hasta el hospital de campaña. Hasta para los soldados que antes se burlaban de él, Doss se había convertido en un símbolo de coraje y determinación.

En octubre de 1945, Desmond Doss recibió la Medalla de Honor de manos del presidente Harry S. Truman durante una ceremonia en la Casa Blanca. Doss regresó del Pacífico enfermo de tuberculosis y, aunque fue tratado con antibióticos, perdió un pulmón. En 1970, y debido a una sobredosis accidental de antibióticos, se quedó sordo. Vivió el resto de su vida como un hombre humilde y murió a la edad de ochenta y siete años, el 23 de marzo de 2006. Fue el protagonista del libro *El héroe más improbable* (1967) y del documental *El objetor de conciencia* (2004).

PARA SOBREVIVIR MORALMENTE A UNA GUERRA SE DEBE COMBATIR CON HONOR Y HUMANIDAD

El 20 de diciembre de 1943 despegaba del campo de aviación RAF Kimbolton (Inglaterra) el bombardero B-17 *Ye Olde Pub*, de la fuerza aérea estadounidense (USAF), con la misión de bombardear una fábrica de aviones en Bremen (Alemania). La tripulación de la aeronave estaba compuesta por Bertrand O. Coulombe, Alex Yelesanko, Richard A. Pechout, Lloyd H. Jennings, Hugh S. Eckenrode, Samuel W. Blackford, Spencer G. Lucas, Albert Sadok, Robert M. Andrews, y al frente de todos ellos el joven teniente Charles L. Brown.

Consiguieron realizar la misión, pero a un alto precio: el artillero de cola había muerto y seis tripulantes más estaban heridos, el morro estaba dañado, dos motores fueron alcanzados y de los dos restantes solo uno tenía suficiente potencia, el fuselaje estaba seriamente afectado por los impactos de las baterías antiaéreas y los cazas alemanes; incluso el piloto Charlie Brown llegó a perder la consciencia momentáneamente. Cuando Charlie despertó, consiguió estabilizar el avión y ordenó que se atendiese a los heridos.

Cuando pensaba que bastante tendrían con mantener la aeronave en el aire, llegó lo peor: un caza alemán en la cola. Todos imaginaron que ya había llegado su momento, pero el caza, en lugar de disparar, se puso en paralelo del bombardero. Charlie giró la cabeza y vio cómo el piloto alemán le hacía gestos con las manos. Así se mantuvo durante unos instantes, hasta que el teniente ordenó a uno de sus hombres subir a la torreta de la ametralladora... pero, antes de poder cumplir la orden, el alemán miró a los ojos a Charlie, le hizo un gesto con la mano y se marchó. A duras penas, y tras recorrer doscientas cincuenta millas, *Ye Olde Pub* consiguió aterrizar en Norfolk (Inglaterra). Charlie contó a sus superiores lo ocurrido, pero estos decidieron ocultar aquel acto de humanidad de los alemanes. Pero el teniente no lo olvidó ¿Por qué no los había derribado?

En 1987, cuarenta y cuatro años después de aquel suceso, Charlie comenzó a buscar al hombre que les había perdonado la vida a pesar de no saber nada de él y mucho menos si todavía estaba vivo. Puso un anuncio en una publicación de pilotos de combate:

Estoy buscando el hombre que me salvó la vida el 20 de diciembre de 1943.

Desde Vancouver (Canadá), alguien se puso en contacto con él: era Franz Stigler.

Después de cruzar varias cartas y llamadas de teléfono, en 1990 lograron reunirse. «Fue como encontrarse con un hermano al que no veías desde hacía cuarenta años», comentó Charlie.

Tras varios abrazos y alguna que otra lágrima, Charlie le preguntó a Franz: «¿Por qué no nos derribaste?». El alemán le explicó que cuando se puso en su cola y los tenía en el punto de mira para disparar, solo vio un avión que a duras penas se mantenía en el aire, sin defensas y con la tripulación malherida... No había ningún honor en derribar aquella aeronave, era como abatir a un paracaidista. Franz había servido en África a las órdenes del teniente Gustav Roedel, un caballero del aire, que les inculcó la idea de que para sobrevivir moralmente a una guerra se debía combatir con honor y humanidad; de no ser así, no serían capaces de vivir consigo mismos el resto de sus días. Aquel código no escrito les salvó la vida. Trató de guiarlos para sacarlos de allí, pero tuvo que desistir cuando se acercaban a una torre de control alemana; si hubiesen descubierto a Franz, habría supuesto la pena de muerte.

Durante varios años compartieron sus vidas y en 2008, con seis meses de diferencia, fallecieron de sendos ataques al corazón. Franz Stigler tenía noventa y dos años y Charlie Brown ochenta y siete.

EL CADÁVER ENCONTRADO EN HUELVA QUE ENGAÑÓ A HITLER

El 30 de abril de 1943, un pescador encontró un cadáver en la playa de Punta Umbría (Huelva). El cuerpo era de un hombre adulto vestido con una gabardina, uniforme y botas militares, y un maletín atado a la cintura. Su cartera lo identificó como el mayor William Martin, del ejército británico. Las autoridades españolas lo pusieron en conocimiento del cónsul británico, Francis Haselden, y en su presencia se abrió el maletín: en su interior un sobre lacrado del ejército británico. Durante los siguientes días, los telegramas de Londres a Madrid se repetían constantemente: «Hay que recuperar el contenido del sobre».

Recordemos que España en la Segunda Guerra Mundial ocupó una posición neutral, pero a nadie extrañaban las simpatías de parte del ejército con los alemanes ni que en España camparan a sus anchas los espías. Aquella intensa actividad entre Madrid y Londres alertó a los espías alemanes, que no tardaron en conseguir la información que contenía el misterioso sobre: era una carta personal del teniente general Archibald Nye, del Estado Mayor británico, al general Harold Alexander, al mando de las fuerzas en el norte de África, en la que se detallaban los planes de los aliados, que, tras el éxito de las campañas en África, cruzarían el Mediterráneo para lanzar un ataque contra Grecia y Cerdeña.

Hitler recibió la información y ordenó reforzar sus posiciones en Grecia y Cerdeña. La Operation Mincemeat de los británicos había tenido éxito. Los aliados invadían Sicilia el 10 de julio de 1943, su verdadero objetivo.

Fue un gran triunfo de la inteligencia británica que logró engañar a Hitler con el mayor William Martin..., que nunca existió. Todo se preparó al milímetro: se buscó un cadáver en la morgue de Londres (años después se descubrió que era un vagabundo llamado Glyndwr Michael); entre sus pertenencias se colocaron cartas de su novia y el recibo de un anillo; para la foto del pasaporte se seleccionó a alguien parecido al muerto; la esquela mortuoria se publicó en *The Times*; se dejó el cuerpo en España sabiendo que las noticias llegarían a Berlín; se enterró el cadáver rápidamente —2 de mayo— en el cementerio de Huelva para que los alemanes no pudiesen investigar las causas de la muerte... Un plan perfecto. Muy distinto habría sido si los alemanes no hubiesen despreciado el informe emitido por el médico forense Eduardo Fernández del Toro que se publicó tras el levantamiento del secreto del sumario. Después de estudiar el cuerpo, concluyó que el sujeto había fallecido hacía diez días y que no presentaban las típicas mordeduras de peces de un ahogado en el mar. Sobre la tumba de «Glyndwr Michael, que sirvió como el mayor William Martin» alguien deposita flores todos los años.

EL CRUCIGRAMA QUE ESTUVO A PUNTO DE REVENTAR EL DESEMBARCO DE NORMANDÍA

La Operación Overlord, nombre en clave que se le dio al desembarco de Normandía, estuvo a punto de irse al traste por un simple crucigrama publicado por *The Daily Telegraph*. Miembros del MI5 (servicio de inteligencia que se ocupa del espionaje dentro del Reino Unido), que tenían la costumbre de hacer el crucigrama a diario, se quedaron de piedra cuando comprobaron que desde hacía un tiempo palabras clave alrededor de la Operación Overlord iban apareciendo al resolver el crucigrama:

- El 22 de mayo de 1944 apareció *Omaha* (nombre en clave de una de las playas del desembarco).
- El 27 de mayo de 1944 apareció *Overlord* (nombre en clave de toda la operación).
- El 30 de mayo de 1944 apareció *Mulberry* (nombre en clave de los puertos flotantes).
- El 1 de junio de 1944 apareció *Neptuno* (nombre en clave del apoyo naval).

Después de estas sorpresas, y a falta solo de cinco días para el desembarco de Normandía, se revisaron los crucigramas de días anteriores y aparecieron los nombres en clave del resto de las playas del desembarco: *Utah*, *Gold*, *Sword* y *Juno*. Aquella situación disparó todas las alarmas y el MI5 interrogó a Leonard Dawe, creador de los crucigramas y director de la escuela Strand en el sur de Londres, pensando que era un espía alemán. Después de un riguroso interrogatorio, registro de su casa y despacho, control de cuentas y demás cosas que se hagan en estos casos, se determinó que eran simples casualidades.

Estas simples casualidades parece que no fueron tales, pero tampoco encerraban ningún misterio ni mucho menos ninguna labor de espionaje. En 1984, Roland French, un antiguo alumno del colegio Strand, que por aquella época tenía catorce años, contó que, como ejercicio mental, ayudaban al profesor Dawe a hacer los crucigramas proponiendo palabras de determinado número de letras para que luego él buscase las definiciones apropiadas. Aunque todo lo que rodeaba a la Operación Overlord era secreto, parece ser que los niños habían escuchado muchas de estas palabras claves en el campamento de los soldados aliados próximo al colegio y que las proponían porque les hacían gracia. El hecho es que nada tuvo que ver en el resultado final de la Operación Overlord.

ARGO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Argo, dirigida por Ben Affleck y ganadora del Óscar a la mejor película en 2013, narra cómo la CIA consiguió sacar de Teherán a seis diplomáticos estadounidenses que se habían refugiado en la embajada de Canadá tras el asalto de militantes de la Revolución iraní a la embajada de Estados Unidos en 1979. Con el apoyo del gobierno canadiense, idearon un plan tan disparatado como original: ir a Teherán y hacer pasar a los diplomáticos por un equipo de filmación canadiense que buscaba exteriores para rodar la película de ciencia-ficción *Argo* y, de esta forma, poder traerlos de vuelta a casa. Estos mismos ingredientes, rescate y cine, serían los protagonistas en 1945 de la película *La puerta del cielo*, de Vittorio de Sica.

El verano de 1943, las tropas aliadas desembarcan en Sicilia. Ante el empuje aliado, Mussolini se repliega y se hace fuerte en el centro y norte de Italia. Las cosas se ponen difíciles para el Duce, que incluso llega a ser depuesto, y el rey Víctor Manuel comienza a negociar el armisticio con los aliados. La reacción de Hitler no se hace esperar: los alemanes ocupan el norte y el centro del país estableciendo una línea de defensa al norte de Nápoles. También libera a Mussolini. Italia quedaba dividida en dos: al sur, las tropas aliadas; en el norte y el centro, las tropas alemanas con la colaboración de fascistas italianos que tenían que hacer frente a una creciente resistencia interior comandada por los comunistas. Pío XII, ante la brutal represión sufrida por judíos y opositores al régimen, no puede permanecer de brazos cruzados. Con la mediación de Giovanni Montini, futuro Pablo VI, contacta con el director Vittorio de Sica para financiar el rodaje de una película: *La puerta del cielo*. El título era muy representativo del guión de la misma —un viaje de un grupo de peregrinos al santuario de Loreto para pedir la intercesión de la Virgen— y de su propósito...

El principal objetivo no era artístico, sino rescatar a la mayor cantidad posible de judíos, antifascistas y perseguidos por la Gestapo. Para ello, y según acordaron Vittorio y Giovanni Montini, contrataron al mayor número posible de actores, técnicos y extras —la mayoría de ellos perseguidos— al más puro estilo de superproducción hollywoodense. Vittorio debía alargar el rodaje de la película hasta que los aliados, que ya habían tomado el sur de Italia, liberasen Roma y, por tanto, a todo el equipo de *La puerta del cielo*. La financiación corrió por cuenta de Pío XII —unos cuarenta mil dólares— y todo el rodaje del filme se realizó en la iglesia de San Pablo, donde permanecieron todo el tiempo refugiados todos los participantes. Durante su encierro, en una ocasión sufrieron la visita de los facistas y se llevaron a algunos judíos que nunca más volvieron a ver.

Vittorio, magistralmente, consiguió dilatar el rodaje el tiempo necesario hasta que el 4 de junio de 1944 los aliados liberaron Roma. Trescientas personas consiguieron salvar la vida gracias al papa y a Vittorio de Sica. En 1945, y tras alguna

desavenencia entre el papa y el director, se estrenaba la película sin pena... pero con mucha gloria.

Sobre si Pío XII debió hacer más contra la barbarie nazi, sabremos en el próximo lustro cuando el Vaticano haga públicos los documentos relacionados con su pontificado.

LOS ROBINSON CRUSOE DE VARSOVIA

El gueto de Varsovia fue el más grande de todos los establecidos en la Europa ocupada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. En 1940 se cercó una extensión de poco más de tres kilómetros cuadrados para recluir a la población judía de Varsovia y sus alrededores: unos cuatrocientos mil. Fueron tres años de hambre, enfermedades, deportaciones al campo de exterminio de Treblinka, que culminaron con el levantamiento del gueto en abril de 1943. Los judíos, organizados y con armas que habían conseguido pasar desde el otro lado del gueto, consiguieron repeler el ataque de los alemanes en dos ocasiones, pero tres semanas después los alemanes tomaron el gueto a sangre y fuego. Tras sofocar el levantamiento, el balance fue desolador: más de 13.000 judíos habían muerto. Marek Edelman, uno de los líderes del levantamiento, y unos pocos judíos más consiguieron escapar por la red de alcantarillado y refugiarse entre sus compatriotas polacos.

Del recuerdo de los días vividos en el gueto quedó a modo de testimonio el legado del grupo Oyneg Shabat. Dentro del gueto, el historiador judío Emanuel Ringelblum creó el grupo Oyneg Shabat («la alegría del día de descanso») formado por científicos, escritores, dibujantes, rabinos... con la única intención de contar el día a día en el gueto; una crónica de sociedad de la reclusión y las miserias sufridas para, una vez terminada la guerra, escribir un libro. Reunían la información que todos les proporcionaban y con ella elaboraban informes, ensayos, dibujos... Asimismo, uno de los deportados al campo de Chelmno, Yacob Grojanowski, consiguió escapar y regresó al gueto donde describió con todo detalle todas las atrocidades que había visto. Se elaboró un informe detallado y, a través de la resistencia polaca, se hizo llegar a Londres donde fue publicado como el *Informe Grojanowski*. Aumentaban las deportaciones a los campos, y la muerte por enfermedades o hambre se adueñaba del gueto... las expectativas de poder salir con vida de allí se iban diluyendo. Así que se olvidaron del libro y decidieron esconder toda la documentación en tres latas de leche y diez cajas metálicas que enterraron en diversos lugares del gueto... El mundo debía conocer aquel horror. A fecha de hoy se han localizado las diez cajas metálicas y dos latas de leche.

Edelman y el grupo que consiguió escapar del gueto se unieron a la resistencia polaca. El 1 de agosto de 1944, ante el avance del Ejército Rojo y el repliegue de los alemanes, el Armia Krajowa, el movimiento de la resistencia polaco, decidió aprovechar el momento y levantar Varsovia contra la ocupación. Los sublevados pensaron que ante el levantamiento de la resistencia recibirían el apoyo de los soviéticos, pero Stalin, misteriosamente, detuvo la ofensiva e impidió el apoyo del resto de los aliados. Sin ese apoyo y tras sesenta y tres días de enfrentamientos, los polacos tuvieron que capitular. En los acuerdos de rendición se fijaba que los

sublevados detenidos serían tratados como prisioneros de guerra, que la población civil podría abandonar la ciudad y que se respetarían los símbolos sagrados, culturales y artísticos de Varsovia; Heinrich Himmler ordenó la destrucción total de la capital polaca: «La ciudad debe desaparecer por completo del mapa [...]. Ningún edificio debe permanecer en pie».

Algunos, en su mayoría judíos y entre los que estaba Edelman, no confiaron en que los alemanes respetasen los acuerdos firmados —como así ocurrió— y decidieron refugiarse entre las ruinas de Varsovia. Los alemanes comenzaron la destrucción de la ciudad y la persecución de los refugiados casa por casa. Lograron capturar y asesinar a muchos, pero algunos consiguieron aguantar hasta que el Ejército Rojo liberó Varsovia el 17 de enero de 1945. Fueron los llamados Robinson Crusoe de Varsovia. Y, otra vez, Edelman estaba entre ellos. Tras la guerra, estudió medicina convirtiéndose en un destacado cardiólogo. Su lucha continuó contra la dictadura comunista junto al sindicato Solidaridad.

Edelman, convertido en una gran autoridad moral en Polonia, murió en la capital polaca el 2 de octubre de 2009 a la edad de noventa años. Fue enterrado con honores militares, acompañado del himno nacional polaco, en el principal cementerio judío de la ciudad, donde permanecerá cerca de otros líderes sublevados. Las ceremonias funerarias comenzaron en el Monumento a los Héroes del Gueto de Varsovia con discursos de sus amistades, incluyendo a Tadeusz Mazowiecki, el primer ministro electo del país. También asistió el expresidente y fundador del movimiento libertador Solidaridad, Lech Walesa, que no pudo reprimir las lágrimas.

LA ESPÍA QUE UTILIZÓ EL MÉTODO HILARY SWANK PARA BURLAR A LA GESTAPO

Christine Granville, nombre de guerra de la condesa polaca Krystyna Skarbek, ha sido considerada por muchos como la mejor agente de los servicios secretos británicos durante la Segunda Guerra Mundial, e incluso se dice que era la espía favorita de Winston Churchill.

Nacida en 1908 en Varsovia, era la segunda hija de un rico banquero judío, el conde Jerzy Skarbek, y tuvo una infancia propia de su clase social... hasta que la muerte de su padre en 1930, y tras haber dilapidado esta su fortuna, la obligó a tomar las riendas de su vida. Comenzó a trabajar en las oficinas de un concesionario de Fiat, pero al poco tiempo cayó enferma; se le diagnosticó cicatrización pulmonar (causada por los humos de los coches o por la fibrosis quística heredada de su padre), y los médicos le aconsejaron trasladarse a vivir a la montaña para respirar aire fresco. Aquel cambio de aires le sentó muy bien: recuperó la salud y pasó de patito feo a esbelto cisne (en 1931, Krystyna fue coronada como Miss Ski). Aparte de ser una de las solteras más solicitadas, se convirtió en una experta esquiadora y conocedora de la montaña. Allí coincidió con Jerzy Gizycki, con el que se casó en 1938, y un año más tarde se trasladaron a África cuando Jerzy aceptó un cargo diplomático en Etiopía.

En 1939, tras la invasión de Polonia, se fueron a vivir a Londres y Krystyna se ofreció para combatir a los invasores de su patria. Cuando Churchill creó en 1940 el Special Operations Executive (SOE) para organizar acciones de sabotaje contra los nazis, la reclutaron. Ya convertida en Christine Granville, comenzó una frenética labor como espía: saltó en paracaídas y consiguió atravesar las montañas para infiltrarse en Polonia; organizó grupos de resistencia en Polonia y por toda Francia; lideró equipos de sabotaje y de fugas; burló varias veces a la temida Gestapo rescatando de la muerte a algunos prisioneros...

En 1941 fue capturada por la Gestapo. Tras un interrogatorio para obtener información, y poco antes de sufrir los métodos más brutales de tortura, Christine utilizó el método Hilary Swank —por la película *Million Dollar Baby*—. Se mordió la lengua y comenzó a escupir sangre como si fuese un síntoma de tuberculosis. Cuando la llevaron al hospital de la prisión le hicieron una radiografía de tórax... con sus antecedentes de cicatrización pulmonar, reflejados en la radiografía, y con los esputos de sangre, el médico confirmó la gravedad de la enfermedad y la liberaron.

En 1944, los alemanes habían capturado a tres agentes de los aliados: el coronel Cammaerts de Scotland Yard, el capitán Sorensen del servicio secreto estadounidense y el comandante Zane Fielding, detenidos en un control cuando viajaban camuflados en un vehículo de la Cruz Roja. Iban a ser fusilados al día siguiente y la resistencia no

tenía tiempo de montar un operativo de rescate. Christine, ni corta ni perezosa, se presentó ante el oficial al mando, el comandante Fritz Harlan, exigiendo la liberación de sus compañeros. A Harlan le entró la risa y le preguntó quién era ella:

Soy espía y soy la sobrina del mariscal Montgomery.

Cuando el comandante alemán iba a dar la orden de detenerla, prosiguió:

Si aceptas, tu vida y la de tus tropas serán respetadas cuando lleguen los aliados. Si los tres prisioneros o yo sufrimos el menor daño, todos los alemanes de esta prisión, con usted al frente, serán ahorcados tan pronto sea ocupado este país.

Para convencerle de que no mentía, le dio detalles sobre la situación en que se hallaba la guerra en los distintos frentes y que Montgomery estaba ya muy cerca de donde ellos se encontraban. Alemania no estaba en aquellos momentos en una situación fácil y Hitler ya no hablaba de triunfo, sino simplemente de resistir. Harlan empezó a mostrarse preocupado... Finalmente, tras once horas retenida, decidió acompañar a Christine a la celda donde se hallaban los tres prisioneros y todos fueron liberados.

En cierta ocasión, Christine fue descubierta por una patrulla alemana y le pusieron un perro para seguirle el rastro. Parece que sus encantos personales también tenían efecto sobre los perros. Bajo su hechizo, el animal se volvió completamente dócil y se negó a volver con los alemanes. La leyenda cuenta que Ian Fleming se inspiró en ella para el personaje de Vesper Lynd en su primera novela de James Bond, *Casino Royale*.

SABER IDIOMAS TE PUEDE SALVAR LA VIDA

No estoy descubriendo nada nuevo si os digo que el hecho de hablar una segunda lengua te puede abrir muchas puertas y puedes llegar más lejos. Por ejemplo, Carlos V, que llegó a ser emperador, afirmaba: «Hablo francés a los hombres, italiano a las mujeres, español a Dios y alemán a mi caballo».

Pero en esta historia sirvió incluso para salvar la vida del que luego sería el papa Juan Pablo II. Ante la pasividad de Francia y Gran Bretaña, el 25 de agosto de 1939, los ministros de exteriores ruso, Molotov, y alemán, Ribbentrop, firman un pacto de no agresión y se reparten Polonia. Más tarde, se rompe esa alianza y Polonia queda bajo la ocupación alemana. En 1945, el avance del Ejército Rojo libera Polonia del yugo alemán... para imponer el de la dictadura comunista. Entre los oficiales del Ejército Rojo que toman Cracovia (Polonia) estaba el mayor Vasily Sirotenko, un joven estudiante de historia y futuro profesor. Sirotenko fue uno de los encargados de liberar la fábrica Solvay, donde los alemanes se habían hecho fuertes y tenían prisioneros polacos. Cuando se enteró de que entre los prisioneros había un grupo de dieciocho seminaristas, preguntó si alguno de ellos podría traducir unos textos clásicos que había recuperado de entre los escombros. Y aquí aparece el protagonista de nuestra historia... alguien sugirió el nombre de Karol Wojtyla. Lo localizaron y Wojtyla le dijo que sí podía hacerlo. Sirotenko pensó que lo traduciría al polaco, para luego buscar a alguien que lo hiciese al ruso, pero cuál no sería su sorpresa cuando lo hizo directamente al ruso —lengua que conocía porque su madre era de ascendencia rusa—. Más allá de ideologías y cuestiones de fe, aquellos textos crearon un vínculo de amistad entre los dos jóvenes. Incluso algunos compañeros de Sirotenko le advirtieron que aquella camaradería sería peligrosa para él si llegaba a oídos de sus superiores. Nada le importó. Todos los seminaristas fueron enviados a los gulags siberianos de donde ya no regresaron... Todos no. Gracias a Sirotenko, y a los idiomas, el futuro papa Juan Pablo II salvó la vida.

Nada más se habló de aquella historia... hasta que en 2000, un colega del profesor Sirotenko, sin que él supiese nada, escribió una carta al Vaticano en la que le preguntaba al papa por aquellos hechos. Al año siguiente, en su ochenta y cinco cumpleaños, Sirotenko recibía en su casa una carta de Pedro López Quintana, número tres del Vaticano:

Su santidad me encargó asegurarle que rezará por el doctor Sirotenko y que solicitará para él la bendición de Dios.

LOS OTROS SCHINDLER

Gracias a la película *La lista de Schindler* (1993), dirigida por Steven Spielberg y protagonizada por Liam Neeson, Ralph Fiennes y Ben Kingsley, entre otros, todos conocemos la historia de Oskar Schindler, el empresario de origen alemán que salvó a más de mil judíos del holocausto nazi. Para el bien de la humanidad, y como respuesta a la barbarie nazi, tenemos otros muchos casos como el de Schindler que, aunque no tan conocidos, fueron igualmente protagonistas de historias que te hacen recuperar la confianza en el ser humano. Estos son algunos de ellos y sus historias.

GILBERTO BOSQUES. Fue un diplomático mexicano que ocupó el cargo de cónsul general de México en Francia desde 1939 a 1944. Tremendamente influenciado por los aires de libertad de la Revolución mexicana de 1910, fue enviado a una Europa en la que la República española había sido derrotada y Hitler comenzaba a poner patas arriba todo el continente. Aunque inicialmente sus funciones eran proteger y evacuar solo a los mexicanos, pronto se dio cuenta de que otros muchos perseguidos (judíos y republicanos españoles en su mayoría) necesitaban su ayuda. De acuerdo con el presidente Cárdenas, se extendieron miles de visados a judíos franceses y republicanos españoles para exiliarse a México y acceder a la nacionalidad mexicana si así lo deseaban. Gilberto tuvo que ir trasladando el consulado de ciudad en ciudad ante la ocupación nazi. Si bien para sacar a los republicanos españoles apenas había problemas —eran comunistas para los nazis—, con los judíos era muy distinto y el gobierno colaboracionista de Vichy ponía muchas trabas. Las cosas se complicaron cuando el gobierno mexicano rompió relaciones con Vichy y la Gestapo ocupó el consulado. Gilberto, su familia y todos los trabajadores de la legación diplomática —unas cincuenta personas— fueron detenidos y llevados a Bad Godesberg (Alemania). Allí, en la medida de sus posibilidades, siguió dando guerra hasta que fueron liberados un año más tarde por un acuerdo entre los gobiernos de México y Alemania. Regresó a México y durante años siguió su labor diplomática en Portugal, Finlandia, Suecia y Cuba.

JOSÉ ARTURO CASTELLANOS. Fue un militar salvadoreño que ejerció de diplomático en Inglaterra, Alemania y como cónsul general en Suiza desde 1941 hasta 1945. En Ginebra entabló amistad con el empresario húngaro Gyorgy Mandl, que se convertirá en pieza clave de su historia. Cuando su amigo, que era judío, le contó la situación desesperada en la que se encontraban los judíos en Hungría, Castellanos decidió intervenir: creó el cargo ficticio de primer secretario en el consulado de Ginebra para su amigo y les preparó pasaportes salvadoreños para él y su familia con el nombre de George Mantello. A espaldas del gobierno salvadoreño, y

por su cuenta y riesgo, Castellanos y Mantello comenzaron a emitir certificados de nacionalidad salvadoreña a judíos que hacían llegar clandestinamente hasta Hungría. Entre 1942 y 1944, se expidieron más de trece mil certificados, pero muchos de ellos amparaban a familias enteras de varios miembros, por lo que se cree que entre Castellanos y Mantello pudieron salvar a más de cuarenta mil judíos. El 27 de junio de 2010, a título póstumo, se le concedió el título de Justo entre las Naciones (título honorífico con el que el estado de Israel reconoce a los que arriesgaron su vida por los judíos durante el holocausto nazi).

ÁNGEL SANZ BRIZ (EL ÁNGEL DE BUDAPEST). Terminada la Guerra Civil española, Sanz Briz es nombrado encargado de negocios en El Cairo (Egipto) hasta que en 1943 se le envió al consulado de Budapest (Hungría) con el mismo cargo. En 1944, ante la ocupación alemana de Hungría, envía una carta a Madrid en la que detalla la persecución y asesinato de judíos. Así que, sin instrucciones precisas de Madrid, decide actuar por su cuenta y tratar de ayudar a los judíos de Budapest con la colaboración de Giorgio Perlasca, un italiano que había luchado en la Guerra Civil y que Sanz Briz nacionalizó como Jorge Perlasca. Para poder conceder la nacionalidad española a los judíos, echó mano de un Real Decreto de 1924 establecido por Primo de Rivera por el que se concedía la nacionalidad a los descendientes de los sefardíes expulsados de España en 1492. De los más de cinco mil pasaportes emitidos, solo un 5 por ciento eran para judíos de origen sefardí. Mientras las autoridades húngaras tramitaban la documentación para salir del país, Sanz Briz y Perlasca alquilaron varios pisos y casas para alojar a los judíos húngaros. El 30 de noviembre de 1944 el gobierno español le ordenó abandonar Budapest y trasladarse a Suiza, pero Perlasca, haciéndose pasar por el sustituto de Sanz Briz, continúa su labor. La gesta de Sanz Briz y de Perlasca fue reconocida al otorgarles el título de Justos entre las Naciones.

CHIUNE SUIHARA. Fue un diplomático japonés que en más de una ocasión decidió actuar según lo que le dictaba su conciencia y no según lo que ordenaba su gobierno. Ocupando un alto cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, renunció por no estar de acuerdo con el trato que recibieron los chinos durante la invasión japonesa de Manchuria (1931). Más tarde fue trasladado a Finlandia y en 1939 al consulado japonés en Kaunas (Lituania), un punto estratégico entre Alemania y la Unión Soviética. Cuando los alemanes invadieron Polonia, miles de judíos polacos se refugiaron en la vecina, y neutral, Lituania. Aquel lugar, en teoría seguro, se convirtió en una ratonera: los alemanes avanzaban por el oeste y la Unión Soviética decidió ocupar el país báltico. La única escapatoria para los judíos polacos y lituanos era atravesando la Unión Soviética, pero solo permitían el paso si tenían un visado para poder entrar en terceros países —no los querían en su territorio—. Casi todas las embajadas de Lituania se cerraron, pero Suihara y su esposa, con el consentimiento de su gobierno, decidieron quedarse y, ante la nueva situación planteada, solicitó al

gobierno japonés permiso para emitir los visados que permitiesen a los judíos abandonar Lituania para llegar a Japón... y en tres ocasiones se denegó su petición. Suihara y su mujer, Yukiko, resolvieron actuar de acuerdo a su conciencia y tramitar los visados por su cuenta. Durante un mes, se dedicaron a firmar visados de tránsito a mano: casi unos trescientos. E incluso se cuenta que cuando tuvo que abandonar Kaunas, el 28 de agosto de 1944, dejó el sello oficial y papel con el membrete de la embajada a un amigo para que siguiese expidiéndolos. Termina la guerra, y en pago a su labor, fue apartado del servicio diplomático... Hay que recordar que Japón era aliado de Hitler. En 1985 Chiune Sugihara fue también reconocido como Justo entre las Naciones. Él estaba ya muy enfermo, pero su esposa e hijo sí que asistieron al homenaje en Israel.

ARISTIDES DE SOUSA MENDES. Fue otro diplomático, esta vez portugués, que ocupó el cargo de cónsul de Portugal en Burdeos (Francia). Ante el comienzo de la guerra mundial, el primer ministro portugués Salazar cursó una circular diplomática en la que se prohibía la emisión de visados de entrada o de permiso de tránsito a Portugal para «los extranjeros de nacionalidad indefinida o impugnada, los apátridas o judíos expulsados de sus países de origen». Aquella normativa tuvo a Sousa durante días debatiéndose entre su conciencia, la de un ferviente católico, y la de un diplomático sometido a las directrices de su gobierno. Fue un amigo suyo, el rabino Jaím Kruger, quien le hizo ver la realidad de aquella barbarie. Saltándose las instrucciones de Lisboa, comenzó a expedir visados a todos los perseguidos: judíos, refugiados políticos de los países ocupados... y cualquiera que tuviera un motivo para salir de allí. Cuando las noticias llegaron a Lisboa, Salazar ordenó regresar a Sousa. De camino a casa, pasó por el consulado portugués de Bayona —junto a la frontera española— donde a las puertas se agolpaban cientos de refugiados solicitando visados. Entró allí y tramitó visados por doquier. Además, les acompañó hasta la frontera con España para que no tuviesen ningún problema. Los certificados llevaban el siguiente texto:

El gobierno de Portugal solicita amablemente al gobierno de España permitir al portador de este documento cruzar España libremente. El portador es un refugiado del conflicto en Europa y está en camino a Portugal.

Cuando llegó a Portugal fue juzgado y sentenciado: se le apartó de la carrera diplomática, se le retiró la pensión y se le denegó el derecho a ejercer la abogacía, dejándole sin medios para poder ganarse la vida y mantener a su esposa y catorce hijos. Su respuesta a esta injusticia fue: «Si miles de judíos están sufriendo por un cristiano (Hitler), un cristiano puede sufrir por tantos judíos». En 1954, en la más absoluta de las miserias, moría Sousa. Gracias a los esfuerzos de sus hijos y a la presión de Israel, en 1988 su nombre fue rehabilitado. Años antes ya se le había reconocido con el título de Justo entre las Naciones. Salvó a más de treinta mil personas entre judíos y otros perseguidos.

IRENA SENDLER. En esta ocasión no se trata de un diplomático, sino de una empleada del Departamento de Bienestar Social de Varsovia que trabajaba en los comedores sociales de la ciudad, cuando Alemania invadió Polonia. Siendo muy joven todavía, apenas tenía siete años, se produjo un hecho que marcaría su vida: su padre, el único médico de Otwock, murió de tifus tras contagiarse mientras trataba de atajar la enfermedad que causaba estragos. Antes de morir le dijo: «Si ves a alguien ahogarse, hay que tratar de rescatarlo, incluso si no sabes nadar».

Aquella frase se convertiría en su bandera. Tras la ocupación de los alemanes, aquellos comedores dejaron de ser centros de asistencia social y se transformaron en refugio para muchos perseguidos, sobre todo judíos. Una vez establecido el gueto de Varsovia, donde se recluyó a los judíos para ser deportados periódicamente a los campos de exterminio, Irena decidió que tenía que rescatar a todos los niños que pudiese de aquella muerte segura. Como trabajadora del Departamento de Bienestar Social, consiguió un pase como enfermera para tratar los muchos casos que se daban de tifus en el interior del gueto. Una vez dentro, explicó a los miembros de la comunidad judía sus intenciones: sacar a los niños de aquel infierno. Fueron momentos muy difíciles: padres e hijos se iban a separar. Después de superar aquel trago amargo, y durante dos años, estuvo sacando niños del gueto: haciéndolos pasar por enfermos de tifus, escondidos en ataúdes, dentro de sacos de patatas... Una vez fuera, todavía estaban en peligro. Con la ayuda de otras compañeras del Bienestar Social y del Zegota (organización clandestina de resistencia), se hicieron documentos falsos a los niños y se dieron en acogida a familiares de católicos, otros se escondieron en orfanatos y conventos de religiosas. Irena siempre pensó que aquella era una salida temporal, así que durante todo ese tiempo llevó un registro codificado de todos los niños que sacó del gueto para que cuando terminase aquella barbarie se pudiesen reunir con sus familiares y lo escondió en un bote debajo de un manzano... hasta que en 1943 la Gestapo la descubrió. Después de ser brutalmente torturada no consiguieron sacar de ella ni una palabra y fue sentenciada a muerte. Cuando iba a ser ejecutada, los miembros del Zegota lograron liberarla sobornando a un oficial alemán. Siguió colaborando con una identidad falsa y cuando terminó la guerra desenterró el bote con las identidades de los pequeños. Había salvado a más de dos mil quinientos niños. El registro sirvió para que muchos de ellos pudiesen reencontrarse con sus familias... a otros no les quedaba nadie. Como habréis podido adivinar también fue reconocida con el título honorífico de Justo entre las Naciones. Todavía hay un par de detalles más: su humildad cuando afirmaba: «Podría haber hecho más, este lamento me acompañará hasta el día que muera».

Y la pestilencia de los Premios Nobel: en 2007, con noventa y siete años, el presidente Lech Kaczynski la postuló como candidata al Nobel de la Paz... Se lo concedieron a Al Gore.

EL HOMBRE QUE SALVÓ LA VIDA GRACIAS A LA BOMBA DE NAGASAKI

En agosto de 1945, el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, ordenaba un ataque nuclear contra Japón: el día 6 lanzaron *Little Boy* sobre Hiroshima y el 8 *Fat Man* sobre Nagasaki. El 15 de agosto, Japón anunciaba su rendición incondicional frente a los aliados: la Segunda Guerra Mundial había terminado. Pero hubo un militar estadounidense que salvó la vida gracias a la bomba que cayó en Nagasaki... el teniente Marcus McDilda.

Las bombas atómicas fueron determinantes para que Japón tomase esa decisión, pero durante varios meses otras muchas ciudades habían sido pasto de los bombardeos de los B-29 incluso después del lanzamiento de *Little Boy*. El día 7 de agosto, el teniente McDilda, piloto de un caza P-51 Mustang que volaba como escolta de los bombarderos, fue derribado. Lo llevaron a un centro de la policía militar japonesa (Kempeitai) en Osaka para interrogarlo. Los japoneses tenían especial interés en saber todo lo referente a la nueva arma utilizada en Hiroshima, la bomba atómica. McDilda no tenía más información que la que circulaba por la base aérea, pero nada que pudiera interesar a los japoneses. Así que negó una y otra vez que supiese algo. De las buenas palabras se pasó a los golpes y el teniente pensó que no saldría vivo de allí. Por la noche, entró un oficial de la Kempeitai en su celda y le puso una katana en la cara, le hizo un pequeño corte y cuando la sangre comenzó a caer sobre su uniforme le amenazó: «Si no hablas, te cortaré el cuello».

McDilda decidió darse una oportunidad y si querían que hablase, lo haría. Tirando de lo que había oído por los mentideros del cuartel, de lo que había leído sobre la fisión nuclear y echándole mucha imaginación, les explicó el funcionamiento de la bomba atómica y añadió que los Estados Unidos tenían decenas de bombas de este tipo y que el próximo objetivo era Tokio. Aquello hizo saltar todas las alarmas, lo pusieron en conocimiento del gobierno y se les ordenó que lo trasladasen a Tokio. Allí volvió a ser interrogado por un científico que se había formado en los Estados Unidos y, lógicamente, descubrió que McDilda no tenía ni idea de lo que decía. Ambos rieron y el teniente se quedó esperando qué decidían hacer con él tras descubrir su engaño. Al día siguiente, los Estados Unidos lanzaban *Fat Man* sobre Nagasaki. Esto hizo suponer a los japoneses que, aunque el prisionero no tenía ni idea sobre la bomba atómica, sí parecía cierto que los estadounidenses tenían más bombas como aquellas. El resto de los cincuenta aviadores que estaban prisioneros con el teniente en Osaka habían sido ejecutados el 7 de agosto por la noche... La mentira de Marcus McDilda y el lanzamiento de la bomba le salvaron la vida.

PAGAR CON LA MISMA MONEDA

Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, y durante tres años, los victoriosos aliados llevaron a cabo el mayor traslado forzoso de población: entre doce y catorce millones de personas de origen alemán, residentes en los países ocupados de Europa del Este, fueron expulsados de sus hogares y obligados a instalarse en una Alemania en ruinas. Metidos en camiones o trenes de ganado, los mismos que se utilizaron para deportar a los judíos, sufrieron enfermedades, hambre y malos tratos... En otros casos, no fueron expulsados directamente, sino que pasaron semanas y meses en campos de concentración —en algún lugar se llegaron a aprovechar los campos de exterminio nazis.

En la Conferencia de Potsdam (1945) se reunieron Harry S. Truman, Winston Churchill —sustituido más tarde por Clement Attlee— y Josef Stalin para elaborar el tratado de paz, discutir los pormenores de la posguerra... y la hipócrita expulsión o migración forzosa. La propuesta partía de Stalin, que ya la había puesto en práctica anteriormente, pero fue apoyada por Estados Unidos e Inglaterra; solo Francia, que no participaba en la conferencia, rechazó la propuesta. La medida se vendió como la única forma de prevenir la violencia sobre la minoría étnica alemana en los países ocupados (Polonia, Checoslovaquia, Hungría...) y la creación de estados étnicamente homogéneos. Realmente fue una limpieza étnica.

En palabras de Churchill:

La expulsión es el método que, en la medida de nuestras posibilidades, será el más satisfactorio y duradero. No habrá mezcla de poblaciones que causen problemas eternamente [...]. Se hará una limpieza.

En la práctica, la medida adoptada en Potsdam no hacía más que ratificar una política de hechos consumados que el Ejército Rojo había puesto en práctica en su avance hacia Alemania. Si bien es cierto que algunos residentes de origen alemán en los países ocupados se aprovecharon de tal circunstancia durante la ocupación y de que, tras el fin de la guerra, hubo algunos casos aislados de venganzas entre la población civil, no se justifican las medidas adoptadas. La migración forzosa, que según la declaración de Potsdam, debía ser ordenada y humana, se convirtió en una crisis humanitaria... los refugiados llegaban con lo puesto a una Alemania devastada.

A finales de 1947, el Consejo de Control Aliado declaraba:

La oposición a todas las transferencias de población obligatorias futuras, en particular el traslado forzoso de personas de los lugares que han sido sus

hogares durante generaciones.

Aunque España no intervino en la Segunda Guerra Mundial, en la Conferencia de Potsdam también estuvimos en boca de los allí presentes (*spanish question*, la cuestión española), sobre todo de Stalin:

Es necesario examinar la cuestión del régimen de España. Nosotros los rusos consideramos que el presente régimen de Franco en España fue impuesto por Alemania e Italia y que entraña grave peligro para las naciones unidas amantes de la libertad. Opinamos que será bueno crear condiciones tales que el pueblo español pueda establecer el régimen que elija.

Aquella declaración de intenciones tenía toda la pinta de una intervención militar en toda regla. Truman y Churchill compartían su opinión respecto al régimen de Franco, pero no eran partidarios de una intervención en suelo español. Según ellos, intentar derrocar a Franco por la fuerza provocaría una nueva guerra civil o incluso que la toda la población española se uniese en torno al dictador ante un enemigo extranjero. La réplica de Churchill a Stalin fue la siguiente:

Señor presidente, el gobierno británico siente odio contra Franco y su gobierno [...]. Creo que, considerando que los españoles son orgullosos y más bien sensibles, semejante medida causaría el efecto de unir a los españoles en torno a Franco, en vez de apartarlos de él [...]. Por lo que toca a los países que han sido liberados en el curso de la guerra, no podemos permitir que se establezca en ellos un régimen fascista o tipo Franco. Pero aquí tenemos un país que no tomó parte en la guerra, y por eso es por lo que soy contrario a interferir en sus asuntos internos. El gobierno de su majestad necesitará debatir muy detenidamente esta cuestión antes de decidir romper relaciones con España.

Truman, por su parte, apostilló:

No tengo ninguna simpatía al régimen de Franco, pero no deseo tomar parte en una guerra civil española. Ya estoy harto de guerra en Europa. Nos alegraríamos mucho de reconocer otro gobierno en España en vez del gobierno de Franco, pero pienso que es una cuestión que ha de resolver la propia España.

Entre Truman y Churchill lograron convencer a Stalin y decidieron que la mejor solución era el aislamiento internacional para desgastar la dictadura. Los tres grandes

se opusieron a la entrada de España en la ONU:

Vistos sus orígenes, naturaleza, su pasado y la estrecha vinculación con los países agresores, el gobierno de España no posee las calificaciones requeridas para justificar esta admisión.

El posterior distanciamiento entre las dos grandes potencias, Estados Unidos y Unión Soviética, hará que Franco, como acérrimo enemigo de los comunistas, busque a Estados Unidos como padrino en el contexto internacional. Supongo que pesó más aquello de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» que el régimen dictatorial de Franco, porque en 1953 se firmaba el Pacto de Madrid. Los estadounidenses proporcionarían ayuda económica y militar a España a cambio de construir y utilizar las bases aéreas y navales en territorio español. El siguiente éxito en política internacional se producía el 14 de diciembre de 1955, la Asamblea General de la ONU admitía a dieciséis nuevos países, entre los que se encontraba España.

El espaldarazo definitivo del apoyo americano ante la comunidad internacional se iba a producir el 21 de diciembre de 1959. El presidente americano Eisenhower decidió incluir a España en un viaje internacional por Europa, Oriente Próximo, Norte de África, India y Pakistán. Madrid se engalana para la visita con sesenta mil banderas de España y Estados Unidos, veinte mil retratos de Eisenhower y Franco, se obliga a que los colegios y empresas cierren sus puertas el día de la visita... Tras aterrizar en la base americana de Torrejón, Franco recibe a Eisenhower al pie de la escalerilla con un abrazo que será portada en todos los diarios. Recorren Madrid en un coche descapotable y la gente los vitorea ondeando las banderas española y americana (a modo de *Bienvenido, mister Marshall* de Berlanga), asisten a una cena de gala amenizada por el guitarrista Andrés Segovia, se pronuncian discursos de colaboración y enaltecimiento de la amistad... y, tras diecinueve horas en suelo patrio, el presidente americano parte en dirección a Rabat. Como es de suponer, Eisenhower fue agasajado con varios presentes del pueblo español: mantillas, libros, cuadros, muñecas vestidas con trajes típicos (¿serían como la *bailaora* que haría furor años después sobre los televisores de este país?), puros canarios de un metro de longitud y cinco centímetros de grosor... y, para rematar la faena, un documento que le acreditaba como alcalde honorario de Marbella.

ALA GUERRA CON UNA VESPA O UNA TOYOTA

Durante las guerras, los contendientes no escatiman esfuerzos ni gastos en inversiones para conseguir nuevo material bélico o cualquier tipo de avance tecnológico que le pueda dar ventaja frente a su oponente. En otras ocasiones, la imaginación tiene que suplir la falta de medios, como la Vespa tanque o las Toyotas.

En los años cincuenta, por la falta de recursos y tirando de imaginación —en exceso diría yo—, el ejército francés inventó un nuevo vehículo militar: la Vespa 150 TAP (Troupes Aéroportées). Se construyeron unas setecientas unidades, con una cilindrada de ciento veinticinco centímetros cúbicos y un cañón M20 de setenta y cinco milímetros, sin retroceso, como una unidad de artillería ligera de los paracaidistas. Se lanzaba desmontada en dos paquetes y, una vez en tierra, se ensamblaba para equiparla con el cañón. Se podía disparar desde la moto, pero su eficacia era nula, por lo que llevaba un trípode para montar en tierra. Fue utilizada por el ejército francés en tierras argelinas durante la represión ordenada por el general De Gaulle para acallar las revueltas secesionistas y desechadas, por poco prácticas, al poco tiempo.

Al contrario de las Vespas, las Toyota Pick Up fueron determinantes en la última fase del conflicto bélico entre Libia y el Chad en 1987. Tras la invasión del Chad por las fuerzas de Gaddafi en 1983, los chadianos se retiraron al sur donde, gracias al apoyo internacional, consiguieron estabilizar el conflicto. Transcurrieron cuatro años de tensa calma, hasta que el líder chadiano Hissene Habré se sintió fuerte para echar a las fuerzas invasoras. Los libios contaban con un ejército profesional apoyado en múltiples piezas de artillería, carros de combate y apoyo aéreo, pero se movían como enormes mastodontes lentos y descoordinados. Frente a ellos un ejército muy motivado, apoyo aéreo francés y, a falta de carros de combate, cuatrocientas Toyota Pick Up equipadas con misiles guiados antitanque MILAN. Estas unidades se mostraron tremendamente eficaces en la lucha contra los tanques por su agilidad de movimientos y maniobrabilidad. Desde aquel momento, y debido al éxito de este tipo de camionetas, han sido utilizadas en otros muchos conflictos como unidad de combate de las fuerzas rebeldes que se enfrentan a ejércitos regulares.

LA MANIPULACIÓN METEOROLÓGICA DURANTE LA GUERRA

Controlar los fenómenos naturales ha sido una constante a lo largo de la historia y pese a todos los ejemplos que tenemos día a día de que es imposible, seguimos intentándolo. En ocasiones, buscando solucionar problemas como la sequía o ayudar a extinguir incendios, y en otras, como en esta historia, para provocar daños al enemigo en medio de una guerra. Esta es la historia del Proyecto Popeye, llevado a cabo por el ejército estadounidense durante la Guerra de Vietnam.

Los estudios de la modificación del clima para paliar la sequía o evitar el granizo, por ejemplo, comenzaron a tenerse en cuenta en la primera mitad del siglo pasado. Actualmente, China e Israel son los países en los que dicha actividad ha tenido más éxito en la producción de lluvia artificial (durante los Juegos Olímpicos de Pekín, la lluvia artificial supuso el 11 por ciento de las precipitaciones). El método más utilizado es bombardear las nubes con yoduro de plata desde tierra o bien directamente desde los aviones. En condiciones atmosféricas determinadas, el yoduro de plata penetra en la nube y al cristalizar forma pequeños núcleos de condensación a los que se adhieren las gotitas hasta formar otras gotas más gruesas capaces de precipitarse en forma de lluvia. Basándose en este método, el 1 de septiembre de 1966, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa de los Estados Unidos aprobaban el Proyecto Popeye, supervisado directamente por Donald F. Hornig, asesor del presidente de los Estados Unidos en materia de ciencia y tecnología.

Con esta nueva arma meteorológica, el ejército de los Estados Unidos pretendía prolongar la estación del monzón sobre los territorios por los que discurría la ruta Ho Chi Minh (Vietnam, Laos y Camboya) y que era utilizada por el gobierno de Vietnam del Norte para enviar suministros a sus fuerzas de sur y a la guerrilla del Viet Cong (Frente Nacional de Liberación). De esta forma, el aumento de días de lluvia y la cantidad de precipitaciones dejarían impracticables las rutas y, por tanto, el envío de suministros se paralizaría. Por otro lado, también dificultarían la habitabilidad de las redes de túneles que utilizaban los Viet Cong. Después de las correspondientes pruebas y ante el éxito de los ensayos, en 1967 se iniciaron los bombardeos de yoduro de plata. Durante cinco años los aviones acudieron puntuales a su cita en la época de los monzones (de mayo a octubre). Para estos menesteres se utilizaron tres Hércules C-130 y dos Phantom F-4C, que en misiones de reconocimiento, supuestamente, partían de una base en Tailandia. Aunque el aumento de lluvia fue notable, solo se consiguió que los envíos tardasen más en llegar, pero no detenerlos; al igual que hicieron cuando se utilizaban bombardeos convencionales que

destrozaron las vías de comunicación. Además, en 1972 hubo que cancelar este tipo de operaciones... alguien filtró a *The New York Times* el proyecto.

El Senado pidió informes de aquella actividad de modificación ambiental, pero los militares dilataron su entrega esgrimiendo en su defensa que no tenía ningún tipo de consecuencias medioambientales peligrosas y que sus bombardeos solo habían sido responsables de un incremento de lluvias del 5 por ciento en todo este periodo. Aun así, el Senado emitió una resolución el 11 de julio de 1973 con la «prohibición del uso militar de cualquier técnica de modificación ambiental o geofísica». En estos mismos términos se manifestó la ONU en 1977 en el Convenio de Modificación Ambiental (ENMOD), que entró en vigor el 5 de octubre de 1978.

EL ESCUPITAJO QUE LE SALVÓ LA VIDA

Esta es la historia de Roy P. Benavidez, sargento de las fuerzas especiales del ejército de los Estados Unidos (Boinas Verdes), el día 2 de mayo de 1968, durante la Guerra de Vietnam.

Un grupo de reconocimiento compuesto por tres Boinas Verdes y nueve Montagnard (pueblos indígenas de las tierras altas centrales de Vietnam de los que unos cuarenta mil lucharon junto a los soldados estadounidenses) fueron emboscados por los Viet Cong en una zona selvática cerca de la frontera de Camboya. En la emisora de la base se repetía el mensaje desesperado «*Get us out of here*» («Sacadnos de aquí») y de fondo multitud de disparos. Sin pensárselo dos veces, y prueba de ello es que solo llevaba un cuchillo, Benavidez saltó a bordo del helicóptero de evacuación cuando estaba despegando. Desde el aire comprobaron que la situación de sus compañeros era desesperada, pero no pudieron aterrizar cerca de los sitiados por la espesura de la selva y el fuego enemigo. Encontraron un claro a unos setenta metros de distancia de la posición, Benavidez cogió un botiquín y se lanzó del helicóptero. Mientras corría para acercarse hasta sus compañeros recibió un disparo en la pierna y la metralla de una granada impactó en su cara y en la cabeza, pero consiguió llegar. Se encontró con cuatro muertos y el resto del grupo herido de diversa consideración, recuperó los documentos clasificados, suministró morfina a los heridos, organizó la defensa y avisó al helicóptero para que se acercase a su posición. Cuando el aparato trataba de despegar fue derribado... junto al resto de los supervivientes, con varias heridas más y llevando a los muertos, Benavidez consiguió alcanzar los restos del helicóptero donde montó un perímetro de defensa.

Después de seis horas de resistencia numantina logró marcar con botes de humo la posición del enemigo para que la aviación limpiase la zona. Cuando los helicópteros de evacuación se presentaron, Benavidez cayó... Había sido herido treinta y siete veces. Ya en la base, pusieron junto a los muertos un cuerpo inmóvil, cubierto de sangre, con múltiples heridas y con los intestinos saliendo por la herida del estómago: era el de Benavidez. Justo cuando estaba a punto de ser colocado en una bolsa para cadáveres, escupió en la cara de un médico para indicar que él todavía estaba vivo y fue evacuado a Saigón. Pasó casi un año en hospitales para recuperarse de sus lesiones (siete heridas de bala, dos de bayoneta y veintiocho fragmentos de metralla repartidos por todo el cuerpo). En 1968 se le concedió la Cruz de Servicio Distinguido y en 1973 la Medalla de Honor. Falleció en 1998, a los sesenta y tres años, por una insuficiencia respiratoria.

ALARGAR UNA GUERRA PARA GANAR UNAS ELECCIONES

En la Convención Nacional Republicana celebrada en Miami el 5 de agosto de 1968, Richard Nixon era elegido candidato a la presidencia del Partido Republicano tras derrotar a Nelson Rockefeller y Ronald Reagan. Por su parte, el Partido Demócrata, tras la negativa del entonces presidente Lyndon B. Johnson, eligió como candidato al vicepresidente Hubert H. Humphrey. El 5 de noviembre de 1968 se celebraron las elecciones, Nixon obtenía 31.783.782 votos (43,42 por ciento), Hubert H. Humphrey 31.271.839 (42,72 por ciento) y George Wallace 9.901.118 (13,53 por ciento) —este último por el Partido Americano Independiente, que había sido creado hacía poco como una escisión del Partido Demócrata por estar en contra de las medidas políticas de igualdad racial impulsadas por Lyndon B. Johnson—. El 20 de enero de 1969, Nixon era nombrado presidente de los Estados Unidos... Y esta es la parte limpia de la historia, pero hay otra parte gris —por no llamar negra— que se desconocía hasta que en 2008 se desclasificaron las conversaciones telefónicas del presidente Johnson en 1968.

En los primeros años de la Guerra de Vietnam, el ejército de los Estados Unidos estaba totalmente convencido de la necesidad de aquella guerra y se mostraba unido y disciplinado. A medida que el conflicto se prolongó, la moral y la disciplina se deterioraron. Igualmente ocurrió entre la población civil americana, que contemplaba los horrores de la primera guerra retransmitida por los medios. En 1968 ya habían muerto treinta mil soldados estadounidenses y las manifestaciones contra la guerra se extendieron por todo el país. Meses antes de las elecciones, Lyndon B. Johnson había mantenido contactos con Nguyen Van Thieu, el presidente de Vietnam del Sur, para detener los bombardeos sobre su vecino del norte y poder entablar negociaciones de paz. Si Johnson conseguía parar la guerra, los demócratas volverían a ganar las elecciones. Y esto lo sabía Nixon. Así que, a través de la asesora republicana Anna Chennault (nacida como Chen Xiangmei y nacionalizada estadounidense cuando se casó con Claire Chennault), se puso en contacto con el embajador de Vietnam del Sur en Estados Unidos para detener aquellas conversaciones. Hicieron llegar a Nguyen Van Thieu el mensaje de que con Nixon no tendrían que hacer ninguna concesión a Vietnam del Norte y que derrotarían al Viet Cong. En las siguientes conversaciones el presidente Johnson se dio cuenta de que su homólogo vietnamita ya no era tan receptivo como en anteriores ocasiones... Hasta que el FBI descubrió todo.

El FBI mantenía pinchados los teléfonos de la embajada vietnamita en los Estados Unidos y pudo enterarse de las conversaciones mantenidas por la asesora de Nixon con el embajador. De las conversaciones telefónicas desclasificadas del

presidente con varios miembros de su gobierno e incluso con Everett Dirksen, el líder republicano en el Senado, se extraen fragmentos en los que llama traidor a Nixon y le acusa de tener las manos manchadas de sangre por no querer detener la guerra. En otra conversación, Nixon, preocupado por si Johnson hace pública su traición, llama al presidente desmintiendo todo y acusando a terceros. El presidente lo pone en conocimiento de Hubert H. Humphrey, su vicepresidente y candidato a la presidencia por el partido demócrata, por si él quería darlo a conocer. Este, confiado en su victoria y por el daño que supondría para la nación, decidió no utilizarlo. Aquella decisión y la escisión de su partido encabezada por George Wallace, le costaron la presidencia por menos de 1 por ciento de los votos. Cuando Nixon fue elegido presidente toda esta historia se tapó, aunque otras escuchas, las del caso Watergate, le costaron la dimisión en 1974 —el único caso de un presidente estadounidense que deja el cargo.

Durante la Guerra de Vietnam, y especialmente entre los años 1964 y 1975, se produjo un curioso y peligroso fenómeno dentro del ejército americano: el llamado *fragging* (acto de atacar a un superior en la cadena de mando con la intención de asustarlo o matarlo y usando, generalmente, granadas de fragmentación; de ahí su nombre). El usar granadas para este tipo de actos se debía a las dificultades para averiguar quién había sido el autor, máxime si se producía en el fragor de la batalla.

A finales de los sesenta se producen dos hechos que marcarán el progresivo decaimiento de la moral y el aumento de la irascibilidad de la tropa: primero, la administración Nixon, buscando una salida del conflicto digna para Estados Unidos, decide retirar las tropas progresivamente —aunque en la práctica se siguen enviando hombres y siguen muriendo soldados—; y, segundo, el asesinato de Martin Luther King, que desató la violencia racial. El malestar de la sociedad americana se traslada al frente de batalla: se cuestionan y desobedecen las órdenes —«¿Jugarse la vida por una guerra perdida?»—, comienzan las deserciones, la militancia racial hace recelar a los afroamericanos... y empieza el fenómeno *fragging*. Las potenciales víctimas de este fenómeno eran oficiales incompetentes que ponían en peligro a sus subordinados; fanáticos que buscando la gloria llevaban a sus tropas a la muerte. Al principio se les hacía alguna advertencia (un pasador de granada sobre la cama), y si el oficial seguía con su actitud, se le asesinaba.

Se calcula que entre 1970 y 1971 hubo trescientos sesenta y tres casos de «artefactos explosivos» contra oficiales americanos en Vietnam. Aunque la mayoría de los autores nunca fueron identificados ni sancionados, se llegaron a registrar setenta y un casos de soldados condenados por estos crímenes. Este fenómeno se produjo durante una guerra impopular, con la moral de las tropas por los suelos, el abuso de las drogas, las tensiones raciales y la rebelión de la juventud americana.

LA AYUDA ESPAÑOLA A LOS ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA DE VIETNAM

Lo que el presidente Lyndon B. Johnson había pensado que sería un paseo militar, se convirtió en un infierno: Vietnam. Así que solicitó el apoyo o, mejor dicho, la ayuda militar de varios países occidentales entre los que se encontraba España — considerando a Franco un anticomunista reconocido, parecía una buena opción—. En 1965, Biddle Duke, el embajador estadounidense en España, entregó personalmente a Franco una carta de Johnson en la que le explicaba sus proyectos en Vietnam y le solicitaba su ayuda:

En esta situación debo expresarles mi profunda convicción personal de que las perspectivas de paz en Vietnam aumentarán en la medida en que los necesarios esfuerzos de los Estados Unidos sean apoyados y compartidos por otras naciones que coinciden con nuestros propósitos y nuestras preocupaciones [...]. Le pido ahora que considere seriamente la posibilidad de incrementar dicha asistencia mediante métodos que indiquen claramente al mundo la solidaridad del apoyo internacional a la resistencia contra la agresión en Vietnam y al establecimiento de la paz en dicho país.

La carta de Franco como respuesta no tiene desperdicio:

Mi querido presidente Johnson:

Mucho le agradezco el sincero enjuiciamiento que me envía de la situación en el Vietnam del Sur y los esfuerzos políticos y diplomáticos que, paralelamente a los militares, los Estados Unidos vienen desarrollando para abrir paso a un arreglo pacífico. Comprendo vuestras responsabilidades como nación rectora en esta hora del mundo y comparto vuestro interés y preocupación, de los que los españoles nos sentimos solidarios en todos los momentos. Comprendo igualmente que un abandono militar de Vietnam por parte de los Estados Unidos afectaría a todo el sistema de seguridad del mundo libre.

Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñados: la guerra de guerrillas en la selva ofrece ventajas a los elementos indígenas subversivos que con muy pocos efectivos pueden mantener en jaque a contingentes de tropas muy superiores; las más potentes armas pierden su eficacia ante la atomización de los objetivos; no existen puntos vitales que destruir para que la guerra

termine; las comunicaciones se poseen en precario y su custodia exige cuantiosas fuerzas. Con las armas convencionales se hace muy difícil acabar con la subversión. La guerra en la jungla constituye una aventura sin límites.

Por otra parte, aun reconociendo la insoslayable cuestión de prestigio que el empeño pueda presentar para vuestro país, no se puede prescindir de pesar las consecuencias inmediatas al conflicto. Cuanto más se prolongue la guerra, más empuja al Vietnam a ser fácil presa del imperialismo chino, y aun suponiendo que pueda llegar a quebrantarse la fortaleza del Viet Cong, subsistirá por mucho tiempo la acción larvada de las guerrillas, que impondrá la ocupación prolongada del país en que siempre seréis extranjeros. Los resultados, como veis, no parecen estar en relación con los sacrificios.

La subversión en el Vietnam, aunque a primera vista se presente como un problema militar, constituye, a mi juicio, un hondo problema político; está incluido en el destino de los pueblos nuevos. No es muy fácil al Occidente comprender la entraña y la raíz de sus cuestiones. Su lucha por la independencia ha estimulado sus sentimientos nacionalistas; la falta de intereses que conservar y su estado de pobreza les empuja hacia el socialcomunismo, que les ofrece mayores posibilidades y esperanzas que el sistema liberal patrocinado por el Occidente, que les recuerda la gran humillación del colonialismo. Los países se inclinan en general al comunismo, porque, aparte de su poder de captación, es el único camino eficaz que se les deja. El juego de las ayudas comunistas rusa y china viene siendo para ellos una cuestión de oportunidad y de provecho.

Es preciso no perder de vista estos hechos. Las cosas son como son y no como nosotros quisiéramos que fueran. Se necesita trabajar con las realidades del mundo nuevo y no con quimeras. ¿No es Rusia una realidad con la que ha habido que contar? ¿No estaremos en esta hora sacrificando el futuro a aparentes imperativos del presente? A mi juicio, hay que ayudar a estos pueblos a encontrar su camino político, lo mismo que nosotros hemos encontrado el nuestro. Ante los hechos nuevos, no es posible sostener la rigidez de las viejas posiciones. Una cosa es lo que puedan acordar las grandes naciones en Ginebra y otra es el que tales decisiones agraden a los pueblos. Es difícil de defender en el futuro y ante los ojos del mundo esa división artificial de los países, que si fue conveniencia de momento, dejará siempre abierta una aspiración a la unidad.

Comprendo que el problema es muy complejo y que está presidido por el interés americano de defender a las naciones del sudeste asiático de la amenaza comunista; pero siendo esta de carácter eminentemente político, no es solo por la fuerza de las armas como esta amenaza puede desaparecer. Al observar, como hacemos, los sucesos desde esta área europea, cabe que nos equivoquemos. Guardamos, sin embargo, la esperanza de que todo pueda

solucionarse, ya que, en el fondo, los principales actores aspiran a lo mismo: los Estados Unidos, a que el comunismo chino no invada los territorios del sudeste asiático; los estados del sudeste asiático, a mantener a China lo más alejada de sus fronteras; Rusia, a su vez, a que su futura rival, China, no se extienda y crezca, y Ho Chi Minh, por su parte, a unir al Vietnam en un estado fuerte y a que China no lo absorba.

No conozco a Ho Chi Minh, pero por su historia y sus empeños en expulsar a los japoneses, primero, a los chinos después y a los franceses más tarde, hemos de conferirle un crédito de patriota, al que no puede dejar indiferente el aniquilamiento de su país. Y dejando a un lado su reconocido carácter de duro adversario, podría sin duda ser el hombre de esta hora, el que el Vietnam necesita. En este interés superior de salvar al pueblo vietnamita y a los pueblos del sudeste asiático, creo que vale la pena que todos sacrifiquen algo.

He deseado, mi querido presidente, haceros estas reflexiones confidenciales en el lenguaje directo de la amistad. Aunque sé que muchas están en vuestro ánimo, le expongo lealmente mi juicio con el propósito de ayudar al mejor servicio de la paz y del futuro de los pueblos asiáticos.

Su buen amigo,

FRANCISCO FRANCO
Jefe del Estado español

Por tanto, nada de ayuda militar, y encima cuestionaba el propio conflicto, atreviéndose incluso a alabar al propio Ho Chi Minh. Aun así, no quería enemistarse con los Estados Unidos y decidió enviar un equipo del cuerpo de sanidad militar compuesto por doce personas. En septiembre de 1966, el grupo español se estableció en Go Cong, a sesenta kilómetros de Saigón. En un hospital de doscientas camas, los doce españoles, auxiliados por algunos vietnamitas, atendían a militares estadounidenses y vietnamitas, nativos e incluso a algunos que sabían que pertenecían al Viet Cong; aquel trato a los pacientes sin ningún tipo de discriminación les hizo ganarse el favor de todos y pudieron trabajar sin muchos contratiempos. Otra cosa fue su residencia que, por cercanía a un cuartel, sufrió algún que otro ataque. Durante cinco años, casi un centenar de militares voluntarios, en contingentes de doce, prestaron servicio en aquel hospital sin ningún reconocimiento por parte del gobierno español. Las autoridades de Go Cong dedicaron un puente a los españoles.

LOS MARINES NO PENSARON EN QUE LOS BÚFALOS DE AGUA TAMBIÉN MEAN

La Guerra del Vietnam, que enfrentó a Vietnam del Sur, apoyada principalmente por los Estados Unidos, contra Vietnam del Norte y el Viet Cong, apoyados por la Unión Soviética y China, no fue una guerra al uso con los tradicionales frentes, sino una guerra de guerrillas aderezada con bombardeos indiscriminados, destrucción masiva, uso de armas químicas (napalm)... La superioridad aérea de los americanos —cazas, bombarderos y los helicópteros Cobra— obligó a los *charlies* (denominación que los estadounidenses daban a los integrantes del Viet Cong) a construir redes de túneles en la selva donde refugiarse. Estas auténticas ciudades bajo tierra eran difíciles de encontrar, aparte de estar plagadas de trampas. Ante esa dificultad, el ejército americano puso en marcha la Operación Snoopy, que consistió en desarrollar un sistema que pudiese localizar la presencia humana: el *People Sniffer* (olfateador de personas). El sistema en cuestión, desarrollado por General Electric, detectaba las emisiones de amoníaco que produce el cuerpo humano a través de la orina o del sudor. Se construyeron dos versiones: una montada en helicópteros (XM3) y otra portátil (XM2) para llevar como una mochila.

Después de las pertinentes pruebas con éxito, en 1968 se enviaron a Vietnam... y fue un fracaso. El artilugio daba continuamente falsos positivos de presencia humana, no se habían tenido en cuenta otras posibles emisiones de amoníaco, como las producidas por la orina de los miles de búfalos de agua que se utilizaban en los campos de arroz.

LOS POLLOS NO PUDIERON CON LA TORMENTA DEL DESIERTO

El 2 de agosto de 1990, las tropas de élite de la Guardia Republicana de Irak invadían Kuwait. Una operación relámpago —en dos días habían tomado todo el país— que pilló por sorpresa a la comunidad internacional. Si bien Irak venía sosteniendo una postura crítica respecto al aumento de la producción petrolífera kuwaití que mantenía los precios bajos e incluso acusaba al país de robar sus propios yacimientos con la perforación inclinada, nadie pensó que Saddam Hussein llegaría a este punto. Puede que también tuviese algo que ver la deuda que Irak tenía con sus vecinos por la financiación de la guerra Irak-Irán y, emulando lo que hizo Felipe IV con los templarios, decidió eliminar a su acreedor. Pocas horas después de la invasión, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó la Resolución 660, que condenaba la invasión y exigía la retirada de las tropas iraquíes. Se trató de que fuese la vía diplomática la que resolviese aquel conflicto, pero ante la negativa de Irak, la ONU aprobó la Resolución 678, que daba de plazo hasta el 15 de enero de 1991 para retirarse de Kuwait; en caso contrario, se autorizaba el uso de la fuerza. Los Estados Unidos reunieron una coalición de fuerzas compuesta por treinta y cuatro países. El 17 de enero de 1991, la CNN emitía el inicio de los bombardeos (Operación Tormenta del Desierto).

Desde Arabia Saudí y desde los portaaviones del golfo Pérsico se inició una gran ofensiva aérea para despejar el terreno de las fuerzas terrestres. Uno de los temores de las fuerzas de la coalición era que Saddam Hussein diese la orden de utilizar armas químicas, como ya había hecho contra los kurdos o en la guerra contra Irán. Asimismo, el denso y negro humo producido por la quema de pozos petrolíferos era un problema añadido, ya que podía enmascarar la presencia de productos químicos. Así que, y a pesar de contar con la tecnología más avanzada, el ejército de los Estados Unidos tiró de un remedio casero para la detección de agentes químicos: la llamada Kuwaiti Field Chicken o KFC (casualmente el mismo acrónimo que Kentucky Fried Chicken, la franquicia de restaurantes de comida rápida especializada en pollo frito).

Con esta operación se dotó a los vehículos Humvee con pollos como «dispositivos de confirmación de gases tóxicos o agentes químicos», de igual modo que se hacía con los canarios en las minas para detectar los escapes de grisú. Lógicamente, las pobres aves pagaban con su vida cada aviso. La idea de utilizar pollos la tuvo el suboficial Stacy Jeambert por ser más resistentes y más dóciles que los canarios. El caso es que al poco tiempo hubo que descartar su uso porque cuarenta y uno de los cuarenta y tres pollos que reclutaron fallecieron en la primera semana en

extrañas circunstancias... y ninguno por ataques con armas químicas.

SEGUNDA PARTE

TIEMPOS DE PAZ

«La creatividad sin estrategia es llamada arte; la creatividad con estrategia se suele llamar publicidad».

JEFF RICHARDS

«Si continúas haciendo siempre lo mismo, obtendrás siempre los mismos resultados. Para conseguir algo nuevo, debes hacer algo diferente».

ALBERT EINSTEIN

«Tu tiempo es limitado, de modo que no lo malgastes viviendo la vida de alguien distinto. No quedes atrapado en el dogma, que es vivir como otros piensan que deberías vivir. No dejes que los ruidos de las opiniones de los demás acallen tu propia voz interior. Y, lo que es más importante, ten el coraje para hacer lo que te dicen tu corazón y tu intuición».

STEVE JOBS

«La esencia de la estrategia consiste en la elección de lo que no se debe hacer».

MICHAEL E. PORTER

«Mi táctica es
mirarte
aprender como sos
quererte como sos

mi táctica es
hablarte
y escucharte
construir con palabras
un puente indestructible

mi táctica es
quedarme en tu recuerdo
no sé cómo ni sé
con qué pretexto

pero quedarme en vos

mi táctica es
ser franco
y saber que sos franca
y que no nos vendamos
simulacros
para que entre los dos
no haya telón
ni abismos

mi estrategia es
en cambio
más profunda y más
simple

mi estrategia es
que un día cualquiera
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites».

MARIO BENEDETTI

¿CÓMO LIBRARSE DE LAS MOLESTAS MOSCAS?

Supongo que muchos habréis visto bolsas de agua o incluso algún CD colgados en muchas terrazas y que, parece ser, tienen la misión de ahuyentar las moscas. La explicación más coherente que he encontrado es que la bolsa hace de lente de aumento y la mosca se ve reflejada como un enorme monstruo y huye. Y como nadie estaba libre de ser objetivo de las molestas moscas, el faraón Pepi II optó por una solución curiosa.

Pepi II fue un faraón de la VI dinastía en el Egipto del Imperio Antiguo. Tras la temprana muerte de su padre Merenre I, subió al trono a la edad de seis años y se le atribuye haber reinado durante más de noventa años. Se cuenta que Pepi II encontró la solución perfecta para ahuyentar las moscas: siempre iba acompañado de varios esclavos cubiertos de miel. Teniendo junto a él objetivos tan golosos, las moscas se centraban en ellos y dejaban tranquilo al faraón. Pero no sería el único método para espantar, en este caso eliminar, molestos insectos... como las pulgas.

Cristina de Suecia fue coronada reina en 1632 cuando cumplió los dieciocho años. Involucrada en varios conflictos, consiguió firmar la Paz de Westfalia (1648) que ponía fin a la Guerra de los Treinta Años, se acercó a las potencias católicas de la época (Francia de Luis XIV y España de Felipe IV) y se convirtió en una mecenas de las artes y las letras. Estabilizado el país, todavía tenía un frente abierto que la martirizaba: su aversión a las pulgas, que llegó a convertirse en una obsesión. Para acabar con los malditos insectos, ordenó construir un pequeño cañón de una pulgada que cargaba con unas pequeñas bolitas metálicas a modo de proyectiles. Dudo mucho que consiguiese algo... En 1654 abdicó del trono de Suecia y se convirtió al catolicismo. Falleció en Roma en 1689 y fue enterrada en el Vaticano —Cristina de Suecia y Matilde de Canossa son las dos únicas mujeres enterradas en las grutas vaticanas.

LOS BENEFICIOS DE LA INFORMACIÓN PRIVILEGIADA... EN EL SIGLO VI a. C.

El poeta, reformador y legislador ateniense Solón, considerado uno de los siete sabios de Grecia, desarrolló su gobierno durante una época de grandes conflictos sociales provocados por la concentración del poder y de la riqueza en manos de unos pocos terratenientes de la región del Ática, los denominados eupátridas.

Fue nombrado arconte con plenos poderes en 594 a. C. y, junto al Consejo y la Asamblea, gobernó Atenas tras la desaparición de la realeza. A pesar de ser un aristócrata, llevó a cabo una serie de reformas legislativas destinadas a mejorar la situación de los campesinos sumidos en la pobreza y la miseria por culpa de un régimen señorial del que era prácticamente imposible salir. En este campo tomó dos medidas muy importantes:

- Prohibió los préstamos realizados con la garantía de la libertad del deudor y su familia. La nueva ley amparaba exclusivamente en lo sucesivo la retribución mediante bienes.
- Anuló las deudas contraídas por los campesinos según las leyes anteriores (*seisachteia* o supresión de cargas). Se condonaron las deudas pendientes y las tierras embargadas por este tipo de deudas fueron recuperadas por los campesinos. Esta medida, que en principio beneficiaba a los campesinos, también fue provechosa para un grupo reducido de aristócratas: los amigos de Solón. Ya sea por exceso de confianza o por otros motivos más terrenales y perversos, el caso es que el legislador comentó a sus íntimos de mayor confianza que no iba a hacer un nuevo reparto de tierras pero que iba a suprimir las deudas contraídas sobre la garantía de las mismas.

Sus amigos pidieron dinero prestado y compraron grandes lotes de terrenos que quedaron libres de cargas tras la *seisachteia*.

¿CÓMO ATRAVESARON LAS COLUMNAS DE HÉRCULES LOS FENICIOS?

Fenicia era el nombre con el que se denominaba a una franja en la costa oriental del Mediterráneo (en los actuales territorios de Siria, Líbano e Israel), integrada por diferentes ciudades-estado (Tiro, Sidón, Biblos, Trípoli...). Las dificultades para las comunicaciones terrestres debido a la orografía montañosa de la zona y el desierto a sus espaldas, hicieron de los fenicios un pueblo del mar —en palabras de Heródoto: «Los fenicios eran un pueblo echado al mar por su geografía»—. Esta necesidad los convirtió en los grandes comerciantes del Mediterráneo; al principio, mediante la navegación de cabotaje (a la vista de la costa), comerciando y estableciendo nuevas colonias (Cartago, Gadir, Sexi...) y, más tarde, atreviéndose a la navegación en alta mar buscando nuevas culturas y materias primas con las que hacer sus negocios. Entre estas últimas expediciones se cuentan las siguientes: circunnavegaron el continente africano por encargo del faraón Neco II en el VII a. C.; el cartaginés Hannón en el V a. C. traspasó las Columnas de Hércules (el límite del mundo para los navegantes del Mediterráneo, hoy estrecho de Gibraltar) para adentrarse en el Atlántico y llegar hasta el golfo de Guinea; el también cartaginés Himilcón, por esas mismas fechas, navegó durante cuatro meses por el Atlántico para llegar a las islas Casitérides (islas Británicas), de donde importaron el estaño. Dejaremos a un lado la supuesta llegada de los fenicios al continente americano, ya que se basa en un documento recibido en 1874 por el vizconde de Sapucahy, en Río de Janeiro, donde se le informaba del descubrimiento de una piedra, nunca encontrada, con esta inscripción:

Somos de Canaán, de Sidón, la ciudad mercante del rey. El comercio nos llevó a esta tierra lejana, una tierra de montañas. Hemos sacrificado a un joven a los dioses y a las diosas celestes, en el decimonoveno año de nuestro poderoso rey Hiram y nos hemos embarcado en Esyón Guéber, en el mar Rojo. Hemos viajado con diez barcos y hemos rodeado Africa por mar durante dos años. Luego fuimos separados por la mano de Baal, y ya no estamos junto a nuestros compañeros. Así llegamos aquí, doce hombres y tres mujeres...

Además, el comercio con diferentes pueblos y culturas les llevó a inventar un alfabeto adaptado a sus necesidades económicas que facilitaba las operaciones comerciales siendo, por ello, difusores de la escritura.

Aunque hoy en día el hecho de atravesar el estrecho de Gibraltar, ya sea en

dirección al Atlántico o al Mediterráneo, nos pueda parecer algo irrelevante, cuando los fenicios lo cruzaron fue una auténtica odisea: suponía adentrarse en lo desconocido y encima a vela, con el peligro que entrañaba. Las especiales condiciones orográficas (forma de embudo, macizos costeros a ambos lados, unión de dos masas de agua...) y geológicas (unión de las placas tectónicas Eurasia y Africana) hacen que sea un lugar en el que las condiciones meteorológicas son absolutamente particulares: el relieve en forma de embudo acelera los vientos hasta llegar a los cincuenta nudos, aparte de mostrarse caprichosos en la dirección soplando del oeste (poniente) o del este (levante). Por tanto, vaivenes del viento en la dirección y la intensidad, así como la distancia entre ambas costas —catorce kilómetros— hacían difícil su paso. Pero los fenicios, como buenos navegantes y conocedores de las corrientes marinas, sabían que en el estrecho se produce un lento intercambio de agua entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo, generando dos corrientes con diferentes sentidos: una superficial del Atlántico hacia el Mediterráneo y otra submarina en sentido contrario. Una masa de agua más salada, a causa de la evaporación, y por tanto más densa, sale del Mediterráneo en forma de corriente submarina, mientras que entra una masa de agua superficial y menos salada proveniente del Atlántico. Los fenicios, que estaban al tanto de este fenómeno, quisieron aprovechar esta corriente submarina para poder cruzar el estrecho y construyeron una especie de velas sumergibles o submarinas que aprovechaban directamente el flujo de esta corriente.

¿CÓMO AVERIGUÓ EL FARAÓN PSAMÉTICO QUIÉNES FUERON LOS PRIMEROS HABITANTES DEL MUNDO?

Hoy en día, y después de múltiples estudios y diversas teorías según los distintos descubrimientos, podemos datar la edad de la Tierra en algo más de 4.500 millones de años y, según los hallazgos en Herto (Etiopía), los primeros especímenes de *Homo sapiens* aparecieron hace unos 150.000 años, pero el faraón Psamético I decidió averiguar quiénes fueron los primeros habitantes o, mejor dicho, qué pueblo fue el primero que habitó la tierra con una técnica, como mínimo, original.

Psamético I fue el primer faraón Saita (XXVI dinastía) que reinó Egipto entre el 664 y el 610 a. C. Consiguió la independencia del imperio asirio y su pueblo conoció la prosperidad durante su largo reinado. Los tiempos de paz llevaron al faraón a darle más esplendor y pedigrí a su pueblo y, creyendo que era el más antiguo del mundo, quiso demostrarlo empíricamente. Para ello preparó un experimento que revelaría cuál fue la primera lengua y, por tanto, el primer pueblo en habitar el mundo.

Según nos cuenta Heródoto, ordenó entregar dos recién nacidos a un pastor para que los criase sin contacto con otros humanos y con la prohibición de hablarles. Así, sin ninguna influencia y sin oír ninguna lengua, las primeras palabras que pronunciasen de forma natural, superada la etapa de los primeros sonidos ininteligibles, indicarían la lengua primigenia y los que la hablasen serían los primeros pobladores. Tras dos años de experimento, el pastor pidió audiencia con el faraón... habían dicho su primera palabra al tiempo que extendían sus brazos como pidiendo algo: «*Becós, becós*».

Como ni el pastor ni el faraón conocían el significado de aquella palabra, se convocó un comité de sabios para que se averiguase su significado y a qué lengua pertenecía. Tras varios días de reuniones, se determinó que el vocablo significaba «pan» y que era de origen frigio. Por tanto, y muy a pesar del faraón y los egipcios que se consideraban el pueblo más antiguo, se llegó a la conclusión de que los frigios, que ocupaban la mayor parte de la península de Anatolia en la actual Turquía, eran el pueblo más antiguo.

UN FARAÓN SIN SANGRE AZUL

Siendo el trono de los faraones egipcios hereditario, dinástico y divino, parece harto difícil que alguien sin sangre azul pudiese ocuparlo, pero Amasis II —que así se llamaba nuestro protagonista— hizo comprender a los egipcios que no importa el origen de un hombre, sino su valía.

Tras la derrota en Cirene (Libia), las tropas del faraón Apries regresaban cabizbajas y pensativas. Algo extraño había ocurrido, era como si su enemigo conociese de antemano los movimientos y la estrategia a seguir... La palabra traición comenzó a extenderse entre los soldados. Además, todos los que formaron parte de aquella expedición eran tropas nativas y ningún mercenario. Llegaron a la conclusión de que habían sido enviados al matadero para que el faraón gobernase con los mercenarios extranjeros. Cuando las noticias de la rebelión de las tropas nativas llegaron a Sais, Apries envió a Amasis, su mejor general, a sofocar la rebelión. A la llegada del general, le explicaron la situación y, para desgracia del faraón, se unió a ellos. Amasis y las tropas nativas consiguieron derrotar al ejército de mercenarios del faraón y Apries tuvo que huir. El ejército proclamó a Amasis II como su nuevo faraón en 570 a. C. El faraón depuesto volvió a intentar recuperar su trono una vez reclutado un nuevo ejército de mercenarios, volvió a ser derrotado y esta vez lo pagó con su vida. Cuando el ejército regresó a Sais con su nuevo faraón al frente, las cosas se complicaron: no era de sangre azul y sus súbditos lo despreciaban. Imponerse por la fuerza habría sido un error, así que...

Mientras se lavaba los pies en un barreño de oro, se le encendió la bombilla. Llamó al orfebre de palacio y le ordenó fundir aquel barreño y otros objetos cotidianos (vasijas, peines, espejos...) hechos de este metal para hacer con todo ello un ídolo que representase a un dios. Una vez terminado, y en medio de una fastuosa ceremonia, se erigió como un regalo para el pueblo. Admirados y sorprendidos, todos comenzaron a adorar a aquel dios de oro. Amasis se dirigió a ellos:

Este dios de oro al que ahora estáis adorando tiene orígenes tan humildes como los míos; sabed que si yo procedo de un humilde campesino, esta divinidad procede de un barreño en el que yo me lavaba los pies. Así pues, os pido la misma consideración conmigo; pues no importa el origen de un hombre, sino su valía, como de las estatuas no importa la nobleza de su metal.

Los egipcios comprendieron la lección y el reinado de Amasis II fue uno de los más brillantes y prósperos. En palabras de Heródoto:

Se dice que fue durante el reinado de Amasis II que Egipto alcanzó su más alto nivel de prosperidad, tanto con respecto a lo que el río le dio a la tierra como lo que la tierra daba a los hombres, y que el número de las ciudades habitadas en ese momento alcanzó un total de veinte mil.

Y para terminar como un cuento de fueron felices y comieron perdices nos falta una esposa, y no fue otra que la primera Cenicienta de la historia. Rhodopis, que ese era su nombre, era una hermosa esclava que fue comprada por un rico comerciante de Naucratis —próspera ciudad fundada por Amasis II que aglutinaba a los comerciantes griegos—. Aunque esclava, el trato que su amo le dispensaba distaba mucho del recibido por el resto de sirvientes. Como es natural, aquello provocó que la pobre Rhodopis sufriese el desprecio y la humillación del resto. Una mañana, mientras la hermosa joven se lavaba los pies, un halcón salido de la nada se lanzó en picado asustando a todos los sirvientes. Ella se quedó petrificada, el halcón sobrevoló su cabeza y cogió uno de los zapatos que había dejado mientras se lavaba. Cuando abrió los ojos, el halcón volaba con el zapato rojo entre sus garras. Rhodopis lloraba desconsolada: eran los zapatos rojos que su amo le había regalado. «Si es la voluntad de Horus» (dios celeste en la mitología egipcia representado por un halcón), dijo el comerciante.

El halcón, o Horus, llegó hasta Menfis, donde se encontraba el faraón, y dejó caer el zapato sobre el regazo de Amasis II. El soberano lo interpretó como un señal divina y ordenó buscar por todo el territorio a la propietaria de aquel zapato. Conociendo la historia, todas las advenedizas trataron de ponérselo... hasta que llegaron a la casa de Rhodopis y encontraron a su propietaria. El comerciante se alegró por el futuro que le esperaba a su protegida, pero también perdía su ojito derecho; Rhodopis marchó al palacio del faraón. Cuando Amasis la vio, ya no se separó de ella hasta el final de sus días. Lo prometido es deuda: fueron felices y comieron perdices.

UN TRANSPORTE TERRESTRE PARA LOS BARCOS

Aunque las ideas y los proyectos para la construcción de canales de navegación que unen mares u océanos para reducir costes y tiempo en el transporte marítimo ya se estudiaron en la Antigüedad, no fue hasta el siglo XIX (Suez, Corinto, Panamá...) cuando la ingeniería los hizo realidad. Pero en este caso concreto, el de Corinto, ya trataron de buscar una solución en el siglo VII a. C.

El actual canal de Corinto, construido entre 1881 y 1893, es una vía de agua artificial de unos seis kilómetros que une el mar Jónico con el mar Egeo por el istmo de Corinto. Pero si nos trasladamos al siglo VII a. C., los barcos tenían que circunnavegar toda la península del Peloponeso con el añadido de ser una zona muy peligrosa por el litoral rocoso. Así que, Periandro, tirano de Corinto, buscó una solución que hiciese el transporte entre el mar Jónico y el Egeo más barato, más rápido y menos peligroso... el diolkos. El diolkos consistía en una ruta terrestre que atravesaba el istmo por el punto más estrecho para unir ambos mares. Se construyó una calzada de seis kilómetros de piedra caliza pavimentada con una anchura de diez metros en los extremos que daban a los mares y de entre tres metros y medio y seis metros, en los tramos intermedios. Además, y a modo de raíles de un tren, tenía dos surcos paralelos a una distancia de metro y medio entre ellos a lo largo de todo el diolkos. En estos surcos se encajaban las ruedas de unas plataformas de madera tiradas por animales en las que se transportaban las embarcaciones sin la carga. En la práctica sería de la siguiente forma: el barco llegaba hasta el comienzo de la calzada, allí se bajaba toda la carga que se transportaría en carros normales y por las rutas tradicionales hasta el extremo opuesto de la calzada; el barco se subía a la plataforma que, como si fuese un tren, atravesaría el istmo donde recogería la carga y seguiría por mar rumbo a su destino.

Esta calzada se siguió utilizando hasta el siglo I d. C., cuando el emperador Nerón proyectó la construcción de un canal que quedó en agua de borrajas, pero que, casualmente, discurría por el mismo lugar que el actual canal y paralelo al antiguo diolkos.

LOS CAPRICHOS DE UN FARAÓN

Ptolomeo I fue un general macedonio que luchó junto a Alejandro Magno y que, a la muerte de este, se convirtió en príncipe de Egipto fundando la dinastía Ptolemaica, también llamada Lágida por su padre Lagos. En 323 a. C. fallecía el gran Alejandro sin nombrar heredero, y su sucesión se convirtió en una pelea de gallos: el general Pérdicas y la caballería eran partidarios de esperar el nacimiento del hijo póstumo de Alejandro para ver si era varón, la falange apostaba por Filipo III Arrideo, hermanastro de Alejandro, y el resto de los generales aguardaban expectantes. Al final, los generales se repartieron las diferentes satrapías (provincias que integraban el imperio de Alejandro) y durante veinte años estuvieron disputándose el poder y la hegemonía con diversos pactos y guerras.

Después de resolver algunas disputas territoriales, Ptolomeo se coronó faraón de Egipto fundando la dinastía Ptolemaica que gobernaría Egipto hasta su transformación en provincia romana en el 30 a. C. Estableció la capital del reino en Alejandría, convirtiendo este pequeño enclave en el principal centro comercial e intelectual de la época. La cultura y el arte brillaban con luz propia, y buena muestra de ello fueron la Biblioteca y el Faro de Alejandría. El Faro de Alejandría (siglo III a. C.) era un torre construida por Sóstrato de Cnido en la isla de Pharos, junto al puerto de la ciudad no solo para demostrar su esplendor, sino también como referente para los barcos que navegaban por el Mediterráneo. Sobre una base cuadrada de granito, para soportar los embates del mar, se erigía una torre octogonal de más de cien metros construida con bloques de mármol ensamblados con plomo fundido. En la parte más alta, para que fuese visible, un espejo metálico reflejaba la luz durante el día y por la noche proyectaba la luminosidad de una hoguera a una distancia de varios kilómetros (del término *pharos* procede la palabra faro). Y ya que Ptolomeo II era quien financiaba el proyecto y ponía la mano de obra, ordenó a Sóstrato que en la torre se inscribiese con grandes letras su nombre. El artista, aunque molesto con aquella muestra de megalomanía, así lo hizo, pero también decidió incluir el suyo en un lugar menos visible pero que soportaría mucho mejor el paso de los años y las inclemencias del tiempo. El nombre del faraón se colocó con grandes letras hechas de yeso en un lugar muy claro y Sostrato grabó el suyo en la base de granito. El tiempo y el mar se encargaron de comerse el nombre del faraón, pero no pudieron con el grabado del granito. De este modo, el nombre del artista sobrevivió al del faraón.

Antípatro de Sidón incluyó el Faro de Alejandría entre las Siete Maravillas del Mundo Antiguo junto a la Gran Pirámide de Guiza, los Jardines Colgantes de Babilonia, el Templo de Artemisa en Éfeso, la Estatua de Zeus en Olimpia, el Mausoleo de Halicarnaso y el Coloso de Rodas. A fecha de hoy, solo la Gran

Pirámide permanece en pie. El Faro de Alejandría fue destruido por un terremoto en el siglo XIV.

SU BELLEZA LE SALVÓ LA VIDA

Desde que la justicia es justicia hasta la fecha, y supongo que mientras se siga llamando así, el hecho de tener un buen abogado incrementa exponencialmente las posibilidades de ser declarado inocente o, como mínimo, que la condena sea menor independientemente de la verdad de los hechos.

Tenemos a las heteras para el placer, a las criadas para que se hagan cargo de nuestras necesidades corporales diarias y a las esposas para que nos traigan hijos legítimos y para que sean fieles guardianas de nuestros hogares. (Demóstenes).

En la antigua Grecia, las heteras eran una especie de señoritas de compañía de alto *standing*, hermosas, de conversación fácil, expertas en distintas disciplinas artísticas, capaces de influir en las decisiones de sus acompañantes y profesionales en el arte del amor. Famosas fueron Aspasia, Tais, Targelia, Laida... y Friné, la protagonista de nuestra historia. Se cuenta que era tan bella que sirvió de modelo para todos los artistas que representaban a la diosa Afrodita. Todos querían tener acceso a sus encantos, pero solo ella decía con quién, cuándo y dónde. Eutias, uno de los rechazados, quiso vengarse de Friné y la acusó de impiedad contra los dioses ante el tribunal de los magistrados (heliastas). Ante aquella dura acusación, que podía acarrear la muerte si era declarada culpable, el escultor Praxíteles, uno de los que tuvo la suerte de conocerla íntimamente, le pidió a Hipérides que la defendiese. Así lo hizo, pero la gran oratoria de Hipérides no pudo contra los cargos y, sobre todo, con la presión de las esposas de los magistrados que la habían disfrutado. Aunque todo parecía perdido, el defensor decidió tirar de su último recurso: hizo desnudarse a Friné ante el tribunal para convencerlos de que no podían privar al mundo de aquella Afrodita humana. Los jueces dieron su veredicto: absolución.

EL JURADO POPULAR... UN CUENTO GRIEGO

Hace unos años recibí una notificación en la que se me informaba que durante dos años iba a formar parte de la lista de candidatos a jurado... «¡Qué alegría!» (pura ironía). Pasaron los dos años y, al final, no tuve que pasar por ese trago. Aunque según el artículo 125 de la Constitución de 1978 y la aprobación de la ley del jurado de 1995 es un derecho y un deber para los ciudadanos participar en la administración de justicia, yo lo considero una faena para el jurado y para el acusado. Pero si echamos la vista atrás, hasta la antigua Grecia, donde nació la democracia y la participación ciudadana en los órganos de poder, veremos que era un cuento, en este caso, griego.

En la antigua Grecia se elegían por sorteo cada año seis mil ciudadanos de entre los voluntarios de más de treinta años que se habían inscrito para formar parte de los tribunales de justicia. Cada día, y dependiendo del número de pleitos, se distribuían mediante un sorteo, hecho con unas máquinas llamadas cleroterias, a razón de no menos de doscientos un miembros por tribunal que, en algunos casos relevantes, podían llegar hasta los dos mil uno. Pero siempre un número impar para evitar los empates. Después de escuchar a las partes durante el tiempo marcado por la clepsidra, y sin previa deliberación conjunta, depositaban su voto (un guijarro blanco o negro). El proceso parece limpio y ecuánime... Solo parece.

El hecho de formar parte de un jurado estaba remunerado económicamente, pero con una cantidad tan pequeña que los únicos voluntarios que se inscribían para integrar las listas eran indigentes, enfermos que no podían trabajar, ancianos sin recursos... «gentes sin oficio ni beneficio». Además, como la defensa y la acusación corrían a cargo de los propios interesados, la justicia no se basaba en las pruebas y en la verdad, sino en el arte y la gracia que tuviese cada uno a la hora de pronunciar discursos e influir en el jurado. Como no todos tenían esa gracia, cobraron especial importancia los logógrafos que, previo pago, les asesoraban en su interpretación y les escribían el discurso, creando incluso una figura literaria: la etopeya (describir las cualidades y virtudes para influir en el jurado independientemente del pleito concreto). Así que, según la representación de la justicia, la balanza no estaba muy equilibrada y la venda en los ojos era traslúcida.

LA GINECÓLOGA QUE CAMBIÓ LAS LEYES

Agnodice o Agnodike fue una mujer adelantada a su tiempo que intentó, y consiguió, superar todos los obstáculos por el hecho de ser mujer y querer dedicarse a la medicina. Gracias al apoyo paterno y con la apariencia de un hombre para poder recibir la oportuna educación, esta ateniense del siglo IV a. C. se trasladó a Alejandría donde fue discípula de Herófilo, médico ateniense al que se podría considerar el primer anatomista.

Después de recibir la correspondiente educación y hacer sus primeras prácticas, regresó a Atenas donde comenzó a ejercer como ginecóloga y partera, manteniendo, lógicamente, su camuflaje de hombre. Pronto se ganó la confianza de muchas mujeres debido a los conocimientos adquiridos, los tratamientos y también porque parecía comprender mejor a las pacientes —recordemos que era una mujer—. La voz se fue corriendo entre las atenienses llegando a solicitar sus servicios las mujeres de la alta sociedad de Atenas. Tanto trabajo acaparó, que el resto de los médicos vieron mermar su clientela y, peor aún, sus ingresos. Uno de afectados por la popularidad de Agnodice decidió denunciarla por supuestos abusos sobre algunas de sus pacientes. A esta denuncia se unieron otros afectados y consiguieron que las falsas acusaciones llegasen hasta un juicio. Forzada ante aquella injusticia, no le quedó otro remedio que desvelar su condición de mujer. Ni que decir tiene que los jueces la exculparon de las acusaciones de abuso al tiempo que era denunciada y condenada a muerte por ejercer la medicina siendo mujer.

Por una cosa o por otra, parecía que el destino de Agnodice estaba escrito, pero la presión de las mujeres que atendió, sobre todo las de las familias más pudientes, consiguió que se le perdonase la vida y desde aquel momento se modificaron las leyes para que las mujeres también pudiesen ser tratadas por otras mujeres.

LOS TELÉFONOS INALÁMBRICOS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Las comunicaciones a lo largo de la historia han sido pieza clave en la evolución de las sociedades y su desarrollo ha ido parejo a los avances científicos. Si mi abuelo pudiese ver ahora a los pastores que van con su teléfono móvil... Y precisamente de la comunicación sin hilos y a distancia va esta historia, pero remontándonos a la Antigüedad clásica.

Se conoce el uso de sistemas de comunicación a distancia entre los griegos, romanos o cartagineses, y siempre vinculados a luchas, batallas y conquistas. En la obra *Agamenón* que forma parte de la *Orestíada*, la trilogía de Esquilo, se narra cómo un centinela está esperando la señal de fuego que indica la caída de Troya y el retorno de Agamenón. También los cartagineses se comunicaban con antorchas cuando atravesaron los Alpes con Aníbal para llegar a Roma. Aparte de las hogueras o antorchas, también se utilizaba humo o señales acústicas (tambores, cuernos...). Eran tremendamente sencillos pero muy limitados en lo referente al mensaje en cuestión. Así que los ingenieros griegos Kleoxenos y Demokleitos se pusieron manos a la obra para mejorar y ampliar los contenidos de los mensajes. Para ello, idearon un sistema llamado *Fryctoria*. Este sistema de comunicación estaba compuesto por una extensa red de torres (*Fryktories*) situadas en lugares fácilmente visibles a una distancia de unos veinte kilómetros —el intervalo que hay entre ellas—. Lo que hacía este sistema diferente de los anteriores era que en cada torre se situaban dos grupos de cinco antorchas cada uno, de tal forma que el número de ellas encendidas en cada grupo determinaba... una letra. Este era el sistema de codificación:

Izq. \ Dcha.	1	2	3	4	5
1	α	β	γ	δ	ε
2	ζ	η	θ	ι	κ
3	λ	μ	ν	ξ	ο
4	π	ρ	σ	τ	υ
5	φ	χ	ψ	ω	

Por ejemplo, con la letra beta (β) se encendían dos antorchas en la derecha y una en la izquierda. Las cinco antorchas encendidas en la izquierda y en la derecha significaban comienzo de un mensaje y fin de palabra. Por tanto, era muy preciso pero un poco farragoso.

Otro sistema anterior a la *Fryctoria* era el llamado telégrafo hidráulico inventado

por Eneas el Tático —el primer griego que escribió sobre el arte de la guerra—. Hay constancia de que se utilizó en la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.). Este procedimiento consistía en situar en puntos elevados y estratégicos unos recipientes cilíndricos llenos de agua en los que se introducía una varilla que flotaba en su interior. Esta varilla llevaba grabados los mensajes, cada uno de ellos a una determinada altura. Para iniciar la comunicación, el emisor encendía una antorcha y cuando el receptor hacía lo mismo con la suya —¿dígame?—, ambos abrían a la vez una válvula situada en parte inferior del recipiente. Al dejar salir el agua, la varilla comenzaba a bajar y cuando el emisor apaga la antorcha —mensaje terminado—, ambos cerraban la válvula. La marca donde se había quedado la varilla indicaba el mensaje transmitido. Supongo que entre marca y marca de la varilla —entre hemos vencido o nos han derrotado— habría un espacio suficiente para dar margen de error por abrir o cerrar un poco antes.

UN PAÑO EN EL CULO, EL GRAN AVANCE QUE PERMITIÓ LA HEGEMONÍA DE ATENAS EN EL MAR

Los trirremes eran naves de guerra que aparecieron por primera vez en Jonia y se convirtieron en el buque de guerra dominante en el mar Mediterráneo desde finales del siglo VI a. C. hasta el siglo IV a. C., y posteriormente, debido a su efectividad, bajo el imperio romano hasta el siglo IV d. C. Estos barcos fueron los responsables de la hegemonía de la Marina ateniense durante el siglo V a. C. tras la victoria en la batalla naval de Salamina frente a los persas de Jerjes.

Los trirremes eran barcos de unos treinta y cinco metros de eslora (largo) y unos cuatro metros de manga (ancho), con una o dos velas, según la época, y ciento setenta remeros en total situados en tres filas y a distintas alturas. Las velas se utilizaban para navegar y los remeros tenían especial protagonismo durante las batallas. Estos, en su mayoría, eran hombres libres que recibían un salario y un especial entrenamiento para seguir un ritmo constante y acompasado. La tripulación completa de un trirreme podía estar compuesta por el capitán, una docena de marineros y oficiales, otra docena de soldados o arqueros y ciento setenta remeros distribuidos de la siguiente forma a cada uno de los lados:

- Treinta y uno en la parte superior (los mejor pagados, ya que el ángulo de inclinación del remo obligaba a realizar mayor esfuerzo).
- Veintisiete en la parte intermedia.
- Veintisiete en la parte baja (a pocos centímetros de la línea de flotación).

Los estrategas de Atenas dejaron a un lado los enfrentamientos cuerpo a cuerpo —por eso los trirremes apenas tenían soldados— y se centraron en embestir y hundir a los barcos enemigos. Para ello, equiparon sus trirremes con un espolón de bronce o hierro situado como una prolongación de la proa por debajo de la línea de flotación. Pero todo esto también lo tenían, por ejemplo, los persas en Salamina; entonces, ¿con qué contaban los griegos para poder dominar el mar durante un siglo? Con el *hyperesion*.

El *hyperesion* es una especie de cojín hecho de piel de animal engrasada y que los remeros se ponían a modo de culera. En lugar de estar sentado fijo, con este simple paño, el remero se desplazaba a lo largo del asiento, encogiéndose y estirando las piernas como en el remo deportivo hoy en día, alargando el recorrido del remo y aumentando la eficacia de cada palada. De esta forma, podían navegar más rápido que sus oponentes y, lo que es más importante, virar bruscamente para atacar el

costado y embestir a los barcos enemigos. Parece ser que el inventor fue Temístocles, el estratega de Salamina.

¿QUÉ HACÍAN EN ROMA CUANDO LOS POLÍTICOS PASABAN DEL PUEBLO?

Hoy en día, en las sociedades democráticas, el pueblo ejerce su pequeña cuota de poder actuando como soberano —«El monarca de los tiempos modernos, cubierto de harapos y extenuado de hambre» (Juan Rico y Amat)— cuando participa en la elección de sus representantes tras soportar la campaña electoral que, junto con la cama y la guerra, es cuando más mentiras se escuchan. Luego, tras las correspondientes celebraciones, llega la hora de poner en práctica el «Donde dije digo, digo Diego», y dejar al pueblo a un lado. Llegados a este momento, solo nos queda protestar, manifestarnos o promover una Iniciativa Legislativa Popular, prevista en el artículo 87.3 de la Constitución, y que el Congreso la admita a trámite.

¿Qué hacían en la antigua Roma en estos casos en los que los políticos legislaban y gobernaban sin tener en cuenta al pueblo? Tomaban medidas drásticas y, por lo visto, efectivas.

La República romana (509 a. C.) ponía fin a la monarquía con la expulsión del último rey, Lucio Tarquinio el Soberbio. Aun así, no todos en Roma eran iguales: los patricios, descendientes de las primeras familias que habían fundado la ciudad, eran los únicos que podían formar parte del Senado y desempeñar cargos públicos. Por otro lado, los plebeyos, ajenos al poder, estaban privados de ciertos derechos civiles pero con todas las obligaciones. Las tensiones entre estos dos grupos sociales derivaron en la *secessio plebis* (la secesión de los plebeyos).

Durante esta acción de protesta, los plebeyos dejaban de llevar a cabo sus responsabilidades y trabajos, una especie de huelga general que paralizaba Roma y que, además, venía acompañada del abandono de la ciudad. La primera secesión tuvo lugar en 494 a. C. y la última en 287 a. C. Esta última, llamada secesión Aventina, tuvo especial importancia porque fue el germen de los plebiscitos. Los plebeyos abandonaron Roma y se congregaron en el monte Aventino donde acordaron que las decisiones de los plebeyos (*plebis scitum*) tendrían rango de ley, no solo para ellos, sino para todo el pueblo romano, sin la aprobación previa del Senado. Decisiones del pueblo que prevalecen sobre la voluntad de los legisladores.

EL MATRIMONIO HOMOSEXUAL DE NERÓN

Nerón Claudio César Augusto Germánico, Nerón para los amigos, último de los Julio-Claudios, rigió los destinos del imperio romano entre los años 54 y 68 d. C. Ha pasado a la historia por sus atrocidades (como asesinar a su madre y a sus esposas), excentricidades y por ser el responsable del incendio de Roma (aunque este último punto es discutible). Otra de las grandes pasiones de Nerón eran... los efebos.

Espero era un joven de gran belleza del que se prendó Nerón nada más verlo y que tenía cierto parecido con su difunta esposa Popea Sabina. Para el emperador era poco mantenerlo como amante y decidió ir más allá: casarse con él. Había un pequeño inconveniente: los matrimonios entre hombres estaban prohibidos en Roma. Así que se sometió a Espero a una intervención de cambio de sexo de la época: lo castraron. Cuando se recuperó de la intervención, lo vistieron con las mejores galas de Popea, incluso con el *flammeum* (velo nupcial anaranjado), y se celebró la ceremonia matrimonial. Los festejos en honor de los recién casados duraron varios días y Nerón obligó a todos a rendirle tratamiento de emperatriz.

Dióforo era un esclavo liberto al que le tocó, al contrario que Espero, ejercer el papel de hombre en su relación con Nerón. Se escenificó una pantomima a modo de boda, en la que era el emperador el que iba vestido con ropas de mujer, y por la noche representó la consumación del matrimonio imitando los gemidos de cualquier esposa virgen en la noche de bodas.

EL ENTRENAMIENTO MILITAR QUE DIO LUGAR AL FÚTBOL

El fútbol moderno fue creado en Inglaterra después de la constitución de la Football Association. Sus reglas, que datan de 1863, fueron la base del deporte que se practica actualmente. Pero los primeros registros de algo parecido al fútbol, el *cuju* o *tsu chu* (literalmente patear una pelota), datan del siglo III a. C. Aparecen en un manual militar de la antigua China que incluye el juego en el programa de pruebas físicas a las que eran sometidos los soldados como entrenamiento. Los soldados se dividían en dos equipos y, sin utilizar las manos, debían meter una pelota de unos treinta o cuarenta centímetros de diámetro (hecha de cuero y rellena con pieles o plumas) en la portería contraria. La portería en cuestión, que no estaba protegida por un portero, era un agujero recortado en una tela de seda y colgada en lo alto de dos palos de bambú... a unos nueve metros de altura. Por tanto, se requería una especial pericia para practicar este juego —solo estaba hecho para los muy habilidosos.

Al principio, los partidos de *tsu chu* únicamente se celebraban entre militares y durante los festejos de cumpleaños del emperador, pero durante la dinastía Han, desde el 206 a. C. hasta el 220 d. C., el juego se popularizó de tal forma que se extendió por toda China y ya servía cualquier pretexto para celebrar un partidillo. En tiempos de la dinastía Ming (1368 a 1644) el *tsu chu* cayó en el olvido. ¿Tendría que ver que los famosos jarrones peligraban con la práctica del *tsu chu*?

El *cuju* llegó a Japón en siglo VII para convertirse en el *kemari*. Aunque inicialmente las reglas eran las mismas que en el juego chino, evolucionó para quedarse únicamente en que la pelota (*mari*) no toque el suelo golpeándola con la cabeza, los pies, las rodillas, la espalda o los codos. Con el tiempo, el *kemari* fue perdiendo popularidad, pero en 1903 el emperador Meiji creó una sociedad para preservar el antiguo deporte del *kemari* y actualmente se practica en algunas celebraciones y festivales.

¿CÓMO HABRÍA ACABADO SÓCRATES CON LA TELEBASURA?

No hay cadena comercial de televisión que se precie que no cuente en su parrilla con algún programa basado en los bulos, los rumores, los infundios... los llamados, con mucho tino, programas telebasura. En esta ocasión, echaremos mano del filósofo clásico Sócrates para saber cómo habría atajado él esta epidemia.

En cierta ocasión, un conocido de Sócrates se le acercó y le dijo:

—Maestro, ¿sabes lo que me han contado de Fulano? —También podría haber sido de Mengano o Zutano.

Sócrates levantó la mano para que no siguiese hablando y le advirtió:

—Antes de que me digas de qué va, permite que te haga la prueba de las tres preguntas. —Su amigo aceptó—. Primera, ¿estás seguro de que lo que me vas a contar es cierto?

—No, acaban de contármelo.

—Es decir, que no sabes si es cierto o no. —Y continuó—: Segunda. Lo que vas a decirme de Fulano, ¿es bueno?

—No.

—Me quieres contar algo malo de Fulano incluso no estando seguro de si es cierto, ¿es así? —El hombre, avergonzado, asintió—. Tercera. Lo que vas a contarme de Fulano, ¿será provechoso para alguien?

—No, realmente no...

—Quieres contarme algo que no estás seguro de que sea cierto, que no es bueno y ni siquiera es provechoso, ¿por qué entonces hablar de ello? Vete de aquí con tus infundios y bulos.

Si antes de participar en este tipo de programas se planteasen la prueba de las tres preguntas de Sócrates y fuesen consecuentes y sinceros con sus respuestas, se acabaría con estas miserias. A Sócrates se le olvidó un pequeño detalle: la pasta que les pagan, que compra voluntades y conciencias.

LAS MONEDAS QUE SE UTILIZABAN EN LOS PROSTÍBULOS

Estoy hablando de las *spintriae*, monedas o fichas hechas de latón o cobre de unos veinte milímetros (similares a un cuarto de dólar) en las que se representaban distintas posiciones sexuales en el anverso y una numeración en el reverso. ¿Para qué se utilizaban este tipo de monedas?

Las versiones más conservadoras, y menos originales, establecen que las *spintriae* (de la época de César Augusto y su hijo adoptivo Tiberio) se acuñaron como burla a la campaña de moralidad que implantó César Augusto mediante la promulgación de las *Leges Iuliae* (el retorno a las antiguas tradiciones, castigo del adulterio...). Según Suetonio, por tener alguna de estas monedas en las que se representase al emperador en un burdel o letrina, te podían acusar de alta traición. También se dice que podrían ser fichas de algún tipo de juego. Pero yo me voy a quedar con otras versiones mucho más originales...

Sabiendo que en Roma tenían todo perfectamente organizado, y que las mujeres que querían ser prostitutas estaban obligadas a registrarse ante la oficina del edil para concederles la *licentia stupri*, no me extrañaría nada que hubiesen sido utilizadas como fichas en los lupanares. Al entrar al lupanar, se pagaba al *leno* —el propietario— el servicio contratado, este te entregaba la *sprintia* que representaba dicho servicio y en la que el número del reverso indicaba el habitáculo donde serías atendido. Sobre la puerta del habitáculo estaba pintado el número y en su interior tenían una cama de mortero sobre la que se colocaba un colchón de paja o plumón; unas lucernas y una palangana para asearse eran el único mobiliario. En el lupanar de Pompeya todavía pueden verse los arañazos en sus paredes, idénticos a las que hoy pueblan los aseos de medio mundo, mostrando frases tipo «Varinia ama a Marcelo», «El hornero es un felón», «Craso la tiene de un palmo» o «Cato se tira a Lucila»...

Y puestos a darles utilidades —ya rayando lo cómico—, se dice que las *spintriae* también podrían haber sido utilizadas por los legionarios. En sus conquistas por medio mundo, los integrantes de las legiones tenían que tratar con gentes de diferentes lenguas que eran desconocidas para ellos, así que utilizando las *spintriae* le decían a las prostitutas locales el servicio que deseaban...

EL NEGOCIO DE LOS INCENDIOS EN ROMA

El más famoso de los incendios que devastó Roma fue el del año 64 d. C., en tiempos de Nerón. La leyenda sitúa al emperador en su palacio en el monte Palatino (unas de las siete colinas de Roma) contemplando el incendio y tocando su lira —y digo tocando, que no logrando sacar de ella algo parecido a la música—. Roma ardió durante cinco días y los cristianos fueron acusados y perseguidos como responsables. Recomiendo la película *Quo Vadis* (1951) y la genial interpretación de Peter Ustinov en el papel Nerón.

Los incendios eran muy frecuentes en la ciudad de Roma. Una urbe densamente poblada (unos 500.000 habitantes en el siglo I), con mucho material inflamable (paja, madera, telas, etc.), iluminación con teas y lámparas de aceite, callejuelas estrechas pobladas de tenderetes... y para hacerles frente, unos cuantos esclavos situados en puntos estratégicos de la ciudad para sofocar los fuegos con cubos de agua. Las consecuencias eran terribles. Así que, tras el incendio del año 6 d. C., el emperador Augusto decidió sustituir este sistema, totalmente ineficaz, creando un cuerpo de *vigiles* (vigilantes) que hoy podríamos llamar el primer cuerpo de bomberos profesionales de la historia. El cuerpo de *vigiles* estaba formado por los *aquarii* (aguadores), *siphonarii* (manejaban las bombas de agua llamadas *siphones*) y los *uncinarii* (con lanzas provistas de ganchos hacían los derribos controlados del inmueble quemado). Pero hubo otro cuerpo de bomberos privado y poco profesional bajo las órdenes de Marco Licinio Craso.

En 60 a. C. se constituyó una alianza política en Roma, llamada Primer Triunvirato, formada por Pompeyo, Julio César y Craso. Los dos primeros contribuían con su prestigio ganado en el campo de batalla y Craso aportaba... ser el hombre más rico de Roma. Entre los múltiples negocios en los que Craso se embarcó los hubo legales, ilegales y miserables, como hacer negocio con los frecuentes incendios de la Urbe. Craso creó un cuerpo de bomberos privado que, como es lógico, acudía a sofocar los incendios, pero, y aquí está el negocio, solo intervenía cuando los propietarios de los inmuebles afectados aceptaban venderle su propiedad. Claro está que a un precio irrisorio. Ante la disyuntiva de quedarse sin nada o aceptar unos cuantos sestercios y poder recuperar parte de sus bienes, firmaban la venta. Los bomberos sofocaban el incendio y Craso adquiría terrenos donde construir nuevos edificios a bajo precio. Incluso se pensó que también tenía un cuerpo de pirómanos.

Pero Craso sabía que la gloria ganada por Pompeyo o Julio César no se podía comprar con su inmensa fortuna. Así que, en el 54 a. C., se adentró en territorio parto dispuesto a lograr en los confines de Asia el honor y la gloria de los grandes generales. Fue el 9 de junio del 53 a. C. cuando se encontró con el general parto

Surena al frente de un contingente de caballería ligera y catafractos (caballería pesada). Aquel enfrentamiento se produjo en la desolada planicie de Carras (hoy Harrán, en Turquía), y se saldó con la más ignominiosa derrota de un ejército romano en Oriente. De los cerca de cuarenta mil efectivos que movilizó Craso, solo volvieron a Siria unos seis mil hombres al mando del cuestor Cayo Casio Longino (posteriormente, uno de los asesinos de César). Unos veinte mil legionarios dejaron su sangre y vida en el desierto, así como Craso y su hijo, pero... ¿qué sucedió con el resto?

La leyenda de la legión perdida es fascinante; sabemos por Plutarco y Tito Livio que no todos los prisioneros fueron esclavizados en las minas de Bactriana (hoy Afganistán), sino que una parte de ellos pudo ser utilizada como tropas auxiliares en los confines del imperio parto, formando una primera línea de choque cerca del río Oxus (en la actualidad Amu Daria) ante la presión de los nómadas de las estepas, los hunos.

Nunca más se supo de ellos; Marco Antonio trató de invadir Partia unos años después dispuesto a vengar a Craso y su expedición contra el rey Fraates acabó en un absoluto desastre, sumando casi diez mil muertos más a la lista negra que rodeaba la campaña parta. Años más tarde, Augusto, menos beligerante y más diplomático, trató de recuperar las águilas, pero solo consiguió un intercambio de prisioneros sobre el 19 a. C. Y tras las postreras gestiones del *princeps*, el olvido se tragó a los cautivos de Carras hasta que la tecnología y el conocimiento global de la historia nos ayudaron a atar cabos; recientes investigaciones nos permiten conjeturar una hipótesis tan insólita como factible: quizá los extraños soldados que menciona el historiador chino Ban Gu en su relato sobre la defensa de la ciudad de Zhizhi en el 36 a. C. (hoy Dzhambul, en Uzbekistán) pudiesen ser los restos de las legiones de Craso; este cronista describió en su biografía de las gestas del general Gan Yanshou en los confines de Xinjiang cómo se encontraron con hombres veteranos y muy disciplinados que se fortificaban en campamentos cuadrados de madera y que luchaban siempre «alineados y desplegados en una formación como de escamas de pescado», una descripción muy gráfica de la *testudo* romano... ¡Una legión contra los ejércitos de la dinastía Han!

Tras duros combates, la ciudad de Zhizhi cayó y los chinos deportaron a cerca de un millar de aquellos bravos soldados, alojándolos sobre el año 5 d. C. en una nueva ciudad en el territorio de Zhelaizhai, ya a las puertas del desierto del Gobi, a la que llamaron Li-jien (adaptación de la palabra legión, que era como los chinos conocían al fastuoso país que se extendía más allá de Alejandría, el imperio romano). Este lugar cambió de nombre años después, siguiendo las tendencias de Confucio, para llamarse Jie-Lu (que significa cautivos).

A día de hoy, en Zhelaizhai sigue habiendo personas de ojos azules o verdes, rubias o pelirrojas, o con nariz aguileña y cabello rizado; además, en los habitantes de la zona hay una coincidencia del 46 por ciento con el ADN de la población europea...

¿Serán los herederos de la legión perdida?

CON CLEOPATRA NO SE JUEGA

Marco Antonio, comandante en jefe de Julio César, persiguió a los culpables de la muerte de este y supo ganarse al pueblo de Roma, lo que le permitió formar parte del Segundo Triunvirato junto a Octavio y Lépido en 43 a. C. Aun así, había todavía muchos partidarios de la República y se desencadenó una guerra civil contra los partidarios del Triunvirato. Marco Antonio solicitó la ayuda de la reina Cleopatra, amante de Julio César, para que acudiera con sus naves a Tarso (Turquía). Cleopatra, en un principio, no quiso inmiscuirse en un conflicto entre romanos, pero finalmente accedió a reunirse con Marco Antonio: después de cuatro días de cama sellaron una alianza política. Marco Antonio se marchó a Alejandría con Cleopatra y allí pasaron el invierno rodeados de lujo y disfrutando de días de vino y rosas. En palabras de Dion Casio, la reina egipcia:

Conquistó a los dos romanos más ilustres de su tiempo [Julio César y Marco Antonio], pero el tercero [Octavio Augusto] fue causa de su ruina.

Aunque a Cleopatra todos le pongamos la cara de la hermosa Liz Taylor, según las palabras de Plutarco, eran otras sus cualidades:

Se pretende que su belleza, considerada en sí misma, no era tan incomparable como para causar asombro y admiración, pero su trato era tal, que resultaba imposible resistirse. Los encantos de su figura, secundados por las gentilezas de su conversación y por todas las gracias que se desprenden de una feliz personalidad, dejaban en la mente un aguijón que penetraba hasta lo más vivo. Poseía una voluptuosidad infinita al hablar, y tanta dulzura y armonía en el son de su voz que su lengua era como un instrumento de varias cuerdas que manejaba fácilmente y del que extraía, como bien le convenía, los más delicados matices del lenguaje; Platón reconoce cuatro tipos de halagos, pero ella tenía mil.

Y si le añadimos una pizca de fuerte carácter, tenemos una mujer que no se dejaba amilanar ni doblegar. Prueba de ello es la anécdota que cuenta Plutarco en *Vida de Marco Antonio*. Un buen día estaba pescando en el Nilo pero estaba quedando en evidencia frente a Cleopatra porque no conseguía ninguna captura y, al igual que Franco cazando perdices y pescando salmones, ordenó a un esclavo que se metiese en el agua y pusiese en el anzuelo peces ya capturados. La mañana fue muy productiva y Marco Antonio quedó como un gran pescador.

A los pocos días, Cleopatra invitó a varios miembros de las familias más poderosas de Egipto para que acudiesen como espectadores a «un día de pesca con Marco Antonio». Esta vez fue la reina quien ordenó a un esclavo repetir la operación. Cuando Marco Antonio sacó un enorme pez lo enseñó orgulloso a todos los presentes. Para sorpresa del romano todos comenzaron a reír. Marco Antonio no entendía nada: lo que él no sabía era que aquella captura era de mar.

Cleopatra se había dado cuenta de la trampa de Marco Antonio y quiso darle un escarmiento por intentar engañarla.

UNA MOSCA SALVÓ TODO SU PATRIMONIO

Publio Virgilio Marón (siglo I a. C.), más conocido como Virgilio, fue un poeta romano autor, entre otras obras, de la *Eneida* (encargada por el emperador Augusto para glorificar el imperio romano).

Se cuenta que Virgilio preparó un funeral a su mascota digno de emperadores. Su «mascota», según él, era una mosca. La ceremonia se celebró en su mansión, amenizada por músicos, y fueron invitadas las personalidades más relevantes de la sociedad. Tras despachar los mejores vinos y las viandas más exquisitas, se enterró a la mosca en un mausoleo construido para tal fin en sus tierras. Todo este derroche supuso más de ochocientos mil sestercios para los bolsillos del apesadumbrado Virgilio. Todos pensaréis que estaba como una chota, pero no fue así. Toda esta parafernalia tenía un sentido o, mejor dicho, era una inversión de futuro muy rentable.

Tras el asesinato de Julio César, se constituyó el Segundo Triunvirato en la República de Roma, una alianza por cinco años entre Marco Antonio, César Octaviano y Marco Emilio Lépido. Las revueltas y la confusión se adueñaron de la Urbe; para acallar las protestas más peligrosas que provenían de los legionarios «jubilados», se estableció para ellos una compensación con tierras. Antes de promulgarse el decreto, los contactos de Virgilio le informaron de las expropiaciones masivas para hacer frente a la referida compensación. El poeta, aprovechando un pequeño resquicio de la ley, enterró a su mascota en sus tierras, ya que se excluían de la expropiación los terrenos en los que hubiera tumbas al considerarlos sagrados. Con una pequeña artimaña, del tamaño de una mosca, las tierras de Virgilio se libraron de la expropiación.

LA CRUELDAD DE TIBERIO

Tras la muerte de César Augusto en el año 14, fue nombrado emperador Tiberio Julio César Augusto, convirtiéndose en el segundo emperador de la dinastía Julio-Claudia. Tiberio fue adoptado por César Augusto y se mostró como un excelente estratega y militar cosechando varias victorias en las campañas de Panonia, Ilírico, Recia... Pero su futuro nunca estuvo ligado a la sucesión imperial. A pesar de su enemistad con el emperador —incluso llegó a exiliarlo a Rodas—, algunas oportunas muertes y otros caprichos del destino obligaron a Augusto a nombrarlo sucesor. El vino, la crueldad gratuita y la depravación fueron constantes durante su mandato. En palabras de Suetonio:

En Capri tenía una habitación destinada a sus desórdenes más secretos. Un grupo elegido de muchachas, de jóvenes y de hombres disolutos, inventores de placeres monstruosos y a los que él llamaba sus maestros de voluptuosidad, formaban allí entre sí una triple cadena y, entrelazados de este modo, se prostituían en su presencia para despertar sus deseos [...]. Se dice que había adiestrado a niños de tierna edad, a los que llamaba sus «pececillos», a que jugasen entre sus piernas en el baño...

En cierta ocasión, Tiberio presidía el entierro de un alto dignatario de Roma y entre la multitud se oyó a alguien gritar: «Dile a Augusto que sus buenas leyes ya no se aplican».

Tiberio ordenó apresar a aquel pobre hombre y llevarlo ante su presencia. Cuando lo tuvo frente a él, siguiendo su particular forma de impartir justicia, allí mismo ordenó su muerte no sin antes hacer gala de su cruel sentido del humor: «Vete tú mismo a decírselo a Augusto».

E incluso supo pasar por encima de costumbres ancestrales para hacer cumplir su voluntad. Las vírgenes vestales eran las sacerdotisas consagradas a la diosa Vesta desde los tiempos de la monarquía en Roma. Eran las protectoras de la ciudad y tenían la misión de mantener vivo el fuego sagrado. Debían ser vírgenes, de padre y madre reconocidos, y de gran hermosura. Quedaban liberadas de las obligaciones del resto de mujeres y debían mantener el voto de castidad durante los treinta años que estaban al servicio de la diosa. La dignidad y respeto con los que debían ser tratadas llegaron a establecer una costumbre, que no ley, por la que las vírgenes, y por extensión las niñas, no eran castigadas con la pena de muerte. Y aquí es donde vuelve a intervenir la cruel mano de Tiberio:

Es una tradición antigua y debemos respetarla, pero como también estamos obligados a dar cumplimiento a las leyes, antes de ejecutar a una doncella, que se encargue el verdugo de desflorarla...

PRECIOS Y SALARIOS DE LA ANTIGUA ROMA

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto, para los amigos Diocleciano, nació en el seno una familia humilde. Hizo carrera militar hasta alcanzar el puesto de comandante de la caballería del emperador Marco Aurelio Caro. Tras la muerte de este y de su hijo y sucesor Numeriano, el ejército nombró emperador a Diocleciano, que gobernó desde el 20 de noviembre de 284 hasta el 1 de mayo de 305.

Durante la segunda mitad del siglo III, el imperio romano sufrió una grave crisis —*crisis imperial*— alimentada por las guerras civiles, las luchas por el poder, la presión de los bárbaros, la peste y una profunda depresión económica agravada por los caprichos monetarios (acuñando moneda propia) de los codiciosos emperadores. En 301, para poner un poco de orden, Diocleciano decide promulgar el Edicto de Precio Máximos para estabilizar la moneda y atemperar la grave crisis económica. El cumplimiento del edicto era obligatorio en todo el imperio y fijar precios superiores estaba penado con la muerte. Estos son algunos de los precios y salarios, en denarios, que se fijaron en el edicto:

Salarios:

- Trabajador agrícola: 25 den./día.
- Carpintero o albañil: 50 den./día.
- Pintor (de brocha gorda): 75 den./día.
- Pintor (de cuadro): 150 den./día.
- Tejedor de lana: 175 den. por manto.
- Panadero: 50 den./día.
- Construcción de barcos, fluviales y marítimos: 50 y 60 den./día respectivamente.
- Arriero: 25 den./día.
- Barbero/peluquero: 2 den. por persona.
- Limpiador de cloacas: 25 den./día.
- Escriba, para mejorar la escritura: 25 den. por cada cien líneas. Redacción de peticiones o documentos públicos: 10 den. por cada cien líneas.
- Maestro: desde 50 den. al mes por alumno para los de niños hasta 250 den. al mes por alumno para los de retórica.
- Legionario medio: 15.400 den. al año, incluido el valor del trigo que recibían al año.
- Guardia Pretoriana: 19.000 den. al año, incluido el trigo.

Precios:

- Trigo, un modio (8,75 kilos): 100 den.
- Cebada y centeno, un modio: 60 den.
- Lentejas, un modio: 100 den.
- Sal, un modio: 100 den.
- Judías, un modio: 100 den.
- Arroz, un modio: 200 den.
- Vino, como un Rioja o Ribera del Duero, un *sextarius* (medio litro): 30 den.
- Vino de mesa o de la casa, un *sextarius*: entre 8 y 16 den.
- Cerveza gala, un *sextarius*: 4 den.
- Cerveza egipcia, un *sextarius*: 2 den.
- Miel, como la de la Alcarria, un *sextarius*: 40 den.
- Aceite de oliva, un *sextarius*: 40 den.
- Carne de cerdo o de venado, una libra (trescientos veintiséis gramos): 12 den.
- Pierna de cerdo, Menápico o Cerritano: 20 den.
- Carne de vaca, una libra: 8 den.
- Un pollo: 60 den.
- Un faisán: 250 den.
- Pescado de mar, una libra: entre 16 y 24 den. Para los de río, una libra: entre 8 y 12 den.
- Pescado salado, una libra: 6 den.
- Mantequilla, una libra: 16 den.

Es muy difícil establecer una comparativa de estos precios con los actuales, pero puede servir para hacernos una idea de lo que podía adquirir cada ciudadano romano con su salario y las diferencias entre las distintas profesiones. También hay que tener en cuenta que el porcentaje del salario que gastamos en alimentos nada tiene que ver con el empleado en la antigua Roma. Como curiosidades: la gratificación por una victoria de un gladiador podría equivaler al salario anual de un maestro, y el auriga Cayo Apuleyo Diocles, el Fernando Alonso de la época, llegó a ganar en toda su carrera unos treinta y cinco millones de sestercios (un denario = cuatro sestercios) en el siglo II.

EL EMPERADOR QUE SUPO SACAR PROVECHO DEL ABUSO DEL TRANSPORTE GRATUITO

Si San Pedro fue la piedra sobre la que se edificó la Iglesia, a Constantino I el Grande se le podría considerar el arquitecto y, sobre todo, el que financió su construcción. Tras la celebración del Concilio de Nicea (hoy Iznik, Turquía) en 325, se sentaron las bases y la estructura de la nueva Iglesia; además, y como si fuera la herencia millonaria de un tío lejano que se fue a hacer las Américas, recibió la *Constitutum domini Constantini imperatoris* (Donación de Constantino):

El papa [en este momento Silvestre I], como sucesor de San Pedro, tiene la primacía sobre los cuatro patriarcas de Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén, también sobre todos los obispos en el mundo. La basílica de Letrán en Roma, construida por Constantino, mandará sobre todas las iglesias como cabecera, igualmente las iglesias de San Pedro y San Pablo serán dotadas de ricas posesiones. Los principales eclesiásticos romanos, quienes también pueden recibirse como senadores, obtendrán los mismos honores y distinciones que estos [...]. El papa disfrutará los mismos derechos honorarios que el emperador, entre ellos, el de llevar una corona imperial, una capa purpúrea y túnica, y en general, toda insignia imperial o señales de distinción [...]. El emperador obsequia al papa y a sus sucesores con el palacio de Letrán de Roma, como se ha dicho, como todas las provincias, lugares y ciudades de Roma y de Italia o de las regiones occidentales [...]. El emperador ha establecido para sí, en el este, una nueva capital que lleva su nombre, y allá trasladará su gobierno, porque es inoportuno que un emperador secular tenga poder donde Dios ha establecido la residencia de la cabeza de la religión cristiana [...]. El documento concluye con maldiciones contra todos los que se atrevan a violar estas dádivas y con la certidumbre que el emperador las ha firmado con su propia mano y las ha puesto en la tumba de San Pedro.

Un detalle lo de llevarse la capital del imperio a Constantinopla para no mezclar el poder temporal y el celestial (entre bomberos no nos pisamos la manguera). Este documento, que certificaba el poder espiritual sobre toda la cristiandad y el temporal sobre ciertos territorios, fue utilizado por los papas durante toda la Edad Media en los múltiples charcos en los que la Iglesia se metía por conflictos territoriales. Hasta que en el siglo xv se descubrió el pastel: era más falso que Judas. Por otra parte, un año más tarde, Constantino tuvo que emitir un edicto en el que se limitaba el acceso de

los ricos y nobles a los puestos eclesiásticos, ya que solo buscaban relevancia social y, sobre todo, la exención de ciertos impuestos que la Donación de Constantino concedía a los clérigos.

En el 337 fallecía Constantino y sus hijos se repartían el imperio: Constantino II recibía Britania, Galia e Hispania; Constante reinó sobre Italia, África y las provincias ilíricas, quedando para Constancio Constantinopla y todo Oriente. Años más tarde, Constancio volvía a unificar el imperio. Siguiendo la política de su padre, y tratando de favorecer a la Iglesia cristiana, proclamó nuevas medidas en las que se otorgaba al clero el uso gratuito del transporte para viajes oficiales (concilios, sínodos...) —hecha la ley, hecha la trampa—. Aquello se convirtió en un cachondeo y todos los viajes se convertían en oficiales. Constancio decidió atajar el problema, pero sacándole partido. Se modificó el decreto y ahora debía ser el propio emperador el que aprobase la oficialidad del viaje y, por tanto, si era gratis. Lo que hizo fue aprobar solo los estrictamente oficiales y únicamente los de partidarios de su política —una sutil forma de influir en las decisiones tomadas en los concilios—. Durante siglos, los emperadores/reyes y la Iglesia estuvieron discutiendo para ver quién mea más lejos.

¿CÓMO OCULTAR UNA TUMBA?

Muchos arqueólogos e investigadores han tratado de encontrar las tumbas de grandes personajes de la historia, pero ya sea porque ha sido imposible localizar el lugar exacto (como Genghis Khan) o porque los cadáveres fueron trasladados y se les perdió el rastro (caso de Alejandro Magno), hasta la fecha no ha sido posible. En otros casos, como el que nos ocupa, fue el cuidado y la pericia de los enterradores los que procuraron que no fuese encontrado... como la tumba de Alarico.

Alarico o Alhareiks, que es como se pronunciaba su nombre en godo, nació en 370 de nuestra era en los confines de la Dacia (Rumania), en una isla conocida como Peuké, la más grande del delta del Danubio. Hijo de Rocesthes y nieto de Aorico, era el sucesor de una familia de caudillos godos, los Baltingos, fundada por el legendario Gondebaudo Baltha (que en godo significa «el audaz»), cuyo mérito residía en haber conducido al pueblo godo desde el Báltico hasta las fronteras del imperio.

Tras el gran desastre de Adrianópolis en el 378 (una amarga derrota romana que le costó la vida a muchos legionarios y al propio emperador Valente), los godos habían obtenido permiso imperial para establecerse como *foederati* en la provincia de Moesia (entre Serbia y Bulgaria aproximadamente). El joven Alarico acaudilló tropas godas entre 387 y 395 que actuaron como auxiliares para las legiones danubianas frente a otros pueblos bárbaros. Como individuo ambicioso e inteligente que era, a la muerte del emperador de origen hispano Teodosio I, vio la oportunidad de erigirse rey por su propio pueblo ante la falta de control y conocimiento de los melifluos sucesores del emperador, sus hijos Honorio y Arcadio. El emperador Teodosio culminó el plan de Diocleciano de partir el estado en dos, dividiéndolo entre sus dos hijos. El primero quedó como Augusto de Occidente, con solo once años de edad, mientras que el segundo se instaló en Constantinopla como Augusto del imperio de Oriente. Sin saberlo, la reformade Teodosio y la intervención posterior de Alarico propiciaron el colapso del mundo antiguo. Roma estaba pasando uno de los momentos más complicados del Bajo Imperio. Teodosio fue también quien ordenó cerrar los templos paganos, instauró el cristianismo como única religión del estado y consiguió que Roma fuese solo un triste espectro de la ciudad que llegó a dominar el mundo. Ante tanta manifiesta debilidad, Alarico decidió pasar a la acción en el 396. Invadió Macedonia, Tracia y Beocia, arrasando a su paso ciudades tan importantes como Corinto y Esparta y llegando a desafiar a la propia corte de Constantinopla. Solo había un hombre capaz de detenerle: Flavio Stilicho, conocido como Estilicón, un gran general de origen vándalo que actuaba como *magister militum* (capitán general) del incompetente Honorio. Durante cuatro años, el carisma y decisión militar del vándalo consiguieron que Alarico se conformase con la ocupación de Iliria, bien a raíz de una tregua pactada con su adversario o solo por prudencia. Además, Estilicón

estaba demasiado ocupado por otras revueltas en Britania sumadas a la presión de suevos, alanos y vándalos en el Rin como para conjurar al joven rey godo, menos activo que el resto de peligros que acechaban las fronteras.

Alarico marchó contra Occidente el año 400, pero Estilicón le derrotó primero en Verona y definitivamente en Pollentia (hoy Pollenzo) en abril de 402. Este delicado equilibrio se rompió en 406. La estrella de Estilicón cayó en desgracia en la corte de Honorio, probablemente al ser sospechoso de organizar el asesinato de Rufino, el prefecto del pretorio de Constantinopla, que dominaba al también débil Arcadio. Como puede verse, ambos imperios estaban en manos de hombres rudos y enérgicos que dominaban a gobernantes patéticos, situación similar a la que veremos más adelante en nuestra España del siglo XVII con reyes de cacería mientras sus validos controlaban los mil y un conflictos en los que estaba inmerso el reino.

Honorio ordenó ejecutar a su *magister militum* el 22 de agosto del 408 influenciado por sus zafios consejeros; quizá fue por su fe arriana, o por ver en él a un probable futuro usurpador de sangre bárbara o, seguramente, por todo ello junto. Viendo Alarico la precaria situación en que quedó Occidente al desaparecer la única persona capaz de oponérsele, el rey godo decidió arremeter contra el cobarde Honorio, el cual se refugió tras los muros de la ciudad pantanosa de Rávena, dejando paso expedito a las hordas godas hasta las mismas puertas de Roma. Durante casi tres años Alarico sitió la ciudad, negociando con el Senado y exigiéndole a Honorio el cargo de *magister militum* que había dejado libre el difunto Estilicón, cargo que jamás le fue concedido. En cambio, el Senado sí que aceptó pagar un alto tributo para garantizar la retirada bárbara, pero el emperador, agazapado en su residencia inexpugnable de Rávena, desautorizó dicho pago. Esta es otra prueba evidente de que no todos los bárbaros quisieron conquistar Roma, muchos querían ser y participar de una Roma decadente para salvarla de ella misma.

El 24 de agosto de 410 los hombres de Alarico entraron en Roma por la *porta Salaria*, parece ser que con la connivencia de algunos esclavos. No fue un saqueo más de tantos que se produjeron en la Antigüedad. Aquel primer saqueo de la Roma clásica no fue excesivamente violento, pero supuso una tremenda conmoción política e ideológica en el mundo antiguo. Desde que el galo Breno, siete siglos atrás, entrara en la Roma republicana, la ciudad había permanecido inviolable a cualquier agresión bárbara. Era el símbolo del poder inmortal del imperio y de la superioridad militar de Roma. Para muchos historiadores este hecho supone el principio del fin de la era romana.

Esta frase se le atribuye al rey bárbaro:

Desde que tomé Roma en mis manos, nadie ha vuelto a menospreciar el poder de los godos. Lo que impulsó el afán de conquistas y el deseo de aventuras dio grandeza a un pueblo necesitado de patria.

Poco tiempo pudo disfrutar aquel bravo caudillo su trascendental conquista. Tras el saqueo a conciencia de la urbe durante tres días y de llevarse como botín incluso a la hermanastra del emperador, Gala Placidia, el rey godo vio en las reservas de grano de África un seguro para el hambre que había arrastrado su pueblo. Tomó camino en dirección a Regio para embarcar hacia esa nueva conquista. La muerte le sorprendió en Cosentia (Cosenza, Calabria), pocos meses después, cuando solo contaba con treinta y cinco años de edad. Y aquí comienza la historia de su tumba...

El lugar elegido fue el río Busento, que atraviesa Cosenza. Miles de esclavos construyeron una presa para desviar el cauce del río. Con el cauce ya seco, se excavó una tumba en el lecho del Busento en el que el caudillo godo se enterró con su tesoro. Una vez terminado, se ordenó destruir la presa para que el río volviese a su cauce y cubriese el mausoleo. Todos los esclavos fueron ejecutados para que no revelasen el lugar donde Alarico fue enterrado y sus generales juraron sobre su tumba mantener el secreto. ¿Leyenda o realidad? Solo hay que desecar el río y cavar...

UN PIONERO DE LA AVIACIÓN DEL SIGLO IX

Abbas Ibn Firnas, también llamado el Ícaro andalusí, fue un poeta, astrónomo, ingeniero... y pionero de la aviación, nacido en Izn-Rand Onda (hoy Ronda, Málaga) en el 810.

Abbas fue un erudito de su tiempo que tuvo la suerte de vivir en Al-Andalus, el centro cultural más importante en Europa durante la Edad Media, y de contar con el apoyo del emir de Córdoba. Ideó una nueva técnica para tallar el cristal —hasta ese momento se dependía de los expertos cortadores del norte de África—, también construyó un reloj de agua (clepsidra) llamado *Al-Maqata*... Pero él siempre tuvo sus ojos puestos en el cielo, incluso llegó a construir en su propia casa un planetario en el que se representaba la bóveda celeste y, para darle más realismo, ambientado con efectos sonoros y visuales tales como tormentas, rayos, truenos e incluso nieve. Pero sobre todo es famoso por ser considerado «el primer hombre en la historia que realizó intentos científicos para volar».

En el año 852, efectuó su primera tentativa lanzándose desde una torre Arruzafa en Córdoba con una lona para amortiguar el golpe. Se podría considerar el primer paracaídas o el primer parapente, dependiendo de si planeó. El caso es que la caída no fue tal y como él había previsto y sufrió algunas contusiones y magulladuras, nada grave. Así que se dedicó durante unos años, entre otras muchas cosas, a perfeccionar su técnica de vuelo. En 875, y ya con un equipo más sofisticado, intentó su segundo vuelo. Para esta ocasión, y ante la atenta mirada de muchos curiosos, construyó un armazón de madera cubierto con una enorme tela de seda adornada con plumas de rapaces... y se lanzó al vacío. Durante diez minutos estuvo planeando hasta que decidió aterrizar con algún pequeño contratiempo. Había sido todo un éxito. El historiador Ahmed Mohammed al-Maqqari describe su gesta de la siguiente forma:

Entre otros experimentos muy curiosos que hizo, uno es su intento de volar. Él se cubrió de plumas para el propósito, adjuntó un par de alas a su cuerpo y se dejó caer en el aire, cuando, según el testimonio de varios escritores fiables que presenciaron la actuación, él voló una considerable distancia, como si hubiera sido un pájaro, pero cuando iba a posarse de nuevo en el lugar de donde había comenzado, se dañó la espalda por no saber que las aves cuando se posan bajan sobre sus colas y se olvidó de proveerse de una.

Durante años, hasta su muerte en 887, estuvo perfeccionando su máquina voladora y, lógicamente, le añadió una cola. En reconocimiento a sus trabajos en el campo de la aviación, un cráter de impacto en la cara oculta de la Luna lleva su

nombre, así como un puente sobre el río Guadalquivir en la ciudad de Córdoba o una estatua en la carretera del aeropuerto internacional de Bagdad.

Siglos más tarde, y adelantándose ciento diez años a los hermanos Wright como los pioneros oficiales de la aviación, tenemos a Diego Marín Aguilera.

Este humilde pastor de la localidad burgalesa de Coruña del Conde era un manitas y todo el día estaba ideando artilugios que ayudasen a sus vecinos en sus tareas, pero tenía una ilusión: volar. Después de casi seis años estudiando y observando las aves de la zona, se decidió, con ayuda del herrero, a construir un armazón y unas alas articuladas cubiertos de plumas de águila y buitre —una especie de hombre pájaro—. El 15 de mayo de 1793, puso el gran avión de plumas en la peña más alta del castillo del pueblo, y desde allí emprendió su vuelo: «Voy a Burgo de Osma, de allí a Soria y en unos días volveré». Se lanzó y después de recorrer unos trescientos cincuenta metros, tomó tierra por una avería en el aparato... sin estrellarse, algo que, por otra parte, habría sido lo normal. Como el primer intento tuvo éxito, continuó con las mejoras, pero los paisanos, pensando que aquello era cosa del diablo, quemaron el invento... Dicen que cayó en una profunda depresión y falleció prematuramente a los cuarenta y cuatro años.

El ejército del aire dedicó un monumento a la memoria de este pionero olvidado en el lugar desde donde saltó.

CSI NACIÓ EN CHINA EN EL SIGLO XIII

Aunque supongo que la policía científica no estará muy contenta, por lo irreal de las investigaciones, la serie de televisión estadounidense *Crime Scene Investigation* o *CSI* sobre científicos forenses se ha hecho muy popular. Tecnología de pura ciencia-ficción mezclada con originales métodos de investigación y acompañado de un fanático de la entomología, Gil Grissom, que utiliza a los insectos para resolver casos. Pero nada nuevo bajo el sol...

Si nos trasladamos a la China del siglo XIII, encontraremos el primer caso en el que se utilizó la entomología forense para resolver un caso de asesinato. En 1235 el chino Sung Tz'u (no confundir con Sun Tzu, el general, estratega militar, filósofo y autor del libro *El arte de la guerra*) escribió el libro *El lavado de los agravios* sobre investigaciones forenses: cómo examinar el cuerpo y la escena del crimen, determinar causas de la muerte... y en el que se detalla el primer caso de entomología forense aplicada para resolver un caso:

Un buen día apareció un campesino muerto en un arrozal y, como suele ocurrir en estos casos, nadie sabía nada. Cuando el magistrado local comprobó el cuerpo, pudo determinar que el arma homicida había sido una hoz como las que utilizaban para recolectar el arroz. Reunió a todos los campesinos del pueblo, los puso en fila y les ordenó que todos pusiesen en el suelo y junto a ellos su hoz. Al cabo de un rato, señaló a uno de los campesinos como culpable del crimen... sobre su hoz estaban revoloteando las moscas.

Aunque las hoces estaban todas limpias, las moscas se sintieron atraídas por los restos de sangre que, ya sabemos por la serie, es muy difícil de limpiar.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ LE SALVÓ LA VIDA

En 1391 era coronado rey de Granada Yusuf II. Su primera decisión fue eliminar o encarcelar a los miembros de su familia que pudiesen destronarlo y asegurar su sucesión nombrando heredero a su primogénito Yusuf. De poco sirvió. Su hijo menor Muhammad encabezó una insurrección en Granada que su padre solo pudo controlar con la ayuda de los benimerines del Magreb. Aun así, un año más tarde, Yusuf II moría misteriosamente (¿envenenado?). Muhammad no desaprovechó la oportunidad, recuperó a los insurrectos y se proclamó rey de Granada como Muhammad VII.

La suerte del heredero legítimo, su hermano Yusuf, estaba echada... Fue encarcelado en el castillo de Salobreña y allí quedó recluido durante años. A lo largo de su reinado, Muhammad se procuró la paz con los reinos cristianos del norte y con los benimerines que habían apoyado a su padre. Una vez restablecido el orden en Granada, volvió a reanudar las campañas contra Jaén y contra Murcia. Mientras tanto, Yusuf pasaba los días encerrado en una mazmorra. En 1408, para nombrar heredero a su propio hijo y evitar posibles insurrecciones, el rey ordenó matar a su hermano. Envió un emisario al castillo de Salobreña con la sentencia de muerte y la orden de regresar al emisario con la cabeza de su hermano. Cuando llegó a la fortaleza, el prisionero estaba jugando una partida de ajedrez con el alcaide. Este, tras leer el mensaje, se lo enseñó a Yusuf y le dijo: «Lo siento, no tengo más remedio que cumplir la orden».

Yusuf, sin perder los nervios, le pidió terminar la partida. Durante varias horas estuvieron jugando hasta que Yusuf le dio jaque mate con el movimiento de un alfil. Cuando se levantaron para ir a ejecutar la sentencia, llegó un mensajero anunciando la muerte de Muhammad VII y la proclamación de Yusuf III como rey de Granada.

EL INGENIO DE UN MARIDO PARA EVITAR LOS INMINENTES CUERNOS REALES

El reinado de Francisco I de Francia (1494-1547) fue brillante en el campo de las artes y de las letras (tuvo a Leonardo da Vinci como pintor de cámara y gracias a él *La Gioconda* es propiedad del estado francés), y turbulento en el terreno político y diplomático (enfrentamientos y alianzas con el emperador Carlos I de España y Enrique VIII de Inglaterra). En su vida personal llevaba una vida disoluta y licenciosa. De hecho, llegó a inspirar la obra *El rey se divierte*, en la que Víctor Hugo hace una crítica feroz a la monarquía y en la que se basó Giuseppe Verdi para su *Rigoletto*.

En cierta ocasión, el rey quedó prendado de una cortesana de París —algo habitual para este lujurioso monarca—, y aunque al principio se mostraba esquiva, con el paso del tiempo comenzó a mostrar interés. Concretaron su primera cita fuera del castillo de Amboise, residencia veraniega del monarca, ya que la susodicha estaba casada. No sabemos cómo, pero el marido se enteró de dicho encuentro y del lugar en el que nacerían sus cuernos reales. El pobre marido se encontró en la disyuntiva de permitirlo, manteniendo la amistad del rey, o impedirlo y perder el favor real... en el mejor de los casos. Aunque sean pocos, hay ciertos momentos en los que los hombres tenemos momentos brillantes y de ingenio. Antes del encuentro se escondió en la entrada de la casa donde se habían citado. Primero entró su mujer y cuando iba a hacerlo el rey, salió de su escondite y comenzó a gritar: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey!».

Alertados por los gritos, todo el mundo se acercó a vitorear al monarca y este tuvo que irse «con el rabo entre las piernas». No sabemos si hubo posteriores citas, pero en aquella ocasión el ingenioso marido evitó la cornamenta.

EL NIÑO QUE ENGAÑÓ AL PAPA JULIO II

La tradición católica sitúa la basílica de San Pedro sobre la tumba del primer obispo de Roma, San Pedro. La construcción del actual edificio, sobre una basílica del siglo IV en la época del emperador Constantino el Grande, comenzó en 1506 por orden del papa Julio II y finalizó en 1626. En el haber de Julio II —que era de los que pensaba que la historia le juzgaría por sus obras de arte, que no por su forma de obrar— también hay que añadir el hecho de que ordenase al gran Miguel Ángel la decoración de la bóveda de la Capilla Sixtina. Aunque en un principio se mostró reticente, aceptó el encargo cuando consiguió del papa libertad creativa: un conjunto de pinturas al fresco en las que se representa la historia del mundo y del cosmos antes de Jesucristo. Harto difícil resulta cuantificar el enorme coste de estas dos emblemáticas obras, pero, cual político español con sus proyectos aeroportuarios, nada iba a detener los aires de grandeza a la hora de buscar financiación. Para ello se sirvió de la venta de indulgencias, del impuesto establecido por su tío, el papa Sixto IV, y que debían pagar las prostitutas para ejercer su profesión, los miembros del clero que mantuviesen barraganas —hay que puntualizar que el papa estaba exento de su pago— y los pertenecientes a la nobleza que quisiesen tener libre acceso a la cama de alguna joven doncella. Por otra parte, también obtuvo cuantiosos botines de las múltiples batallas que libró —se le llamó el Papa Guerrero—. Con la financiación asegurada, encargó el proyecto de la basílica al arquitecto italiano Donato d'Angelo Bramante.

No sé si fue para ablandar el duro corazón de Julio II o como una especie de amuleto, pero el caso es que cuando Bramante fue a presentar su proyecto le acompañaba su hijo de doce años. Un cardenal entregó la propuesta al Santo Padre e hizo esperar en una sala contigua a padre e hijo. Nerviosos, se miraban uno a otro pero eran incapaces de articular palabra en aquella tediosa espera. Cuando el cardenal les hizo pasar a la sala donde estaba Julio II, Bramante cogió de la mano a su hijo. El papa sonreía y Bramante adivinó que el proyecto le había gustado, pero no lo que iba a pasar a continuación. «Muchacho, ven, mete la mano en este cofre de monedas de oro y coge todas las que puedas de un puñado», le dijo al chico. El niño, asustado y sorprendido, se escondió detrás de su padre. El papa volvió a insistir y el niño le respondió: «Mi padre me ha enseñado que no puedo coger el dinero que no es mío y menos el de su santidad. Cójalas vuestra santidad y déselas a mi padre».

El papa, entre carcajadas, metió la mano en el cofre y sacó un puñado de monedas que entregó a su padre. Después de los oportunos agradecimientos y parabienes, se despidieron. Ya en la calle, Bramante le preguntó a su hijo por qué no había cogido las monedas: «La mano del papa es mucho más grande que la mía, así te ha dado más

monedas que si hubiese cogido yo el puñado».

LA LEY DEL FRATRICIDIO

La ley del fratricidio, impuesta por el sultán del imperio otomano Mehmed II el Conquistador, intentaba evitar las guerras civiles entre los posibles herederos al trono del sultanato. Por esta ley, cuando era nombrado un nuevo Sultán, todos los posibles herederos (hermanos, tíos, primos...) eran estrangulados con una cuerda de seda. La mayor matanza tuvo lugar en la sucesión de Mehmed III, cuando diecinueve de sus hermanos fueron asesinados. Esta práctica fue abandonada en el siglo XVII por Ahmed I y sustituida por la prisión en la Kafes (jaula), un conjunto de habitaciones en el palacio de Topkapi (Estambul), donde los posibles sucesores al trono se mantenían bajo arresto y en constante vigilancia.

Siempre he dicho que juzgar hechos pasados es un error, pero con este personaje es difícil no hacerlo. Una pequeña muestra: en 1452 Mehmed ordenó construir una fortaleza junto al estrecho del Bósforo para bloquear la entrada de suministros a la ciudad de Constantinopla. Tras seis semanas de asedio, fuego de artillería y el ataque de sus temidos jenízaros, el 29 de mayo de 1453 caía Constantinopla y, con ella, el impero romano de Oriente. Mehmed aprovechó las iglesias cristianas para convertirlas en mezquitas, reconstruyó la ciudad y engalanó los palacios. Uno de los artistas que contrató fue el pintor veneciano Gentile Bellini, al que le encargó un retrato. El sultán quedó tan satisfecho que le encargó pintar varias obras más, entre ellas *El rostro de San Juan Bautista degollado*. Mehmed la estuvo contemplando durante varios minutos y, por su cara, Bellini se dio cuenta de que algo no funcionaba. El sultán le dijo que no le convencía la expresión de la cara de San Juan Bautista, no era la de un degollado. El artista le dijo que era como él lo imaginaba, ya que no tenía un modelo en el que inspirarse. No hay problema: el sultán llamó a un esclavo y con su propio alfanje le cortó la cabeza. «¿Lo ves? Esta es la expresión de la cara de un degollado», afirmó.

Viendo cómo se las gastaba, Bellini terminó el cuadro y regresó a Venecia rápidamente. Se libró de contemplar otra de sus macabras actuaciones. Como buen aficionado a la jardinería, Mehmed gustaba de cuidar personalmente su huerto, sobre todo sus preciados melones. Cuál no sería su sorpresa cuando, un buen día, se percató de que faltaba uno. Reunió a todos los criados que tenían acceso a su huerto y los interrogó. Conociendo su brutalidad, nadie se atrevió a decir nada... Volvió a coger su alfanje y les rajó el estómago a todos ellos hasta que encontró las pruebas del delito.

EL ESCUADRÓN DE MATAHARIS

Dicen que cuando Catalina de Médicis, hija del poderoso señor de Florencia Lorenzo II de Médicis, se casó con Enrique, el hijo menor del rey Francisco I de Francia, lo hizo completamente enamorada, pero muy pronto descubrió que para su media naranja solo era un matrimonio de estado. En 1547, tras la muerte de su padre y de su hermano mayor, era coronado rey de Francia Enrique II y Catalina reina consorte... aunque no compañera de lecho conyugal. Para estos menesteres, Enrique tenía a su amante oficial, Diana de Poitiers, veinte años mayor que él. Catalina, a sabiendas de que protestar por aquella situación no le iba a reportar ningún beneficio, la aceptó... aparentemente. Ella era reina y sus hijos serían los herederos al trono, pero difícilmente se pueden engendrar hijos si no existe contacto carnal. Así que procuró mostrarse sumisa ante su marido y ganarse el favor de Diana, hasta el punto de hacerse tan amigas que era la propia amante del rey la que obligaba a este a cumplir con sus obligaciones maritales. Y por fin, llegó el primer hijo, y el segundo, y el tercero... hasta diez.

Durante el reinado de Enrique II fueron constantes los enfrentamientos con los reyes de España, Carlos I y Felipe II, y con los hugonotes (calvinistas franceses). Tras la firma de paz con España, casó a su hija Isabel de Valois con Felipe II. Durante el festejo se celebró un torneo en el que Enrique II quiso participar y, accidentalmente, fue herido en la cabeza por una lanza rota durante la justa. Días más tarde fallecía. En 1595, y con solo dieciséis años, es coronado rey de Francia Francisco II, su hijo mayor, casado con María Estuardo, reina de Escocia. Pero al año fallece y vuelve a escena Catalina. Como Francisco II no tenía hijos, el trono recae en su hermano, el futuro Carlos IX, que solo cuenta nueve años, por lo que su madre es nombrada regente. Catalina tomó las riendas de una Francia castigada por las diferencias entre católicos y hugonotes, una especie de guerra civil religiosa con apoyos externos (Felipe II a los católicos e Isabel I de Inglaterra a los protestantes). Sus problemas más inminentes, dentro y fuera de Francia, tenían nombre y apellidos: los hermanos Luis y Antonio Borbón, príncipe de Condé y rey de Navarra respectivamente, ambos hugonotes. Para contrarrestar su poder, Catalina se sirvió de su numeroso séquito de cortesanas: «el escuadrón volante». Para poder formar parte de este grupo, integrado por unas doscientas cortesanas, las chicas debían superar un *casting* en cuanto a juventud, belleza y, sobre todo, fidelidad absoluta a Catalina. Una vez dentro, eran adiestradas en el arte de la seducción, el falso amor, la jodienda e incluso el asesinato. Debían seguir asimismo unos tratamientos para mantenerse guapas, delgadas y no quedarse embarazadas; en caso contrario, eran expulsadas. Para tener controlados y vigilados a los problemáticos hermanos envió a dos de sus mejores chicas... Luis y Antonio dejaron de ser un problema.

La muerte del rey de Navarra en 1562 deja en el trono a su mujer Juana III, de quien había obtenido la corona por su matrimonio. Esta, una ferviente protestante, vuelve a complicar las cosas para Catalina —no disponían de sección masculina en el escuadrón— y para su hijo Carlos IX. Tras diez años de constantes disputas, muere Juana —dicen que algo tuvieron que ver unos guantes perfumados con un tóxico letal que le regaló Catalina— y hereda el trono su hijo Enrique III. Catalina, buscando la paz, mueve ficha. Esta vez no utiliza a su escuadrón sino a su propia sangre: casa al rey de Navarra con su hija Margarita de Valois. Todo arreglado... Casi. Como su hija es ajena a su escuadrón y sus intrigas, decide enviar a su mejor chica, Charlotte de Beaune Semblançay, baronesa de Sauve, a calentar la cama del rey. A pesar de todos los esfuerzos por mantener la paz entre católicos y protestantes, la bomba de relojería estalló en París la noche del 23 de agosto de 1572, en la llamada Masacre de San Bartolomé, donde miles de hugonotes fueron pasados a cuchillo.

UNA SOLUCIÓN DE HACE CINCO SIGLOS PARA LA CRISIS ACTUAL

Si algo está claro en esta crisis es que no afecta a todos por igual: los ricos, casualmente, son más ricos, los pobres más pobres y la clase media está perdiendo su trabajo. Además, las medidas tomadas hasta ahora no han dado ningún resultado positivo y, peor aún, los recortes en determinados campos son «pan para hoy y hambre para mañana». No soy ningún entendido en economía, para ser sincero ni en economía ni en nada, pero creo que tampoco se perdería mucho por echar la vista atrás y ver qué se hizo en otros tiempos en situaciones, como mínimo, difíciles.

Felipe II, el autor de esta solución a la crisis, no parece ser el más indicado para paliar una crisis económica, pues los múltiples frentes que tenía abiertos, por motivos políticos y religiosos, le llevaron a declarar en bancarrota la Hacienda Real en tres ocasiones (1557, 1575 y 1596), pero hoy podría funcionar. Dejaremos a un lado las medidas que tomó Felipe II, y que hoy en día se siguen tomando, como el aumento o creación de nuevos impuestos (los millones, un impuesto extraordinario que se recaudaba con un fin concreto, y cuyo gasto en el objetivo solicitado era administrado y supervisado por la Comisión de los Millones) y la financiación del exterior (los usureros o banqueros europeos financiaban las campañas del monarca a cambio de tipos de interés leoninos de hasta el 30 por ciento), para centrarnos en la venta de títulos nobiliarios.

En 1557 puso a la venta ciento cincuenta hidalguías a cinco mil ducados de oro cada una (unos trescientos mil euros), aunque no logró venderlas todas, y treinta y siete más en años posteriores. Su nieto, Felipe IV, continuó con la venta, pero tuvo que bajar el precio a cuatro mil ducados pagaderos incluso a plazos. Durante el siglo XVII se crearon cinco vizcondados, ciento veintiocho condados y doscientos sesenta y nueve marquesados. Como hemos dicho que hoy en día los ricos son más ricos y, normalmente, suelen tener «aires de grandeza», seguro que sería más fácil encasquetar unos cuantos marquesados o condados a colocar deuda pública. Ahora los regalamos: marqués de Del Bosque, al seleccionador nacional de fútbol; marqués de Villar Mir, al empresario Juan Villar Mir; marqués de Vargas Llosa, al Nobel de Literatura...

¿CÓMO SE LIBRÓ LA VILLA DE MADRID DEL DERECHO DE APOSENTO DE FELIPE II?

En junio de 1561, cuando la villa de Madrid ya contaba con treinta mil habitantes, Felipe II trasladó la corte de Toledo a Madrid, instalándola en el antiguo alcázar. Las razones que se dan para este traslado son muy variadas: la necesidad de separar la corte de la influencia del poderoso arzobispo de Toledo, una situación geográfica estratégica en el centro peninsular en la que abundaban los recursos naturales... (Como la obra de Miguel Hernández, *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*).

Esta decisión implicaba el traslado a Madrid de la familia real, su séquito, prelados, cortesanos, aventureros, pícaros... que, necesariamente, obligaron a cambiar la fisonomía de la villa: ampliar la ciudad derribando murallas, nuevas construcciones (hospitales, hospicios y otros servicios), remodelación de las zonas antiguas... Pero Madrid seguía sin tener capacidad para alojar la ingente cantidad de parásitos que arrastraba la Corona. A pesar de requisar una importante cantidad de casas para alojarlos, seguía siendo insuficiente. Así que Felipe II se acogió al «derecho o carga de aposento», pensado para el alojamiento temporal de los sirvientes del rey durante los viajes de la corte, y ordenó que todas las casas que tuviesen más de una planta deberían ceder una de ellas a la Corona.

Las casas más pudientes —como siempre ocurre— se libraron de tal carga haciendo una aportación económica a la Corona y el resto... el resto fueron las llamadas «casas de malicia»: las viviendas ya construidas hicieron las reformas necesarias, como tabicar partes de la casa, para hacerlas inhabitables y las nuevas se construyeron de una sola planta o con esa apariencia desde la calle y un acceso a la segunda planta desde un patio interior.

CUANDO SE INTENTÓ LLEGAR A LA LUNA EN EL SIGLO XVI

Oficialmente, el primer astronauta, en este caso cosmonauta, fue el ruso Yuri Gagarin a bordo de la nave *Vostok 1*. Despegó desde el cosmódromo de Baikonur (Kazajistán) el 12 de abril de 1961 y su periplo alrededor del planeta duró ciento ocho minutos. Pero oficiosamente podríamos nombrar al chino Wan Hu, funcionario imperial de la dinastía Ming en el siglo XVI, como el primer astronauta o, mejor dicho, el primer taikonauta.

Wan Hu fue un funcionario de la corte imperial que tenía cierta obsesión por las estrellas, y un buen día, mientras contemplaba una exhibición de fuegos artificiales, se le iluminó la bombilla: utilizaría la propulsión de los cohetes para acercarse a las estrellas. Tras hacer los oportunos cálculos y estudios, construyó una nave espacial en la que, visto el diseño, no contempló el viaje de regreso. La nave en cuestión era una tabla de madera sobre la que fijó una silla y que sería propulsada al espacio por cuarenta y siete cohetes del mismo tamaño (los más grandes que pudo conseguir).

El día del lanzamiento se vistió con sus mejores galas, la ocasión lo merecía, se subió a la silla y dispuso a cuarenta y siete ayudantes, uno por cohete, para que prendiesen la mecha al mismo tiempo. Wan Hu dio la orden, encendieron los cohetes y se retiraron... tras una gran explosión, y cuando el humo se disipó, comprobaron que la nave y Wan Hu habían desaparecido. Nada se volvió a saber del primer astronauta por aquella zona, puede que a kilómetros de allí apareciesen los restos.

EN EL SIGLO XVII SE DIO EL CASO DE CORRUPCIÓN URBANÍSTICA MÁS IMPORTANTE DE LA HISTORIA

La corrupción en los círculos de poder es algo tan frecuente que ya no produce ni sonrojo. No sabría decir cuándo o dónde nació, aunque parece que es innata a la condición humana. Está tan extendida que alguien decidió dedicarle una entrada en la Wikipedia: «Corrupción urbanística en España», y aunque aparece un amplio listado de «ladrillazos», no encontraréis el caso más importante... cuyo protagonista fue el duque de Lerma.

El 13 de septiembre de 1598 fallecía Felipe II y era coronado su hijo Felipe III. La primera medida que tomó fue nombrar a su amigo Francisco de Sandoval, por aquel entonces marqués de Denia, valido del rey (puesto de confianza por nombramiento directo del rey y que se ocupaba de las cuestiones de estado). Como el rey estaba preocupado por cuestiones ajenas a la política (el teatro, la pintura o la caza), su valido ejerció como verdadero rey de España; se rodeó de un equipo de gente de su confianza y distribuyó los cargos más importantes de la corte entre miembros de su familia y amigos. Y en 1599, le otorgaba el título de duque de Lerma.

El duque comenzó a mover los hilos y en 1601 trasladó la corte de Madrid a Valladolid. La teoría fue que lo hacía por alejar al rey de la influencia de su tía, y abuela, María de Austria; al rey fue suficiente con decirle que en Valladolid había mejores campos para cazar. Pero la realidad era bien distinta: el enriquecimiento. Seis meses antes del traslado, el duque de Lerma había comprado varios solares, casas y terrenos en Valladolid, que, como es fácilmente deducible, con la presencia de la corte supusieron un *pelotazo* en toda regla. En 1605 vendió a la Corona la zona conocida como Huerta de la Ribera por treinta millones de maravedíes, por eso hoy se llama la Huerta del Rey. Pero todavía quedaba la jugada maestra: el 30 de enero de 1606 la corte regresaba a Madrid.

Madrid negoció la vuelta de la corte con el duque de Lerma, tras pactar un sustancioso donativo de doscientos cincuenta mil ducados (unos noventa y tres millones de maravedíes); de esta cantidad se entregó una tercera parte al valido del rey y el resto a la Corona. Al mismo tiempo, y en connivencia con el alcalde de Madrid, el duque había hecho alguna «pequeña inversión» cuando los precios habían caído en Madrid tras el traslado a Valladolid y que, «casualidades de la vida», volvieron a dispararse con el regreso de la Corona.

Cuando su entramado de corrupción fue descubierto y comenzaron a rodar cabezas... aún tenía un as en la manga: solicitó de Roma el capelo cardenalicio, que se le concedió en 1618, al mismo tiempo que el rey le daba permiso para retirarse a

sus propiedades de la ciudad de Lerma. Murió en Valladolid en 1625. El pueblo le cantó:

*Para no morir ahorcado,
el mayor ladrón de España
se viste de colorado.*

LAS JUSTIFICACIONES DE UN REY MUJERIEGO

Enrique de Borbón, rey de Navarra como Enrique III, y de Francia como Enrique IV, fue el primero de la Casa de Borbón y reconocido en Francia como uno de los mejores reyes de su historia, le llamaron *le Bon Roi* (el Buen Rey). Además de poner fin a los terribles conflictos religiosos que asolaron Francia durante el siglo XVI, también se preocupó por el bienestar de sus súbditos. Se dice que «Un pollo en las ollas de todos los campesinos, todos los domingos» era uno de los lemas de su reinado.

Pero como no siempre llueve a gusto de todos, supongo que las dos esposas que tuvo (Margarita de Valois y María de Médicis) algún reproche tendrían que hacerle por la cantidad de alcobas que frecuentó distintas a la suya. Se dice que era un hombre de los de antes, de los que gustaba oler a hombre... o macho cabrío según se mire. Su confesor, harto de tantas infidelidades, le comentó preocupado que, aparte de redimir sus pecados tras la confesión, también es necesario el propósito de enmienda y le amenazó con no volverle a dar la absolución si no cambiaba su actitud. Enrique IV, aplicando el dicho que más sabe el diablo por viejo que por diablo, quiso darle una lección a su confesor.

Desde aquel mismo día, y como muestra de arrepentimiento, le pidió al clérigo que le acompañase a la mesa todos los días para servirle como guía con sus consejos para mantener el pajarito dentro de la jaula. Asimismo, dio orden a las cocinas de que, independientemente de la comida que se sirviese cada día, al clérigo siempre le sirviesen perdiz. Durante muchos días compartieron mesa, que no comida, y debatieron largo y tendido de múltiples temas hasta que un día, harto de comer siempre lo mismo, el clérigo se quejó al monarca: «Me honráis todos los días al invitarme a vuestra mesa, pero todos los días perdiz...». El rey, con una sonrisa en la boca, le contestó: «Pues así me siento yo con la reina».

COSAS DE GENIOS...

Isaac Newton es considerado como uno de los científicos más grandes de todos los tiempos —para muchos el más grande—. De entre las muchas aportaciones en múltiples campos de la ciencia destaca, por su universalidad o por la anécdota de la manzana, la ley de gravitación universal. Y como buen genio, tenía fama de ser muy despistado.

Mientras trabajaba en sus investigaciones no le gustaba ser molestado, pero tenía una gata que continuamente maullaba para entrar y salir de la casa. Así que hizo un agujero en la parte inferior de la puerta —las gateras de toda la vida— para que el felino no le incordiase. Como la gata tenía la costumbre de pasear por el barrio y flirtear con los vecinos, felinos lógicamente, pasó lo que tenía que pasar, que nacieron varios gatitos. Y Newton hizo en la puerta otros agujeros más pequeños para los gatitos.

Albert Einstein, otro genio, tuvo un particular método, por decirlo de alguna forma, para seguir con su esposa cuando las cosas entre ellos no funcionaban. Aunque el físico y Mileva Maric no se casaron hasta 1903, un año antes ya habían sido padres de Lieserl que, lamentablemente, falleció antes de cumplir un año. Este hecho, desconocido hasta 1986 cuando se descubrió un lote de cartas entre Albert y Mileva, truncó la prometedora carrera académica de Mileva. En 1903 se casan en Berna (Suiza) y Mileva se dedica a criar sus hijos, Hans Albert (1904) y Eduard (1910), y a seguir a su marido a los diferentes destinos laborales: Berna, Zúrich, Praga y Berlín.

La relación comenzó a deteriorarse y el traslado a Berlín, al que Mileva se opuso desde el principio, acabó por darle la puntilla. A pesar todo, y pensando en sus hijos, decidieron continuar juntos... pero con las condiciones que Einstein le impuso a su, todavía, esposa:

1. Deberás asegurarte de:
 - Mantener mi ropa y la del hogar en buen estado.
 - Servirme tres comidas en mi habitación.
 - Mantener mi dormitorio y el estudio limpios, y debe quedar claro que mi mesa de trabajo es para mi uso exclusivo.
2. Renunciarás a cualquier tipo de relación personal conmigo en la medida en que no sean estrictamente necesarias por razones sociales. En concreto, renunciarás a:
 - Sentarte en casa junto a mí.
 - Pasear o viajar juntos.

3. Tendrás en cuenta los siguientes puntos:
 - No mantendremos relaciones íntimas ni me reprocharás nada.
 - Dejarás de hablarme si yo te lo pido.
 - Abandonarás mi dormitorio o estudio inmediatamente, y sin protestar, si te lo pido.
4. Te comprometerás a no menospreciarme delante de nuestros hijos, ya sea con palabras o hechos.

En un principio, Mileva aceptó aquellas leoninas condiciones, pero, como era de esperar, no duró mucho. En 1914, Maric abandonó Berlín con sus hijos y se trasladó a Zúrich. El 14 de febrero de 1919 se divorciaron. ¡Qué difícil es vivir con un genio!

LO QUE SE LLEGA A HACER POR FUMAR

El tabaco llegó al continente europeo con el descubrimiento de América, de donde es originaria la planta. Aunque al principio se utilizaba incluso como remedio contra ciertas enfermedades —de hecho el primer español que lo cultivó en nuestro país fue Francisco Hernández de Toledo, médico de Felipe II—, hoy en día todos estamos concienciados —incluso los fumadores— de sus males. Ya en 1590, el papa Urbano VII, que solo estaría trece días al frente de la Iglesia, promulgó la primera prohibición de fumar en lugares públicos. Amenazó con excomulgar a todo aquel que tomase tabaco a las puertas o en el interior de las iglesias, ya fuese masticado, fumado en pipa o aspirado en polvo por la nariz.

Ante dicha prohibición, el aventurero y gran seductor Giacomo Casanova supo buscarse la vida para seguir fumando en sus aposentos mientras era novicio al servicio del cardenal Acquaviva. El resto de los novicios fumadores intentaron conseguir la misma dispensa del cardenal, pero obtuvieron un no por respuesta. Estos decidieron interrogar a Casanova para ver cómo lo había conseguido. Casanova les preguntó cómo le habían formulado la pregunta al cardenal:

—Eminencia, ¿podemos fumar mientras meditamos? —contestaron.

—No lo habéis hecho bien, yo le pregunté: eminencia, ¿puedo meditar mientras fumo?

Y la respuesta fue afirmativa. Pero no serían solo los cristianos los que prohibirían fumar, el sultán del imperio otomano Murat IV tampoco lo autorizaría bajo pena de perder las orejas, «a quien osara fumar sobre cualquier lugar de la tierra bajo su soberanía».

Aun así, hubo quien intentó saltarse la prohibición con mucho ingenio. Interpretando literalmente la prohibición del sultán, uno de sus súbditos excavó un sótano bajo su casa para poder seguir fumando sin incumplir los términos de dicha prohibición. Un vecino de este —¡cómo son los vecinos!— lo denunció y el sultán lo hizo arrestar para cortarle las orejas. Cuando estuvo frente a Murat IV trató de explicarse, aduciendo que: «La ley prohíbe fumar sobre cualquier lugar de la tierra bajo su soberanía, pero nada dice de hacerlo debajo».

Aquella muestra de ingenio le salvó las orejas, pero la prohibición se extendió a todos los lugares... incluso bajo tierra.

¿CÓMO SOLUCIONÓ INGLATERRA LOS PROBLEMAS DE MASIFICACIÓN DE SUS CÁRCELES?

Cuando hablamos de esclavos y de América, las primeras imágenes que nos vienen a la cabeza son las enormes plantaciones de algodón donde los esclavos traídos de África trabajan de sol a sol. Pero hubo otros sometidos a esclavitud, en este caso blancos y casi olvidados por la historia, que sufrieron las mismas penalidades: los irlandeses.

En el siglo XVI, los españoles fueron los primeros europeos en utilizar esclavos africanos en el Nuevo Mundo (islas de Cuba y La Española). Más tarde, portugueses, holandeses, franceses y británicos hicieron lo propio en sus respectivas colonias (Brasil, Antillas, Norteamérica...). Las colonias británicas en Norteamérica también fueron utilizadas para el destierro penal de criminales convictos desde principios del siglo XVII hasta la independencia. Además de estos criminales, los ingleses enviaron a sus colonias norteamericanas a los irlandeses, sobre todo católicos, que se rebelaron contra la opresión inglesa. Fueron vendidos a los colonos como mano de obra.

El comercio humano comenzó cuando Jacobo II, rey de Inglaterra, vendió a treinta mil prisioneros políticos irlandeses como esclavos al Nuevo Mundo. A mediados del siglo XVII, los irlandeses se convirtieron en la principal «fuente de ganado humano» para los comerciantes ingleses... El 70 por ciento de la población total de las islas Antigua y Montserrat eran esclavos irlandeses. En la década de 1650 más de cien mil niños irlandeses, de entre diez y catorce años, fueron separados de sus padres y vendidos como esclavos en las Indias Occidentales, Virginia y Nueva Inglaterra; cincuenta y dos mil más, en su mayoría mujeres y niños, fueron entregados a Barbados y Virginia y dos mil niños a Jamaica. Ni eran criminales ni tampoco, como se ha tratado de hacer creer, tenían contratos de servidumbre. Por otro lado, eran más baratos que los africanos (en el XVII, un esclavo africano costaba unas cincuenta libras esterlinas y un irlandés no más de cinco) y los hijos nacidos de esclavos blancos seguían siendo esclavos incluso en el caso de que su madre obtuviese la libertad, así que las madres permanecían con ellos. Los colonos, para maximizar sus recursos, decidieron utilizar a las mujeres/niñas irlandesas —además de para su propio beneficio o uso— para cruzarlas con africanos y criar mulatos. Estos nuevos esclavos rompieron el mercado: se podían vender por un precio superior a los irlandeses y salían más baratos que los africanos. Esta práctica de mestizaje esclavo se extendió hasta que en 1681, por las presiones de la Royal African Company a la que la Corona británica había concedido el monopolio sobre las rutas del comercio de esclavos africanos, se aprobó la ley que prohibía la práctica de

acoplamiento de esclavas irlandesas y esclavos africanos con el fin de producir esclavos para la venta.

En 1807 el Parlamento británico aprobó la ley para la abolición del comercio de esclavos, bajo la cual los capitanes de buques de esclavos podían ser severamente penados por cada esclavo transportado. Esta fue superada por la ley abolicionista de 1833, que liberó a todos los esclavos del imperio británico.

Con ochocientas mil personas en el siglo XVIII, Londres era la ciudad más grande de Europa donde se podían encontrar las mayores fortunas del imperio británico y los barrios más míseros en los que indigentes, raterillos o prostitutas simplemente sobrevivían. Los delitos contra la propiedad —la maldita costumbre que tienen los pobres de comer todos los días— eran los más frecuentes en una sociedad marcada por las grandes diferencias sociales. La amenaza de las penas de muerte impuestas bajo el *Bloody Code* (Código Sangriento), llamado así por la gran cantidad de delitos castigados con la pena de muerte, tampoco hizo disminuir el número de robos. Las cárceles estaban desbordadas y había que buscar una solución... La Revolución americana, y la posterior independencia de los Estados Unidos, paralizó el envío de convictos, así que la única manera de aliviar el problema de hacinamiento de las cárceles era establecer una colonia penal en la tierra descubierta por el capitán James Cook: Australia.

En mayo de 1787, partía de Portsmouth la llamada primera flota: once barcos (nueve cargueros y dos buques de guerra) con setecientos cincuenta y seis presos (quinientos sesenta y cuatro hombres, ciento noventa y dos mujeres) y quinientas cincuenta personas más entre funcionarios, guardiamarinas y tripulación —algunos de ellos con sus familias— al mando del capitán Arthur Philip. El 18 de enero de 1788, y después de ocho meses de navegación, llegaban a Botany Bay. Aunque, en teoría, este era el lugar para implantar la colonia, encontraron mejores condiciones en Sydney Cove donde, al final, se establecieron. La nueva colonia tuvo problemas desde el principio: enfermedades como el escorbuto y la disentería, marineros y funcionarios metidos a campesinos sin ninguna experiencia, herramientas de construcción de mala calidad, mortandad entre el ganado que habían traído, enfrentamientos con los aborígenes...

Las noticias que llegaban de Australia no eran muy esperanzadoras, así que el gobierno británico decidió enviar un barco de mujeres. Este envío se apoyó en la teoría de que para que la colonia —en su inmensa mayoría compuesta por hombres— prosperase, necesitaba estabilidad y solo se conseguiría creando familias. Y de paso, limpiaban un poco más las cárceles: enviaron doscientas cincuenta y cinco convictas.

El 29 de julio de 1789, partía de Plymouth el buque *Lady Juliana* con doscientas veinticinco prostitutas/rateras/estafadoras... rumbo a Australia. Las mujeres dormían en la cubierta inferior, pero algunas de ellas consiguieron mejores estancias emparejándose, e incluso casándose, con algún miembro de la tripulación. Elizabeth Barnsley, una conocida ladrona y estafadora, se procuró unos buenos aposentos y

montó un negocio muy lucrativo: un burdel flotante. Además de los miembros de la tripulación y los guardiamarinas que las custodiaban, tenían muchos clientes en los puertos donde hacían escala para comprar suministros: islas Canarias, Río de Janeiro, Ciudad del Cabo... Esta travesía tardó dos meses más que la anterior, solo en Río de Janeiro estuvieron cuarenta y cinco días.

El 6 de junio de 1790, casi dos años y medio después de la llegada de la primera flota, el *Lady Juliana* arribaba a Australia. Después de las miserias y penurias pasadas por los colonos, pensaron que les llegaría un barco de suministros pero cuál no sería su sorpresa al descubrir la carga, una carga tan innecesaria y tan poco rentable como doscientas veintidós mujeres, en lugar de un cargamento de provisiones.

A las tres semanas de la llegada del *Lady Juliana*, tocaba puerto la segunda flota compuesta por cuatro barcos (*Justinian*, *Surprize*, *Neptune* y *Scarborough*) cargados de suministros y todo se calmó. A las mujeres que llegaron a bordo del *Lady Juliana* se las podría considerar como las madres fundadoras de Australia.

EL MATEMÁTICO QUE DESCUBRIÓ EL SECRETO DE LA LOTERÍA

Los líos de faldas del francés François-Marie Arouet acabaron con su carrera diplomática y más tarde le costaron el destierro durante dos años en Londres. En 1729 pudo regresar a su París natal donde conocería al hombre que le cambió la vida: el matemático Charles Marie de La Condamine. Este matemático decía haber encontrado el secreto para ingresar en el selecto grupo de los que pueden decir «el dinero no da la felicidad», frase acuñada por los ricos para que los pobres no les envidien demasiado. El secreto en cuestión era la fórmula para ganar la lotería.

Igual que ahora los estados emiten títulos de deuda pública para financiarse, en el siglo XVIII Francia emitió bonos con un interés muy atractivo que rápidamente se convirtieron en un éxito. El problema es que el tipo de interés ofrecido era demasiado elevado, y en 1727 el gobierno se vio obligado a reducirlo para poder seguir manteniendo esta vía de financiación. Sus consecuencias fueron catastróficas: el valor de los bonos se desplomó y al gobierno se le cerró el grifo. Pelletier-Desforts, *contrôleur général des Finances* —ministro de Hacienda— del rey Luis XV, tuvo que tirar de imaginación para paliar aquella sangría en los ingresos: la lotería. Todos los franceses que tuviesen bonos podrían comprar boletos para participar en este sorteo; el boleto ganador recuperaría el valor nominal de sus bonos —su valor estaba muy por debajo del nominal— y obtendría un premio en metálico. Con esta medida se podría recuperar la confianza y el valor de los bonos, aparte de obtener un dinero extra por la compra de los boletos. Por cada bono cuyo valor nominal fuese de mil *livres* (moneda francesa hasta finales del XVIII), se podría comprar un boleto pagando una *livre* y participar en la lotería. El problema es que Pelletier-Desforts no debía de ser muy bueno en matemáticas, porque la suma de los premios era mayor que la cantidad que podría recaudar incluso vendiendo todos los boletos. Así que el matemático Charles Marie de La Condamine y François-Marie Arouet se unieron para hacerse con la mayor cantidad de bonos posibles y, de esta forma, poder comprar tantos boletos que convirtieron un juego de azar casi en una ciencia exacta. Como los bonos tenían un valor real inferior a su valor nominal, no tuvieron problemas en hacerse con casi todos los bonos pagando una cantidad más cercana al valor nominal que al real —supongo que sería por aquello de «más vale pájaro en mano que ciento volando». El 8 de cada mes, día en el que se celebraba el sorteo de la lotería, se convirtió para ellos en día de cobro... hasta que Pelletier-Desforts, harto de que siempre ganasen los mismos, los denunció ante los tribunales por fraude. Fallaron a favor de Charles Marie de La Condamine y François-Marie Arouet, ya que no habían cometido ninguna ilegalidad, se finiquitó la lotería y Pelletier-Desforts se quedó sin

trabajo.

Los dos amigos consiguieron hacerse con más de quinientas mil *livres*, una cantidad que les permitió vivir de las rentas durante muchos años. Por cierto, a François-Marie Arouet se le conoce más por su seudónimo: Voltaire.

EL CHOLLO DE CIOGLIO

Carlos de Borbón, el tercer hijo varón del rey de España Felipe V, fue una pieza clave en la política familiar para recuperar la influencia española en Italia: heredó de su madre Isabel de Farnesio los ducados de Parma y Toscana y, cuando su padre conquistó el reino de Nápoles y Sicilia, fue coronado rey como Carlos VII. Desde la capital, Nápoles, intentó reformar y modernizar el reino de acuerdo con las nuevas ideas reinantes en Europa —reformismo ilustrado— como oposición al absolutismo del Antiguo Régimen.

En 1759, tras la muerte de sus hermanastros Luis I y Fernando VI sin descendencia, abandona Nápoles y regresa a España donde es coronado rey como Carlos III. Aquí siguió la misma línea de reformas que en Nápoles, pero ya se sabe que los cambios no siempre son bien recibidos y, a veces, cuesta implantarlos, aunque sean en beneficio de todos. Como ejemplo tenemos el empedrado de las calles de Madrid y la creación de unos pequeños conductos para canalizar las aguas menores y mayores que se vertían en las calles. Hasta ese momento, en las calles se acumulaban excrementos animales y humanos, restos de comida... auténticas pocilgas. El frío invierno madrileño disimulaba el pestilente olor, pero los días de calor eran insoportables en una ciudad de unos ciento cincuenta mil habitantes. La mugre de las calles se limpiaba un par de veces por semana en el ritual llamado «la marea». Consistía en unos tablones o maderos tirados por mulas que iban arrastrando la mierda hasta los vertederos distribuidos por la ciudad. A pesar de ser una medida en beneficio de todos y sobre todo de la salud de los madrileños, estos no la recibieron con buen gusto, y Carlos III acuñó la frase: «Mis vasallos con como los niños, lloran cuando se les lava».

Para la implantación de esta nueva política reformista, Carlos III se rodeó de un equipo de ministros y colaboradores ilustrados españoles, como el conde de Floridablanca, Pedro Rodríguez de Campomanes o el conde de Aranda, a los que se unieron algunos venidos de Nápoles como el marqués de Esquilache (el del motín) o un avisado hombre de negocios llamado Cioglio. Tan avisado que donde nosotros veíamos una simple procesión o desfile —muy dados nosotros a este tipo de exaltaciones y manifestaciones públicas de pasión y devoción—, él vio un negocio. Solicitó autorización al rey para colocar sillas a lo largo del recorrido de los desfiles o procesiones. De esta forma, los asistentes podrían contemplarlos cómodamente sentados. Eso sí, previo pago del alquiler del asiento. Concedida la autorización real, Cioglio se convirtió en un hombre muy rico. Y de la castellanización o defectuosa pronunciación de Cioglio nació nuestro *chollo* como trabajo o negocio que produce beneficio con muy poco esfuerzo.

LOS PUEBLOS DE ATREZO

En 1762 un grupo de nobles descontentos con el zar Pedro III, entre los que destacaban Grigori Orlov y Grigori Alexandrovich Potemkin —ambos pasaron por la cama de la emperatriz—, se levantaron en armas y derrocaron al zar en favor de la emperatriz Catalina la Grande. El zar no demostró mucho apego al trono, ya que pidió una tranquila finca donde retirarse acompañado de su viejo violín y que no le faltase tabaco y buen vino de Borgoña. Lo que en un principio iba a ser una regencia, durante la minoría de edad de su hijo Pablo, se convirtió en reinado de Catalina hasta su muerte en 1796.

Después de participar en la victoria sobre imperio otomano, en la primera guerra ruso-turca, Grigori Potemkin recibió el título de «príncipe del imperio ruso», aparte de convertirse en el favorito y amante de Catalina. En 1783, Potemkin consigue la anexión pacífica de la península de Crimea que, desde el fin de la guerra contra los turcos, gozaba de cierta autonomía. Para mostrarle las bondades de la nueva Crimea, tras cuatro años formando parte de Rusia, Potemkin preparó una visita de la emperatriz, pero antes dio precisas instrucciones para que Catalina quedase complacida. Ordenó construir decorados de madera para tapar las zonas más miserables de los lugares que visitaba y fichó a muchos extras, que tras adecentarlos y vestirlos convenientemente tenían que ir saludando al paso de la emperatriz... y luego salir corriendo para llegar al siguiente pueblo antes que ella. Eran auténticos pueblos de atrezo. De hecho, la expresión «Como un pueblo de Potemkin» significa distraer o desviar la atención de temas embarazosos o comprometidos.

LA MASACRE DEL ZONG, CUANDO LOS ESCLAVOS ERAN ARROJADOS POR LA BORDA PARA COBRAR EL SEGURO

La masacre del *Zong* (1781) fue un miserable asesinato en masa de esclavos africanos en un barco inglés, propiedad de William Gregson y un grupo de comerciantes de Liverpool.

El *Zong* zarpó de la isla de Santo Tomé, en la costa occidental de África, el 6 de septiembre de 1781 con cuatrocientos cuarenta y dos esclavos y una tripulación de diecisiete miembros con rumbo a Jamaica. El capitán del barco, Luke Collingwood, no era lo que se dice un lobo de mar, y lo único que le interesaba era el dinero... Más esclavos significaban más dinero. Así que cargó muchos más esclavos de lo normal para un barco de este tamaño.

El hacinamiento, la desnutrición y las enfermedades comenzaron a hacer mella entre los esclavos y la tripulación: sesenta esclavos y siete miembros de la tripulación murieron. El viaje, que en condiciones normales duraba alrededor de los dos meses, se estaba alargando en demasía; el 28 de noviembre, el capitán se dio cuenta de que habían cometido un error de navegación y que, variando el rumbo, todavía tardarían casi un mes más en llegar a su destino. Collingwood comenzó a hacer cuentas: si los esclavos seguían muriendo o enfermaban perderían unas treinta libras por cabeza. Reunió a la tripulación y les explicó la situación: el seguro que habían suscrito los armadores aseguraba la pérdida, captura o muerte de los esclavos (naufragio, abordaje o revuelta, por ejemplo), pero se exceptuaban los casos de muerte natural, por enfermedad o suicidio. Collingwood propuso tirar por la borda a los esclavos enfermos y a los más débiles. De esta forma, y utilizando el principio *general average* (en castellano se podría traducir por «echazón») por el que un capitán podía desechar parte de la «carga» —recordemos que los esclavos eran carga— con el fin de salvar el resto, eliminaba a los esclavos enfermos que no habría cubierto el seguro. La justificación para utilizar el *general average* era que no tenían suficiente agua para cubrir las necesidades de «carga» y tripulación. James Kelsall, el primer oficial, se negó a participar en aquella masacre... Collingwood lo relevó de su cargo y procedió a ejecutar su plan. El 29 de noviembre sacaron de las bodegas a un grupo de cincuenta y cuatro esclavos compuesto por hombres enfermos, mujeres y niños. Les quitaron las cadenas y los tiraron al mar. Días más tarde, repitieron la operación con los esclavos más débiles... en total ciento treinta y tres esclavos fueron arrojados por la borda.

El 22 de diciembre 1781, el *Zong* llegaba a Jamaica con doscientos ocho esclavos. Después de venderlos, William Gregson, el armador, reclamó a la aseguradora cuatro

mil libras por los esclavos perdidos. La aseguradora se negó a pagar por considerarlo «un mal manejo de la carga» y el caso llegó a los tribunales... no por el asesinato de ciento treinta y tres personas, sino por si la aseguradora debía indemnizar al armador. En 1783 comenzó el juicio en Londres, sin el diario de a bordo, que, misteriosamente, se había perdido, y solo con las declaraciones de la tripulación. En este primer juicio, el jurado dio la razón a los propietarios del *Zong*. Sin embargo, la compañía de seguros apeló y pidió que el caso fuese juzgado ante la Corte Suprema.

En este segundo juicio, en el que la aseguradora presentó pruebas — proporcionadas por el primer oficial Kelsall— de que en el barco había agua más que suficiente, también se personó el abolicionista inglés Granville Sharp solicitando que el caso a tratar era el asesinato de ciento treinta y tres personas. El presidente de la Corte Suprema, lord Mansfield, ante las nuevas pruebas acusó a la tripulación de negligencia por tirar a los esclavos teniendo agua suficiente («mal manejo de la carga») y anuló la sentencia anterior dando la razón a la aseguradora, pero desestimó tratar el caso como asesinato (puso como ejemplo que sería lo mismo que si la carga hubiese sido de caballos).

Granville Sharp utilizó la masacre del *Zong* como ejemplo de la depravación humana, para concienciar a la opinión pública y presionar al gobierno para abolir la esclavitud. En 1807, Gran Bretaña abolió el comercio de esclavos. Lamentablemente, la trata de esclavos no terminó y la multa de cien libras que la Royal Navy imponía por cada esclavo encontrado a bordo de un barco siguió justificando tirar los esclavos por la borda.

LAS CRESTAS DE LAS MONEDAS

El real de a 8 español se creó a finales del siglo xv y fue una de las monedas más importantes para el comercio en Europa, América y el sureste asiático (a través de Filipinas). En Estados Unidos, llamado *spanish dollar*, estuvo en vigor hasta su prohibición en 1857, siendo incluso más apreciado que el dólar estadounidense creado en 1792 por la Casa de la Moneda de Estados Unidos. Sin ir más lejos, en Wall Street, el precio de las acciones en el mercado de valores se ha medido en octavos de dólar, debido al «real de a 8», hasta finales del siglo xx. Estos primeros dólares eran monedas de oro (10, 5 y 2,5) o plata (1, 0,5 y 0,25) y su valor nominal correspondía con el valor del metal con el que estaban fabricados. Pero la picaresca, que también existe al otro lado del charco, comenzó a hacer de las suyas. Teniendo en sus manos metales preciosos en forma de moneda, algunos pillos decidieron raspar el borde de las monedas y vender las virutas del metal. Al ser simplemente ralladuras, estos pequeños desfalcos pasaban desapercibidos, pero realmente, aunque en pequeña cuantía, el valor de la moneda se depreciaba al tener menos metal. Para poner freno a esta sangría, la Casa de la Moneda decidió incorporar en los bordes de las piezas unas pequeñas crestas que delatarían los casos en los que las monedas fuesen raspadas al quedar lisas.

Ya en el siglo xx, en plena Gran Depresión, el presidente Franklin Delano Roosevelt eliminó el uso de los metales preciosos en la fabricación de las monedas. Por tradición, o vete tú a saber por qué, en algunas monedas se conservaron las crestas.

AL COBIJO DEL ÁRBOL QUE MÁS SOMBRA DA

No recuerdo quién dijo que la política debe tener algo porque muchos quieren entrar en ella y los que están no quieren salir, y aunque las convicciones políticas son como la virginidad, una vez perdidas, no vuelven a recuperarse (Francisco Pi y Margall), muchos recurren al «noble arte» del transfuguismo —lo que toda la vida hemos llamado chaqueteros— para conservar la poltrona. Pero si alguien destaca por encima de todos ellos, y al que todos los políticos parecen venerar, fue Charles Maurice de Talleyrand. Su éxito político se puede resumir en una frase acuñada por él mismo: «La palabra se ha dado al hombre para que pueda encubrir su pensamiento».

Charles Maurice de Talleyrand nació en el seno de una de las familias más poderosas y prestigiosas de Francia, pero vio truncado su deseo de iniciar la carrera militar por ciertos problemas de huesos que le produjeron una evidente cojera. Así que se decidió por la Iglesia. Su salto a la política se produce en 1789 cuando es nombrado representante del clero en los Estados Generales convocados por Luis XVI. Con el triunfo de la Revolución francesa sabe adaptar su discurso a las nuevas condiciones: ataca a la Iglesia e interviene en la confiscación de sus bienes, incluso participa en la redacción de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. Es nombrado embajador de Francia en Londres y aprovecha para alejarse de los años del Terror durante la revolución. En 1797, durante el Directorio, regresa para ser nombrado ministro de Relaciones Exteriores, etapa en la que conoce y entabla una estrecha amistad con Napoleón. Viendo las pretensiones de Napoleón, dimitió de su cargo para apoyar el golpe de estado del 9 de noviembre de 1799 (18 de brumario del año VIII del calendario republicano francés) que instauró el Consulado donde volvió a ser designado ministro de Relaciones Exteriores. En 1804, con el nombramiento de Napoleón como *empereur des Français* adquiere una cuota de poder y de riqueza inimaginable.

Cuando ve flaquear las fuerzas del emperador, sobre todo tras la errónea decisión de invadir Rusia, se aparta de él y renuncia a seguir representando a Francia en el exterior, incluso negociando con sus enemigos. Tras la caída de Napoleón, en 1814, se encarga de firmar el armisticio con los aliados y con la restauración borbónica de Luis XVIII es nombrado primer ministro y también vuelve a ocupar su cargo natural: ministro de Relaciones Exteriores. Al año tuvo que dimitir por las presiones de los extremistas monárquicos, que no le perdonaron su pasado; se apartó de la primera línea, pero siguió, desde la sombra, haciendo oposición contra el absolutismo de Carlos X. Apoyó la revolución de 1830 que llevó al trono a Luis Felipe de Orleans y fue nombrado embajador en Londres hasta 1834. *Le Diable Boiteux* (el Diablo Cojo), como le llamaban sus enemigos, se subió a un coche oficial en 1789 y no se bajó hasta 1834. Poco antes de su muerte, en 1838, se reconcilió con la Iglesia.

Una muestra de que sabía lo que era la política y sus consecuencias tuvo lugar cuando ocupaba el cargo de primer ministro con Luis XVIII. Mientras el rey preparaba la carta constitucional, le preguntó a Talleyrand qué opinaba de lo que en ella se recogía. Después de leerla detenidamente, el político quiso saber por qué no asignaba ninguna remuneración a los diputados:

—Creo que los diputados deben ejercer su cargo por el bien del país y no por dinero —replicó el rey.

La respuesta de Talleyrand, para quitarse el sombrero:

—Sí, majestad, pero esas funciones, si son gratuitas, salen muy caras.

EL OSO QUE SOLICITÓ UNA BECA EN CAMBRIDGE

El inglés Lord Byron, sexto barón de Byron, además de un gran poeta, figura destacada en el movimiento romántico, excéntrico, anoréxico, promiscuo bisexual, manirroto, polémico, controvertido... fue un gran amante de los animales. Se sabe que a lo largo de su vida tuvo caballos, perros, monos, gatos, un águila, un cuervo, un halcón, pavos reales, un zorro, un tejón, gansos, una grulla egipcia, gallinas... y un oso. Todos, excepto los caballos, residieron en el interior de las casas donde lo hizo el propio Byron.

De niño le regalaron un cachorro de Terranova —aunque según los cuadros pudiera ser un Border Collie— al que Byron llamó *Boatswain* y que se convirtió en su compañero inseparable. Cuando en 1805 se trasladó a Cambridge para estudiar en el Trinity College se llevó con él a *Boatswain*, pero las normas del *college* prohibían la presencia de perros. Ante aquella negativa, Byron decidió seguir los cauces legales y envió una carta a la dirección para que reconsiderasen su postura, pero el permiso le volvió a ser denegado. En el Trinity College no debían de conocer las excentricidades del poeta porque su respuesta fue adquirir un oso y llevarlo al *college*. La dirección intentó impedirle la entrada, pero Byron exigió que le mostrasen la norma en donde se prohibían los osos. Como no existía, tuvieron que aceptarlo. Y, para rizar el rizo, envió una carta a la dirección en la que solicitaba una beca para el oso.

Una buena muestra de su amor por los animales se produjo con ocasión de la muerte de *Boatswain*. En 1808, un perro callejero mordió a *Boatswain* y le contagió la rabia. Byron estuvo con él todo tiempo hasta que a los pocos días murió. A pesar de las muchas deudas que tenía, encargó un impresionante monumento funerario de mármol para su amigo canino en el que se grabó este epitafio:

*Aquí reposan
los restos de una criatura
que fue bella sin vanidad,
fuerte sin insolencia,
valiente sin ferocidad,
y tuvo todas las virtudes del hombre
y ninguno de sus defectos.*

¿CÓMO SE TRANSPORTABAN LAS VACUNAS HACE DOS SIGLOS?

Hoy en día, con el uso de neveras portátiles y cajas isotérmicas, es fácil mantener la cadena del frío y transportar las vacunas, pero hace dos siglos...

Al médico inglés Edward Jenner le debemos el descubrimiento de la vacuna contra la viruela y, por extensión, de las vacunas. Comprobó que las personas que habían estado en contacto con las vacas y que habían sufrido la viruela bovina —en los humanos solo produce pústulas— demostraban resistencia a la viruela. Así que, por su cuenta y riesgo, ya que para la comunidad científica aquello era una aberración, extrajo pus de una pústula de la mano de Sarah Nelmes, una ordeñadora que había contraído la enfermedad de las ubres de su vaca, e inoculó el virus a un niño de ocho años, James Phipps (el cual no había padecido el mal). El pequeño desarrolló una leve enfermedad que desapareció sin la menor complicación. En 1796 se había probado, con éxito, la primera vacuna. Todavía tuvieron que pasar varios años, y muchas críticas, para que el método de la vacunación se estableciese como medida preventiva de la viruela.

El rey español Carlos IV decidió organizar y financiar la Real Expedición Filantrópica, que llevaría la vacuna de la viruela al continente americano. Al frente de la misma estaba el médico Francisco Javier Balmis acompañado de los cirujanos José Salvany Lleopart, Manuel Julián Grajales y Antonio Gutiérrez Robledo; los practicantes Francisco Pastor Balmis y Rafael Lozano Pérez y los enfermeros Basilio Bolaños, Pedro Ortega y Antonio Pastor. Pero había un problema: ¿cómo llevar la vacuna en un viaje de dos meses? La única forma de transporte era inoculada en el propio individuo.

Estos «originales recipientes» debían ser niños, ya que los adultos podían haberse inmunizado y no desarrollar las pústulas necesarias para extraer el virus. Así que se buscaron «voluntarios» entre los niños abandonados y recogidos en los hospicios que, recordemos, estaban al servicio del estado —eran los conejillos de indias—. Se reclutaron veintidós niños que durante la travesía quedaron al cuidado de la directora del orfanato de La Coruña. La expedición partía el 30 de noviembre de 1803.

Se inoculaba el virus al primer niño, y como no era inmune a la viruela desarrollaba la enfermedad y las consiguientes pústulas; antes de que se curase, se volvía a extraer el virus de las pústulas y se inoculaba al siguiente niño, y así sucesivamente hasta llegar al Nuevo Mundo.

Gracias a los *niños vacuníferos*, que así se les llamó, la vacuna llegó al continente americano... y más allá. Una vez en tierra, y para poder abarcar más territorio, la expedición se dividió: Balmis inició una ruta que recorrería México con destino a

Filipinas y China, mientras Salvany tomó rumbo al sur para ir a Perú y de ahí hasta Chile. Y si de ingeniosa y eficiente podemos calificar esta expedición, qué decir de cómo un médico consiguió que el actor Harry Simpson se tomase la medicina recetada.

El actor de teatro Harry Simpson no era muy amigo de los médicos, y mucho menos de las medicinas, pero aun así decidió acudir a la consulta médica porque llevaba varios días enfermo y no quería perder ni un día de función. Tras el correspondiente reconocimiento, el galeno le prescribió un jarabe. Cuando Simpson probó aquel brebaje —que no debía de tener buen sabor ni aspecto—, lo escupió y dijo que nunca lo tomaría. El médico, preocupado por su salud, decidió aprovechar su condición de actor... Habló con el director de la obra y le explicó su plan: al final de la representación, Simpson moría tras obligarle sus verdugos a ingerir un veneno; así que le cambiaron el licor que bebía cada noche a modo de veneno por el brebaje en cuestión. Cuando llegó el momento de tomar el veneno —ahora jarabe—, Simpson se dio cuenta del cambiazo, pero se lo tuvo que beber, porque antes de morir debía enseñar a sus verdugos el recipiente para demostrarles que lo había tragado. Y de esta forma tan ingeniosa, el médico consiguió que se tomase la medicina. Lamentablemente, solo aquel día, porque durante las demás representaciones, antes de comenzar la función, comprobaba el contenido de la copa.

CUANDO SE PAGABAN CINCO LIBRAS POR LA CAPTURA DE UN ABORIGEN

Aunque los británicos la llamaron Black War (Guerra Negra), no se declaró ninguna guerra. De esta forma, denominan los ingleses al exterminio de los aborígenes de Tasmania promovido directamente por el imperio británico.

La isla de Tasmania —topónimo conocido por los dibujos animados de la Warner cuyo protagonista es el Diablo de Tasmania— está situada a doscientos cuarenta kilómetros al sureste de Australia. La isla estaba poblada por aborígenes de tez negra, pelo rizado, baja estatura (hombres 1,60 metros y las mujeres 1,48 metros) y de complexión delgada, dedicados a la caza y recolección con medios muy rudimentarios. Tuvieron la mala suerte de que el navegante holandés Abel Tasman Jansen arribase a sus costas en 1642. Hasta que en 1855 comenzó a denominarse Tasmania por su descubridor, se llamaba Tierra de Van Diemen por Anthony Van Diemen, gobernador general de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en aquella época. Más tarde pasaron por allí franceses y británicos que comenzaron a esclavizar a muchos aborígenes. En 1803, los británicos establecieron una colonia penal en Tasmania y la isla comenzó a recibir lo mejor de cada casa. Con estos indeseables también llegaron colonos dispuestos a conseguir terrenos donde establecerse sin respetar los territorios de caza de los aborígenes. Poco tardaron en llegar los primeros enfrentamientos entre colonos, apoyados por el ejército británico, contra los nativos del lugar que siempre llevaron las de perder: asesinatos, violaciones o secuestros se repetían sin castigo alguno para los europeos. A pesar de todo, los aborígenes tasmanos trataron de defenderse, pero poco podían hacer con piedras y lanzas contra las armas de fuego. Entre 1803 y 1830, se pasó de una población estimada de cinco mil tasmanos a unos doscientos. En 1826, el *Tasmania Colonial Times* lo justificaba como autodefensa:

No estamos aquí por nuestra labor filantrópica. La autodefensa es la primera ley de la naturaleza. Si el gobierno no elimina a los nativos [se planteó reubicarlos en otra isla], serán cazados como fieras.

Para acabar con aquel problema por la vía rápida, en 1828 se autorizó la caza de aborígenes estableciendo una recompensa de cinco libras por la captura de un adulto y dos libras por un niño. En 1860 murió el último hombre tasmano y, como recuerdo, el miserable George Stokell, de la Royal Society of Tasmania, ordenó que desollasen su cuerpo para hacerse una cartera. La última mujer tasmana, Truganini, murió en 1876... El genocidio había terminado.

CAMPAÑA DE *MARKETING* LITERARIO EN 1809

Para el lanzamiento de cualquier producto al mercado son fundamentales campañas de *marketing* y de publicidad. Pero cómo hacerlo en 1809: con la picaresca.

En este caso hablamos de Washington Irving (1783-1859) y su libro *History of New York from the beginning of the World to the end of the Dutch Dynasty* (*Historia de Nueva York desde el comienzo del mundo hasta el fin de la dinastía holandesa*), una sátira sobre la historia y la política.

Escribió este libro bajo el seudónimo Diedrich Knickerbock y antes de su publicación preparó su particular campaña de *marketing*: inundó los medios de comunicación de Nueva York con anuncios sobre la desaparición del supuesto historiador holandés Diedrich Knickerboker. Asimismo, colocó una nota en la habitación donde, supuestamente, estaba alojado el historiador holandés. La nota decía que, si no volvía, se autorizaba a los propietarios del hotel a publicar el manuscrito escondido en la habitación para pagar la cuenta. Este caso, envuelto en polémica y misterio, conmocionó a la sociedad neoyorkina, incluso se llegó a ofrecer recompensa por alguna pista. Llegado el momento, 6 de diciembre de 1809, se publicó el libro con un gran éxito de ventas (no sé si por pena, morbo o curiosidad) y de crítica (además era bueno realmente). El ingenio y una dosis de picaresca fueron los ingredientes de la mejor campaña de *marketing*.

Los neoyorkinos no se lo debieron de tomar muy mal, ya que el nombre del equipo de la NBA de Nueva York, los Knicks, es una abreviatura de Knickerbocker.

EL PRIMER INTENTO DE CONTACTAR CON LOS EXTRATERRESTRES... HACE CASI DOS SIGLOS

En la película *Contact* (1997), adaptación de la novela de ciencia-ficción de Carl Sagan, dirigida por Robert Zemeckis e interpretada por Jodie Foster, los científicos trabajan rastreando el universo buscando señales de inteligencia extraterrestre y, ¡eureka!, consiguen contactar. Volviendo a la realidad, bajo el acrónimo inglés SETI, Search for Extra Terrestrial Intelligence (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre), se agrupan los numerosos proyectos que tratan de encontrar vida extraterrestre inteligente, ya sea por medio del análisis de señales o bien enviando mensajes de distinta naturaleza al espacio con la esperanza de que alguno de ellos sea contestado. Pues en 1819 ya hubo un científico que intentó establecer contacto con lo que tenía a mano: señales visuales que pudiesen ser visibles desde el espacio.

El astrónomo austriaco Joseph Johann Littrow, director del observatorio de Viena desde 1819 hasta su fallecimiento en 1840, sugirió la idea de establecer comunicación con los extraterrestres. Para ello se debía excavar un foso de unos veinte kilómetros de diámetro que se llenaría de agua. Sobre el agua se vertería queroseno que por la noche se prendería y llegaría a producir una llamarada visible para los extraterrestres. Además, se eligió el Sahara para que no hubiese ninguna contaminación lumínica que pudiese interferir la visión desde la Luna, Marte... o vete tú a saber.

¿CÓMO VOTAR SIENDO MUJER, CUARENTA Y TRES AÑOS ANTES DE PODER HACERLO?

Charlotte Parkhurst nació en 1812 en el estado de New Hampshire. Siendo muy pequeña, se quedó huérfana y fue criada en un orfanato donde pasaba más tiempo con los caballos del establo que con sus compañeros. Cuando abandonó el orfanato, o se escapó, consiguió trabajo en unos establos en Worcester (Massachusetts) propiedad de Ebenezer Balch. Gracias al buen manejo de los caballos, aprendió a conducir los carruajes de hasta seis caballos, pero el día a día era muy duro para una chica joven en un terreno propiedad de los hombres... Tenía que aguantar constantes burlas, menosprecio y abusos. Así que, un buen día, decidió huir e ir a buscar fortuna a la ciudad de Providence (Rhode Island), pero con un ligero cambio: se cortó el pelo, se vistió con ropa de hombre y adoptó el nombre de Charley Parkhurst. Allí se sirvió de todo lo aprendido en Worcester y comenzó a trabajar como conductor de diligencias.

Pero Charley también sucumbió a la fiebre del oro, y en 1851 se trasladó a California para buscar su parte del pastel. Debido a la dureza del terreno y a los bandidos de los caminos, no le fue difícil volver a conseguir trabajo, esta vez en la California Stage Company. Tras sufrir varios asaltos, de los que salió bien librado, y algún que otro percance —perdió la vista de un ojo por la coz de un caballo y desde aquel momento se le conoció con el sobrenombre de One Eyed Charley—, se ganó una merecida reputación en la costa oeste. Después de veinte años en la diligencia, y debido al constante dolor en las manos, decidió dejarlo y dedicarse a otros negocios con escasa fortuna.

En 1868, después de la guerra civil americana, se celebraron las elecciones presidenciales y en la ciudad de Soquel (California), donde él se quedó a vivir, y aparecía el nombre de Charley Parkhurst en las listas electorales... Charlotte se convertía en la primera mujer en votar —lógicamente con la apariencia y el nombre de Charley Parkhurst— cuando el voto femenino no se aprobó en California hasta 1911. El 18 de diciembre de 1879 fallecía debido a un cáncer de lengua. El médico y los vecinos que preparaban el cadáver para su entierro descubrieron que era una mujer.

En el edificio de la estación de bomberos de Soquel hay una placa que dice:

El 3 de noviembre de 1868, en este lugar votó por primera vez una mujer en el estado de California, «Charley» Parkhurst, que se había disfrazado de hombre.

LA HISTORIA QUE ESCONDE EL PRIMER SELLO

El primer sello de correos de la historia se emitió en el Reino Unido el 1 de mayo de 1840 y se utilizó por primera vez para franquear una carta el 6 de mayo de ese mismo año. Hasta la fecha, el importe del envío de la correspondencia debía abonarlo el destinatario y dependía de la distancia que había que recorrer para su entrega. Su creación se debe al parlamentario británico Rowland Hill, que en 1837 presentó al Royal Mail (servicio postal británico) un proyecto en el que se incluía el franqueo de la correspondencia mediante unos sellos adhesivos que tenía que pagar el remitente. También incluyó un dibujo con el modelo del primer sello, el *Penny Black*. Era un dibujo del perfil de la reina Victoria sobre un fondo negro, la palabra *Postage* en la parte superior y la tarifa, *One Penny* (un penique), en la inferior. Se creó un comité en la Cámara de los Comunes para estudiar la propuesta y en 1840 se aprobó. ¿Cómo se le ocurrió la idea a Rowland Hill?

Un par de años antes, en uno de sus múltiples viajes por el país y debido a una fuerte tormenta, tuvo que hacer noche en una posada del camino. Mientras la posadera le servía la cena, se presentó un miembro del Royal Mail para entregarle una carta. La posadera la cogió, miró detenidamente el remitente y se la devolvió diciendo: «No puedo recogerla, no dispongo del dinero suficiente para pagarla».

Rowland Hill, que contemplaba la escena, pagó el importe y se la entregó a la posadera. Cuando el cartero se marchó, le dio las gracias, pero le dijo que no hacía falta que la hubiese pagado porque el sobre estaba vacío. Ante la cara de sorpresa del parlamentario, le explicó la historia: cuando su novio se marchó a trabajar fuera, acordaron que mediante un sistema de signos y señales en el exterior del sobre le haría saber cómo estaba y cuándo regresaba a casa... porque ella no sabía leer. Por ese motivo, ella había cogido el sobre y después de mirar los signos, se lo devolvió al cartero sin pagar el franqueo. Aun así, y después de este momento «¡Tierra, trágame!», Rowland siguió dándole vueltas al asunto y comprendió que, independientemente de aquella particular situación, podía haber sido una carta con noticias importantes y no poder entregarse al no tener el destinatario el importe correspondiente.

Y si curioso, y barato, era el método utilizado por la posadera y su novio, las «cartas cruzadas» también eran un buen sistema para ahorrarse unos peniques. Con el nuevo proyecto de Rowland Hill, el franqueo pasaba a pagarlo el remitente con los sellos y su importe dependía de la distancia y del número de hojas de papel que se usaban, llegándose a duplicar la tarifa si se utilizaban dos hojas en una carta. Evidentemente, surgieron distintos métodos ingeniosos que burlaban este aumento de coste, como el de escribir la carta en una única hoja con letra diminuta y aprovechando cada milímetro de espacio del papel, pero el más curioso era el sistema

de la «carta cruzada»: primero se leía la misiva sin hacer caso a las líneas cruzadas, después se giraba la hoja 90° y se continuaban leyendo las líneas cruzadas. Puede parecer imposible a primera vista, pero con un poco de práctica se hacía legible y, sobre todo, se conseguía escribir en una única hoja lo que de otra manera hubiera necesitado varias, logrando así una notable reducción en la tarifa postal.

EL GUANO ACABÓ CON LA CULTURA RAPA NUI

A mediados del siglo XIX el uso del guano (excrementos de aves marinas) comenzó a utilizarse como fertilizante para enriquecer las agotadas o pobres tierras de cultivo de la vieja Europa. Su recolección se hacía, casi en exclusiva, en las islas Chincha (Perú). Esta zona del Pacífico está poblada de productores de guano (gaviotas, pelícanos...) que durante años se ha ido acumulando en la superficie insular formando una capa de varios metros de espesor. Perú controlaba la producción e Inglaterra su comercio. Estados Unidos se quedaba fuera del control directo del guano y, por tanto, tenía que importarlo de Inglaterra a unos costes muy elevados.

Como es de suponer, las islas Chincha no eran el único lugar de recogida; otras muchas islas del Pacífico también eran potenciales productoras del preciado fertilizante. En 1856, para reducir costes y no depender de la importación, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Guano Islands Act (Acta de Islas Guaneras), autorizando a ciudadanos de los Estados Unidos a tomar posesión de las islas con depósitos de guano:

Quando cualquier ciudadano de los Estados Unidos descubra un depósito de guano sobre cualquier isla, roca, o cayó, no dentro de la jurisdicción legal de cualquier otro gobierno, y no ocupada por ciudadanos de cualquier otro gobierno, y tome posesión pacíficamente, y ocupe, ya sea, isla, roca o cayó, puede, según la discreción del presidente, ser considerado perteneciente a los Estados Unidos.

Más de cien depósitos de guano fueron reclamados como americanos bajo esta ley. Hoy en día, varias de estas islas todavía siguen bajo dominio estadounidense. La respuesta de Perú e Inglaterra fue aumentar la producción de las islas Chincha e intentar acaparar el mercado. Para ello necesitaban contratar más mano de obra... y barata. Se enviaron barcos a China donde prometían a los humildes campesinos trabajos bien remunerados en las minas de oro. Cuando llegaban a Perú, eran enviados, como ganado, a las islas para trabajar en las minas de guano. Se mantenían con cuatro plátanos verdes al día y eran tratados como auténticos esclavos. En 1875 había más de cien mil chinos en Perú. A causa de la alta mortandad de trabajadores (suicidios, enfermedades, accidentes...) y la disminución de nuevas remesas (comenzaron a llegar a China las noticias de las «falsas ofertas de trabajo») tuvieron que buscar nuevas fuentes de mano de obra.

Para desgracia de los pascuenses, el nuevo objetivo fue la isla de Pascua. A finales de 1862, ocho barcos zarparon de Perú y tras recorrer más de tres mil

kilómetros llegaron a la isla de Pascua. Tras un intercambio de baratijas y regalos, los marineros rodearon a los pascuenses y los capturaron. Algunos fueron abatidos en la huida, otros se despeñaron por los acantilados. Un tercio de la población (casi todos los hombres adultos) fueron hechos prisioneros y llevados a trabajar a las minas de guano. Al final, la vieja Europa y Estados Unidos entendieron que Perú se había excedido y obligaron a liberar a los prisioneros pascuenses. Cuando se repatrió a los supervivientes de los trabajos forzados, solo quedaban cien hombres con vida. En el trayecto de vuelta a casa, la viruela mató a ochenta y cinco. Solo quince volvieron a pisar la isla de Pascua y no todos en perfectas condiciones. Fue la puntilla de los Rapa Nui.

CADA UNO SACA PROVECHO DE SUS HABILIDADES

Desde muy pequeño ya se veía que el futuro de Joseph Pujol estaría vinculado al mundo del espectáculo. Siempre era el encargado de amenizar las fiestas cantando y bailando, hasta que debido a un accidente tuvo que cambiar su registro interpretativo. Durante un baño en el mar, cogió aire para sumergirse y sintió cómo las gélidas aguas se introducían por su ano. Asustado, salió rápidamente a la orilla y mientras corría hacia donde se encontraba su madre, se percató de que, entonces, el agua salía. Su madre lo llevó al médico, pero este no le diagnosticó ninguna enfermedad o malformación y le dijo que no debía preocuparse.

Aquel incidente marcaría su vida... Comprobó que, gracias al control abdominal, podía aspirar el agua a través del culo y, posteriormente, expulsarla proyectando un chorro de cuatro o cinco metros. Cuando llegó a tener un control absoluto, probó con el aire y consiguió expulsarlo produciendo diferentes notas e incluso reproducir sencillas melodías. Tras el éxito cosechado durante cinco años (1887-1892) en Marsella con su espectáculo *Le Petomane* (El Pedómano), dio el salto a París... al Moulin Rouge. Allí actuó durante tres años convirtiéndose en el artista mejor pagado de Francia (veinte mil francos), con un espectáculo en el que interpretaba melodías, apagaba velas, imitaba sonidos, fumaba cigarrillos y como broche final se metía un tubo que conectaba con una ocarina y reproducía canciones populares. Cuando abandonó el Moulin Rouge, por problemas contractuales, abrió su propio teatro y estuvo actuando hasta la Primera Guerra Mundial.

Después de su muerte, en 1945, la Escuela de Medicina de París ofreció veinticinco mil francos para poder inspeccionar el cuerpo de Pujol, pero la familia se negó: hay algunas cosas en la vida que deben ser tratadas con respeto.

UN NEGOCIO LEGAL QUE DERIVÓ EN EL ASESINATO DE NIÑOS

Nos trasladamos a la época victoriana, más o menos coincidente con el reinado de la reina Victoria I del Reino Unido (1837-1901), que se caracterizó por el enorme desarrollo económico producto de la llamada Revolución industrial y la expansión del imperio colonial británico. Estos significativos cambios a nivel social, económico y tecnológico consolidaron al Reino Unido como la primera potencia de su época. A pesar de estas profundas transformaciones, la sociedad victoriana se seguía rigiendo por los principios puritanos: vida discreta y ordenada, austeridad económica, metodismo religioso y conservadurismo político. El libro de cabecera de los puritanos era el *Libro de etiqueta de lady Gough* —una especie de manual del perfecto puritano—, llegando a extremos tan absurdos como el de aconsejar no mezclar en una misma estantería los libros escritos por hombres y mujeres. Solo podían estar juntos si los autores estaban casados.

En medio de esta sociedad puritana y moralista, un hijo fuera del matrimonio era un estigma que marcaría a madre e hijo durante toda la vida. Así que se instituyeron y legalizaron en el Reino Unido y sus colonias las *Baby farming*. Era una especie de institución, regida por particulares, donde se podían colocar los hijos nacidos fuera del matrimonio, o los de madres solteras e incluso los de prostitutas y luego las madres seguir sus vidas —«Ojos que no ven, corazón que no siente»—. Sin ningún tipo de preguntas, las mujeres en estas situaciones podían entregar sus bebés en acogida en estos negocios —porque para sus regentes era un negocio— por una cantidad periódica (unos cinco chelines al mes) y poder recuperarlos en el futuro o hacer un único pago (unas diez libras) para que los «granjeros» —porque actuaban como auténticos criadores de ganado— los diesen en adopción. Las adopciones se tramitaban mediante anuncios en los periódicos, y tras una rápida gestión, los mediadores colocaban a los niños... y volvían a cobrar de los padres adoptivos. Un negocio en toda regla. Algunas madres —y digo madres solo por el hecho de que parieron a sus hijos— optaron por la vía más rápida y económica: el abandono o el asesinato de sus bebés. De hecho, la primera persona ajusticiada en el siglo xx en Inglaterra fue Louise Josephine Masset por asesinar a su hijo.

Una de las regentes de este tipo de establecimientos fue Amelia Dyer. Amelia era una joven inglesa que tras el fallecimiento de sus padres se fue a vivir con una tía y comenzó a trabajar como enfermera. Al poco tiempo, y aunque ella solo tenía veinticuatro años, se casó con George Thomas, de cincuenta y nueve años (ambos mintieron en su edad en el certificado de matrimonio). En el hospital se enteró de la existencia de este tipo de lucrativos negocios y se decidió a montar uno en su propia

casa. Su posición acomodada y el hecho de ser enfermera le sirvieron para conseguir bebés con los primeros anuncios que puso en el periódico. Aunque ella prefería los niños con pago único y posterior adopción con otro pago, la mayoría de los bebés que le llegaron fueron en acogida y pagos periódicos; aquello suponía una casa llena de niños a los que había que alimentar y cuidar. Era demasiado trabajo. Dejó de alimentarlos y para tenerlos tranquilos les administraba el «jarabe de la señorita Winslows» —una especie de Apiretal o Dalsy de la época con la diferencia de que contenía sulfato de morfina, cloroformo y heroína—. Muchos niños enfermaron y murieron. Gracias a las sospechas y la denuncia de un médico que certificó la muerte de varios de los pequeños, en 1879 fue detenida y condenada a seis meses de reclusión... no por homicidio, sino por negligencia.

Tras cumplir la sentencia, se mudó de Bristol a Caversham, comenzó a utilizar alias como señora Harding o señora Smith... y volvió al negocio con su hija Mary Ann (conocida como Polly) y Arthur Palmer, su yerno. Ahora solo aceptaría pagos únicos para adopción, nada de cantidades regulares en acogida. Tras recibir las diez libras y el bebé, se deshacía de este estrangulándolo con una cinta blanca hasta asfixiarlo. Y, claro está, sin certificado médico de defunción. Hacía paquetes y los arrojaba al río Támesis. En 1896, uno de esos paquetes fue encontrado por un barquero con los restos de un niño y lo denunció a la policía. Al poco tiempo apareció otro paquete y las evidencias aparecidas entre los cuerpos de los bebés llevaron a la policía hasta la señora Harding o señora Smith: Amelia Dyer. Cuando entraron en la casa, todo apuntaba a que allí se habían producido un asesinato en masa: cartillas de vacunación, un rollo de cinta blanca, ropa de bebés, recortes de anuncios en periódicos... y, sobre todo, un fuerte hedor a carne putrefacta proveniente de la despensa de la cocina. Ante las pruebas, Amelia confesó: «Reconocerán a los míos por una cinta blanca alrededor del cuello».

Durante sus tres semanas en la celda de los condenados, llenó cinco libros con su «última confesión, verdadera y única» en la que admitía toda su culpa exonerando a su hija y su yerno. El 10 de junio de 1896, con cincuenta y siete años, era ahorcada en la prisión de Newgate. Aunque ni mucho menos aparecieron todos los cuerpos, pero por las pruebas encontradas y los treinta años ejerciendo esta miserable profesión, se calcula que pudo haber asesinado entre trescientos y cuatrocientos niños.

Lamentablemente, no fue la única condenada por este tipo de prácticas —infanticidios—, en el Reino Unido; seis «granjeros» más fueron ahorcados entre 1870 y 1909. También es muy conocido el caso de la neozelandesa Williamina Dean (conocida como la Bruja de Southland), la única mujer ejecutada en Nueva Zelanda también por infanticidio como «granjera». Posteriormente, las leyes de adopción se hicieron más estrictas, dando a las autoridades locales la facultad de vigilar las «granjas de bebés», con la esperanza de acabar con aquellas prácticas. A pesar de esto, el tráfico y el abuso de los niños no se detuvo. Dos años después de la ejecución de Dyer, los trabajadores ferroviarios encontraron un paquete abandonado en un

vagón en el que descubrieron una niña de menos de un mes aún con vida. Era el bebé de una viuda llamada Jane Hill que lo había entregado a una tal señora Stewart por doce libras. Se cuenta que la misteriosa señora Stewart era Polly, la hija de Amelia. Nada se pudo probar...

¡APUESTO QUINIENTAS LIBRAS A QUE LA TIERRA ES PLANA!

Samuel Birley Rowbotham, que utilizó el seudónimo Parallax, fue un escritor inglés cuya obra más relevante fue *Zetetic Astronomía: Earth Not a Globe* (1849), en la que venía a demostrar que la Tierra era plana. Según su teoría, la Tierra es un disco plano centrado en el Polo Norte y limitado en su parte exterior por muros de hielo (Polo Sur); los continentes flotarían sobre los océanos y sobre nuestras cabezas, a imagen y semejanza de un cielo bíblico, el Sol, que gira sobre el Polo Norte, la Luna y las estrellas. Bajo nuestros pies, claro está, el infierno. Antes de publicar su obra magna, recorrió el país defendiendo su teoría apoyado en su verbo fácil y en un método ideado para su demostración científica: el método Old Bedford. Su demostración científica se realizó en un tramo prácticamente rectilíneo y plano de diez kilómetros del río Old Bedford en Cambridgeshire (Inglaterra); se metió en el río con un telescopio y a una distancia determinada se colocó un objeto en la superficie del agua. Según Rowbotham, y de acuerdo a la curvatura del globo terráqueo, a esa distancia no se podría ver el objeto... y él lo veía. La discusión estaba servida.

John Hampden, un fanático seguidor de la teoría de Rowbotham, se atrevió a plantear este reto en 1870: «Apuesto quinientas libras a que nadie puede demostrar que la Tierra es redonda, quien acepte este reto pagará la misma cantidad si no puede demostrarlo».

Alfred Russel Wallace, uno de los naturalistas más importantes —incluso a la altura de Darwin—, aceptó la apuesta. Poco podía ganar al mezclarse con este charlatán, pero sus problemas económicos le obligaron a «recoger el guante». Hampden, apoyado en el método Old Bedford, pedía como prueba «mostrar un río, canal o lago convexo». Wallace preparó la prueba en el mismo tramo rectilíneo del río: colocó unos marcadores, a la misma altura, sobre los tres puentes que lo cruzaban a intervalos de 4,8 kilómetros cada uno. Luego, visto desde un telescopio, el marcador del centro parecería más alto que el situado más lejos. El padrino de Hampden, William Carpenter, declaró que los tres marcadores estaban perfectamente alineados —lógico, si pensamos que Carpenter era amigo de Hampden y defensor asimismo de la teoría de la Tierra plana—, el de Alfred declaró que el del centro parecía más alto. El árbitro de la disputa, J. H. Walsh, editor de un periódico local, entregó las quinientas libras a Wallace como ganador de la apuesta. Hampden y Carpenter no estuvieron de acuerdo con aquella decisión y durante *¡años!* siguieron atacando a Wallace con artículos pagados en los medios, cartas amenazadoras a su familia e incluso llegaron a los tribunales... donde Wallace ganó y Hampden fue encarcelado por difamación. A pesar de haber tenido éxito, entre abogados y la

bancarrota de Hampden, Wallace tuvo que poner más de quinientas libras. Así que nada ganó y, además, durante todo su vida estuvo arrepintiéndose de haberse metido en aquella historia.

Pero no termina aquí este episodio de los seguidores de esta teoría planista. Tras la muerte de Rowbotham, lady Elizabeth Blount fundó la Sociedad Zetetic Universal que atrajo a miles de seguidores. Se mantuvo activa hasta bien entrado el siglo xx, y cuando parecía que iba a desaparecer por la continua pérdida de miembros, en 1956 volvió a cobrar fuerza refundada con el nombre de Flat Earth Society (Sociedad de la Tierra Plana). A fecha de hoy, todavía existe.

EL DÍA QUE SE IBA A DEMOLER LA GRAN MURALLA CHINA

Reza el dicho popular que cuando diablo no tiene nada que hacer mata moscas con el rabo, y algo parecido debieron de pensar cuatro periodistas estadounidenses (Al Stevens, Jack Tournay, John Lewis y Wilshire Hal) cuando, a falta de buenas noticias, decidieron inventarse una.

Por casualidades de la vida, Al Stevens, Jack Tournay, John Lewis y Wilshire Hal, cuatro periodistas de los diarios más importantes de la ciudad de Denver (*The Post*, *The Times*, *The Republican* y *The Rocky Mountain News*, respectivamente), se encontraron en la estación del ferrocarril buscando alguna noticia que llevarse a la boca. Ante la falta de sucesos o de alguna primicia, se sentaron a tomar una copa. Después de un rato de amena charla, volvieron al tema de la escasez de noticias y la necesidad de llenar el espacio asignado en sus respectivos periódicos. Alguien propuso inventarse algún suceso y, para darle más credibilidad, que los cuatro la publicasen —«Si todos los medios de la ciudad la publicaban, nadie la pondrá en duda»—. Aunque al principio la idea sonó descabellada, al final todos accedieron a hacerlo. Para que fuese más difícil contrastar la noticia, se descartó que fuese de ámbito local, estatal e incluso nacional. Se pensó en Europa, pero al final se decidió que fuese relativa a un lugar más lejano: China. Decidido el emplazamiento, había que buscar el contenido: los periodistas se habían reunido con una comisión que se iba a desplazar a Pekín y tratar la propuesta del gobierno chino de demoler la Gran Muralla como muestra de apertura al exterior. Dicho y hecho. Se trasladaron a un hotel cercano, hicieron un pacto de no revelar nunca la verdad y cada uno se retiró a su habitación para recrear la historia. Al día siguiente —25 de junio de 1899— los cuatro periódicos publicaban la noticia:

Great Chinese Wall Doomed – Peking Seeks World Trade!

Gran Muralla china derribada – Pekín se abre al comercio mundial.

La noticia cruzó todo el país de costa a costa y se publicó en otros muchos medios, solo *The New York Times* cuestionó la veracidad de los hechos. Además, algunos hacían sus propias aportaciones que no figuraban en la noticia original: daban cifras y nombres, publicaron declaraciones de las autoridades chinas en las que informaban de que los restos serían utilizados para hacer una carretera o una presa... La noticia llegó hasta Europa e incluso a China, pero era de tal magnitud que a los pocos días cayó por su propio peso. Diez años más tarde, Hal Wilshire, el único con vida de los cuatro, confesó el secreto de aquella estúpida broma. ¿Y aquí termina la

historia? No, porque algunos llegaron a relacionar esta noticia con la rebelión de los bóxers contra los occidentales establecidos en China (recomiendo la película de 1963, *55 días en Pekín*, con Charlton Heston, Ava Gardner, David Niven...) que, lógicamente, no tiene ni pies ni cabeza.

En otras ocasiones, es la propia noticia la que acaba con el periodista, como el caso del reportero estadounidense Elisha Jay Edwards.

Grover Cleveland fue el único presidente de los Estados Unidos que tuvo dos mandatos no consecutivos, el primero de 1885 a 1889 y el segundo de 1893 a 1897. Independientemente de sus decisiones, se le tenía por un político honesto y cuya máxima era: «Solo tengo algo que hacer y es hacer lo correcto». En junio de 1893 se le descubrió un tumor muy avanzado en el paladar. Tras estudiar todas las alternativas, y aun a riesgo de una posible apoplejía e incluso de no superar la operación, se decidió extirpar el tumor. Cleveland aceptó, pero con una condición: la intervención se haría en secreto. Estados Unidos se estaba recuperando del declive económico (Pánico de 1893) y pensaba que si se filtraba la noticia de su intervención afectaría a Wall Street. Así que, por el bien de la economía americana, seis médicos embarcaron en el yate *Oneida*, propiedad de su amigo Elias C. Benedict, para operarle en alta mar. Tras noventa minutos de intervención, se le extirpó el tumor y cinco muelas. Un mes después, y con una prótesis de caucho que le tapaba el orificio, Grover Cleveland aparecía en la Casa Blanca después de un terrible «dolor de muelas».

El 29 de agosto, en *The Philadelphia Press* aparecía un artículo, firmado por Elisha Jay Edwards, en el que se informaba sobre la grave enfermedad del presidente. Los rumores de la intervención habían circulado, pero nadie se atrevió a publicar nada, hasta que Edwards dio con el anestesista y confirmó la noticia. La maquinaria de la Casa Blanca comenzó a trabajar y lanzó una brutal campaña para desacreditar al periodista. La carrera de Edwards se arruinó e incluso se publicó que era una vergüenza para el periodismo. Durante quince años nadie se atrevió a contratarlo. En 1917, nueve años después de la muerte de Cleveland, tras muchos años peleándose con su conciencia y viendo cómo se linchaba al periodista, el doctor W.W. Keen, uno de los cirujanos que intervino en la operación, decidió contar la verdad. Lo hizo público en un artículo publicado en *Saturday Evening Post*, con la esperanza de rehabilitar el nombre y el trabajo de Edwards. Este le escribió una carta al doctor dándole las gracias por rehabilitar su reputación.

¿POR QUÉ EN LA INGLATERRA DE 1865 LOS COCHES DEBÍAN IR CON TRES OCUPANTES?

En la segunda mitad del siglo XIX, los coches comenzaron a aparecer en Europa. Al principio, propulsados por motores de vapor, y más tarde por diversos combustibles líquidos (en 1885 se construyó el primer vehículo automóvil por motor de combustión interna con gasolina). Parejo al creciente uso de los automóviles, aparecieron asimismo algunos inconvenientes: la seguridad vial de los peatones frente a aquellas pesadas —hasta doce toneladas— y rápidas —dieciséis kilómetros/hora— locomotoras.

La legislación anterior, de 1861, que había fijado estas limitaciones (peso máximo de los vehículos de doce toneladas y limitación de velocidad de dieciséis kilómetros/hora), había quedado obsoleta pensando en la seguridad de los peatones. Así que, en 1865 se promulgó la Locomotive Act, también llamada «de la bandera roja», que decretaba las siguientes disposiciones:

- Se establecían los límites de velocidad de seis kilómetros/hora en el país y tres kilómetros/hora en las ciudades.
- Se disponía que los vehículos autopropulsados debían ir acompañados por un equipo de tres personas: el conductor, un fogonero y un hombre con una bandera roja que debía caminar a sesenta metros por delante de cada vehículo. El hombre con la bandera roja, o una linterna por las noches, advertía a los peatones, jinetes y carros tirados por caballos de la proximidad de una máquina autopropulsada.

Aquella ley supuso un mazazo para la joven industria del automóvil, en favor del tradicional carruaje de caballos y el incipiente ferrocarril.

Y como ahora ocurre, y siempre ocurrirá, no todo el mundo respetaba las normas. El 28 de enero de 1896, Walter Arnold, de East Peckham (en el condado de Kent), se convirtió en la primera persona en Gran Bretaña que fue sancionada por exceso de velocidad. Circulaba a unas ocho millas por hora (casi trece kilómetros/hora) cuando la velocidad máxima permitida en ciudad eran dos millas (unos tres kilómetros/hora). La sanción que se le impuso fue de un chelín y las costas del proceso. Lo curioso es que el policía que lo detuvo, tras la correspondiente persecución, iba en bicicleta. Ese mismo año, el 17 de agosto, Bridget Driscoll se convertía en la primera víctima. Arthur Edsell conducía su flamante Roger-Benz por el barrio de Crystal Palace (Londres) cuando atropelló a Bridget, que al caer tuvo la mala suerte de golpearse la cabeza y fallecer al instante. Arthur circulaba a cuatro millas por hora... también con exceso de velocidad.

El 14 de agosto de 1893, París se convirtió en la primera ciudad del mundo en prohibir la conducción de vehículos de motor sin el correspondiente permiso expedido por la policía... dando lugar al primer examen de conducir de la historia.

¿ESCONDE LA LEYENDA DEL MONO AHORCADO EN HARTLEPOOL ALGO PEOR?

En el pueblo costero de Hartlepool, en el noreste de Inglaterra, perdura una leyenda de hace dos siglos sobre un mono que fue ahorcado por los pescadores del pueblo al considerarlo un espía francés. A comienzos del siglo XIX, en el transcurso de las guerras napoleónicas, los pueblos costeros ingleses vigilaban sus aguas ante la posible invasión francesa. Una tormenta desvió de su rumbo un barco de guerra con pabellón francés, haciéndolo llegar hasta la costa de Hartlepool. Los lugareños, expectantes, contemplaban aquella lucha desigual hasta que el buque perdió el mástil y se partió en dos. A la orilla llegaron los restos del naufragio: cajas de suministros, el mástil... y un mono empapado, con el uniforme francés, sobre una tabla.

En aquellos días, ante el acoso de Napoleón, los ingleses vivían en estado de psicosis permanente: se mostraban desconfiados, por todos los sitios veían espías... hasta un simple mono supuso un peligro para los habitantes de Hartlepool. Al pobre simio, que no era otra cosa que la mascota del barco, se le acusó de espía y en la misma orilla se le juzgó y sentenció a la horca. Se clavó el mástil del barco en la arena y se ahorcó al animal.

Lo que podría haber quedado en un episodio de maltrato animal y sobre todo de estupidez humana podría esconder algo peor: el ahorcamiento de un niño. La leyenda ha llegado hasta nuestros días como el ahorcamiento de un mono (*monkey* en inglés), pero en la tripulación de los buques de guerra había otro tipo de *monkey*: los *powder monkey*. Eran niños o adolescentes que se encargaban de llevar la pólvora (*powder*) de la bodega a los artilleros. Quizás en algún momento, a lo largo de estos dos siglos, alguien interesado en que Hartlepool no fuese protagonista de aquella atrocidad, decidió cambiar al *powder monkey* por un *monkey*. Es mejor quedar como estúpidos (ahorcar a un mono por espía) que como inhumanos (ahorcar a un niño).

¿POR QUÉ EL SULTÁN ABDUL HAMID II PROHIBIÓ LOS BOLSILLOS?

Mustafa Kemal Atatürk fundador y primer presidente de la moderna república de Turquía, comenzó como oficial del ejército turco. Desde los tiempos de la Academia Militar, Kemal ya mantenía contactos clandestinos con otros militares opuestos al régimen absolutista del sultán. Sus superiores descubrieron estas reuniones clandestinas y lo enviaron a Damasco, donde dio un paso adelante y en 1905 fundó los Jóvenes Turcos, una organización secreta opuesta al régimen del sultán Abdul Hamid II, y que posteriormente se convertiría en el partido político Comité de Unión y Progreso. En 1908 estalló la revolución de los Jóvenes Turcos y gran parte del ejército; el sultán, tratando de conservar el poder a cualquier precio, anunció la restauración de la Constitución suspendida de 1876, abolió el espionaje y la censura, y liberó a los presos políticos. Aunque de poco le sirvió, porque poco más tarde fue depuesto. Si echamos un vistazo a los años en el poder del sultán Abdul Hamid II comprenderemos por qué fue una revolución necesaria.

Fue el último sultán otomano en ejercer el poder absoluto, para lo que no dudó en recurrir a los métodos más crueles y despiadados. También era un obsesivo patológico por su seguridad personal: en todo momento estaba rodeado por sus guardias personales, su dormitorio estaba acorazado, tenía varios cuerpos de espionaje que también se espiaban entre ellos, su comida solo la podía preparar su mujer y, lógicamente, debían probarla sus catadores...

Los sirvientes, e incluso sus familiares, fueron víctimas de esta obsesión desmedida: mientras estaba descansando, una de sus hijas pequeñas le dio un susto, sacó la pistola, que siempre llevaba encima, y le pegó un tiro; uno de sus sirvientes murió cuando se metió la mano en el bolsillo para darle fuego; un jardinero fue asesinado porque parecía sospechoso... A pesar de todo, un sirviente trató de matarlo con una daga oculta en un bolsillo y desde aquel día nadie en palacio podía llevar bolsillos. Solo se permitían los bolsillos a los dignatarios de las embajadas extranjeras, pero no podían meterse las manos en ellos... Un paranoico.

EL HOMBRE QUE SE INVENTÓ UN PAÍS

A fines del siglo XIX, el dominio del extremo sudoriental de África estaba dividido entre la Corona británica y los bóers o afrikáners, colonos de origen holandés sucesores de los primeros europeos que habían colonizado la región en el siglo XVII. En 1886, la reina Victoria —después de sucesivas conquistas y una guerra con los bóers— regía sobre las colonias de El Cabo, al sur, y Natal, al sureste. Los afrikáners, por su parte, aún gobernaban dos repúblicas limítrofes entre sí: el Estado Libre de Orange y Transvaal, ambas ubicadas al noreste de la colonia de El Cabo.

El descubrimiento del fabuloso yacimiento de oro en la región de Witwatersrand (la Tierra del Agua Blanca, en afrikáner), en tierras de Transvaal, generó un desplazamiento masivo de colonos británicos a la región: los llamados uitlanders (extranjeros) por los bóers. Temerosos de aquella «invasión» —ya habían sufrido durante ochenta años sus afrentas y robo de tierras— y en defensa de los ciudadanos bóers, el gobierno del Transvaal, encabezado por Paul Kruger —un afrikáner duro y decidido, de proverbial fuerza física y gran ascendiente sobre su pueblo— dictó una serie de leyes proteccionistas y de exclusión en cuanto a la actividad de los ciudadanos británicos dentro de sus fronteras: no tenían derecho a voto, necesitaban varios años de residencia antes de poder acceder a una franquicia minera y gravaban con pesados impuestos a las ganancias que pudieran obtener de la misma. A pesar de estas limitaciones, la población uitlander pronto superó a la de los bóers en Witwatersrand: sesenta mil frente a treinta mil varones adultos en el año 1895. Las protestas de la mayoría británica se extendieron y se radicalizaron.

El catalizador de esa situación inestable fue Cecil John Rhodes, un británico que había llegado a África a los diecisiete años, con dinero prestado, en busca de un clima más beneficioso para su salud, y se convirtió, en menos de dos décadas, en uno de los hombres más ricos del planeta. Amasó su fortuna en los campos de diamantes de New Rush, comprando a precios irrisorios pequeñas concesiones a los mineros que ya no podían hacer frente a los costes de explotación. En 1888 fundó la célebre De Beers Company en sociedad con otros propietarios de concesiones mineras. En 1890, Rhodes fue elegido primer ministro de la colonia de El Cabo, y a partir de ese momento dispuso, aparte de su riqueza personal, del poder político necesario para impulsar su sueño: que el dominio británico en África se extendiera desde El Cabo, en el sur, hasta El Cairo, en el norte. En ese sentido, impulsa la expansión hacia el norte, hacia Matabelelandia, llamada así por los nativos que poblaban la zona. Esa campaña cubría los dos aspectos más importantes de su visión: la expansión de los dominios de la reina Victoria y la búsqueda de réditos económicos a través de la obtención de concesiones mineras de parte de los reyes nativos. La compañía que

obtuvo el permiso del gobierno británico para esa «colonización» fue la British South Africa Company, cuyo principal accionista era Cecil Rhodes. Los territorios ocupados por los británicos recibieron el nombre de Rhodesia... Él mismo llamaba a los colonos de esa región «mis rhodesianos». Este pensamiento resume su filosofía de vida...

Tenemos que encontrar nuevas tierras a partir de las cuales podamos obtener fácilmente materias primas y al mismo tiempo explotar la mano de obra barata que suponen los nativos de las colonias. Las colonias también proporcionarían una salida para los bienes excedentarios producidos en nuestras fábricas.

En 1895, la situación de los colonos británicos en la zona minera de Witwatersrand había alcanzado un nivel intolerable para ellos y se comienza a hablar de sublevación. Rhodes ve la oportunidad, mediante un audaz golpe de mano, de hacerse con el control de los yacimientos auríferos y anexar el Transvaal al imperio británico. Junto con su hombre de confianza, el administrador general de Matabelelandia, Leander Starr Jameson, urde un plan para invadir el Transvaal con una fuerza armada que se uniría a los sublevados en la ciudad de Johannesburgo y derrocar al gobierno bóer. Jameson prepara la fuerza invasora en la frontera del Transvaal con Matabelelandia: seiscientos hombres armados con rifles y ametralladoras Maxim a la espera de la señal para intervenir. Pero ese aviso se demora a causa de las diferencias entre los dirigentes que debían encabezar la sublevación dentro de Transvaal. Frustrado por la espera, preocupado por si todo el plan se descubría y convencido de que la incursión forzaría a los rebeldes a actuar, el 29 de diciembre de 1895 Jameson da la orden de avanzar sin contar con el visto bueno de Rhodes. Joseph Chamberlain, el secretario colonial británico, que teme que esa acción no sea aprobada por la Corona, decide cubrirse las espaldas y sabotearla: envía telegramas a los colonos ingleses del Transvaal advirtiéndoles que no presten apoyo a la columna invasora y previene a Rhodes de que su posición puede verse seriamente comprometida si se descubre su participación en la incursión. Así que Jameson, de la noche a la mañana, se convirtió en un paria, en un individuo que estaba actuando por su propia cuenta sin el más mínimo apoyo oficial. La fuerza invasora de Jameson se interna en el Transvaal, pero no logra concretar una acción fundamental: cortar las líneas de telégrafo que van a Pretoria, la capital bóer. Eso permite que sus movimientos sean rastreados desde el preciso momento en que cruzaron la frontera permitiendo que las fuerzas bóers los embosquen y mermen sus filas. El 2 de enero de 1896, después de tres días de combates, Jameson y sus tropas se rinden al general Piet Cronje y son conducidos a Pretoria. Más tarde, el gobierno bóer los devolverá al gobierno británico para ser juzgados. En cuanto a los uitlanders que supuestamente encabezarían la rebelión desde dentro fueron condenados a morir

en la horca, aunque la sentencia fue luego conmutada por quince años de prisión.

A pesar de no poder obtener el botín deseado, la incursión de Jameson provocó consecuencias que a la larga fueron favorables a los intereses de la Corona. En primer lugar, los hombres que tomaron parte en aquella campaña habían salido del cuerpo de la recién creada policía de Matabelelandia. Ante esta sangría de efectivos, los nativos matabeles, de estirpe guerrera, aprovecharon la ocasión para rebelarse contra los ocupantes blancos. Las tropas británicas tardaron más de un año en sofocar la rebelión que costó miles de vidas en ambos bandos, pero les sirvió de excusa para establecer un férreo y brutal dominio. En segundo lugar, las disputas entre los colonos británicos del Transvaal y el gobierno de Paul Kruger se intensificaron, y en 1899 las repúblicas bóers declaran la guerra al imperio, comenzando así la Segunda Guerra Anglo-Bóer, que culminaría con la victoria británica y la anexión de ambos estados al dominio inglés.

Debido a las sospechas sobre su apoyo a la incursión, Rhodes debió renunciar a su cargo de primer ministro de la colonia de El Cabo. A partir de entonces, dedicó sus últimos años de vida a «su Rhodesia». Murió a los cuarenta y ocho años y su tumba está allí, en la actual Zimbabue, en las colinas de Matopos, lugar sagrado para los matabeles, muy cerca de la tumba de Leander Starr Jameson.

QUE UNA TALLA 120 NO TE IMPIDA CUMPLIR TUS SUEÑOS

La moda, las tendencias o vete tú a saber, pusieron de moda hace unos años los pechos grandes —a los que en mi pueblo llaman ubres... «Teta que mano no cubre, no es teta sino ubre»—, lo que provocó que los cirujanos plásticos hiciesen su agosto a base de implantes de silicona. El caso de la francesa Violette Morris fue a la inversa. La naturaleza la dotó de una talla 120 que suponía un problema para cumplir sus sueños. Así que se sometió a una mastectomía en ambos pechos. ¿Por qué era un problema aquella talla?

Violette Morris nació el 18 abril 1893 en París, en el seno de una familia acomodada y tradicional. Su infancia y adolescencia las pasó interna en un colegio de monjas en L'Assomption de Huy, donde comenzó a destacar como gran deportista en cualquier modalidad: fútbol, natación, atletismo... Mientras estuvo entre las monjas, escondió su condición sexual e incluso, siguiendo los consejos de su familia y los imperativos de la sociedad, llegó a convertirse en la señora Gouraud, pero a Violette siempre le gustaron las mujeres. La vida de casada suponía para ella una gran mentira, así que aprovechó el estallido de la Primera Guerra Mundial y se presentó voluntaria para servir como enfermera. Durante la guerra, tuvo la oportunidad de conducir una ambulancia y descubrió otras de sus pasiones: los vehículos de motor y la velocidad. Cuando regresó a la vida civil, decidió dar un giro de 180°: se independizó de su marido —aunque no se divorció hasta 1923—, retomó la práctica de los deportes de su juventud y salió del armario. Desde aquel momento el leitmotiv de su vida fue: «Cualquier cosa que un hombre pueda hacer, yo también puedo».

Violette Morris supo sacarle partido a su constitución física y a su determinación para destacar en varias modalidades: lanzadora (peso, disco y jabalina), futbolista, luchadora, nadadora, waterpolista, boxeadora (muchos hombres no se atrevían a subir a un cuadrilátero con ella)... y todo ello a pesar de llevar una vida disoluta: fumaba tres paquetes de tabaco diarios, se bebía hasta el agua de los floreros y, lo que más escandalizaba a la sociedad francesa, vestía con trajes de hombre y se paseaba de la mano de sus amigas/amantes. Este modelo de conducta le impidió representar a su país en los Juegos Olímpicos de Ámsterdam en 1928 —los primeros en los que participaron las mujeres—, en palabras de la Federación Francesa por «conducta escandalosa y falta de moral». Aunque recurrió de nada le sirvió, pero aquella injusticia marcaría futuras decisiones en la vida de Violette.

La afición a la velocidad que había nacido conduciendo las ambulancias en la Primera Guerra Mundial se convirtió en pasión. A comienzos de los años veinte comenzó a competir en carreras de motos y, sobre todo, de coches. Pero tenía en un

problema, su talla 120 le impedía mover cómodamente los brazos en los pequeños habitáculos con grandes volantes que tenían aquellos bólidos de principios de siglo... Así que decidió hacerse una mastectomía en ambos pechos. Ahora, compitiendo en igualdad de condiciones con los hombres, consiguió ganar varias pruebas como el Gran Prix de San Sebastián en 1926 o la prueba de velocidad Bol D'Or en 1927. Siguió compitiendo algún año más y, a la vez, montó una tienda de repuestos para el automóvil, sin mucho éxito. Durante unos años estuvo apartada de la vida pública y se dedicó al contrabando, donde podía seguir conduciendo a todo gas huyendo de la policía.

Algo vieron los alemanes en aquella mujer —quizás el rencor hacia su propio país por la injusticia sufrida—, porque fue invitada a participar por el propio Hitler en las Olimpiadas de Berlín de 1936. Además, fue captada por la Gestapo para servir de agente secreto, siendo fundamental la información proporcionada para la invasión de Francia. Cuando Alemania invadió Francia, Violette tenía su propia oficina en París desde donde dirigía la ofensiva contra la resistencia francesa. Gracias a sus brutales interrogatorios se ganó el odio de sus compatriotas y el sobrenombre de la Hiena de la Gestapo. Cuando la guerra terminó, la resistencia francesa se vengó de la Hiena... El 26 de abril de 1944, cuando tenía cincuenta y un años y conducía por una carretera secundaria, fue acribillada a balazos por la espalda. Su cuerpo fue enterrado en una fosa común.

LA IMPORTANCIA DE LAS MATEMÁTICAS

A lo largo de la historia, los británicos han destacado, entre otras cosas, por el poderío de su flota, que les ha permitido controlar los mares y, de esta forma, mantener el control en tierras tan lejanas como Australia o la India. También han sido protagonistas de dos de los hundimientos más famosos de la historia: el *Titanic* y el *Victoria*. Del *Titanic* está casi todo dicho ya, así que en esta historia nos ocuparemos del *Victoria* y de la importancia de las matemáticas.

En el momento de la botadura del acorazado *Victoria* (1890), los británicos pensaban que en aquel entonces tenían el buque de guerra más poderoso del momento: para su tamaño y peso (diez mil cuatrocientas toneladas) podía alcanzar los dieciséis nudos, el casco estaba protegido con una gruesa armadura reforzada en la proa para posibles embestidas, un poderoso cañón montado sobre una torreta con un escudo protector, treinta y seis tubos lanzatorpedos... el orgullo de la Marina británica. El 22 de junio de 1893, el grueso de la flota británica, ocho acorazados y tres cruceros, se encontraba de maniobras en las costas de Trípoli (Líbano), donde el almirante George Tryon, capitán del *Victoria* desde 1891, estaba al mando de los ejercicios. Tryon ordenó una formación en dos líneas paralelas encabezadas por los acorazados *Victoira* y *Camperdown*, rumbo a mar adentro. A su orden, debían dar un giro interior de 180° y regresar a puerto. Por el tamaño de los dos acorazados y el radio de giro necesario, se calculaba que la distancia mínima entre ambos barcos debía ser de casi mil quinientos metros... Realmente solo había unos mil cien metros. Bourke, su segundo al mando, y Markham, el capitán del *Camperdown*, le hicieron ver que la distancia no era suficiente para tal maniobra, pero ante la insistencia del almirante y por aquello de obedecer las órdenes de un superior, realizaron la maniobra. Dos moles de más de diez mil toneladas giraban el timón 180° a una velocidad de diez nudos en una maniobra imposible. Cuando Tryon se dio cuenta de su error matemático, ordenó a la sala de máquinas revertir el sentido de la marcha, pero parar aquella mole a esa velocidad requería más tiempo... el *Camperdown* embistió por estribor al *Victoria*. El *Camperdown* se clavó literalmente en el *Victoria*. Cuando se retiró, el *Victoria* comenzó a hundirse... En solo diez minutos el barco desapareció. Un total de trescientos cincuenta y ocho marineros, entre los que se encontraba el almirante Tryon, fallecieron.

En 2004, unos buzos descubrieron el *Victoria* a ciento cuarenta metros de profundidad en las costas de Trípoli con cerca de tres cuartas partes enterradas en el fondo del mar. Debido al peso de la torreta del cañón, se hundió de proa y quedó clavado siendo, hasta la fecha, el único naufragio en el que el barco quedó en posición vertical. Para que luego digan que las matemáticas no sirven para nada.

UNA BRUTAL CAMPAÑA DE DESACREDITACIÓN

En 1881, Thomas Edison ponía en funcionamiento la primera central de energía eléctrica que mediante redes subterráneas conseguía iluminar algunas calles y casas de Nueva York. Aquella nueva tecnología, que se servía de la corriente continua, comenzó a extenderse por los Estados Unidos y a llenar los bolsillos del inventor. Pero a finales de los ochenta le surgió un duro competidor: George Westinghouse. Este, que había comprado las patentes de Nikola Tesla, ofrecía una alternativa a la corriente continua mucho más eficaz y capaz de transmitir la electricidad a mayor distancia: la corriente alterna. Casualmente, Tesla había trabajado anteriormente para Edison y le abandonó cuando este no quiso pagarle por sus trabajos. Aquella nueva alternativa suponía un peligro para los pingües beneficios de Edison y decidió iniciar una campaña de desprestigio a la corriente alterna.

Edison basó su campaña en la peligrosidad de la corriente continua frente a la alterna. Para ello, se sirvió de gatos y perros callejeros a los que sometió a descargas eléctricas con corriente continua demostrando que no los mataba; más tarde, los electrocutaba con corriente alterna... y morían. Por estas fechas, en Nueva York se estudiaba un método de ejecución que sustituyera a la horca, para lo cual se contrató a Harold Brown, un empleado de Edison, que utilizó esta circunstancia para ofrecer la alternativa de la silla eléctrica, pero con corriente alterna. De esta forma, conseguía que los americanos relacionasen la corriente de su competidor con la muerte. El primer ejecutado con la silla eléctrica fue William Kemmler, en la prisión de Auburn, en Nueva York, el 6 de agosto de 1890, un espectáculo dantesco al ser necesarias dos descargas ya que la primera no tenía el voltaje suficiente. A pesar de todo, la corriente alterna fue ganando terreno y Edison decidió dar un golpe maestro: la elefanta *Topsy*.

En 1903, *Topsy*, una vieja elefanta del circo Forepaugh, había matado a tres personas (dos cuidadores y un idiota que le dio a comer un cigarrillo encendido) en los últimos tres años y las autoridades consideraron que era una amenaza para la gente. Había que eliminarla. La primera opción fue la horca, pero ante la protesta de la Sociedad Americana contra la Crueldad con los Animales, hubo que buscar otra alternativa. Y aquí volvió a la carga Edison, que ofreció la posibilidad de electrocutarla, por supuesto, con corriente alterna. Ante mil quinientos espectadores, *Topsy* recibió una descarga de seis mil seiscientos voltios, desplomándose sin emitir un solo barrido, y Edison tuvo el «detalle» de grabarlo para que todo el mundo pudiese contemplarlo. Pese a todo, la guerra de las corrientes la ganaron Tesla y la alterna.

LA DIETA MILAGRO DE HACE UN SIGLO

Las dietas milagro, esas que prometen el adelgazamiento rápido y sin apenas esfuerzo, no son exclusivas de nuestros días, en los que el culto al cuerpo, para muchos, se ha convertido en una obsesión. Y en la mayoría de ocasiones no responden a fundamentos nutricionales y/o científicos. Si quieres adelgazar sin ningún tipo de esfuerzo, ¡pon una tenia en tu vida!

El producto en cuestión era Sanitized Tape Worms y prometía el rápido adelgazamiento sin ningún tipo de ejercicio, sin efectos secundarios y, sobre todo, comiendo lo que querías. Además, solo hacía falta una única toma de esta maravilla: una cápsula que contenía una cabeza o huevo de tenia. Para darle más credibilidad, comenzaron a correr rumores de que la soprano María Callas la había utilizado, e incluso los jinetes profesionales (*jockeys*). La verdad es que María Callas sufrió la consecuencias de una tenia, pero no por el uso de este producto milagroso, sino por la ingesta de carne cruda.

La realidad es que había muchas más probabilidades de enfermar que de perder peso, porque aunque se anunciase sin efectos secundarios, el caso es que sí que los tenía: dolor y molestias abdominales, calambres, cólicos, diarrea, náuseas, mareos, vómitos, vértigo, dolor de cabeza, cansancio, mala absorción, anorexia, dolor muscular, estreñimiento, carencia de vitaminas, anemia, obstrucción intestinal, perforación yeyunal, apendicitis, pancreatitis...

¿CÓMO ESCAPAR DE UN SUBMARINO HUNDIDO?

El 12 de agosto de 2000 se produjo el peor desastre en la historia de la flota submarina de Rusia: el hundimiento del submarino *Kursk* y la muerte de los ciento dieciocho miembros de la tripulación. En el transcurso de unos ejercicios de la flota del norte de las Fuerzas Navales de la Marina rusa en el mar de Barents, el *Kursk* debía lanzar un torpedo sin carga explosivo a un crucero de batalla, pero el crucero no fue alcanzado. El resto de los barcos que participaban en las maniobras escucharon una explosión: el *Kursk* se hundía. Aunque durante todo este tiempo se ha especulado con las posibles causas del hundimiento del submarino (una antigua mina de la Segunda Guerra Mundial, un torpedo de un submarino de los Estados Unidos...), me quedaré con la versión más factible: la explosión accidental de un torpedo en uno de los tubos de lanzamiento que provocó la detonación de otros. También dejaré a un lado los motivos por los que Rusia rechazó la ayuda de Noruega e Inglaterra y nos centraremos en las consecuencias de la tragedia: la tripulación al completo enterrada viva en un submarino a cien metros de profundidad. Aunque la versión oficial rusa aseguró que la tripulación murió en las ocho primeras horas, un crucero que navegaba por la zona registró golpes desde el interior dos días más tarde. Cuarenta y ocho horas golpeando el casco con la esperanza de que los rescataran, pero nadie llegó. Entonces, ¿quedarse atrapado en un submarino hundido es una sentencia de muerte? Según el oficial de la United States Navy Kenneth Whiting se puede escapar.

Kenneth Whiting fue uno de los primeros oficiales en trabajar con submarinos estadounidenses, y más tarde desarrollaría una larga y exitosa carrera como aviador en la United States Navy (comandó el primer escuadrón que llegó a Europa). El 20 de noviembre de 1908, fue nombrado oficial al mando del submarino *USS Porpoise* en la base naval de Cavite (Filipinas). El 15 de abril de 1909, decidió poner en práctica una teoría que le rondaba la cabeza desde hacía mucho tiempo: escapar de un submarino utilizando los tubos de lanzamiento como si fuese un torpedo. Junto a los seis miembros de la tripulación, salieron del puerto y estabilizaron el submarino en la bahía de Manila a poco más de seis metros de profundidad; allí informó a la tripulación de sus intenciones.

Con el fin de prevenir las inundaciones accidentales, los tubos de lanzamiento de los torpedos estaban equipados con compartimentos estancos, de modo que las compuertas exteriores solo pueden abrirse cuando las interiores han sido cerradas y los tubos se han llenado de agua. Kenneth Whiting se metió en uno de los tubos de dieciocho pulgadas de diámetro, se llenó el compartimento de agua y se abrió a la compuerta exterior. Se arrastró por el tubo y consiguió salir, buceando subió a la superficie en setenta y siete segundos. Presentó un informe a sus superiores con los

resultados de su experimento, pero nunca se tuvo en cuenta.

Años más tarde, en 1920, el submarino *USS S-5* se hundía en la bahía de Delaware (Estados Unidos). Alguien recordó la idea de Whiting, pero se desestimó porque la prueba del *Porpoise* se había realizado en aguas claras, cristalinas y a poca profundidad; el *S-5* estaba a una profundidad diez veces mayor y en aguas muy frías, casi bajo cero. A una profundidad de diez metros la presión exterior sobre el cuerpo humano es el doble que en la superficie, a los veinte tres veces más... Para poder utilizar la técnica de Whiting las condiciones debían ser demasiado benignas como para incluirla en los protocolos de seguridad.

EL HAMBRE COMO ARMA DE DESTRUCCIÓN MASIVA

Se denominan armas de destrucción masiva a las que son capaces de matar a un número muy elevado de personas de forma indiscriminada, como las nucleares, biológicas o químicas. En esta historia comprobaremos que el hambre también puede considerarse como arma de destrucción masiva: el *holodomor* (el genocidio ucraniano).

Con la Revolución rusa de 1917 caía el régimen zarista y los ucranianos creyeron ver su oportunidad para conseguir la independencia. Con la llegada de los bolcheviques al poder, encabezados por Lenin, los aires de libertad en Ucrania desaparecen cuando el Ejército Rojo recibe órdenes de devolver la oveja descarriada al redil de la hoz y el martillo. Tras más de dos años de lucha soterrada, los bolcheviques se hacen con el control de Ucrania. Los años de guerra, la confiscación del grano de sus fértiles tierras como tributo de guerra y una pertinaz sequía provocaron en Ucrania una terrible hambruna en 1921. Lenin, que demostró que tenía algo de corazón, suspendió la confiscación de grano y suavizó las nuevas medidas económicas de colectivización que consiguieron aliviar temporalmente el hambre en la región. La muerte de Lenin confirmó el dicho que reza «Otro vendrá que bueno te hará»... y llegó Stalin. Este, que demostró que eso del corazón debía ser una tara de los capitalistas, aplicó su primer plan quinquenal (1928-1932) que pretendía conseguir la transformación radical de las estructuras económicas y sociales soviéticas sin ningún tipo de miramientos. Para ello, se colectivizó la agricultura expropiando las tierras, las cosechas, el ganado y la maquinaria; se reguló la producción y la mayor parte de las cosechas de cereal se destinaron a la exportación y compra de productos manufacturados para la rápida industrialización. Todas estas medidas cambiaban radicalmente la fisonomía de una sociedad mayoritariamente agrícola que debía someterse al control total del estado. Stalin fue especialmente riguroso y estricto, al contrario que su antecesor, con la implantación de estas medidas en Ucrania, donde topó con los terratenientes ucranianos (*kulak*), una excusa perfecta para las futuras maniobras de Stalin en Ucrania. Se expropiaron por la fuerza las tierras de *kulaks* y ellos fueron eliminados, las propiedades de los pequeños agricultores independientes fueron confiscadas y estos obligados a trabajar en las granjas colectivas. Los que se negaban eran deportados a Siberia —más de ochocientos mil—, de donde la mayoría de ellos nunca regresó. Por si esto fuera poco, en 1932, Stalin ordenó incrementar la producción de las granjas colectivas de Ucrania para disponer de más grano para las exportaciones. Apenas quedaba nada para las familias e incluso se bloquearon las fronteras para que no pudiese llegar

comida del exterior. El hambre y la muerte se extendieron por todo el país. Veinticinco mil personas, sobre todo niños, morían de hambre cada día. Entre 1932 y 1933, unos ocho millones de ucranianos murieron por un arma de destrucción masiva llamada hambre.

Stalin siempre negó este genocidio e incluso llegó a contar con un aliado inesperado: el corresponsal de *The New York Times* en Moscú, Walter Duranty. Los informes de Duranty en esta época afirmaban:

Cualquier informe de una hambruna en Rusia es hoy una exageración o propaganda maligna. No hay hambre o muertes por inanición.

E ironías de la vida, Walter Duranty recibió el Pulitzer en 1932. Bajo la férrea dictadura comunista todo permaneció en silencio y solo en 1991, tras el desmembramiento de la Unión Soviética y la recuperación de la independencia de Ucrania, se destapó el genocidio. En 2003, y ante las miles de voces que pedían revocar el galardón concedido a Duranty, la junta del Premio Pulitzer se reunió para estudiar el caso. La conclusión final fue que el premio se le había otorgado por una serie de artículos publicados en 1931 que nada tenían que ver con el *holodomor* y, por tanto no tenían por qué revocarlo. Eso sí, queriendo dejar constancia de su sensibilidad, remataron el informe con unas hipócritas palabras:

La hambruna de 1932-1933 fue horrible y no ha recibido la atención internacional que se merece. En su decisión, el consejo de ninguna manera quiere disminuir la gravedad de esa pérdida. La junta expresa su condolencia a los ucranianos y otros en los Estados Unidos y en todo el mundo que todavía lloran el sufrimiento y la muerte provocada por Josef Stalin.

EL PELOTAZO DE EL CORTE INGLÉS EN LA POSGUERRA

El Corte Inglés, antes de la Guerra Civil, era un pequeño comercio dedicado a la sastrería y a la confección de ropa de niños. Tras el conflicto armado, se trasladó a la calle Preciados, nº 3 esquina con la calle Tetuán, donde se encontraban los almacenes El Águila, comenzando su actividad en esta nueva etapa con siete empleados al mando de Ramón Areces. En el año 1941 es cuando El Corte Inglés comenzó a sentar las bases del que actualmente es el primer grupo de distribución español, en otras palabras «su primer gran pelotazo».

Los masivos reclutamientos de tropas alemanas en la Segunda Guerra Mundial dejaron tocada su economía por falta de mano de obra. Así que, en agosto de 1941, el gobierno español firmó un acuerdo con el gobierno alemán para suministrar mano de obra. La organización de esta migración laboral quedó a cargo de una comisión interministerial para el envío de trabajadores a Alemania (CIPETA). A través de las oficinas de la Central Nacional Sindicalista, se dio publicidad a las condiciones laborales ofrecidas por Alemania a los trabajadores (productores para los alemanes). Era una oportunidad para los muchos parados y gente sin apenas recursos que deambulaban por las calles españolas viviendo del trapicheo y de las miserias de otros. Los trabajadores firmarían contratos individuales de dos años de duración con las empresas alemanas interesadas en esta mano de obra. En teoría, los españoles disfrutarían de las mismas condiciones laborales que los alemanes: sueldos de tres pesetas por hora y vacaciones anuales de veintiún días. Descontado el coste de la alimentación, el resto podría ser enviado a las familias. Otra cosa eran las dificultades para hacer estos envíos. Aunque en líneas generales los españoles recibieron un trato privilegiado en comparación con otros trabajadores extranjeros, lo cierto es que del dicho al hecho hubo demasiado trecho. En un principio, el acuerdo disponía el envío de cien mil trabajadores, pero solo fueron unos cuatro mil los que se aventuraron. Los requisitos para poder emigrar (el primer «Vente a Alemania, Pepe») eran estar sanos y libres de obligaciones durante los dos años de contrato. Cada viajero debía llevar una maleta con cuatro pares de calcetines, un par de calzoncillos y camisetas, tres camisas, dos pares de pañuelos, dos toallas, un traje, un pantalón, un jersey de lana, un abrigo, un par de botas, una bufanda, un gorro y los útiles de afeitarse. Las tortillas de patata eran voluntarias.

El Corte Inglés hizo el agosto ofreciendo una especie de «kit del emigrante» en el que se incluía el ajuar obligatorio completo.

LA MISERABLE ESTRATEGIA DE HIGIENIZAR LA RAZA

Hasta la década de 1970 fueron varios los países que aplicaron programas de eugenesia (la mejora de los rasgos hereditarios humanos mediante varias formas de intervención como la eliminación o la esterilización) buscando la llamada «higiene racial». Aunque el caso más conocido sea el de la Alemania nazi, también los hubo en Estados Unidos o Suecia.

Según un informe sobre la eugenesia del gobernador de Carolina del Norte:

El concepto de eugenesia fue creado a finales de 1800 por el científico británico sir Francis Galton. El modo de pensar en ese momento era usar la selección genética utilizada en caballos pura sangre y otros animales de cría para crear una clase de personas que no tuvieran rasgos inferiores. Indiana se convirtió en el primer estado en la nación en aprobar una ley de eugenesia en 1907.

En total, treinta y tres estados de los Estados Unidos llevaron a cabo programas de esterilización durante el siglo xx. En un principio, estaban dirigidos únicamente a personas ingresadas en instituciones mentales, pero, a medida que pasaron los años, se fue ampliando el grupo de colectivos que sufrieron estos programas: alcohólicos, epilépticos, ciegos o sordos, mujeres consideradas promiscuas, criminales, los etiquetados como débiles mentales... Además, y según la Fundación de las Víctimas de la Eugenesia, en 1940, el Departamento de Bienestar Público comenzó a promover la esterilización como solución a la pobreza.

Más de sesenta y cinco mil personas fueron esterilizadas en los Estados Unidos, en la mayoría de ocasiones sin su conocimiento. A fecha de hoy, solo siete de los treinta y tres estados que tenían programas de esterilización lo han reconocido públicamente y se han disculpado con las víctimas. Únicamente Carolina del Norte ha tomado medidas para compensar a las víctimas por daños y perjuicios.

La primera perjudicada por un caso de esterilización en Virginia fue Carrie Buck, en 1924. Carrie vivía con sus padres adoptivos, John y Alice Dobbs, pero a los diecisiete años su vida se vio truncada: un sobrino de los Dobbs la violó y la dejó embarazada. Ante aquella situación, los Dobbs decidieron ingresar a Carrie en la Virginia Colony for Epileptics and Feebleminded, una institución para epilépticos y débiles mentales donde ya había permanecido su madre biológica años antes por prostitución. Carrie, una niña normal de diecisiete años, se vio encerrada para ocultar un escándalo que mancharía el apellido de los Dobbs. Se le acusó de promiscua y

débil mental, y fue condenada a la esterilización. Carrie decidió luchar y recurrió ante la Corte Suprema de justicia en el caso Buck contra Bell (John Bell era el acusador, como director de la Virginia Colony for Epileptics and Feebleminded). Bell utilizó el hecho de que madre e hija habían sido ingresadas en la institución y, según sus propias palabras, que el «gen Buck» era deficiente. Por otro lado, el abogado de Carrie, Irving Whitehead, era amigo personal de Aubrey Strode, el legislador que había escrito la ley de esterilización de Virginia... Carrie estaba sentenciada. En 1927, por ocho votos a uno, la Corte Suprema confirmaba la esterilización. En el fallo del tribunal se incluían justificaciones como: «Tres generaciones de imbéciles son suficientes».

Pero no quedaba todo aquí. El hijo de Carrie fue entregado a sus padres adoptivos y su hermana pequeña también fue esterilizada, aunque no se enteró hasta años más tarde porque, en teoría, la sometieron a una intervención de apendicitis.

En el caso de Suecia, en 1922 se aprobó en el Parlamento sueco, el primer país del mundo, la creación del Instituto Nacional de Biología de las Razas para examinar la antropología del pueblo sueco y establecer una clasificación de las distintas razas. Se recopilaron datos, estadísticas y fotografías de cien mil suecos para dicho estudio. En 1926 se publicaron los resultados en el libro *Swedish racial studies*, por el profesor Herman Lundborg, director del instituto. Hasta aquí todo correcto. El caso es que, tras la aprobación en 1934 de la ley de esterilización por el gobierno de Per Albin Hansson, apoyado por todos los partidos políticos, el estudio se utilizó para «higienizar la raza». Desde la promulgación de la ley hasta su derogación en 1975, más de sesenta mil personas fueron esterilizadas por considerarlas «deficientes, imbéciles, desviados y una carga para la sociedad» y cuatro mil quinientas lobotomizadas por «indeseables».

Y lo peor es que si seguimos rascando encontraremos prácticas de eugenesia en países como Noruega, Austria, Suiza...

EL MEJOR SERVICIO POSTAL, IGUAL TE ENVIABA UN EDIFICIO QUE UN NIÑO

No seré yo quien se queje de nuestro servicio de correos, pero nada comparable al United States Postal Service (USPS)... hace un siglo.

En 1913, se ponía en marcha el servicio postal en Estados Unidos. Los envíos de paquetes mediante este servicio comenzaron a popularizarse y ello permitió estimular la economía rural, gracias a que los pequeños agricultores y comerciantes estadounidenses podían vender sus productos en cualquier punto del país —venta puerta a puerta sin moverse de casa— y a unos precios muy competitivos. Igualmente, ellos podían adquirir medicinas y otros productos de difícil acceso... Hecha la ley, hecha la trampa. Vernal, una pequeña población perdida en Utah, estaba experimentando un rápido crecimiento y William H. Coltharp, un hombre de negocios, decidió que ya era hora de que su pueblo tuviese un edificio de ladrillo en el que, además, se abriría un banco. El problema era que la fábrica de ladrillos más cercana estaba en Salt Lake City, a casi doscientos kilómetros de Vernal, y el transporte tradicional habría multiplicado por cuatro el precio de los ladrillos.

William H. Coltharp, tirando de ingenio y sabiendo que los precios de los paquetes postales eran muy bajos para promocionar el servicio, hizo números para ver si le salían las cuentas utilizando el servicio postal para trasladar los ochenta mil ladrillos que necesitaba para construir el edificio; respetando las normas del servicio —los ladrillos debían estar perfectamente embalados en cajas que no superasen las cincuenta libras (22,5 kilos)—, suponía enviar cuarenta cajas al día... los números cuadraban. Pero los ladrillos no recorrieron solamente los doscientos kilómetros, sino seiscientos cuarenta, en tren, con varios transbordos, siguiendo la línea establecida por el servicio postal. Los carteros que sufrieron aquel suplicio, elevaron sus quejas ante el director general, Albert S. Burleson. Este comprendió que la facturación de este tipo podía colapsar el servicio y, aunque permitió que se completasen todas las remesas de ladrillos, se modificaron las normas limitando los envíos a noventa kilos por remitente y día. «No es la intención del servicio postal de Estados Unidos que los edificios sean enviados por correo», sentenció.

William H. Coltharp había enviado un edificio por correo. El banco se completó al año siguiente y fue apodado The Parcel Post Bank por los lugareños. El edificio aún existe y sigue albergando un banco.

Como he dicho antes, mediante este servicio se mandaban frutas, mantequilla, verduras, pollitos... pero hay constancia de que también se llegaron a enviar dos niños por servicio postal. El 19 de febrero de 1914, y según el National Postal Museum, uno de los paquetes más extraños fue el enviado en Idaho, de Grangeville a

Lewiston, de 21,8 kilos: una niña de cuatro años llamada May Pierstorff. Los padres de la pequeña decidieron mandarla con sus abuelos, pero les parecía muy caro el billete del tren y, aprovechando una laguna en la normativa del servicio postal, pagaron cincuenta y tres centavos en sellos —pegados en su ropa— y la enviaron por correo. La niña viajó en el mismo tren, pero en el vagón del correo y fue entregada en la casa de sus abuelos por un cartero llamado Leonard Mochel.

Otra vez tuvo que intervenir el director general de correos y prohibir el envío de niños por correo.

EL CANAL DE PANAMÁ NO SE CONSTRUYÓ EN NICARAGUA POR CULPA DE UN SELLO

La primera idea de unir el océano Pacífico y el mar Caribe data del siglo XVI cuando los españoles controlaban la zona, pero no fue hasta el siglo XIX cuando los franceses se pusieron manos a la obra en Panamá.

El primer estudio que se hizo de la viabilidad de comunicar el Atlántico con el Pacífico a través de un canal fue durante el reinado de Carlos V de España. La idea partió de los navegantes —se dice que el español Saavedra y el portugués Galvão— que buscaban una vía para acortar el largo camino de la circunvalación de América por el sur y evitar el peligroso estrecho de Magallanes. Pero como nos suele pasar a los españoles en demasiadas ocasiones, unas veces por falta de interés y otras por falta de financiación, la cosa quedó en nada. Eso sí, algo hicimos: construimos un camino pavimentado con guijarros que facilitaba el transporte terrestre y del cual hoy se pueden apreciar sus vestigios en el parque nacional Camino de Cruces en Panamá.

Visto el éxito que el empresario francés Ferdinand de Lesseps había tenido en la construcción del canal de Suez (Egipto) en 1869, se le encargó la construcción del canal en el istmo de Panamá. Se creó la Compagnie Universelle du Canal Interocéanique de Panama, que recaudó los fondos para financiar el proyecto, y en 1881 comenzaron las obras. Las dificultades de ingeniería, la mala gestión financiera, un terremoto y una epidemia de fiebre amarilla llevaron a la compañía a la quiebra y el ambicioso proyecto se paralizó en 1889.

El ingeniero jefe de la obra, Philippe-Jean Bunau-Varilla, tomó las riendas y se dirigió a los Estados Unidos para ofrecerles los derechos de explotación a cambio de la financiación necesaria para terminar el canal. En aquellos días, los Estados Unidos tenían muy avanzadas las negociaciones para construir su propio canal en Nicaragua, pero Bunau-Varilla tenía guardado un as en la manga. Aprovechando que 1902 había sido un año de mucha actividad volcánica en la zona, difundió la noticia de la erupción del Momotombo (Nicaragua), incluso se publicó un artículo en *The New York Sun* —pagado por el ingeniero— señalando que dicha erupción ponía en peligro el trazado del canal. Aunque el gobierno de Nicaragua trató de desmentir la noticia, Bunau-Varilla se ocupó de hacer llegar a todos los miembros del Congreso de los Estados Unidos que debían votar qué opción elegir, un sello nicaragüense en el que se representaba el volcán Momotombo en erupción que apoyaba su teoría... La opción de Panamá ganó y en 1914 se inauguró el canal.

LA CENTRALITA TELEFÓNICA AUTOMÁTICA SE INVENTÓ POR UN CONFLICTO ENTRE FUNERARIAS

En el ámbito de los inventos y las patentes siempre han existido disputas por la paternidad de ciertos inventos. En este caso, si Antonio Meucci hubiese tenido diez dólares, el iPhone sería un *teletrófono*.

El inventor italiano Antonio Meucci (1808-1889) emigró a Nueva York en 1850 donde, tras diez años de investigación, desarrolló el primer comunicador por voz (llamado teletrófono) que conectaba su laboratorio, situado en el sótano, con su dormitorio de la segunda planta. En 1871 presentó ante la Oficina de Patentes una *patent caveat*, una especie de patente provisional renovable anualmente. Si durante el tiempo que estaba en vigor la *patent caveat* otra persona presentaba otro invento similar, la Oficina de Patentes se lo debía comunicar al primero y este tenía un plazo de tres meses para solicitar la patente definitiva; si transcurridos estos tres meses no se había solicitado la patente, pasaba al segundo.

En 1874, Antonio Meucci no pudo pagar los diez dólares para renovar la *patent caveat*. Vivía de la asistencia pública por estar convaleciente de unas quemaduras producidas por la explosión de la caldera del *ferry* que comunicaba Staten Island, donde vivía, con Manhattan. En 1876, Alexander Graham Bell solicitaba la patente del teléfono y pagaba los doscientos cincuenta dólares estipulados para una patente definitiva. Por causas del destino y del azar, los bocetos y prototipos de Meucci fueron a parar al laboratorio donde, casualmente, trabajaba Bell. Cuando Meucci quiso recuperar sus originales, se habían extraviado. Meucci interpuso una demanda contra Bell por fraude, pero falleció cuando todavía estaba en trámite. En 2002, por iniciativa del congresista Vito Fossella, la Cámara de Representantes de Estados Unidos aprobó la resolución 269 declarando «que la vida y logros de Antonio Meucci deben ser reconocidos, así como su trabajo en la invención de la teléfono». A fecha de hoy, todavía siguen las disputas... En lo que no hay duda alguna es en la paternidad de la centralita telefónica automática, obra del estadounidense Almon Brown Strowger en 1889.

El nuevo invento se extendió rápidamente por todo el país y en solo un año cruzó el charco para llegar a Europa. En 1878 Bell inauguró la primera central telefónica en New Haven, Connecticut (Estados Unidos) con veintiún abonados, entre los que estaba el novelista Mark Twain. Hasta estas centralitas llegaba el cableado de los abonados, y las operadoras de la misma —porque normalmente eran mujeres— se encargaban de conectar manualmente las clavijas del panel y de esta forma establecían la conexión del teléfono de quien llamaba con el del número solicitado.

Almon Strowger era un empresario que tenía una funeraria en Kansas City. Su vida transcurría normalmente hasta que, sin saber cómo ni por qué, su negocio comenzó a perder clientes. Empezó a investigar para ver qué había pasado; el único cambio era que hacía unos meses se había contratado una línea telefónica que, en teoría, tenía que haber servido para aumentar los clientes y no para empeorar el negocio como estaba sucediendo. Aquello no cuadraba, hasta que se descubrió el pastel: una de las operadoras de la centralita telefónica local era la esposa de un propietario de la competencia y todas las llamadas solicitando los servicios de una funeraria iban a su competidor. Strowger lo puso en conocimiento de los superiores de la mujer, pero no hicieron nada. Así que decidió arreglarlo él mismo.

Su idea era la creación de centralitas automáticas para evitar el desvío interesado de llamadas y a las operadoras cotillas a las que les gustaba escuchar conversaciones. Hizo una maqueta de su invento y, gracias a los conocimientos en electricidad de su sobrino William, la hicieron funcionar. En 1889 solicitaron la patente del Automatic Telephone Switching System (Sistema Automático de Conmutación Telefónica) y les fue concedida con el número US447918 en 1891. Ya con la patente, buscaron un socio capitalista que pudiese financiar la fabricación y comercialización de su invento. Tras algún que otro fiasco, el vendedor Joseph Harris aceptó la propuesta, pero siempre y cuando se constituyese una empresa... Así nació Strowger Automatic Telephone Exchange. El 3 de noviembre de 1892 se instaló en La Porte (Indiana) la primera central telefónica automática con capacidad para noventa y nueve abonados. La presentación fue todo un éxito y algunos la bautizaron como: «La primera central telefónica sin una sola enagua».

Pero no todo el mundo estaba feliz con las nuevas centralitas; las operadoras se quedarían sin trabajo. Strowger se acordó de ellas en el discurso de presentación:

Me dicen que las operadoras están enojadas conmigo por dejarlas sin trabajo, pero son los ajustes propios de la evolución [...]. El teléfono sustituyó a los mensajeros y esta máquina sustituye a las chicas [...]. Las mejoras continuarán hasta el fin de los tiempos...

Lógicamente, se fueron haciendo mejoras y aumentando la capacidad de las centralitas llegando a Europa en 1898. Ese mismo año, Strowger decide echarse a un lado y dejar el negocio: vendió la patente por mil ochocientos dólares y su participación en la empresa por diez mil dólares. Dieciocho años más tarde, en 1916, la compañía de Bell compró el invento de Strowger por dos millones y medio de dólares. Strowger se retiró a Florida donde el clima era más benigno para sus dolencias y, otra vez, volvió a montar una funeraria. Falleció el 26 de mayo de 1902, a los sesenta y dos años, y fue enterrado en el cementerio de Greenwood al día siguiente. En 1949 se colocó una placa conmemorativa:

Aquí descansan los restos de Almon Strowger, 1839-1902, inventor y pionero, cuyo sueño de un mejor servicio telefónico le inspiró para inventar en 1889 el primer sistema telefónico automático. Esta placa se coloca en su honor en el ciento diez aniversario de su nacimiento por los miembros agradecidos de la industria telefónica, 19 de octubre 1949.

UNA PRESA EN EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

Ante el poderío del continente americano y los asiáticos, el arquitecto alemán Herman Sörgel pensaba que la vieja Europa quedaría relegada a un segundo plano si seguía dependiendo de la energía y las materias primas de terceros, así que ideó un megalómano proyecto para recuperar su papel protagonista a lo largo de la historia: Atlantropa.

Después de elaborar durante varios años su proyecto, en 1932 montó un exposición itinerante en la que presentó al público Atlantropa. La base de su proyecto era la construcción de una presa en el estrecho de Gibraltar, de tal forma que el Mediterráneo se convertiría en una descomunal central de energía hidroeléctrica (Europa dejaría de depender de la importación de petróleo, gas o carbón). De este modo, y debido a la evaporación de las aguas del Mediterráneo, el nivel del mar iría disminuyendo y los países costeros ganarían ricas tierras de cultivo. La unión terrestre de Europa y África, junto a la también proyectada irrigación del Sahara, convertiría al continente africano en el suministrador directo de alimentos y materias primas. Europa y África se convertirían en Atlantropa. Aunque su proyecto era un tanto descabellado, en él se detallaba todo al milímetro y se daba solución a varios problemas que pudieran surgir: la presa se debía construir no en la parte más estrecha (catorce kilómetros), sino algunos kilómetros mar adentro; la base habría de tener una anchura de dos kilómetros y medio y una altura de trescientos metros y para su construcción se emplearían diez años y unos doscientos mil trabajadores en turnos continuos; la mayoría de los puertos tendrían que volver a construirse al bajar las aguas del Mediterráneo, y la ciudad de Venecia contaría con una presa propia para conservar sus canales. Eso sí, en ningún momento se pensó en los daños medioambientales que provocaría el proyecto. Eran años en los que el medioambiente era simplemente un regalo de los dioses del que podíamos disponer y explotar a nuestra conveniencia.

Es raro, pero ni la Alemania nazi se interesó por este proyecto. Era más barato y fácil conquistar Europa a sangre y fuego que con la ingeniería megalómana. Sörgel siguió defendiendo su proyecto hasta que en 1952 fue atropellado por un coche mientras circulaba en bicicleta. Atlantropa quedó para las novelas de ciencia-ficción.

Y hablando de proyectos megalómanos y de ciencia-ficción, tenemos también al inventor británico Arthur Paul Pedrick que en 1976 registró dos patentes para regar los desiertos. La primera de ellas, con el número GB 1204648, llevaría el agua dulce del Amazonas hasta el desierto del Sahara mediante unas conducciones semiflotantes que atravesarían el Atlántico. La segunda registrada como GB 1047735, regaría los desiertos australianos con los icebergs de la Antártida.

CUANDO LAS MÁQUINAS DE RAYOS X SE INSTALABAN EN LAS ZAPATERÍAS

El físico alemán Wilhelm Conrad Röntgen descubrió, en noviembre de 1895, un tipo de radiaciones de onda corta que se corresponden con los rayos X. Aquel descubrimiento revolucionó el mundo científico hasta tal punto que al cabo de un año ya se habían publicado unos cincuenta libros y más de mil doscientos artículos en revistas científicas, siendo hoy en día una de las principales herramientas de diagnóstico de enfermedades y lesiones.

Todos los estudios y la abundante información de los rayos X contribuyeron a popularizar el nuevo descubrimiento y, como otros muchos, a buscarle usos alternativos. El 18 de enero de 1927, Jacob Lowe registró la patente número US1614988 (A) *Method and means for visually determining the fit of footwear* (Método y medios para determinar visualmente el ajuste de calzado), los llamados fluoroscope en Estados Unidos o pedoscope en Reino Unido.

Entre 1930 y 1950 se instalaron en las mejores zapaterías estos artilugios —se calcula que en 1950 había unos diez mil en uso— que consistían en un armario vertical de madera con una abertura en la parte inferior para colocar los pies y tres puntos de visión en la parte superior, uno para el vendedor y otros dos para los clientes a dos alturas según fuesen niños o adultos, desde los que se podía ver, gracias a los rayos X, la imagen de los huesos del pie y el contorno del zapato. Así se garantizaba que se compraba el zapato perfecto.

En la década de 1950, una serie de organizaciones profesionales médicas comenzaron a advertir de los riesgos de las exposiciones prolongadas a los rayos X. En 1957, en el estado de Pensilvania, se prohibió el uso de los fluoroscopios, extendiéndose tal prohibición en la década siguiente a todo el país y a mediados de los setenta al Reino Unido.

EL LADRÓN QUE HIZO UN FAVOR A LA HUMANIDAD

A nadie extrañará si le digo que igual que ahora el hecho de que un preso colabore con la justicia pueda implicar algún tipo beneficio a la hora de imponer una condena u otra o incluso la excarcelación según la magnitud de su propio delito y del que se denuncia, en el Oeste americano también se utilizaban este tipo de estrategias.

Marion Hedgepeth, hijo de un granjero de Missouri, decidió que aquello no era vida para él y se escapó de casa a los quince años. A los veinte ya era buscado por asaltar un tren y famoso por su especial vestimenta: llevaba traje azul, camisa blanca, un alfiler en la corbata y un bombín por sombrero. En 1890 formó su propia banda de forajidos llamada The Hedgepeth Four —nada original en el nombre siendo cuatro sus integrantes—, especializándose en el robo de trenes. Su creciente fama y la recompensa por su captura llevaron a que la agencia de detectives Pinkerton —cuyo fundador Allan Pinkerton había fallecido hacía poco al no poder superar una infección bucal por la herida producida al morderse la lengua— se interesase por ellos. En 1893 fueron detenidos en San Luis, en el estado de Arizona, y un año más tarde Hedgepeth fue condenado a veinticinco años de prisión... Con treinta y siete años, aquello era como la perpetua. Pero un año más tarde le tocó la lotería: durante un tiempo, en espera de juicio, metieron en su celda a un tal Howard acusado de estafa menor. Howard le ofreció quinientos dólares si le conseguía un abogado de confianza para ayudarle con su próxima estafa: cobrar un seguro de vida de diez mil dólares simulando la muerte por una explosión de un conocido suyo llamado Benjamin Pitezel, que previamente había firmado la póliza, cuyo cadáver sustituirían por uno robado y desfigurado. Cuando Howard salió bajo fianza se puso en contacto con el abogado que le facilitó Hedgepeth. Pasó el tiempo sin tener noticias del dinero prometido y Hedgepeth, pensando que le había engañado y tratando de obtener algún beneficio por su confesión, lo puso en conocimiento de las autoridades. Tras seguir las pistas proporcionadas, otra vez los detectives de Pinkerton consiguieron atrapar al tal Howard cuando ya había cobrado el dinero por la póliza de Pitezel. Realmente, este Howard no era otro que H. H. Holmes o Herman Mudgett, el autor de los asesinatos de varias mujeres en Chicago al que la prensa llamaba Barba Azul (por el cuento *Barba Azul*, de Charles Perrault inspirado en el aristócrata Gilles de Rais). A Hedgepeth le perdonaron la mitad de su condena, pero volvió a las andadas. Años más tarde moría en un tiroteo con agentes de la ley.

¿Pero quién era Herman Webster Mudgett o Henry Howard Holmes? Uno de los mayores asesinos en serie de la historia de Estados Unidos. Se cree que asesinó a unas doscientas mujeres. Nació en un pueblo de New Hampshire, en el seno de una

humilde familia. Era un hombre alto, guapo, educado, galante... el perfecto marido y yerno. Supo utilizar sus múltiples encantos para casarse con una joven rica que le pagó la carrera de medicina y para conquistar a una viuda, lógicamente rica, que le proporcionó un pequeño capital. Cuando se cansó de ellas y después de haber engordado su patrimonio con alguna estafa a las aseguradoras, las abandonó y se trasladó a Chicago, donde al cabo de unos años se iba a celebrar la Exposición Universal (1893). En la nueva ciudad se cambió el nombre por el de Henry Howard Holmes y siguió utilizando sus encantos para seguir engañando a las mujeres. Gracias a sus conocimientos en medicina consiguió trabajo en una farmacia. Al poco tiempo el propietario moría de una enfermedad terminal —sin la intervención de Holmes— y su esposa se mudó a California —nunca más se supo de ella—, dejándole a él al frente del establecimiento. Ante el acontecimiento de la Exposición Universal, pensó que sería un buen negocio utilizar el resto del edificio donde se encontraba la farmacia como hotel... un particular hotel. Él mismo hizo el diseño de las nuevas estancias y comenzó las obras para adecuar aquel viejo edificio. En aquella remodelación se emplearon más de quinientos trabajadores de distintas empresas, pero no trabajando a la vez: contrataba a una empresa una temporada, luego los echaba o se iban porque no les pagaban, contrataba a otra y repetía la operación, así una y otra vez... todo para que nadie supiese exactamente lo que Holmes preparaba.

En 1893 se inauguró la Exposición Universal y Chicago recibió a miles de visitantes que necesitaban un lugar en el que dormir. Holmes hacía de relaciones públicas y frecuentaba la muestra para conseguir clientes: solo mujeres que estuviesen en Chicago de paso. Las féminas que caían en sus redes eran invitadas a alojarse en el hotel y nunca más volvían a salir. Aquel hotel era la casa de los horrores: algunas habitaciones eran auténticas salas de tortura, el edificio estaba lleno de túneles secretos y falsas paredes, las puertas estaban conectadas con una alarma por si alguien escapa de ellas, algunas estancias tenían dispositivos para gasear a sus víctimas, todas las plantas tenían un conducto que comunicaba con el sótano donde tenía recipientes de cal viva, un horno y una mesa de autopsias donde diseccionaba a sus víctimas... Durante los seis meses que duró la exposición estuvo ocupado en aquellos macabros menesteres. Cuando terminó la exposición, Holmes volvió a utilizar otro de sus métodos para ganarse la vida: la estafa. Intentó timar a una aseguradora por el incendio de una parte de hotel, pero esta vez la aseguradora no cayó en la trampa y, además, todos los acreedores de las empresas contratadas le denunciaron por impago. Las cosas se pusieron feas y Holmes huyó. Meses después aparece en la cárcel de San Luis donde coincide con Hedgepeth.

Como he dicho antes, Holmes o Howard llevó a cabo la estafa prevista pero con un ligero cambio: en lugar de simular la muerte de Pitezel y luego buscar un cadáver y desfigurarlo, decidió matar al propio Pitezel fingiendo una explosión accidental. Con la colaboración del abogado proporcionado por Hedgepeth y la complicidad de la señora Pitezel —que estaba enterada del asunto, pero no de que el cadáver que iba

a identificar era verdaderamente el de su marido—, cobraron la prima y huyeron. Hizo creer a la señora Pitezel que su marido estaba escondido en Canadá y que, junto a sus cinco hijos, iría a reunirse con él. Tras la denuncia de Hedgepeth, lograron detenerlo... por estafa a la aseguradora. Con Holmes encarcelado y tras la denuncia del secuestro de tres de los hijos de la señora Pitezel, los investigadores echaron marcha atrás para seguir el rastro de Holmes y descubrieron los cuerpos de los tres niños y el hotel del horror. Se calcula que unas doscientas mujeres fueron asesinadas en aquel macabro lugar. Fue ahorcado en la prisión de Moyamensing (Filadelfia) el 7 de mayo de 1896.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ LA TORRE EIFFEL... DOS VECES

Para vender lo que no es tuyo hay que tener arte, para vender algo tan grande como la Torre Eiffel hay que ser un profesional de la estafa y para hacerlo dos veces... hay que ser Víctor Lustig.

Víctor era un profesional en esto de la estafa: hablaba cinco idiomas, tenía don de gentes, de verbo fácil, sin ningún tipo de escrúpulos y más de cincuenta identidades distintas. Tan profesional y metódico era en su trabajo que se permitió el lujo de escribir los diez mandamientos para el aspirante a estafador. Comenzó a trabajar en los cruceros que atravesaban el Atlántico entre Europa y América donde los viajeros ricos eran timados una y otra vez con múltiples artimañas. Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial decidió cruzar el océano él mismo para buscar lugares más tranquilos y, sobre todo, menos peligrosos. Allí siguió practicando y perfeccionando las estafas en diversos negocios que vendía como rentables y para los que los estafados entregaban dinero para su financiación. En muchas ocasiones ni se atrevían a denunciarlo por la vergüenza y otras veces en las que fue detenido sabía ingeniárselas para no salir mal parado. Cuando su fama se extendió por los Estados Unidos y ya era difícil trabajar, decidió cruzar el charco y regresar a Europa, donde llevaría a cabo su mejor faena.

En 1925 se encontraba en París y los periódicos publicaron una noticia que para la mayoría de los franceses pasó sin pena ni gloria, pero no para Víctor: la Torre Eiffel estaba muy dañada y necesitaba reparaciones. Debido al alto coste de mantenimiento y de la misma rehabilitación, el gobierno francés estaba contemplando la posibilidad de derribarla.

Víctor, basándose en esta noticia, hizo llegar documentos aparentemente oficiales con el membrete de la Dirección General de Telégrafos a los mayores chatarreros de la ciudad a los que se invitaba a una reunión con el director general de Telégrafos, Víctor Lustig, para tratar el tema de la demolición de la torre. Una vez reunidos, les explicó que la alternativa de derribarla era mucho más barata que su reparación y que, al fin y al cabo, la Torre Eiffel se había erigido con motivo de la Exposición Universal de 1889 y sin pretensión de que fuese algo permanente: estaban hablando de siete mil toneladas de hierro. Los empresarios de la chatarra debían presentar una oferta de compra por aquel amasijo de hierros, pero debían mantener en secreto aquella noticia porque crearía mucha polémica. Aquella reunión sirvió a Víctor para fijar el objetivo de su estafa, el empresario que mostrase más interés: André Poisson. Se puso en contacto con él y le hizo saber que la Dirección General de Telégrafos ya había tomado una decisión de la oferta elegida, pero que no era la suya. Eso sí, con

determinada cantidad económica —véase soborno— se podía cambiar la decisión. André entregó la cantidad estipulada... y Víctor huyó con el dinero a Austria donde vivió a cuerpo de rey. Todos los días leía los periódicos de París para ver si se hacían eco de la estafa pero nada de nada. A los seis meses, y ya seguro de que André no había denunciado el fraude por la vergüenza y por el soborno, regresó a París. Y no precisamente de vacaciones...

Regresó y lo hizo a lo grande: con la misma estafa a otros chatarreros distintos. Pero esta vez uno de ellos no cayó en la trampa y lo denunció a la policía. Víctor tuvo que huir a los Estados Unidos, donde siguió trabajando. En suelo estadounidense dio dos muestras más de su ingenio y de la candidez o avaricia de otros muchos: la caja milagrosa que fabricaba billetes de dólares y el timo al mafioso Al Capone. Como hombre de negocios y miembro de la aristocracia europea, que así se presentaba, le propuso al mafioso un negocio infalible y que le iba a reportar pingües beneficios, para lo que necesitaba una inversión de cincuenta mil dólares. Capone se los entregó, con las correspondientes amenazas de visitar el mar con unos zapatos de hormigón, y Víctor desapareció durante un tiempo. Al cabo de dos meses, se presentó en la guarida de Capone para decirle que el negocio no había prosperado, pero que sus cincuenta mil dólares los cubría él con sus ahorros. Ante la integridad de aquel hombre de negocios, Al Capone le dio una gratificación de mil dólares... lo que buscaba Víctor.

En 1935, y tras una denuncia anónima, fue detenido por falsificación de moneda. Aquí podría acabar la historia de uno de los mejores artistas de la estafa... Pues no, todavía hay más. Antes de ser juzgado, logró escaparse de la cárcel entre la ropa sucia. Volvió a ser capturado tras veintisiete días en los que para la policía se convirtió en cuestión de estado. En diciembre de 1935 fue juzgado, declarado culpable, sentenciado a veinte años de prisión (quince por la falsificación y cinco por la fuga) y trasladado a la prisión de Alcatraz a cumplir condena. En 1947, con cincuenta y siete años, fallecía a consecuencia de una neumonía.

EL MISSILE MAIL, ENTRE EL CORREO TRADICIONAL Y EL EMAIL

Entre la sencillez de pulsar una tecla o pinchar un icono para enviar un email y lo complejo del transporte y entrega física del correo, tenemos el Missile Mail.

El Missile Mail era un sistema de envío rápido del correo tradicional mediante cohetes o misiles. La primera prueba con éxito tuvo lugar en 1931, cuando Friedrich Schmiedl comenzó un servicio de correo de cohetes en Austria. En 1934, el empresario alemán Gerhard Zucker preparó una demostración circense, incluso cobrando entrada, para vender su producto al Royal Mail británico, pero el cohete estalló en pleno vuelo y las mil doscientas cartas que llevaba en su interior se perdieron. También en la década de los treinta, Stephen Smith los probó en el servicio postal de la India con cohetes de fuegos artificiales modificados con un pequeño añadido: que también se utilizó para enviar pequeños paquetes y hasta aves de corral vivas.

Pero fueron los estadounidenses los que decidieron mejorar este sistema para hacerlo más preciso y fiable. El 8 de junio de 1959, y tras un acuerdo entre el United States Postal Service y el Departamento de Defensa, se probó este sistema con el envío de un misil que podría transportar el correo con mayor precisión que los cohetes. Para ello se eligió el misil de crucero *SSM-N-8 Regulus*, con capacidad para alcanzar una distancia de mil kilómetros. El lanzamiento se produjo desde el submarino *USS Barbaro*, situado cerca de Norfolk (Virginia) y veintidós minutos más tarde el misil y su carga de tres mil cartas llegaban a la base naval de Mayport (Florida). El éxito de la prueba fue tal que el director general del servicio postal, Arthur E. Summerfield, llegó a decir:

Antes de que el hombre llegue a la Luna, el correo llegará en pocas horas de Nueva York a California, a Gran Bretaña, a la India o Australia con misiles guiados.

Aun así, el Departamento de Defensa nunca pensó en la viabilidad de este sistema, solo apoyó el proyecto como una demostración de fuerza y capacidad de sus misiles en plena guerra fría. Además, el coste de este peculiar envío era demasiado alto y la idea se desechó.

EL ÉXITO COMERCIAL DE UNA PASTA DE DIENTES

Esta es la historia de un matrimonio muy rentable entre el humorista Bob Hope y la pasta de dientes Pepsodent que duró diez años... *The Pepsodent Show*.

Leslie Townes Hope era el quinto de los siete hijos del matrimonio formado por el inglés William Henry Hope y la galesa Avis Townes Hope. William era un humilde albañil —todavía no se conocía lo de la burbuja inmobiliaria— y Avis una cantante con poco éxito que para ayudar a la economía familiar tuvo que ponerse a limpiar. Viendo las dificultades que tenían en mantener su numerosa prole, decidieron cruzar el charco y hacer las Américas. La familia se estableció en Ohio y en virtud a la naturalización de William, toda la familia adquirió la nacionalidad estadounidense. Desde aquel momento, Leslie Townes Hope pasaría a llamarse Bob Hope. «Me fui de Inglaterra a la edad de cuatro años cuando me di cuenta de que no podía ser rey», decía Bob.

Cada hermano se buscó la vida como pudo y Bob, antes de comenzar en el mundo de la farándula —allí *Show Business*—, trabajó repartiendo periódicos, vendiendo zapatos e incluso como boxeador con el nombre de guerra Packy East. Participó en algún *show* bailando junto a su novia, como cómico, actor, haciendo radio..., todo lo que saliese relacionado con el mundo del espectáculo. Después de cinco años en el mundo del vodevil, empieza a aparecer en algunos musicales de Broadway recibiendo muy buenas críticas y destacando su sentido del humor: *Ballyhoo* (1932), *Roberta* (1933), *Say When* (1934), *Ziegfeld Follies* (1936) y *Red Hot and Blue* (1936). Su actuación en esta última le servirá para participar en su primera gran película *The Big Broadcast of 1938* en la que salió consagrado como actor... y cantante con la interpretación de la canción *Thanks for the Memory*. Mientras estuvo trabajando en Broadway colaboró en programas de radio y, tras el éxito de la película, la NBC le ofreció su propio programa de radio patrocinado por el dentífrico Pepsodent. El 27 de septiembre de 1938 salía al aire el primer programa de *The Pepsodent Show*.

Para el nuevo programa, que se emitía en una sala con público, Bob fichó a un gran equipo: guionistas, actores, cómicos (entre los que se encontraba el gran Jerry Colonna), una orquesta... y aunque lo tenía todo para triunfar, los comienzos no fueron fáciles. Se cuenta que en los primeros programas apenas asistía gente a la sala desde donde se emitía y Bob tuvo que tirar de ingenio para darlo a conocer. Por unos cuantos dólares, convenció a los acomodadores del resto de las salas para cambiar los indicadores de salida de sus salas y que el público tuviese que pasar por la del programa que era gratis —ya se sabe que con el cartel de gratis todo es más fácil—.

El éxito del *show* fue imparable. Todos los días llenaban, y durante su emisión la gente no paraba de reír. Como por aquellas fechas —años treinta y cuarenta— no existían los medidores de audiencia, el único indicativo de su éxito pasaba por el público de la sala y por las ventas del anunciante o patrocinador. Cada vez que Bob tanteaba a los directivos de Pepsodent, le respondía con evasivas del tipo: «Sigue así, lo estás haciendo muy bien», pero ni una sola cifra. Y el destino o la suerte jugaron a su favor. Después de un año con el *show* en antena, y mientras practicaba en un campo de golf, un jugador se le acercó y le dijo:

—Bob, quiero darle las gracias.

Este, creyendo que era un oyente de su programa, respondió a la cortesía y se dispuso a marcharse. Pero el hombre volvió a la carga:

—Quiero darle las gracias por hacerme millonario.

Bob, se dio la vuelta y le preguntó cómo.

Era un empresario que había heredado de su padre una pequeña fábrica de cajas de cartón y entre sus clientes estaba Pepsodent. A las pocas semanas de empezar su programa, la firma del dentífrico había duplicado el número de pedidos de cajas para sus envases, a los seis meses lo triplicaron... la empresa tuvo tanto éxito que la había vendido por un millón de dólares. Bob había tropezado con el mejor medidor de audiencias. Este dato le sirvió para negociar la renovación de su contrato y gracias al empresario consiguió añadirle algún cero más... a la derecha.

En 1941, el equipo se trasladó a March Field, en California, para hacer el programa de radio para los aviadores del campo de entrenamiento. Desde aquel momento, lo fichó la USO (United Service Organisation), una organización que colaboraba con el Departamento de Defensa para ofrecer espectáculos y entretenimiento para las tropas estadounidenses desplazadas —igual que nuestra Marta Sánchez en la Guerra del Golfo—. Con la USO viajó a Europa, África, Corea, Vietnam... y en todos los conflictos bélicos en los que se involucró Estados Unidos. Por estos servicios se le concedieron varios galardones: Medalla de Oro del Congreso (1963), Medalla Presidencial de la Libertad (1969), Orden de la Espada (1980) —único civil con esta condecoración concedida por las fuerzas armadas—, Caballero de la Orden del Imperio Británico (1998)... Y por los artísticos: cinco premios honoríficos de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas. Falleció a los cien años, el 27 de julio de 2003.

LOS PROSTÍBULOS DE LA CIA

Con motivo de la VI Cumbre de las Américas celebrada en Cartagena de Indias (Colombia) en 2012, el servicio secreto de la Casa Blanca envió a un grupo de agentes encargado de la seguridad de Barack Obama. Misteriosamente, algunos de ellos fueron retirados del servicio y enviados de vuelta a los Estados Unidos. Estaban envueltos en un escándalo sexual con prostitutas —escándalo sexual para la puritana e hipócrita sociedad estadounidense—. El caso se destapó por la denuncia de una señorita de compañía que no recibió el pago por los servicios prestados. Pero la historia que nos ocupa, también de agentes secretos y prostitutas, va más allá: prostíbulos regentados por la propia CIA.

En la década de los años cincuenta, cuando era director de la CIA Allen Dulles y bajo la denominación de Project MKUltra o Proyecto MKUltra, se iniciaron una serie de investigaciones y experimentaciones para manipular la conducta humana y estudiar sus consecuencias. A través de su división científica, y con un presupuesto del 6 por ciento del total de la agencia, se comenzó a experimentar con diversos métodos (hipnosis, privaciones sensoriales, torturas... e incluso la administración de LSD y otras sustancias químicas) para alterar las funciones cerebrales y estudiar el comportamiento humano. Los experimentos comenzaron con voluntarios, pero no conseguían los resultados satisfactorios ya que no se «empleaban a fondo» y, para colmo, los sujetos estaban condicionados por saber que estaban sometidos a examen. Así que, dentro del Proyecto MKUltra se creó el programa Operation Midnight Climax (Operación Clímax de Medianoche).

Este programa, de sugerente nombre, iba a investigar los efectos del LSD y otras drogas en ciudadanos anónimos que nunca sabrían que fueron cobayas humanas. Para ello, la CIA contrató a varias prostitutas y montó varios prostíbulos en los que los ciudadanos que utilizasen este tipo de servicios iban a ser narcotizados y vigilados (micrófonos, cámaras e incluso espejos tras los que los agentes de la CIA comprobaban en directo el espectáculo). El problema es que se les fue de las manos y, como consecuencia de excesivas dosis de LSD o por la mezcla con alcohol, un cliente se tiró por la ventana pensando que podía volar. El LSD fue desestimado finalmente por los investigadores porque sus efectos eran demasiado imprevisibles. Así que si estuvisteis en San Francisco en los años cincuenta y contratasteis los servicios de una señorita de compañía en el barrio de Telegraph Hill, igual fuisteis utilizados como cobayas. También tenían establecimientos de este tipo en Nueva York.

La Operación Clímax de Medianoche salió a la luz en la primavera de 1963 gracias a un informe del agente John K. Vance que lo puso en conocimiento de la Oficina del Inspector General (organización encargada de controlar que los organismos gubernamentales y militares funcionen de acuerdo con las políticas

establecidas). Se cerraron los establecimientos y se canceló la operación, pero el Proyecto MKUltra siguió en vigor hasta que lo destapó el periódico *The New York Times* en los años setenta. En 1975 se crearon dos comisiones de investigación en el Congreso de los Estados Unidos para dejar en evidencia aquel maquiavélico proyecto. A pesar de que la mayoría de la documentación relativa a esta operación fue destruida por Richard Helms, director de la CIA en aquel momento, gracias al testimonio de varios participantes y a algunos documentos encontrados se pudo demostrar el macabro proyecto de la CIA.

¿CÓMO DISFRUTAR DE LA COMIDA EN UN BANQUETE CUANDO LA COMPAÑÍA NO ES MUY GRATA?

Esta es la historia de Maurice Edmond Saillant (Angers, 1872 - París, 1956). Su madre murió en el parto y su padre lo abandonó siendo todavía un niño, así que su abuela se hizo cargo de él. Ella sería la encargada de aficionarle a lo que años más tarde serían sus dos pasiones: la cocina casera y la lectura. Se matriculó en literatura en la Sorbona, pero no era lo que él esperaba, se aburría tanto que lo dejó y comenzó a trabajar como «negro» (hacer trabajos anónimamente en provecho y lucimiento de otro que pone la firma). En 1921, comenzó a escribir, y firmar, sus propios escritos sobre cocina... La que su abuela le había enseñado. Como no tenía un nombre en el mundo literario, prefirió escribir bajo un seudónimo. ¿Pero cuál? Alguien le sugirió: «¿Por qué no sky?». Y él, como buen latinista, dijo: «*Cur non sky?*» (¿Por qué no sky?), y de ahí Curnonsky. Junto al periodista Marcel Rouff publicaron *La France gastronomique: guide des merveilles culinaires et des bonnes auberges françaises*, una guía dividida en veintiocho capítulos en la que defendían la cocina casera tradicional y en la que se relacionaban los mejores restaurantes de Francia donde se elaboraba ese tipo de cocina (una especie de Guía Michelin). Por sus trabajos, en 1927 se le nombró Príncipe de los Gastrónomos.

Se convirtió en un defensor a ultranza de la comida casera, elaborada con productos locales, frente a la cocina sofisticada (esa que hoy llaman *Nouvelle Cuisine* y que después de pagar cien euros por barba tienes que volver a cenar en casa). En 1930, fundó la Academia de los Gastrónomos, y los restaurantes comenzaron a competir para contar con su presencia y su crítica. Por supuesto, era invitado a todas celebraciones importantes de París que iban acompañadas de banquete. Solo había un problema... Curnonsky solo quería disfrutar de la comida y no aguantar los chismes y habladurías que allí circulaban (lo siento chicas, pero normalmente eran señoras de alto copete las que se dedicaban a estos menesteres). Así que ideó un método para poder deleitarse con la comida y no ser molestado por las mujeres que le rodeaban (una pregunta y dependiendo de la respuesta se adapta el método):

Caso 1

—¿Está usted casada, señora?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—Sí.

—¿De quién?

Caso 2

—¿Está usted casada, señora?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Cómo lo hace?

Caso 3

—¿Está usted casada, señora?

—No.

—¿Tiene hijos?

En cualquiera de los tres supuestos las señoras se enfadaban y ya no le molestaban. Evidentemente, hay que pensar que estamos en el primer tercio del siglo XX.

Cuando cumplió ochenta años, ochenta restaurantes de París le obsequiaron con una mesa reservada para él a perpetuidad y en cada una de esas mesas colocaron una placa en la que podía leerse: «Reservada a Maurice Edmond Saillant Curnonsky, príncipe electo de los gastrónomos, defensor de la cocina francesa e invitado de honor de este establecimiento». Su muerte tiene su historia propia: por problemas de salud fue sometido a un estricto régimen a base de leche y galletas; Curnonsky no pudo soportarlo y en 1956 se tiró por la ventana de su casa.

¿CÓMO SE SACÓ LA FOTO MÁS FAMOSA DE WINSTON CHURCHILL?

Yousuf Karsh (1908-2002), de origen armenio, fue un fotógrafo canadiense. Nació en Mardin (Turquía), pero cuando tenía catorce años tuvo que huir a Siria, y más tarde a Canadá, escapando de la persecución que sufrieron los armenios en Turquía. Ya en tierras canadienses, se instaló con un tío suyo que era fotógrafo y del que aprendió el oficio. Años más tarde, montó su propio negocio en Ottawa, cerca de la sede del Parlamento canadiense. Tuvo la suerte de que Mackenzie King, el primer ministro, entrase en su negocio para encargarle unas fotos familiares. Quedó tan impresionado por su trabajo que lo contrató para fotografiar a los dignatarios extranjeros que visitasen el Parlamento.

En 1941, con motivo de la visita de Winston Churchill al Parlamento canadiense para dar un discurso, Karsh instaló la cámara y el equipo de iluminación en una pequeña habitación habilitada para fotografiar al político inglés. Cuando Churchill terminó, le invitaron a pasar a la habitación para hacerle la fotografía, cosa que disgustó al dignatario porque no había sido informado. A regañadientes, accedió y pasó al improvisado estudio. «Tiene dos minutos. Y eso es todo, dos minutos», le advirtió al fotógrafo.

Karsh le indicó dónde debía situarse y preparó la iluminación. Cuando se dirigía hacia la cámara, Churchill encendió uno de sus famosos puros. Karsh le pidió que lo apagase, pero el político se negó. Se armó de valor, se acercó a él y le quitó el puro de la boca. Karsh se dio la vuelta y sintió los ojos Churchill clavados en su nuca... En ese momento pulsó el disparador que llevaba en la mano. Y obtuvo la foto más famosa de Winston Churchill, en la que aparece con su mano izquierda en jarras, la derecha apoyada en el bastón, expresión malhumorada y, lógicamente, sin puro.

Mosqueo, indignación, sorpresa... Se hizo el silencio... Hasta que Churchill, sonriendo, se acercó a Karsh le dio la mano y le dijo: «Puede hacerme otra. Usted podría hacer que un león rugiendo posase para un foto».

Esta segunda foto, en la que Churchill se muestra sonriente, pasó sin pena ni gloria; pero la primera, portada incluso de la revista *Life*, es una de las más famosas de la historia. En 1967, Karsh fue nombrado miembro de la Orden de Canadá (la orden civil de mayor rango). De las cien personas más influyentes del siglo, según la elección de *International Who's Who* en el año 2000, Karsh había fotografiado a cincuenta y una.

CUANDO ÁFRICA INTENTÓ ENTRAR EN LA CARRERA ESPACIAL

En plena guerra fría, la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética no se limitaba solo a ver cuál era la mayor potencia sobre la tierra, sino también en el espacio. Fue la llamada carrera espacial (satélites de comunicaciones, enviar animales y luego humanos al espacio exterior, posar a un hombre en la Luna...). Las dos potencias jugaban en primera división en lo referente a financiación y tecnología, pero hubo otro competidor en la carrera espacial que ante la falta de medios le echó mucha imaginación... Demasiada, diría yo.

El actor principal de esta película —una película que comienza como una comedia y que hubiese podido terminar en una tragedia— fue Edward Makuka Nkoloso, de Zambia, profesor de secundaria en la especialidad de ciencias, que a comienzos de los sesenta fundó la National Academy of Science, Space Research and Philosophy, un programa espacial que pretendía llegar a Marte. Cerca de la capital, Lusaka, improvisó unas instalaciones donde entrenar a sus astronautas. El programa espacial pretendía que once afronautas (diez hombres y una mujer) se posaran sobre la superficie de Marte. Después de hacer una rigurosa selección de los candidatos, tuvo el primer problema: Matha Mwambwa, la joven de diecisiete años seleccionada, dijo que no podía abandonar a sus diez gatos y que solo formaría parte del proyecto si podían acompañarle... Sin problema, se hace un poco mayor el cohete y ya está. Nkoloso necesitaba financiación para su ambicioso proyecto, pero Zambia, en pleno proceso de independencia del Reino Unido, no estaba para tirar cohetes —y nunca mejor dicho—. Así que solicitó siete millones de libras a la UNESCO para sufragar su proyecto espacial. Mientras llegaba la respuesta, reunió a sus afronautas en las instalaciones de Lusaka y los sometió a un duro entrenamiento: los lanzaban atados a una cuerda —a modo de *puenting*—, se metían en un tambor (cápsula espacial) y eran arrojados rodando colina abajo... También tenían clases teóricas en las que se les explicaba cómo actuar con los posibles marcianos que pudiesen encontrar: debían permitirles mantener sus costumbres y religión para no actuar como los ingleses con ellos. Durante el entrenamiento se produjo otro hecho que hizo tambalearse las ilusiones del proyecto: Matha Mwambwa se quedó embarazada y decidió abandonar. Mientras Nkoloso trataba de buscar otra candidata que ocupase el lugar de Matha, llegó la negativa de la UNESCO para la financiación y todo se fue al traste.

Nkoloso no sería el único que lo intentó desde el continente africano. El ugandés Chris Nsamba y un equipo de seiscientos voluntarios fundaron el African Space Research Programme que antes de 2020 pondrá al primer afronauta en órbita. Desde el patio de su casa de su madre y con donaciones privadas, este exestudiante de

astronomía ya lleva tres años construyendo la nave *African Skyhawk*.

Estamos tratando de que África participe de los conocimientos de la humanidad y contribuya en su destino [...]. En un momento u otro a todos los científicos de éxito les llamaron locos.

Aunque muchos los llamen locos, a mí me gusta llamarlos aquellos maravillosos locos.

EL CRASH TEST DUMMY HUMANO

Los *crash test dummies* (maniqués de pruebas de choque) son las réplicas a escala natural de humanos creadas para comprobar el comportamiento del cuerpo humano en una colisión. El *dummy* contiene numerosos instrumentos para recoger toda la información posible sobre variables como la velocidad de impacto, la fuerza de la compresión o la desaceleración durante una colisión. Este tipo de muñecos es indispensable en el desarrollo de los métodos de seguridad activa y pasiva en todo tipo de medios de transporte. Pero antes de trabajar con estos simpáticos y sufridos muñecos, ¿cómo se desarrollaban este tipo de investigaciones?

Las primeras carrocerías de los vehículos, por su estructura y los materiales utilizados en su construcción, eran auténticos ataúdes con ruedas, incluso en choques a baja velocidad. Las primeras pruebas para estudiar las consecuencias de los impactos y de esta forma poder mejorar la seguridad, se hicieron con cadáveres. A los consiguientes problemas éticos y morales por trabajar con cadáveres, había que añadir la dificultad de conseguir los cuerpos necesarios. Por decirlo de alguna forma, solo servían para una prueba. Y aquí es donde interviene el protagonista de esta historia, el coronel de la fuerza aérea de los Estados Unidos, John Paul Stapp.

John Paul Stapp, médico y biofísico, se alistó en la fuerza aérea de Estados Unidos en 1944. Gracias a su brillante currículum, fue destinado al laboratorio de investigación en la base de Wright-Patterson (Ohio), donde comenzó a trabajar en un proyecto sobre la resistencia de los asientos y arneses y la tolerancia humana a la aceleración y desaceleración. Stapp entendió que todo eran simulaciones y previsiones, pero que no contaban con datos exactos que permitiesen desarrollar su trabajo con mayor precisión. Así que se prestó como voluntario a modo de cobaya humana. El primer proyecto que Stapp experimentó en sus carnes fue la desaceleración humana: el estudio de la capacidad del cuerpo humano para resistir fuerzas g (fuerza de la gravedad). Hasta la fecha se creía que lo máximo que podría soportar el ser humano era una fuerza de 18 g (dieciocho veces la fuerza de la gravedad). Stapp demostraría que no era así. En abril de 1947, Stapp viajó hasta la base aérea de Edwards (California), lugar elegido para las pruebas del «desacelerador humano», ya que entre sus instalaciones contaba con una pista de raíles de seiscientos diez metros donde se habían probado las V-1 («bombas voladoras») durante la Segunda Guerra Mundial. Sobre la base de una vagoneta, que iría impulsada por varios cohetes situados en la parte posterior y un potente sistema de frenos hidráulicos, se situó un asiento donde Stapp experimentaría en sus propias carnes las consecuencias de la rápida aceleración y la brutal desaceleración. Los primeros ensayos se hicieron con un muñeco llamado Oscar Eightball, y cuando Stapp pensó que ya estaba todo preparado le dio una palmadita en el hombro a Oscar y le dijo:

«Ya no te vamos a necesitar, te puedes ir. Yo ocuparé tu lugar».

Durante varios meses se hicieron pruebas variando la posición y el número de cohetes, superando 18 g sin ninguna dificultad. En la prueba del 10 de diciembre de 1954 llegó a alcanzar una velocidad de más de mil kilómetros/hora en cinco segundos (más rápido que una bala) y soportar 46 g cuando frenó en 1,4 segundos... como chocar contra una pared conduciendo un coche a casi doscientos kilómetros/hora. Se había convertido en el hombre más rápido de la tierra, pero con algunas consecuencias: no veía nada y sus ojos estaban llenos de sangre, varios vasos sanguíneos habían, literalmente, estallado. «Esta vez me tendréis que preparar un bastón y un perro lazarillo», dijo Stapp cuando lo llevaban al hospital.

Los médicos comprobaron que no había habido desprendimiento de retina, y con el oportuno tratamiento, a los dos días recuperó la visión. Durante todos los ensayos en los que participó sufrió repetidas y diversas «heridas de guerra», como costillas y extremidades fracturadas o múltiples hematomas —daños colaterales, los llamaba el propio Stapp—. Sus experimentos y trabajos fueron vitales en los actuales sistemas de seguridad (asientos de eyección, cinturones de seguridad...) e igualmente para conocer los límites de resistencia del cuerpo humano. Gracias a él, la fuerza aérea construyó unas instalaciones para experimentar con automóviles y allí se llevaron a cabo las primeras pruebas de choque con los *dummies* (maniqués). Y para rematar la faena, consiguió que el presidente Lyndon Johnson firmase en 1966 una ley que obligaba a los fabricantes de vehículos a instalar los cinturones de seguridad.

CUANDO LOS DULCES DERROTARON A LAS BOMBAS

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Alemania quedó dividida en cuatro zonas administradas por los aliados: Estados Unidos, Francia, Reino Unido y la Unión Soviética. Pero Stalin no se conformaba con eso y muy pronto comenzó a dar muestras de querer quedarse con todo el pastel. Los aliados reaccionaron uniendo sus zonas y actuando como una administración única, lo que luego sería la República Federal de Alemania o Alemania Occidental. La parte soviética constituiría la República Democrática Alemana o Alemania Oriental. Pero todavía quedaba un cabo suelto y era la ciudad Berlín. Aunque situada en la zona soviética, quedó igualmente dividida entre los soviéticos y el resto de los aliados. La zona oriental quedó sometida al férreo control comunista y castigada con el pago de las compensaciones de guerra; en el lado occidental, con las ayudas del Plan Marshall, trataron de recuperar la actividad industrial y mejorar la calidad de vida. Stalin, viendo que estaba perdiendo la batalla moral con el resto de los aliados, quiso hacerse con todo Berlín sometiendo a la ciudad a un bloqueo terrestre. Era el 24 de junio de 1948.

Con el bloqueo, los dos millones de berlineses que vivían en la zona occidental se quedaban sin suministro de alimentos, combustible y otros bienes de primera necesidad. En pleno siglo xx, Stalin tiró de estrategias propias del medievo: sitiar por hambre para ocupar la ciudad. La primera opción de los aliados fue enviar un convoy armado hasta Berlín, pero se desechó porque habría desatado una nueva guerra. Decidieron que si no podían llegar por tierra lo harían por aire: Operación Vittles. El 26 de junio, un avión de carga C-47 aterrizaba en el aeropuerto Tempelhof de Berlín con los primeros suministros. De la alegría por el comienzo del abastecimiento aéreo, se pasó a la preocupación porque las necesidades de dos millones de personas eran muy superiores a lo que podían traer unos pocos aviones. Así que tuvieron que ampliar el número de aparatos destinados a dicha operación al igual que las pistas del aeropuerto para tener la capacidad suficiente para tantos vuelos. A finales de agosto, los aviones aliados ya podían cubrir las necesidades de los berlineses con más de cuatro mil toneladas diarias (alimentos, gasolina, carbón, maquinaria en piezas...) y cientos de vuelos diarios. Pero todavía quedaba la prueba de fuego: el invierno. Los soviéticos confiaban en que las adversas condiciones climatológicas impidiesen el suministro suficiente para pasar los duros meses invernales. Pese a todo, consiguieron seguir con la operación llegando a establecer un récord el domingo de Pascua, cuando lograron hacer llegar trece mil toneladas en un solo día. Durante todo este tiempo, a Stalin se le pasó por la cabeza en muchas ocasiones cortar aquella vía que suponía un varapalo para su plan, pero, como hicieron los aliados al comienzo del bloqueo, sabía

que sería como una declaración de guerra. Por una vez, el mandatario soviético tuvo que reconocer que las cosas no salían como él había previsto y que incluso era contraproducente, porque muchos berlineses de la zona oriental trataban de pasar a la abundante y próspera zona occidental. El 12 de mayo de 1949 los soviéticos ponían fin al bloqueo cuando los aliados habían suministrado más de dos millones de toneladas en doscientos setenta y cinco mil vuelos.

Pero dentro de esta historia hay otra historia... más dulce. Gail Halvorsen era un piloto estadounidense que participó en esta operación y de cuya actuación nació la Operación Little Vittles. Mientras bajaban la carga de su avión, Gail daba un paseo por las instalaciones del aeropuerto cuando se acercó a unos niños que, al otro lado de una verja, contemplaban el aterrizaje y el despegue de los aviones. Les ofreció unos chicles y unas chokolatinas, pero no había suficientes para todos y, ante la cara de desilusión de los niños, les prometió que en su próximo viaje les lanzaría dulces y chokolatinas en las inmediaciones del aeropuerto. Así que, por su cuenta y riesgo, Gail se procuró una buena cantidad de dulces a los que ató pañuelos a modo de paracaídas y en su siguiente vuelo los lanzó a los niños. La sonrisa y alegría de aquellos pequeños compensaban el riesgo de aquella locura. Cuando algunos compañeros de Gail se enteraron, decidieron seguir su ejemplo. Como era de esperar, los oficiales estadounidenses tuvieron conocimiento del asunto, pero en lugar de reprobar sus acciones decidieron organizar aquella aventura y oficializarla como Operación Little Vittles. Para diferenciarse del resto de los aviones, los que traían chucherías hacían un determinado vuelo que indicaba a los niños que esos llevaban «premio». La idea caló en la sociedad americana y la Asociación de Confiteros suministró veintitrés toneladas de dulces, chicles, chocolates y otras golosinas (*Candy Bombers* o bombas de caramelo). Si la Operación Vittless derrotó a Stalin, la Operación Little Vittless conquistó a los niños.

LOS CALZONCILLOS OLÍMPICOS

Siempre me ha parecido un sacrilegio que la política utilice el deporte como una vía alternativa para conseguir sus objetivos y, lamentablemente, no es algo puntual y excepcional. Los Juegos Olímpicos, el acontecimiento deportivo por excelencia, se han visto salpicados por este tipo de injerencias: Hitler aprovechó los de Berlín de 1936 como medio propagandístico y de supremacía de la raza aria; Estados Unidos hizo boicot a los de Moscú de 1980 mientras que los rusos y los países del Bloque del Este hacían lo propio en 1984 en Los Ángeles; en 2008 se hizo la concesión al gigante asiático como un guiño político... De todas formas, al ser un escaparate mundial, también han servido para reivindicar situaciones injustas: los deportistas estadounidenses de raza negra aprovecharon los juegos de México de 1968 para reivindicar sus derechos; los tibetanos se han quemado a lo bonzo como protesta por la ocupación del Tíbet... O bien han sido utilizados para protestar por el origen nazi de la propia antorcha olímpica...

El símbolo más venerado y reconocible de los Juegos Olímpicos es la llama olímpica. En la era moderna, la llama olímpica apareció por primera vez en los juegos de Ámsterdam 1928. La idea fue sugerida por Theodore Lewald, miembro del Comité Olímpico Internacional, que más tarde se convirtió en uno de los principales organizadores de los juegos de Berlín en 1936. Desde estos juegos se convirtió en tradición el relevo que lleva la antorcha desde Olimpia, encendida frente a las ruinas del templo de la diosa Hera, hasta la ciudad anfitriona, donde prenderá el pebetero de la llama olímpica. Los juegos de la XVI Olimpiada, celebrados en 1956 en Melbourne (Australia), tuvieron la particularidad de que las pruebas de equitación se tuvieron que trasladar a Estocolmo (Suecia) debido a la severidad de la normativa australiana (cuarentena) en cuanto al ingreso al país de caballos extranjeros... y los calzoncillos olímpicos.

Un grupo de nueve estudiantes de la Universidad de Sidney, encabezados por Barry Larkin, quisieron protestar por el origen nazi de la tradición del relevo de la antorcha... echándole un poco de humor. La idea era hacerse pasar por el portador de la antorcha olímpica en el último tramo hasta que se entregase al alcalde Pat Hills. Uno de los estudiantes, vestido con un pantalón corto y una camiseta blanca, portaría la antorcha y el resto harían de escolta. ¿Y la antorcha? Una casera: una pata de una silla, sobre ella una lata de pudín de ciruela y dentro de la lata unos calzoncillos usados empapados de queroseno. Cuando la antorcha llegó a la ciudad, los estudiantes comenzaron su relevo a mitad de camino, pero al principio todos se dieron cuenta de que era una broma y, sobre todo, cuando debido al movimiento de la original antorcha los calzoncillos se caían de la lata. Barry Larkin se percató de que aquello se iba a quedar en una bufonada y decidió coger él mismo la antorcha.

Continuó la carrera y conforme iba avanzando, dejando atrás lo que había visto que era una broma, la gente se apartaba a su paso —e incluso la policía le escoltó—, convirtiéndose en el relevo oficial. Hasta tal punto que llegó hasta el estrado donde estaba el alcalde y depositó la antorcha. Hills, que estaba más preocupado de su discurso, ni miró lo que portaba aquel hombre. Comenzó su alocución... hasta que alguien se dio cuenta de que aquella no era la antorcha oficial. Barry Larkin se había escabullido entre la gente. Tras unos instantes de «¡Tierra, trágame!» y de no saber qué hacer, tuvieron la suerte de que en aquel momento llegó el portador oficial, Harry Dillon, que hizo la entrega y pudo continuar la ceremonia.

LOS PELIGROS DE LA GUERRA FRÍA

Durante los años de la guerra fría, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del Muro de Berlín, cualquier hecho puntual era susceptible de malinterpretarse y generar un nuevo conflicto bélico a nivel mundial. Uno de esos hechos fue un error de traducción de las palabras del dirigente soviético Nikita Kruschev.

En junio de 1956, y tras un golpe de estado, Nasser era elegido presidente de Egipto. Sus primeras medidas cambiaban el rumbo del antiguo país de los faraones: reemplazó las políticas pro occidentales de la monarquía por una nueva política panarabista cercana al socialismo y nacionalizó el canal de Suez. Las consecuencias fueron inmediatas: la guerra del Sinaí, que implicó militarmente al Reino Unido, Francia e Israel contra Egipto. Nikita Kruschev, en aquel momento primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, dio un discurso en la embajada de Polonia en Moscú en el que denunciaba la intromisión de Occidente en Egipto, los peligros del capitalismo y las bondades del comunismo, y terminó con un: «Los enterraremos».

Aquella expresión hizo saltar todas las alarmas... la Unión Soviética había amenazado con destruir a Occidente. ¿Sería el comienzo de la Tercera Guerra Mundial? Había sido un error de traducción. Como he dicho antes, en su discurso ensalzó las bondades del sistema comunista frente al capitalismo para terminar pronosticando su autodestrucción. La expresión correcta sería: «Les guste o no, vamos a estar presentes en su entierro» queriendo decir, simplemente, que el comunismo duraría más tiempo que el capitalismo. Ahora, vosotros decidís si fue un error o...

Otro peligro en esta época era que ambas potencias trataban de demostrar su poderío frente al otro. El caso más absurdo y peligroso de mostrar músculo fue el Project A119: detonar una bomba atómica en la Luna.

En 1957, la Unión Soviética ponía en órbita el primer satélite artificial alrededor de la Tierra, el *Sputnik 1*. Aquel lanzamiento ponía por delante a los soviéticos en la carrera espacial y suponía un golpe de efecto en la opinión pública. Para no quedarse atrás, Estados Unidos debía hacer algo brutal para darle la vuelta a aquella situación. En 1958 la fuerza aérea estadounidense desarrolló el Project o Proyecto A119 para detonar una bomba atómica en la Luna. Debido a las consecuencias de aquella excéntrica demostración de fuerza se decidió desechar este estúpido plan —era demasiado hasta para los americanos—. Aquel proyecto, como otros muchos durante la guerra fría, estaba clasificado como *top secret*, pero una biografía del astrónomo Carl Sagan publicada en 1999 levantó la liebre. Según su biógrafo Keay Davidson, el joven Sagan había sido contratado para hacer una modelización matemática de la

expansión de una nube de polvo en el espacio por una explosión nuclear en la luna. La confirmación de la existencia del proyecto la dio el físico Leonard Reiffel, que había participado en el estudio de viabilidad, en una entrevista para *The Observer* en 2000:

La operación consistía en lanzar un misil balístico intercontinental desde un lugar no revelado, viajar unos trescientos ochenta y cinco mil kilómetros hasta la luna y detonarlo al hacer impacto [...]. Varios informes confirmaban el uso para esta operación de una bomba atómica del mismo tamaño que *Little Boy*, la bomba que fue lanzada sobre Hiroshima en la Segunda Guerra Mundial.

Dejé claro desde el principio que supondría un enorme coste para la ciencia la destrucción del medio ambiente prístino lunar, pero la fuerza aérea de los Estados Unidos solo estaba preocupada de si la explosión nuclear tendría alguna consecuencia sobre la Tierra y si sería visible [...], pero, sin duda, técnicamente el proyecto era viable.

El Project o Proyecto A119 fue cancelado oficialmente en enero de 1959. A fecha de hoy, el Pentágono ni ha confirmado ni desmentido este proyecto.

EL PAPA Y EL CORONEL RUSO QUE EVITARON UN DESASTRE NUCLEAR

El papa en cuestión fue Juan XXIII, el Papa Bueno, y su participación se relaciona con el conflicto de los misiles en Cuba; y el coronel ruso es Stanislav Petrov por su implicación en el llamado incidente del equinocio de otoño.

La crisis de los misiles en Cuba fue un conflicto entre los Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba en octubre de 1962, generado a raíz del descubrimiento por parte de Estados Unidos de bases de misiles nucleares soviéticos en territorio cubano. Durante cuatro días, Kennedy se reunió en secreto con sus asesores para tomar una decisión sobre las posibles alternativas para atajar el conflicto: una invasión o ataque aéreo, la mediación de la ONU o el bloqueo naval de Cuba. Al final, se optó por el bloqueo. El 22 de octubre de 1962, en un mensaje televisado de diecisiete minutos, J.F. Kennedy anunciaba el bloqueo naval de Cuba para impedir que los soviéticos siguiesen instalando misiles nucleares en la isla. El día 24 de octubre, Nikita Kruschev contestaba por carta:

[...]. El gobierno soviético considera que la violación de la libertad de usar las aguas internacionales es un acto de agresión que empuja a la humanidad hacia el abismo [...]. Por lo tanto, el gobierno soviético no puede dar instrucciones a los capitanes de sus buques con destino a Cuba para acatar las órdenes de las fuerzas navales americanas que bloquean la isla. Nuestras instrucciones a los marinos soviéticos deben observar estrictamente las normas universalmente aceptadas de la navegación en aguas internacionales y no retrocederemos. Y si la parte estadounidense viola estas normas, la responsabilidad recaerá sobre los estadounidenses [...]. A continuación, nos veremos obligados a tomar las medidas que consideremos necesarias y adecuadas con el fin de proteger nuestros derechos. Tenemos todo lo necesario para hacerlo.

La tragedia parecía inminente. El 25 de octubre, Juan XXIII emitía este mensaje —¿meramente simbólico?— dirigido al mundo:

Recordamos los graves deberes de los que ostentan la responsabilidad del poder. Que con la mano en el corazón, escuchen el grito angustioso que se levanta hacia el cielo desde todos los ángulos de la tierra, desde los niños inocentes, hasta los ancianos, desde las personas individuales hasta las comunidades: ¡paz, paz! Renovamos hoy esta solemne invocación.

Suplicamos a todos los que gobiernan que no permanezcan sordos a este grito de la humanidad. Que hagan todo cuanto está en sus manos para salvar la paz. De este modo, evitarán al mundo los horrores de una guerra, cuyas espantosas consecuencias nadie puede prever.

El 26 de octubre Krushev enviaba otra carta a J.F. Kennedy en la que aceptaba retirar los misiles de Cuba a cambio de que los estadounidenses pusieran fin al bloqueo de Estados Unidos y dieran garantías de que no invadirían Cuba. Conforme a esta misiva y a otra, que no vio la luz hasta treinta años más tarde y en la que la Unión Soviética solicitaba que también se retirasen las armas análogas que los estadounidenses tenían en Turquía, el 28 de octubre Krushev anunciaba que se desmantelaban las instalaciones y se retiraban los misiles. En este momento se creó el llamado teléfono rojo, la línea directa entre la Casa Blanca y el Kremlin.

¿Tuvo algo que ver la carta del papa en la resolución de la crisis de los misiles? Supongo que si digo que sí, muchos me tacharán de ingenuo o cosas peores, pero yo voy a explicar mis argumentos para creer que algo influyó, y luego que cada uno saque sus propias conclusiones...

Tanto Kennedy como Krushev sabían hasta dónde podían llegar y las consecuencias de un conflicto bélico con armas nucleares. Ambos tensaron la cuerda todo lo que pudieron, pero ninguno quería quedar para el resto del mundo —si es que quedaba algo después de una guerra nuclear— como el primero que pulsó el botón. Estaban locos por negociar y llegar a una resolución. Había que buscar a un tercero ajeno a las luchas de poder y con cierta autoridad: la ONU nunca ha sido, ni será, un organismo para resolver conflictos, entonces ¿quién? El papa.

Norman Cousins, editor jefe de *The New York Post* y activista por la paz, fue el mediador entre las tres partes. Se acordó que el papa difundiría un mensaje dirigido al mundo el día 25 de octubre al mediodía, un mensaje que ya tendrían en sus manos Kennedy y Krushev con anterioridad. Norman Cousins recibió la Medalla de la Paz de las Naciones Unidas en 1971, entre otros muchos galardones. La revista *Time* designó al papa Juan XXIII como hombre del año en 1962. El 11 de abril de 1963, cincuenta y tres días antes de su muerte por un cáncer detectado poco antes de la crisis, el Santo Padre publicó la encíclica *Pacem in terris* (*Paz en la tierra*) en la que hacía una profunda reflexión sobre las condiciones que han de imperar para que haya una verdadera paz en el mundo. Ahora, vosotros decidís...

Por último, para los que duden de la complicidad entre el papa y Krushev, os tengo que decir que existen felicitaciones enviadas por el presidente soviético en 1961 —un año antes del conflicto— por el ochenta y un cumpleaños del papa y, además, una flota soviética anclada en el puerto de Génova bajó a media asta las banderas soviéticas en señal de duelo por al muerte del pontífice.

Dicen que en muchas ocasiones hay que contar hasta diez antes de hacer o decir algo, pero el coronel Stanislav Petrov debió de contar hasta cien. La paciencia del

coronel tuvo como premio que las potencias nucleares no pulsasen el botón... Otra cosa es el premio que Petrov recibió.

Veinte minutos (casi una cuarta parte de un partido de fútbol, 1/3 de una hora...) es el tiempo que tarda un misil balístico intercontinental estadounidense lanzado desde la base de Malmstrom (Montana, Estados Unidos) en alcanzar suelo ruso. A las 00.14 del día 26 de setiembre de 1983, los satélites soviéticos detectaron el lanzamiento de cinco supuestos misiles balísticos americanos. Stanislav Petrov, coronel del ejército soviético, era el responsable de activar el protocolo de seguridad («simplemente» lanzar sus misiles y provocar una guerra nuclear) y pensó, gracias a Dios, que no podía ser: «La gente no empieza una guerra nuclear con solo cinco misiles».

El llamado incidente del equinoccio de otoño fue provocado por una conjunción de fenómenos astronómicos entre la Tierra, el Sol, los satélites y el equinoccio de otoño, cuyo resultado fue una serie de señales térmicas que en los radares soviéticos parecían misiles. Su paciencia y serenidad salvaron el mundo de la última guerra. ¿Qué fue de este héroe para la comunidad internacional?

El gobierno soviético reconoció que fue la decisión acertada y lo felicitó —solo de cara al público—. Internamente fue amonestado por, según los dirigentes soviéticos, actuar por su cuenta; asqueado de aquella hipocresía pidió la jubilación anticipada. Después del incidente y debido al estrés generado, sufrió varias crisis nerviosas y fue ingresado en un hospital. Aquel episodio quedó silenciado para el mundo hasta los años noventa. En mayo de 2004, Petrov recibió un premio de mil dólares de manos de la Asociación Ciudadanos del Mundo, «en reconocimiento por el papel que jugó en evitar una catástrofe». En enero de 2006, el excoronel viajó a Estados Unidos donde fue homenajeado en las Naciones Unidas. Cuando la mujer de Petrov le preguntó qué había hecho, este le contestó: «No hice nada».

Y menos mal que no hizo nada.

LA CANASTA QUE OBLIGÓ A CAMBIAR LAS REGLAS DEL BALONCESTO

En los cuartos de final de la V Copa de Europa, temporada 1961-62, el campeón español, Real Madrid, debía medirse al campeón italiano, Ignis de Varese, por el pase a las semifinales. En esta época, los enfrentamientos se producían a doble partido pasando a la siguiente eliminatoria el equipo con mayor suma de puntos en el global de la eliminatoria. El sorteo decidió que el primer partido se disputase en campo italiano y el partido de vuelta en la capital española.

El partido de ida se celebró el día 18 de enero de 1962 en Varese, un pueblecito cercano a Milán, donde estaba ubicada la factoría de Ignis que daba trabajo a la mayor parte de la población. El campo era una ratonera: suelo de cemento, escasa iluminación y el público a pie de pista. El ambiente era ensordecedor, con dos mil enardecidos hinchas italianos gritando: «¡Forza, Varese!».

La plantilla del Real Madrid estaba entonces formada por Emiliano Rodríguez, Carlos Sevillano, José Lluís Cortés, Wayne Hightower, Stan Morrison, Lolo Sáinz, Julio Descartín, José Ramón Durán, Llopis y Lorenzo Alocén, con Pedro Ferrándiz como entrenador. El Madrid mantuvo una cómoda ventaja, pero varias decisiones arbitrales, las faltas personales y alguna lesión llevaron a los italianos a empatar el partido a 80 puntos a falta de unos segundos... Pedro Fernández pidió tiempo muerto. Sacó a Lorenzo Alocén y le dijo: «Ya sabes lo que hay que hacer...».

Ferrándiz ya lo había comentado con sus jugadores antes del partido: era mejor perder por dos puntos e intentar remontar en casa que una prórroga de cinco minutos en aquellas circunstancias. Además, advirtió que nada más terminar el partido saliesen corriendo hacia los vestuarios. Sacaron de fondo y Alocén anotó en su propia canasta: el Madrid perdió por dos puntos. Siguiendo el plan previsto, y para evitar suspicacias, sus compañeros le recriminaron lo que acababa de hacer. El público se volvió loco de alegría y los árbitros no entendían qué pasaba, pero los jugadores del Varese comprendieron la jugada y comenzaron a protestar.

El Varese presentó una reclamación ante la FIBA por la autocanasta, pero el Madrid no había vulnerado ningún artículo del reglamento, así que el resultado tuvo que darse por bueno. Unos meses más tarde, la FIBA modificó el reglamento:

La autocanasta anotada en los últimos instantes de un partido que evite un empate como resultado final, comportará la inmediata descalificación del equipo durante dos años y multa de mil dólares.

En el partido de vuelta, disputado en el Frontón Fiesta Alegre el 7 de febrero de

1962, el Real Madrid venció al Ignis por 83-62, y pasó a la siguiente ronda.

UN TAXISTA ARRUINÓ UNA OPERACIÓN DE LA CIA

Durante los años de la guerra fría, las batallas entre americanos y rusos, y sus respectivos aliados, se centraron en el campo del espionaje. Si vital era la labor de espionaje para obtener información del enemigo, también lo era la del contraespionaje para evitar que el enemigo consiguiese la tuya. Esto dio lugar a sofisticados *gadgets*, pero también a crueldades, como en el caso de esta historia: Operation Acoustic Kitty (Operación Gatito Acústico).

Dado el carácter curioso e independiente de los gatos y a lo nada extraordinario que supondría encontrárselos en cualquier lugar, la CIA pensó que podría utilizarlos como espías. Como hasta la fecha es harto complicado poder mantener una conversación, más allá del «ven» y «miau», el gato solo sería el portador del aparato de escucha. Con esta idea, y estos mimbres, se comenzó a trabajar en 1961. Al principio, se pensó en colocar algún tipo de *gadget* externo en el gato, pero ninguna de las pruebas que se hicieron les convencieron: eran demasiado evidentes. Así que al iluminado de turno se le ocurrió que la mejor opción era que todo el dispositivo de escucha estuviese situado dentro del gato. Si hoy en día estamos habituados a la expresión «alteraciones o modificaciones genéticas», aquello fue una alteración quirúrgica. Tras varias intervenciones quirúrgicas, y algún que otro daño colateral, consiguieron que sobreviviese un gato al que le habían implantado una batería y un micrófono, y para que no faltase ni un detalle... una antena en la cola.

Una vez recuperado de la operación, se sometió al pobre felino a un duro trabajo de entrenamiento: obedecer las órdenes y, sobre todo, ignorar posibles distracciones como ratones, palomas... Solo debía sentarse cerca de los objetivos, nada más. Tras varios años de trabajo, y quince millones de dólares, ya tenían el primer *spy cat*.

La CIA tenía controlados a dos espías rusos en Washington DC, los siguieron y, cuando se reunieron en un parque en Wisconsin Avenue, soltaron al *spy cat* para que se acercase a ellos y poder escuchar la conversación desde el dispositivo gatuno. Se las prometían muy felices, pero... al cruzar la calle, un taxista atropelló al animal y lo mató. Los agentes retiraron rápidamente el cadáver porque tras el atropello quedó al aire parte de su dispositivo.

CUANDO EL AMOR DERROTÓ LA SEGREGACIÓN RACIAL

La noche del 11 de julio de 1958, el sheriff del condado y sus ayudantes irrumpieron en la habitación, enfocaron sus linternas sobre sus ojos y gritaron:

—¿Quién es la mujer que está en la cama contigo?

—Yo soy su esposa —dijo Mildred Loving.

Richard Loving señaló el certificado de matrimonio que había colgado en la pared: fue su sentencia. El 20 de marzo 1924, la Asamblea General de Virginia había aprobado la ley de integridad racial que, entre otras muchas cosas, prohibía los matrimonios entre blancos y no blancos (afroamericanos, indígenas o chinos).

En la pequeña localidad de Central Point (Virginia) vivían Richard Loving y Mildred Jeter, dos jóvenes amigos sin otra particularidad que la de que él era blanco y ella afroamericana con ascendencia de nativos americanos. De la amistad pasaron al amor... y Mildred se quedó embarazada. No por obligación, sino porque querían hacerlo, decidieron casarse en secreto en Washington D.C. por la prohibición de Virginia. Pero como ocurre en todas las poblaciones pequeñas, una denuncia anónima lo puso en conocimiento de las autoridades locales.

Richard pasó una noche en la cárcel y Mildred... alguna más. Ante la amenaza de cumplir una condena entre uno y cinco años y con argumentos de este tipo:

Dios Todopoderoso creó las razas blanca, negra, amarilla, malaya y roja, y las colocó en continentes separados. El hecho de que él separe las razas demuestra que no tenía la intención de que las razas se mezclasen.

Los Loving aceptaron el acuerdo que les propuso el fiscal: si se declaraban culpables, se suspendía la pena de prisión, pero debían marcharse de Virginia y no regresar juntos durante veinticinco años. Abandonaron la población y volvieron a Washington donde vivieron durante cinco años y tuvieron a sus tres hijos. Regresaban a Central Point cuando podían, pero siempre, y respetando la sentencia, por separado. En 1963, hartos de aquella estúpida prohibición, pusieron su caso en manos de la Unión Americana de Libertades Civiles. Aceptaron el caso, pero se encontraron con un problema antes de comenzar: al haberse declarado culpables habían perdido el derecho a apelar. Aun así, consiguieron sacar el caso de Virginia y llevarlo ante la Corte Suprema de los Estados Unidos en 1967: el llamado caso Loving contra Virginia. Como los Loving no pudieron testificar, Richard le dijo a su abogado: «Señor Cohen, dígame a la Corte Suprema que amo a mi esposa y que es injusto que no pueda vivir con ella en Virginia».

La Corte Suprema falló en favor de los Loving y se consiguió que se derogasen las leyes de segregación racial, aunque no todos los estados del sur lo aplicaron en aquel momento. Alabama se convirtió en el último estado en abolir estas leyes en 2000.

En 2007, treinta y dos años después de la muerte de Richard y uno antes de la suya, Mildred emitió un comunicado en apoyo del matrimonio entre personas del mismo sexo:

Creo que todos los estadounidenses, independientemente de su raza, sin importar su sexo, sin importar su orientación sexual, deben tener la misma libertad para casarse.

EL IMPUESTO DEL CELIBATO Y LA POLICÍA MENSTRUAL, MEDIDAS PARA FOMENTAR LA NATALIDAD EN RUMANÍA

Tras la muerte en 1965 de Gheorge Gheorghiu-Dej, Nicolae Ceaucescu se convirtió en el líder y gran jefe del Partido Comunista Rumano (PCR), alcanzando la presidencia del Consejo de Estado en 1967. Las medidas adoptadas por Ceaucescu parecían, exteriormente, una ruptura del yugo soviético y un acercamiento a Occidente: condena de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, participación en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles de 1984 obviando el boicot soviético y del Bloque del Este; establecimiento de relaciones oficiales con la comunidad europea... Pero dentro del país fue la instauración de un régimen despótico y brutalmente represivo apoyado en la Securitate (policía secreta). Una vez controlado el país, «el hijo más amado del pueblo rumano» —así le gustaba que le llamasen— dejó en manos de Elena, su mujer, todo lo relativo a los negocios. Esta, que decían que era incluso peor que su marido, comenzó a mover a todos sus peones —clan familiar— para convertirse en dueños y señores de todo el país.

Entre las muchas modificaciones normativas que el clan Ceaucescu introdujo, una fue la del aborto:

El feto es propiedad de toda la sociedad. Cualquiera que evite tener hijos es un desertor que renuncia a las leyes de la continuidad nacional.

Y para aumentar la natalidad de Rumanía... el impuesto del celibato y la policía menstrual. Los funcionarios gubernamentales, la llamada policía menstrual por las mujeres, se presentaban sin previo aviso en los lugares de trabajo o en las viviendas para repartir pruebas de embarazo —algo así como los controles *antidoping* actuales, pero aquí no se castigaba el positivo—. Si una mujer no se quedaba embarazada durante un cierto periodo de tiempo, debía pagar «el impuesto de celibato». Había dos excepciones: madres con más de cuatro hijos y las mujeres con cierta posición en la organización del PCR.

DE NADA SIRVIERON LAS AMENAZAS DEL KU KLUX KLAN

En 1970, con apenas veintinueve años y poco después de ser elegido fiscal general de Alabama, Bill Baxley reabrió el caso 16th Street Baptist Church. El 15 de septiembre de 1963, una explosión en la iglesia baptista de la calle 16 de Birmingham (Alabama) mataba a cuatro niñas negras de entre once y catorce años: Addie Mae Collins, Cynthia Wesley, Carole Robertson y Denise McNair. Aquella atrocidad solo podía ser obra del Ku Klux Klan. Incluso se trató de juzgar a Robert Chambliss, uno de sus líderes locales, pero fue imposible encontrar pruebas para ello y solo se le impuso una multa de cien dólares y una pena de prisión de seis meses por tenencia de ciento veintidós cartuchos de dinamita que se descubrieron durante la investigación. Aunque aquel miserable acto marcó un punto de inflexión en el Movimiento por los Derechos Civiles y contribuyó a la aprobación de la ley de derechos civiles de 1964, los asesinos seguían en libertad.

Hasta que en los años setenta, Bill Baxley decidió reabrir el caso. Por supuesto, las reacciones no se hicieron esperar: Edward R. Fields, fundador del National States Rights Party (partido antisemita, racista y opuesto a la integración racial) y Gran Dragón del Ku Klux Klan, le envió una carta amenazándole. La respuesta de Bill no dejaba lugar a dudas:

Estimado Fields:

Mi respuesta a su carta del 19 de febrero de 1976 es **BÉSAME EL CULO**.

Atentamente,

BILL BAXLEY, fiscal general

En noviembre de 1977 se obtuvieron nuevas pruebas y se consiguió juzgar a Chambliss, ya con setenta y tres años, por el atentado en la iglesia y el asesinato de las cuatro niñas. Fue declarado culpable y condenado a cadena perpetua. Murió en una prisión de Alabama el 29 de octubre de 1985. El 18 de mayo de 2000, el FBI acusó a tres integrantes más del Ku Klux Klan como autores materiales del crimen: Cash Herman, Blanton Thomas y Cherry Bobby. Cash había muerto pero Blanton y Cherry fueron detenidos, y ambos fueron juzgados y condenados.

DERWEZE, UNA PUERTA AL INFIERNO

En 1971, el gobierno de la Unión Soviética envió a un grupo de geólogos al desierto de Karakum (hoy Turkmenistán) para investigar las posibles bolsas de gas y petróleo. Comenzaron las primeras perforaciones y prospecciones a unos siete kilómetros de la población de Derweze, hasta que dieron con una enorme cueva subterránea llena de gas que se derrumbó a sus pies llevándose parte de su equipo y del campamento. Se formó un cráter de unos setenta metros de diámetro y veinte de profundidad, similar al que podría haber producido un meteorito. Después del desastre inicial, los científicos temieron que la emisión de gases tóxicos como el metano podría ser muy peligrosa y tomaron la decisión de prenderle fuego pensando que en unos días se podría consumir todo el gas... A fecha de hoy, más de cuarenta años después, todavía sigue ardiendo. Visto lo visto, los científicos abandonaron el proyecto dejando lo que los habitantes de la zona llamaron «La puerta del infierno», un espectáculo que visitan miles de turistas.

A pesar de los ingresos que genera en la zona de Derweze, en 2010, el presidente de Turkmenistán, Gurbanguly Berdimuhamedow, visitó al zona y, ante el temor de que el fuego pudiese extenderse a otros yacimientos de gas de la zona —vitales para la economía del país—, dio órdenes para que se investigase la forma de apagarlo... Hasta la fecha, no se ha podido hacer nada.

¿CÓMO ARREGLABA FRANCO LAS TANGANAS EN LOS PARTIDOS REAL MADRID-BARCELONA?

A lo largo del año 2011, tuvimos la suerte de disfrutar de varios enfrentamientos entre el Real Madrid y el Barcelona, y la desgracia de contemplar cómo la rivalidad mal entendida desembocaba en tanganas. Que pase entre aficionados, aun siendo criticable, es más entendible, pero es lamentable que ocurra entre profesionales. A veces, más de las necesarias, a los medios de comunicación también les gusta calentar los previos de los partidos y, al día siguiente, hacer crónicas más centradas en lo puramente extradeportivo. Las tanganas no son exclusivas del fútbol moderno, pero, en tiempos de Franco, las crónicas evitaban meter el dedo en la llaga... por imperativo legal.

Tras un partido Real Madrid-Barcelona en la década de los cuarenta, los directores de los periódicos recibieron esta notificación:

A partir de esta fecha y a los efectos de informaciones y crónicas deportivas, fundamentalmente futbolísticas, este periódico habrá de observar, necesariamente, las siguientes instrucciones dictadas por la superioridad: no se podrá publicar más material que la denominada «película del partido» y el comentario a su desarrollo. Quedan prohibidas las incidencias que pudieran ocurrir ajenas al juego, y dentro de este, todo lo que haya podido resultar antideportivo y aun dentro de las reglas del mismo, suprimiendo las tan usadas frases de «patadas alevosas», «juego subterráneo», agresiones entre jugadores, actos de gamberrismo entre el público [...] y en general todo aquello que pueda enconar o exacerbar las pasiones entre las distintas regiones españolas.

LOS OFICIALES ESTADOUNIDENSES QUE MURIERON POR CULPA DE UN ÁRBOL

Con la rendición de Japón en la Segunda Guerra Mundial, la península de Corea, ocupada por los japoneses desde 1910, quedó dividida a la altura del paralelo 38: el norte ocupado por los soviéticos y el sur por los estadounidenses. La tensión reinante estalló cuando las tropas de Corea del Norte invadieron Corea del Sur el 25 de junio de 1950. Los estadounidenses, con la aprobación de la ONU, se pusieron al frente de un ejército de aliados para echar a los norcoreanos. Aunque en unos meses los habían expulsado hasta más al norte de la anterior frontera, el apoyo recibido de China y la ayuda soterrada de la Unión Soviética prolongaron el conflicto hasta 1953. Con la firma del armisticio en Panmunjong se restauró la frontera entre las dos Coreas cerca del paralelo 38 y se creó zona desmilitarizada de Corea, una franja de cuatro kilómetros de anchura entre ambos países. En esta franja de seguridad se encuentra el llamado «puente de no retorno» utilizado para el intercambio de prisioneros entre ambos países... hasta el incidente del hacha.

Desde cada una de las zonas se fueron estableciendo puestos de control (*Checkpoint*) cada vez más cerca del puente. El *Checkpoint* nº 3 era el más cercano al puente de los establecidos por la ONU en la zona sur y lo suficientemente aislado del resto para que los norcoreanos intentasen secuestrar a los funcionarios de Naciones Unidas en más de una ocasión. Se trató de aumentar la seguridad en aquel punto para controlar con más eficacia las incursiones de Corea del Norte, y para ello debían despejar el campo de visión dificultado especialmente por un frondoso árbol de casi treinta metros: había que recortar su ramaje. El 18 de agosto de 1976, un equipo de militares surcoreanos y estadounidenses se adentró en la zona desmilitarizada para el trabajo de jardinería. Lógicamente, al estar dentro de la zona desmilitarizada, únicamente podían utilizar hachas y machetes. Cuando comenzaron a podar, desde la zona norte empezaron las advertencias para que no siguiesen: decían que aquel árbol lo había plantado Kim Jong II, su dios terrenal. Los surcoreanos siguieron sin hacer caso a las amenazas hasta que un grupo de militares norcoreanos entraron en la zona. Después de algunos gritos y empujones, los norcoreanos se hicieron con las hachas matando a dos militares estadounidenses (el capitán Arthur Bonifas y el teniente Mark Barrett) e hiriendo a ocho soldados más. Aquel incidente podría haber sido el germen de un nuevo conflicto, pero la administración norteamericana decidió actuar con cautela y no tomó represalias. Eso sí, el árbol seguía allí y había que terminar el trabajo... Se puso en marcha la Operación Paul Bunyan (Paul Bunyan es un fornido leñador legendario que aparece en algunos relatos tradicionales de folclore estadounidense).

El 21 de agosto, solo tres días más tarde de la muerte de los militares, doce soldados del cuerpo de ingenieros del ejército de Estados Unidos, pertrechados con motosierras, y acompañados de sesenta soldados fuertemente armados y apoyados por dos helicópteros de ataque, terminaron el trabajo. Por su parte, Corea del Norte reforzó sus defensas con miles de soldados y varias piezas de artillería. Fueron apenas cincuenta minutos donde un disparo accidental habría provocado una nueva guerra. En los años ochenta se abandonó el puesto de control nº 3 y más tarde se arrancó el tocón que quedaba del árbol de la discordia colocando en su lugar un monumento en recuerdo de las víctimas estadounidenses.

LOS ERRORES Y LAS MISERIAS DETRÁS DE UNA MASACRE

El 5 de septiembre de 1972, durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Múnich, militantes del grupo terrorista Septiembre Negro, vinculado a la Organización de Liberación de Palestina (OLP), asesinaron a dos atletas israelíes en la villa olímpica, tomaron como rehenes a nueve más y exigieron la liberación de doscientos treinta y cuatro palestinos de las cárceles israelíes. Cuando la policía intentó liberar a los israelíes en el aeropuerto militar de Fürstfeldbruck, donde habían sido trasladados en dos helicópteros, murieron cinco de los ocho terroristas, un policía alemán y todos los rehenes. El 29 de octubre, un avión de Lufthansa, que volaba de Beirut a Frankfurt, fue secuestrado por otros miembros del mismo grupo exigiendo la liberación de los tres terroristas supervivientes... Alemania los liberó y Golda Meir puso en marcha la Operación Ira de Dios para eliminar a todos los que planificaron y organizaron la matanza de los atletas israelíes.

Esta es la historia a grandes rasgos, pero antes, durante y después se dieron situaciones rocambolescas, errores de bulto y muchas miserias humanas...

Según destapó el diario *Der Spiegel*, el 14 de agosto 1972, tres semanas antes de la masacre, la embajada de Alemania en Beirut envió un informe a Bonn en el que alertaba de un posible atentado palestino contra los israelíes. Cuatro días después, el Ministerio de Relaciones Exteriores en Bonn advertía al servicio secreto y a las autoridades de Múnich para que tomaran medidas. Nada se hizo. Este informe permitió a las familias de las víctimas presentar una demanda en 1994 contra el gobierno federal, el gobierno de Baviera y la ciudad de Múnich. En 2004, las familias aceptaron la oferta alemana de tres millones de euros como una forma de compensación monetaria y un reconocimiento mudo de la responsabilidad del gobierno.

El gobierno de Golda Meir se ofreció para enviar un grupo de operaciones especiales, pero los alemanes decidieron resolver el secuestro con sus propios medios (solo pudo intervenir la policía, ya que el ejército alemán tenía prohibido actuar en suelo alemán en tiempos de paz). Aun así, Zvi Zamir, jefe del Mossad, viajó a Múnich para supervisar el asalto. Según el informe que Zamir elaboró para el gobierno israelí:

Solo había cinco francotiradores para hacer frente a ocho terroristas fuertemente armados cuando en este tipo de intervenciones se requieren dos por cada terrorista, sus rifles no eran de precisión ni de visión nocturna además de estar mal situados —incluso se hirieron entre ellos durante el

tiroteo en Fürstenfeldbruck—, los helicópteros aterrizaron en otros lugares de los dispuestos, de tal forma que los terroristas los pudieron utilizar como barricada de defensa, los vehículos blindados llegaron tarde al aeropuerto por un atasco de tráfico... *The Germans were useless* (los alemanes fueron unos inútiles).

A raíz de la toma de rehenes, la competición fue suspendida por primera vez en la historia olímpica moderna. El 6 de septiembre se ofició un servicio conmemorativo en el estadio olímpico al que asistieron ochenta mil espectadores y tres mil atletas. El presidente del COI, Avery Brundage, apenas hizo referencia a los atletas asesinados durante un discurso alabando la fuerza del movimiento olímpico. Mientras se disputaba en el estadio olímpico el partido de fútbol entre Alemania Occidental y Hungría, algunos espectadores desplegaron una pancarta con la leyenda «Diecisiete muertos, ¿ya olvidados?». Los agentes de seguridad la quitaron y expulsaron a los responsables. Durante el funeral, la bandera olímpica fue izada a media asta, junto con las banderas de la mayoría de las otras naciones que competían, pero diez países árabes se opusieron a que se bajaran sus banderas en honor a los israelíes asesinados. Así que los Juegos Olímpicos continuaron y entre las múltiples excusas para hacerlo, una fuera de lugar: la televisión alemana no tenía ningún tipo de programación alternativa.

Apenas un mes después de la masacre de Múnich, las autoridades alemanas tuvieron que liberar a los tres miembros de Septiembre Negro cautivos como respuesta a las demandas de los terroristas palestinos que habían secuestrado un vuelo de Lufthansa... Golda Meir puso en marcha la Operación Ira de Dios para cazar y matar a todos los que planificaron y organizaron la matanza de los atletas israelíes. Por primera vez, se autorizaba una campaña de asesinatos selectivos como política de lucha contra el terrorismo. Durante los siguientes veinte años, los agentes israelíes mataron a docenas de palestinos: terroristas, intelectuales, políticos, poetas...

Fiel a su estilo, el Comité Olímpico Internacional rechazó la solicitud de guardar un minuto de silencio en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Londres 2012 para conmemorar el evento. Ankie Spitzer, viuda del entrenador israelí de esgrima Andre Spitzer, asesinado en Múnich, promovió una campaña internacional para que se guardase un minuto de silencio en los juegos de Londres. La respuesta de Jacques Rogge, presidente del COI fue: «Tengo las manos atadas», en referencia al posible boicot de los cuarenta y seis países musulmanes que participaban en los juegos. La respuesta de Ankie fue la siguiente:

Las manos de mi esposo sí estaban atadas, las suyas no. Fueron asesinados en territorio olímpico y el lugar apropiado para recordarlos es la ceremonia de apertura. Se lo debemos a ellos. ¿Está el COI solamente interesado en el poder, el dinero y la política? ¿Han olvidado que deben promover la paz, la

fraternidad y juego limpio?

SI LOS ESTADOS UNIDOS GANAN, TÚ GANAS

Durante los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, celebrados en 1984, la compañía McDonald's lanzó una campaña publicitaria bajo el lema: «*When the US Wins, You Win*» («Cuando los Estados Unidos ganan, tú ganas»).

Durante los juegos, los clientes de los McDonald's recibían una tarjeta en la que había que rascar una de las figuras cubiertas para descubrir una modalidad olímpica. Si los Estados Unidos ganaban una medalla de oro en esa modalidad, te regalaban una Big Mac, unas patatas fritas si era de plata y una Coca-Cola en el caso de ser de bronce. Las perspectivas del estudio previo de *marketing* sobre las medallas que podían conseguir los estadounidenses se quedaron muy cortas y la campaña fue un desastre.

¿Qué había ocurrido? El problema fue que la empresa de *marketing* encargada del proyecto había utilizado como referencia para su estudio las medallas conseguidas en los juegos de 1976 —a Moscú 1980 no acudieron por el boicot—, donde los Estados Unidos ocuparon el tercer puesto del medallero con noventa y cuatro preseas (treinta y cuatro de oro, treinta y cinco de plata y veinticinco de bronce). Y, peor aún, no se tuvo en cuenta que en los juegos de Los Ángeles no iban a participar ninguno de los países del Bloque del Este —excepto Rumanía—. Así, muchas modalidades controladas históricamente por estos países, sobre todo la Unión Soviética y Alemania Oriental, pasaron a manos de los estadounidenses que ocuparon el primer puesto con ciento setenta y cuatro medallas (ochenta y tres de oro, sesenta y una de plata y treinta de bronce). Sobre todo en hamburguesas, McDonald's tuvo que regalar el doble de las previstas por el estudio.

TE CAMBIO UNA PEPSI POR UNOS SUBMARINOS

En 1972, se firmó un acuerdo comercial de compensación por los derechos de venta en el que Pepsi se convertía en el primer producto extranjero que se vendía en la Unión Soviética y Pepsi recibía la exclusividad en los derechos de distribución del vodka Stolichnaya en Estados Unidos. Dicen que la política, y yo añadiría que los negocios, hacen extraños compañeros de cama.

La relación entre Pepsi y la Unión Soviética surgió en la primera exposición soviético-estadounidense que se celebró en Moscú en 1959, en la que se trató de rebajar la tensión producida por la guerra fría. Richard Nixon y Nikita Krushev mantenían una charla mientras visitaban la exposición cuando Donald M. Kendall, cofundador de PepsiCo y presidente hasta 1986, le ofreció un vaso de Pepsi al dirigente soviético. Krushev aceptó y la correspondiente foto sirvió para la campaña publicitaria: *Be sociable, have a Pepsi* («Sé sociable, toma Pepsi»).

Kendall entendió que la Unión Soviética era un enorme mercado en potencia y donde su competidor Coca-Cola no había logrado penetrar. Estuvo varios años moviendo los hilos correspondientes hasta que en 1972 logró firmar el acuerdo. En 1974 se inauguró la primera planta de Pepsi en Novorossiysk (Rusia) y en 1979 comenzó su distribución. En 1980, las cosas se complicaron para Pepsi; se iban a celebrar los Juegos Olímpicos en Moscú y Coca-Cola tenía los derechos de explotación desde los juegos de 1924. Aunque más tarde los Estados Unidos no participarían como protesta por la invasión de Afganistán, Pepsi ya había movido ficha en la «guerra de las colas». Kendall se reunió con las autoridades soviéticas para estudiar nuevos tratados comerciales, pero esta vez los soviéticos querían algo más: obligaron a Pepsi a comprar chatarra de su Armada (diecisiete submarinos de guerra, un crucero, una fragata y un destructor).

A comienzos de los noventa, con la Perestroika de Gorbachov y la posterior desintegración de la Unión Soviética, Pepsi no pudo mantener la exclusividad y Coca-Cola pudo introducirse en el mercado ruso. Su cuota de mercado superó a la de Pepsi en 2005.

UN ORIGINAL MÉTODO PARA FINANCIAR INVESTIGACIONES METEOROLÓGICAS

Hace unos años se puso de moda algo muy especial: regalar una estrella. Mejor dicho, ponerle el nombre que tú quisieras a una estrella. A través de Global Star Registry se podía bautizar una estrella y recibir un certificado firmado y sellado en el que se hacía constar el nombre y las coordenadas astronómicas de la misma. Además, se anotaba en un Registro de Inscripciones en la oficina de la propiedad intelectual de los Estados Unidos, pero te advertían que los astrónomos no lo iban a tener en cuenta. Vamos, que no sirve para nada, pero no me diréis que no es original. Pues al hilo de poner nombre de las estrellas, nuestra historia va de poner nombre a borrascas y anticiclones.

Desde 1954 el Instituto de Meteorología de la Universidad Libre de Berlín le daba nombre a las borrascas y anticiclones que afectaban a Europa, pero un recorte presupuestario en 2002 redujo ostensiblemente las horas lectivas dedicadas a investigación. Los estudiantes del instituto decidieron buscar vías alternativas de financiación para sus investigaciones meteorológicas. En noviembre de 2002 nació el Proyecto Aktion Wetterpate (Adopta una borrasca o anticiclón, más o menos). Gracias a él cualquiera puede ponerle nombre a un anticiclón o una borrasca. Al contrario de los nombres que la Organización Meteorológica Mundial pone a los ciclones y huracanes, los que se realizan mediante este programa no tienen carácter oficial, pero sí son utilizados por los medios de comunicación en la información meteorológica. Se puede elegir cualquier nombre siempre que se respeten algunas normas:

- Los nombres escritos con guión no se aceptan.
- Los nombres no deben poseer ningún carácter especial, solo se permiten los caracteres alemanes.
- Los apellidos o los nombres de compañías o negocios no se aceptan.
- En los años pares los anticiclones se nombran con nombre masculino y las borrascas con femenino. En los años impares los anticiclones con nombres femeninos y las borrascas con nombres masculinos.

Se me olvidaba... esto no es gratis. Ponerle nombre a una borrasca cuesta ciento noventa y nueve euros y a un anticiclón doscientos noventa y nueve euros (a lo largo de un año suele haber una media de sesenta anticiclones y ciento cincuenta borrascas). Si nadie ha comprado el nombre en cuestión, se subasta en la página de eBay. Como he dicho antes, estas cantidades van destinadas a la financiación de

investigaciones meteorológicas. En España, desde la Asociación Canaria de Meteorología (ACANMET), comenzaron a poner nombres de la toponimia canaria o extraídos de voces guanches a las perturbaciones más significativas que afectan a las islas.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA

Supongo que si os digo que un mensaje y una carta llegaron a su destino más de sesenta años después de ser escritos, me diréis que aunque el servicio es seguro es demasiado lento. Pero atendiendo a las circunstancias especiales de cuándo fueron enviados, nos mostraremos más comprensibles.

Le service du travail obligatoire (Servicio de Trabajo Obligatorio) fue el reclutamiento forzoso y la deportación de trabajadores franceses —entre seiscientos mil y seiscientos cincuenta mil entre junio de 1942 y julio de 1944— a la Alemania nazi con el fin de trabajar como mano de obra barata durante la Segunda Guerra Mundial. Alemania obligó a la Francia de Vichy a crear este servicio para compensar la pérdida de mano de obra en sus fábricas debido al masivo reclutamiento de soldados alemanes. Además, por cada tres trabajadores franceses enviados, se devolvía a Francia un prisionero de guerra.

Uno de estos obreros forzosos fue el tornero francés Marcel Heuzé. Entre 1942 y 1944, Marcel estuvo trabajando en la fábrica de Daimler-Benz donde se producían tanques, motores aeronáuticos y vehículos blindados. Durante todo este tiempo, envió decenas de cartas a su esposa René y a sus tres hijas desde el campo de trabajo de Marienfelde, al suroeste de Berlín. Lamentablemente, solo unas pocas llegaron a su destino, del resto se ocupó la censura alemana... pero no fueron destruidas.

Carolyn Porter, una diseñadora gráfica, descubrió por casualidad un lote de viejas cartas en francés en una tienda de antigüedades de Stillwater (Minnesota, Estados Unidos). Aunque apenas sabía francés, le intrigaron y decidió comprarlas. Buscó alguien que le ayudase a traducirlas y descubrió el día a día de Marcel, el amor por su esposa y sus hijas, su miedo a no volver a verlas, su frustración al darse cuenta de que las cartas no llegarían... En palabras de Carolyn: «Era hermoso y desgarrador. Cuando terminé, solo quería saber si había vivido, si este hombre había regresado a casa con su esposa y sus hijas».

Después de un año de labor detectivesca, y ayudada por un genealogista, descubrió que Marcel había logrado sobrevivir y regresar a casa con su familia. Aunque Marcel había fallecido en 1992 y René en 2005, consiguió contactar con sus descendientes (hijos, nietos y biznietos) y hacerles llegar las cartas. Más de sesenta años después llegaron a su destino. En el año 2012, Carolyn y la familia de Marcel se reunieron en París.

A finales de 2012, David Martin estaba inmerso en unas obras de reforma en su casa de Surrey, al sur de Inglaterra. Cuando le tocó el turno a la chimenea, los obreros encontraron un esqueleto de una paloma... con un pequeño cilindro de color rojo atado a los restos de una de sus patas en cuyo interior había un papel enrollado con el texto: «*Pigeon Service*» —el servicio británico de palomas mensajeras durante la

Segunda Guerra Mundial— y veintisiete grupos de cinco letras ordenados en cuatro columnas escritas a mano. David lo entregó al Government Communications Headquarters o GCHG (Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno), encargado de la interceptación y descifrado de datos, sobre todo en la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado. Por desgracia, fueron incapaces de descifrar el código y, por tanto, desconocían el mensaje. Así que decidieron pedir ayuda a través de los medios.

A los pocos días, Gord Young, un historiador canadiense, aseguraba haber descifrado el código en tan solo diecisiete minutos. Tras escuchar la petición de ayuda pública, estudió el documento y comprobó que en realidad era un conjunto de acrónimos; un medio de codificación muy utilizado durante la Primera Guerra Mundial. Gracias a un libro de códigos del regimiento real de artillería del ejército británico, que había heredado de su abuelo, consiguió descifrarlo. El mensaje fue escrito a las 15.26 horas del 6 de junio de 1944 —día D— desde Normandía (Francia) por el sargento William Scott, entonces de veintisiete años, para informar a los aliados sobre la situación de las tropas alemanas. Para garantizar que su información llegara, el sargento Scott envió dos palomas mensajeras con idéntico documento, motivo por el cual en el escrito encontrado aparecen dos códigos de identificación, cuando lo habitual era que solo figurara uno. Lo que está claro es que una de las palomas entregó el mensaje cuando habían transcurrido más de sesenta años. Lenta pero segura.

SOLO LA LLAMADA DE LA NATURALEZA PUEDE CON ELLOS

En marzo de 2013, las agencias de noticias se hacían eco del discurso del senador republicano Rand Paul en el que denunciaba el uso de aviones no tripulados por el gobierno de Barack Obama y mostraba su rechazo al nombramiento de John Brennan al frente de la CIA, nada extraordinario siendo miembro de la oposición. Entonces, ¿dónde estaba la noticia? En la duración de su intervención: desde las 11.47 de la mañana del miércoles hasta las 12.39 de la madrugada del jueves. A esta maniobra para obstaculizar las votaciones parlamentarias en los países en los que no existe limitación de tiempo en cada intervención se le denomina filibusterismo —en este caso concreto, demorar la ratificación en el Senado del nombramiento de John Brennan—. Las únicas condiciones son que durante toda la intervención el monologuista se debe mantener en pie y que no pare de hablar... como si quiere charlar sobre sexo de los ángeles o contar chistes. Tras casi trece horas hablando sin parar, cuando Rand Paul tuvo que acudir a la llamada de la naturaleza, dijo que él no pretendía utilizar la artimaña del filibusterismo —«Me habría puesto unos zapatos más cómodos»—, solo quería explicar y razonar el tema en cuestión. Para poder aguantar, trató de no ingerir demasiados líquidos y pudo comer algún sándwich y chocolatinas cuando otros senadores republicanos le echaron un cable haciéndole preguntas. Realmente, los filibusteros de verdad se preparaban a conciencia...

El mayor filibustero de la historia de Estados Unidos fue el senador Strom Thurmond de Carolina del Sur, que comenzó a las 8.54 del 28 de agosto de 1957 y terminó veinticuatro horas y dieciocho minutos después. Y decía a conciencia, porque Strom se sometió horas antes a un tratamiento de deshidratación mediante baños de vapor —tipo sauna— para poder beber agua durante su monólogo y no tener que ir al baño. Durante todo ese tiempo leyó la Declaración de Independencia, la Declaración de los Derechos Humanos, leyes de varios estados, comentó juicios... Su propósito no era otro que demorar la ratificación a la ley de los derechos civiles y conseguir tiempo para que sus paisanos pudiesen convencer a los senadores sureños para que votasen en contra. De nada sirvió, nadie cambió su voto y la ley se ratificó. Además, hay versiones que afirman que, a pesar de toda la preparación, tuvo que interrumpir su intervención para ir al baño y, por tanto, no tendría el récord.

El segundo de este *ranking*, y del que no hay ninguna duda al respecto, es el senador por Oregón, Wayne Morse. En 1953, estuvo hablando durante veintidós horas y veintiséis minutos para paralizar el debate sobre legislación petrolera Tidelands. En la mayoría de los casos la llamada de la naturaleza —necesidades fisiológicas— era la que ponía fin a sus discursos. En algún caso se llegó a ver un

cubo junto al filibustero, pero nadie se atrevió a utilizarlo. Y muchas veces se ha recurrido a leer novelas, libros de recetas, contar anécdotas personales, chistes... cualquier cosa para retrasar votaciones o alargar debates que, en la mayoría de las ocasiones, de nada sirvieron y quedaron en una pataleta. Habría que preguntarles a los taquígrafos qué opinaban...

EL HOMBRE QUE HA SALVADO A MÁS DE DOS MILLONES DE NIÑOS

Cuando el australiano James Harrison tenía solo catorce años fue sometido a una intervención quirúrgica y debido a algunas complicaciones tuvo que recibir urgentemente una transfusión de sangre. Aquel día decidió que cuando cumpliera los dieciocho años se convertiría en donante de sangre para devolver a otros el favor que él había recibido. Y así lo hizo... Desde los dieciocho años hasta la fecha, con setenta y cuatro, ha donado sangre en más de mil ocasiones, lo que supone una muestra de altruismo absoluto. Y aunque hasta aquí ya tendría motivos suficientes para estas líneas, la historia de James comienza ahora.

Los donantes tienen que cumplir una serie de requisitos y la sangre es analizada. Cuando se realizaba este análisis, se descubrió que la sangre de James era un tanto especial: estaba constituida por un tipo de anticuerpo que ha salvado a muchísimos niños con la enfermedad de Rhesus o factor Rh, que puede provocar en los bebés una seria anemia. Asimismo, se sometió a una serie de pruebas para que los científicos pudiesen desarrollar una vacuna. Se calcula que durante todo este tiempo que ha estado donando, más de dos millones de niños se han beneficiado de su altruismo... y su promesa. Le llaman *The Man with the Golden Arm* (el hombre del brazo de oro).

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Rafael y CARDONA, Gabriel, *Los años del Nudo*. Destino, Barcelona, 2008.
- ALSINA, Claudi, *El club de la hipotenusa*, Ariel, Barcelona, 2008.
- Asesinatos matemáticos*, Ariel, Barcelona, 2010.
- ÁLVAREZ, M^a Teresa. *Ellas mismas. Mujeres que han hecho historia contra viento y marea*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- ÁVILA GRANADOS, Jesús, *El libro negro de la Historia de España*, Swing, Madrid, 2008.
- AYDON, Cyril, *Historias curiosas de la ciencia*, Swing, Madrid, 2008.
- BEEVOR, Antony, *El día D*, Crítica, Barcelona, 2009.
- , *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Pasado y Presente, Barcelona, 2012.
- BINET, Laurent, *HhhH*, Seix Barral, Barcelona, 2011.
- BRECHER, Gary, *Hazañas y chapuzas bélicas*, Booket, Barcelona, 2009.
- BRYSON, Bill, *Una breve historia de casi todo*, RBA, Barcelona, 2004.
- CANALES TORRES, Carlos, *Breve historia de la Guerra de la Independencia*, Nowtilus, Madrid, 2006.
- CARANDELL, Luis, *Las anécdotas de la política. De Keops a Clinton*, Debolsillo, Barcelona, 2000.
- CARTIER, Raymond, *Historia mundial de la posguerra 1 y 2*, Mas Ivars, Valencia, 1971.
- CEBRIÁN, Juan Antonio, *La aventura de los godos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- , *La cruzada del sur*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- , *La aventura de los romanos en Hispania*, La Esfera de los Libros, Madrid,

2005.

—, *El misterio de Tutankamón*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.

CHEJNE, Anwar G., *Historia de España musulmana*, Cátedra, Madrid, 1999.

COLLIER, Paul, *El club de la miseria*, Debolsillo, Barcelona, 2010.

COMELLAS, José Luis, *Historia sencilla de la ciencia*, Ediciones Rialp, Madrid, 2007.

CUMMINS, Joseph, *Grandes episodios desconocidos*, Planeta, Barcelona, 2010.

DE ARANA, Juan Ignacio, *Grandes polvos de la historia*, Espasa, Madrid, 2008.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Tres milenios de Historia*, Marcial Pons, Madrid, 2000.

DOVAL, Gregorio, *El libro de los hechos insólitos*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

DUBNER, Stephen y LEVITT, Steven, *Freakonomics*, Ediciones B, Barcelona, 2006.

ESLAVA GALÁN, Juan, *Historia de España contada para escépticos*, Planeta, Barcelona, 2004.

—, *Una historia de la Guerra Civil que no va a gustar a nadie*, Planeta, Barcelona, 2005.

—, *Los años del miedo*, Planeta, Barcelona, 2009.

—, *Historia del mundo contada para escépticos*, Planeta, Barcelona, 2012.

FISAS, Carlos, *Historias de la Historia*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1983.

GARCÉS BLÁZQUEZ, Fernando, *Historia del mundo sin los trozos aburridos*, Ariel, Barcelona, 2009.

GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, *Biografía de España*, Random House Mondadori, Barcelona, 2003.

—, *Los perdedores de la Historia de España*, Planeta, Barcelona, 2007.

GARCÍA REMIRO, José Luis, *Frases con historia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.

- GONZÁLEZ CALERO, Pedro, *Filosofía para bufones*, Ariel, Barcelona, 2007.
- GRIMAL, Pierre, *El amor en la Roma antigua*, Paidós, Barcelona, 2000.
- HAYWARD, James, *Mitos y leyendas de la Segunda Guerra Mundial*, Inédita, Barcelona, 2006.
- HERÓDOTO, *Los nueve libros de la Historia*, El Aleph, Barcelona, 2000.
- HOMES, Richard, *Las guerras que han marcado la historia*, Ariel, Barcelona, 2011.
- HOWARD, Michael, *La Primera Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2008.
- LOSADA, Juan Carlos, *Batallas decisivas de la Historia de España*, Punto de Lectura, Madrid, 2006.
- MARTÍN PÉREZ, Carlos, *36 estrategias chinas*, Libros en Red, 2006.
- MCKEOUN, James C., *Gabinete de curiosidades romanas*, Crítica, Barcelona, 2011.
- MCLYNN, Frank, *Héroes y villanos*, Ariel, Barcelona, 2008.
- MONTANELLI, Indro y GERVASO, Roberto, *Historia de la Edad Media*, Random House Mondadori, Barcelona, 1991.
- MURCIA ORTUÑO, Javier, *De banquetes y batallas*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- OLAIZOLA, José Luis, *Verdad y leyenda*, Temas de Hoy, Madrid, 2003.
- OLMEDO, M.^a Francisca, *Anecdotario histórico español*, Carena, Valencia, 2004.
- PANATI, Charles, *Las cosas nuestras de cada día*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1987.
- PINA PIQUER, José Manuel, *Aprender del pasado*, Mira Editores, Zaragoza, 2006.
- PRIETO, Manuel J., *Curistoria*, Evohé, Madrid, 2008.
- QUERALT DEL HIERRO, M.^a Pilar, *El parche de la princesa de Éboli*, Styria,

Barcelona, 2009.

ROCHETEAU, Philippe, *No te acostarás sin saber algo más*, Plataforma Actual, Barcelona, 2012.

RÖSING, Roger, *Los errores de la Historia*, Swing, Madrid, 2007.

RUÍZ DE BURGOS, Eduardo, *La difícil herencia*, Edaf, Madrid, 2013.

RUÍZ-DOMÈNEC, José E., *España, una nueva historia*, Gredos, Madrid, 2009.

SANZ, Javier, *Nunca me aprendí la lista de los reyes godos*, Oberón, Madrid, 2012.

—, *De lo humano y lo divino*, Oberón, Madrid, 2013.

SIERRA, Javier, *La ruta prohibida*, Planeta, Barcelona, 2009.

STERPELLONE, Luciano, *Historias curiosas de la medicina*, Ma non troppo, Barcelona, 2007.

SUASNAVAS, Carlos, *33 historias imprescindibles*, Editorial El Conejo, Quito, 2010.

THOMPSON, E. A., *Los godos en España*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

VALDEÓN BARUQUE, Julio, *Cristianos, judíos y musulmanes*, Crítica, Barcelona, 2007.

VALDÉS LIRA, M.^a Paz, *Días negros para la humanidad*, Libsa, Madrid, 2008.

VALODE, Philippe y ARNAUT, Rober, *Los dossieres secretos de la Segunda Guerra Mundial*, Tempus, Barcelona, 2011.

VAN DORE, Charles, *Breve historia del saber*, Planeta, Barcelona, 2009.

VITORES GONZÁLEZ, Álvaro, *Ciencia y técnica de el antiguo mundo romano*, Cultivalibros, Madrid, 2010.

—, *Ciencia y técnica del antiguo mundo griego*, Cultivalibros, Madrid, 2011.

VOLTES, Pedro, *El reverso de la Historia*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.

—, *Grandes mentiras de la Historia*, Espasa, Madrid, 1994.

—, *Puñaladas traperas de la Historia*, Espasa, Madrid, 2009.

ZWEIG, Stefan, *Momentos estelares de la humanidad*, Editorial Juventud, Madrid, 2007.

Blog «Historias de la Historia»

www.historiasdelahistoria.com



JAVIER SANZ, gran aficionado a la historia, es autor del blog *Historias de la Historia* —Mejor Blog Cultural en 2010 del diario *20minutos* y Premio Bitácoras 2011—. Ha escrito artículos para periódicos y revistas y colaborado en programas de radio. Actualmente cuenta sus historias en el *Diario de Teruel*, la *Gaceta Newspaper* (Estados Unidos), el *magazine* para iPad «*UnBreak*», *La Rosa de los Vientos* de Onda Cero y *Gente Despierta* de RNE. También ha publicado los libros *Nunca me aprendí la lista de los reyes godos* y *De lo humano y lo divino*.